

S. I. KOVALIOV  
**HISTORIA  
DE ROMA**

II

**LA REPUBLICA**

(Desde la primera guerra púnica  
hasta la caída de la República)



**EDITORIAL FUTURO**

*Traducción del italiano de*

MARCELO RAVONI

EDITORIAL FUTURO S. R. L., 1959

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

✓  
S. I. KOVALIOV

937  
K88h  
n. 2  
c. 1

# HISTORIA DE ROMA

Tomo II. - La República (2ª parte)



EDITORIAL FUTURO S. R. L.

BUENOS AIRES

285077

UNIVERSIDAD DE CHILE  
SEDE SANTIAGO ORIENTE  
BIBLIOTECA CENTRAL

HISTORIA  
DE ROMA

Tomus I. La République Romaine



1845

## CAPÍTULO XIII

### LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

*Fuentes del tercer periodo de la historia romana.* — Con la guerra contra Cartago (264-241) comienza el tercer período de la historia romana, período de las grandes conquistas. Sobre esta época tenemos noticias mucho más completas que sobre las dos precedentes, dado el mejor estado de las fuentes literarias. En la base de todas se encuentra la producción histórica de Polibio que, junto con Tucídides, es el más importante de los historiadores antiguos. Polibio (alrededor del 210-120) era griego de Megalópolis, en la Arcadia; pertenecía a los círculos dirigentes y ocupó altos puestos en la liga aquea. En el 167 fué enviado a Italia con otros mil rehenes y allí vivió durante 17 años. Se hizo íntimo de la familia de Emilio Paulo, personaje muy importante de la nobleza romana. Esto le dió la posibilidad de conocer a fondo la organización estatal romana y encontrarse dentro de lo más actual de la política mundial de aquel entonces.

Su historia, escrita en lengua griega, contaba 40 libros. Nos quedan completos los primeros 5 y fragmentos más o menos grandes de los otros. Algunos volúmenes se han perdido por completo. La finalidad principal de Polibio, como él mismo declaró, era la de responder a la pregunta: "cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas de la tierra cayeron bajo el dominio romano" (III, 1, 4). Esta pregunta define también los límites cronológicos de toda la obra: ésta abraza el período que va desde el 264 hasta el 145, es decir la época de las grandes conquistas, desde la primera guerra púnica hasta la destrucción de Cartago y Corinto. Pero los sucesos anteriores al 220,

contenidos en los dos primeros libros, están expuestos muy sumariamente. El relato se hace en cambio más detallado desde el 220 en adelante. En el IV libro se encuentran breves informaciones sobre la organización estatal de Cartago.

La finalidad que Polibio se propuso define el carácter histórico general de su obra: interés por las conquistas romanas en cuanto éstas están ligadas a la historia de todo el mundo mediterráneo de aquel período.

Como acabamos de decir, Polibio y Tucídides son los más famosos representantes de la historiografía greco-romana. A ambos los acercan tanto las concepciones generales como el método de trabajo.

La tarea del historiador —dice Polibio— no consiste en impresionar a los lectores con el relato de hechos milagrosos o en inventar fábulas más o menos verosímiles... como hacen los autores de tragedias, sino en consignar con precisión cuanto ha realmente sucedido, ya se trate de cosas comunes o de cosas extraordinarias (II, 56, 10).

En su exposición, Polibio se refiere a documentos seguros: tratados (por ejemplo algunos tratados entre Roma y Cartago), escritos oficiales (la enumeración de las tropas de Aníbal en la tablilla de Lacinio), cartas (la carta de Escipión), etc. Utiliza ampliamente a otros historiadores, pero no sin haberlos sometido antes a una severa crítica, como hizo por ejemplo con el siciliano Filino y con Fabio Pictor, de cuyas obras se sirvió para la descripción de las guerras púnicas (I, 14; III, 8).

Polibio exige al historiador absoluta objetividad:

Al contrario —dice— aquél que asume la tarea de historiador debe necesariamente olvidar todo esto (sentimientos personales) y frecuentemente exaltar e ilustrar a los propios enemigos con las mayores loas cuando su conducta lo merece, y atacar y condenar sin piedad a los propios amigos cuando así lo requieran las acciones cometidas (I, 14, 5).

¿En qué medida Polibio mismo observó esta exigencia? Él no trató de confundir las ideas, como hizo Jenofonte, no puso anécdotas en lugar de los acontecimientos reales, como hizo muchas veces Plutarco: en el ámbito de la historiografía de clase, que por fuerza es siempre limitado, Polibio fué objetivo y sincero al máximo. Pero, naturalmente, sus ideas políticas no podían dejar de influir sobre la apreciación de los hechos y de las personas. Miembro de los círculos dirigentes de la liga

aquea, la idealizó, viendo en ella la fusión de todas las cualidades positivas de la democracia griega: libertad, igualdad, etc. y por otro lado presentó a los etolios como hombres corrompidos por todos los vicios. Polibio condenó al movimiento revolucionario y a sus jefes. Además expresó su juicio negativo sobre Nabides, jefe del movimiento revolucionario de Esparta, no dejando de recurrir en este caso, a pesar de su costumbre, a invenciones (XIII, 7).

A Polibio, como también a Tucídides, no le es extraña la idea de la existencia de leyes históricas, aún cuando en él presenta un ingenuo carácter biológico. Todos los fenómenos históricos se parangonan a organismos que pasan a través de un período de juventud, madurez o vejez: "Cada cuerpo, cada Estado, cada empresa, pasan, por obra de la naturaleza, de un estado de crecimiento al florecimiento y luego a la decadencia..." (VI, 51, 4). Esta ley general también se concreta en la historia de las formas estatales. Al principio surge la monarquía que, con el tiempo, se transforma en tiranía. Esta suscita el descontento del pueblo y lleva al nacimiento de la aristocracia, que a su vez se transforma en oligarquía. La caída de esta última da origen a la república, que también finalmente degenera, causando un estado de desorden en el que domina la fuerza. "Entonces se establece el dominio de la fuerza, y la multitud, reunida alrededor de un jefe, realiza homicidios, violencias, hace nuevas divisiones de la tierra, hasta que se vuelve completamente salvaje y encuentra un dominador y autócrata". (VI, 9, 9).

El círculo se ha cerrado y el proceso histórico comienza de nuevo: "Éste es el ciclo de las formas estatales, el orden natural según el cual las formas de gobierno cambian pasando de una a otra y volviendo nuevamente al punto de partida" (VI, 9, 10). Por primera vez encontramos aquí formulada la llamada "teoría cíclica", que tanta importancia tuvo en el desarrollo de la historiografía burguesa de la época moderna.

Polibio ejerció una gran influencia sobre los historiadores antiguos. Algunos continuaron su *Historia*, otros la imitaron, otros se remitieron a ella. Al número de estos últimos pertenece Livio. La historia de la primera guerra púnica se ha conservado sólo en parte; en cambio, la descripción de los sucesos desde el 218 hasta el 168 (3ª, 4ª y 5ª década) nos ha llegado completa. En el capítulo I hemos mostrado cómo en la compilación de la 4ª y 5ª décadas Livio ha tomado casi exclusivamente de Polibio. Para la 3ª década (historia de la segunda guerra púnica) se sirvió, a más de Polibio, también de los jóvenes analistas. En donde Livio toma de Polibio, su relato se presenta bastante verosímil (si bien, tal como se ha dicho, lo ha abreviado y a veces deformado en beneficio del punto de vista romano), mien-

tras que en los otros casos, especialmente cuando toma de los analistas romanos, hay que considerar sus indicaciones con mucha cautela. En Plutarco, para el período que nos interesa tenemos las biografías de Fabio Máximo, Marcelo, Catón el Viejo, Flaminio, Filopémenes y Emilio Pablo, con todos los defectos y méritos que ya hemos expuesto en el capítulo I. Sin embargo, las dos últimas biografías, donde Plutarco sigue la tradición de Polibio, son más útiles que las primeras.

A mediados del siglo II d.C., en la época del apogeo del imperio, apareció en Roma una singular obra histórica. Era su autor el alejandrino Appiano (nacido alrededor del 90), abogado, que fué funcionario imperial (procurador) en Egipto. La producción de Apiano, llamada *Historia Romana*, estaba compuesta por 24 libros, de los cuales sólo nos han quedado completos el séptimo y los que van del undécimo al decimotercero. Apiano se fijó la tarea de describir las guerras tenidas por los romanos. A cada guerra dedicó uno o más libros, compuestos de tal modo de formar una especie de monografía completa en el conjunto de la obra. El material estaba dispuesto según un principio etnográfico (o geográfico): guerras samníticas, célticas, ibéricas, macedonias, etc. y, a veces, también según un punto de vista histórico, como: guerras de los reyes romanos, guerras con Aníbal, guerras civiles, etc. La descripción de las guerras civiles (libros 13-17) es la parte más importante y preciosa de la *Historia Romana*. La época de las grandes conquistas está expuesta en los libros: guerra ibérica, contra Aníbal, libica, ilírica, siríaca, y fragmentos de la macedonia.

La composición de la obra de Apiano no puede llamarse feliz. Sin duda la disposición geográfica del material histórico tiene ciertas virtudes, ya que logra concentrar la atención del lector sobre un determinado país (como dice el mismo autor en el prefacio a su trabajo), pero al mismo tiempo rompe la unidad del proceso histórico, provoca repeticiones y no tiene en cuenta la relación entre la historia interior y la exterior. Agréguese a esto la circunstancia de que Apiano confunde frecuentemente los hechos, no cuida la cronología, indica raramente sus fuentes (por eso muchas veces no se puede comprender cuáles son), no está dotado de una disposición artística y su relato, aunque claro, resulta árido.

Por otra parte, Apiano, como historiador tiene también



grandes méritos: es objetivo, ajeno por completo a la retórica, no ama las digresiones inútiles y, por sobre todo, trata siempre de arrojar luz sobre las verdaderas causas de los acontecimientos. Justamente Marx, en una carta a Engels, el 27 de febrero de 1861, escribía a propósito de esta característica de Apiano: "De noche, en cambio, (leo) como descanso las guerras civiles romanas de Apiano en el texto griego original. Libro de gran valor. Éste es un egipcio de la cabeza a los pies. Schlosser afirma que "no tiene alma", probablemente porque penetra hasta lo más hondo en las causas materiales de estas guerras civiles"<sup>1</sup>.

La época de las grandes conquistas romanas fué tomada también por el historiador Dión Casio, griego de Nicea de Bitinia (Asia Menor), nacido alrededor del 155 d.C. y muerto hacia el 230. Perteneciente, por su origen, a la alta burocracia imperial, Dión ocupó importantes cargos: fué senador, cónsul, pretor, lugarteniente provincial. Su experiencia militar y administrativa lo ayudó considerablemente en su actividad de escritor.

La obra mayor de Dión Casio es la *Historia Romana* en 80 libros, que abrazaba toda la historia de Roma desde los comienzos hasta el 222 d.C. Se han conservado bastante bien los libros desde el 36º al 59º, que abrazan el período comprendido entre el 68 a.C. y 46 d.C. De los otros sólo quedan fragmentos. La *Historia Romana* fué la fuente principal de los escritores bizantinos Xifilino (siglo xi) y Zonara (siglo xii) y por esto es posible reconstruir algunas partes que se han perdido. Particularmente para la época de las conquistas romanas, es útil el libro 8º de las *Crónicas* de Zonara.

Dión Casio tiene sus cualidades positivas: buen conocedor de la literatura histórica, sabe moverse entre las noticias contradictorias de sus fuentes, escribe en buena lengua literaria. Pero vivió en la época de la decadencia de la historiografía antigua, lo que explica en cierto modo sus deficiencias: falta de un vasto horizonte histórico, amor por los detalles, gran deseo de escribir sueños, predicciones, etc. Hay que hacer notar también que Dión está mucho mejor informado sobre la historia del Imperio que sobre la de la República.

---

<sup>1</sup> Correspondencia Marx-Engels.

Para el período que nos ocupa, Diodoro Sículo sólo se ha conservado en algunos fragmentos de los libros que van del 22º al 33º. Tienen alguna importancia las noticias que se encuentran en Cornelio Nepote, escritor del siglo I a. C., autor de un compendio de malas biografías. La época que estudiamos está reflejada en las biografías de Amílcar, Aníbal y Catón.

Una rápida ojeada sobre los sucesos internacionales del siglo III y del II a. C., la encontramos en Justino, escritor romano del siglo II d. C., que nos dejó un sumario breve del gran trabajo en 44 libros del historiador Pompeyo Trogo (que vivió probablemente en la época de Augusto). Árido y sumario, el relato de Justino no brilla ni por su estilo ni por sus méritos científicos, pero nos proporciona muchos datos que no se encuentran en otros historiadores.

Las relaciones entre Roma y Grecia en el siglo II están expuestas en parte en una especie de "guía" del escritor griego del siglo II d. C., Pausania, autor de la *Descripción de Grecia*.

Alguna cosa útil se puede encontrar también en Valerio Máximo, autor de *Sentencias y hazañas famosas*, colección de anécdotas del siglo I d. C.; en Frontino (siglo I d. C.), autor de *Las estratagemas de guerra*; en Pablo Orosio, escritor cristiano del siglo V, autor de un sumario de historia mundial titulado *Contra los paganos* y en los trabajos de Floro, Eutropio, etc.

Las fuentes documentales de la época de las conquistas romanas son mucho más completas que las que se refieren a los dos períodos precedentes, si bien no hay muchas descripciones latinas que tengan un significado histórico. Entre éstas, se notan algunos elogios de la famosa estirpe de los Escipiones. La inscripción más antigua es justamente la que está grabada sobre la tumba de Lucio Cornelio Escipión, cónsul en el 259 e hijo de Escipión Barbado (ver pág. 16 del volumen I). En ésta, a más de otras cosas, se dice que Escipión conquistó Córcega, con la ciudad principal Aleria (en tiempos de la primera guerra púnica). Otros elogios se refieren al hijo de Escipión el Africano y a otros dos miembros de la familia que no tuvieron gran importancia.

Es posible que también se refiera a la época de la primera guerra púnica un fragmento de inscripción que habla del cónsul del 260, Duilio, que venció a los cartagineses cerca de Milazzo. Esta inscripción se encuentra en la base de la columna erigida en su honor y contiene una serie de interesantes datos numéricos. Sin embargo se duda de su autenticidad y hay tendencias a suponer que se trata de una hábil adulteración hecha en el primer período del Imperio.

Dejando de lado las inscripciones casuales y pequeñas, frecuentemente fragmentarias, recordaremos todavía otras dos im-

portantes. La primera es un decreto del 189 del jefe romano L. Emilio Paulo, por el cual se daba un reglamento a la vida de una comunidad española; la otra es el famoso decreto del senado del 186 sobre las bacanales (*senatus consultus de bacchanalibus*), que representa el primer decreto del senado romano que se ha conservado en forma de inscripción. Tiene una gran importancia para la historia de la civilización porque demuestra la vasta difusión que ya a principios del siglo II tenía en Italia el culto de Dionisio. El decreto prohíbe la organización de bacanales en todas las comunidades itálicas sin permiso previo especial del senado.

Los fastos triunfales y consulares de este período son importantes para fijar las fechas. Los que se refieren a la primera guerra púnica se han conservado íntegramente. Pero éste es un material que, como ya hemos dicho en el capítulo I, debe usarse con mucha cautela.

Los acontecimientos de la parte oriental del mundo mediterráneo están reflejados en numerosas inscripciones y papiros griegos. Es muy rico el conjunto de restos arqueológicos que han quedado en todo el enorme territorio conquistado por los romanos, en Sicilia, Africa, España, en la península balcánica, en Asia Mayor. Son particularmente numerosas las monedas: romanas, cartaginesas, sirias, mamertinas, etc.

Para la historia de la civilización tienen gran importancia las producciones pictóricas y literarias: comedias de Plauto, y de Terencio, fragmentos de los discursos de Catón, etc.

*Cartago.*—La gran potencia del occidente mediterráneo, con la que Roma luchó durante más de dos siglos, era al principio una pequeña colonia fenicia de Tiro, fundada, según la tradición, en el 814.

Según todas las apariencias, Cartago ya no era la antigua colonia fenicia fundada sobre las costas de Africa; las ventajas de su posición geográfica le habían proporcionado la forma de someter las fundaciones vecinas de Tiro y de Sidón y de extender, poco a poco, su poder sobre una parte notable de las costas del Mediterráneo occidental.

Cartago estaba situada al noreste de la actual ciudad de Túnez, en el interior de un gran golfo, no lejos de las bocas del río Bagrad, que corría a lo largo de una fértil llanura. La ciudad estaba ubicada sobre las principales vías marítimas que

unían el oriente mediterráneo con el occidente, en contacto directo con Sicilia. Pronto se convirtió en centro del intercambio de productos del este con las materias primas del occidente y del sud. Los mercaderes cartagineses comerciaban la púrpura de producción propia, los dientes de elefante y los esclavos del Sudán, las plumas de avestruz y las arenas auríferas del África central. Recibían plata y pescado salado de España, aceite de oliva y productos artísticos griegos de Sicilia, De Egipto y de Fenicia llegaban a Cartago tapices, cerámicas, esmaltes y perlas de vidrio, que los mercaderes cartagineses cambiaban con preciosas materias primas proporcionadas por los indígenas.

El predominio de esta clase de comercio en la economía cartaginesa define las dimensiones y el carácter de aquella potencia colonial. Sus fundaciones se extendían en una estrecha faja a lo largo de las costas septentrionales de África, desde la Tripolitania hasta la columna de Hércules, de donde se proyectaban hacia el sud, a lo largo de las costas del Océano Atlántico. También había otras diseminadas por la España meridional, en las islas Baleares, en Cerdeña y en Córcega. Una gran parte de Sicilia pertenecía a Cartago.

Sin embargo, Cartago no sólo era una potencia comercial. También la agricultura tenía una notable importancia en su economía. En la fértil llanura del Bagrad se encontraban las grandes propiedades de los agrarios cartagineses. La tierra era trabajada por esclavos o por la población local libia, que se encontraba en un estado de sujeción de tipo feudal, con métodos de conducción racionales por los cuales los cartagineses eran famosos. La obra de Magón sobre la agricultura, en 28 libros, fué pronto traducida a la lengua latina por orden del senado romano. Según parece, la pequeña propiedad agraria no tenía en Cartago sino una escasa importancia.

La estructura de clase de Cartago estaba definida por esta economía: todo el poder se encontraba concentrado de hecho en manos de un restringido grupo de ricos terratenientes, comerciantes y artesanos. Esta oligarquía se dividía en dos fracciones: la agraria y la artesano-comercial, que combatían frecuentemente entre sí. Los agrarios eran partidarios de la expansión territorial en África y adversarios de la política de conquistas de ultramar y que era en cambio la aspiración del partido artesano-comercial. En Cartago faltaba el elemento cam-

pesino, lo que determinó la debilidad de la democracia en general.

Por su organización política, Cartago era una república oligárquica de tipo esclavista. Existía una asamblea popular que, por lo general, no tenía gran importancia. Aristóteles dice que el pueblo intervenía en la decisión de las cuestiones de estado sólo en caso de que los círculos dirigentes no se encontraran de acuerdo entre ellos. El sistema de la corrupción política, ampliamente practicado, quitaba toda posible fuerza a la asamblea popular, y el de comprar los cargos estatales daba sólo a los ricos la posibilidad de ocuparlos.

A la cabeza del poder ejecutivo había dos "sufetes"<sup>2</sup> que recuerdan a los cónsules romanos. Eran elegidos cada año y les correspondía sobre todo el alto mando del ejército y de la flota; formaban parte del senado, que probablemente estaba compuesto por cerca de 300 senadores<sup>3</sup> (gerontes, según la terminología de Aristóteles). Parece que el cargo de senador era de por vida. El senado ejercía el poder legislativo: cuando no existía acuerdo entre el senado y los sufetes, los problemas en discusión se presentaban, para su decisión, a la asamblea del pueblo. El senado elegía un comité de 30 miembros que cumplía todo el trabajo de administración normal.

No están muy claras las funciones del colegio de los 100 ó de los 104, que Aristóteles compara con el "eforado" espartano. De cualquier modo, esta institución de la oligarquía cartaginesa tenía una gran importancia, ya que era el órgano supremo de control y justicia.

Del mismo modo, nada preciso sabemos sobre las pentarquías<sup>4</sup>. Aristóteles sólo dice que las pentarquías, investidas de muchas funciones importantes, se completaban por sí solas, elegían el consejo de los 100 y, sobre todo, que permanecían en funciones por un tiempo mayor que el de las otras magistraturas<sup>5</sup>.

Por las exiguas indicaciones de Aristóteles y de Polibio es difícil comprender la evolución de la organización estatal cartaginesa. ¿Tuvo siempre un carácter oligárquico, o en determinadas épocas prevalecieron tendencias democráticas? Somos más propensos a creer en la segunda suposición. Las indicaciones fragmentarias de las fuentes dan motivo

<sup>2</sup> Literalmente "jueces", del fenicio *shofetim*. Los romanos y los griegos los llamaban "reyes" (*reges*, *basileis*).

<sup>3</sup> Sabemos muy poco de la constitución cartaginesa y por eso debemos limitarnos a hacer suposiciones.

para suponer que en la vida de Cartago haya habido períodos en los cuales la bancarrota de la política llevada por la fracción oligárquica provocó un aumento del movimiento democrático, que luego desembocó en reformas. Tal fué, por ejemplo, el período subsiguiente a la segunda guerra con Roma. Polibio afirma que en la época de las guerras púnicas la organización estatal de Cartago evolucionaba en un sentido democrático: "en lo que respecta al Estado de los cartagineses, me parece que al principio éste estaba egregiamente organizado, al menos en las cosas esenciales... Pero ya en aquel período, cuando los cartagineses comenzaron la guerra con Aníbal, su Estado era peor que el romano... En ese entonces, el pueblo tenía en Cartago una gran influencia en todas las decisiones, mientras que en Roma las medidas más importantes eran tomadas por el Senado. Mientras en Cartago era la multitud la que tomaba las decisiones, en Roma esto lo hacían los mejores ciudadanos y por eso las resoluciones adoptadas eran más justas" (VI, 51).

Es evidente que en esto Polibio exagera, deseoso de poner en evidencia la perfección de la constitución romana, basada, según su opinión, en el equilibrio de tres principios: el monárquico, el aristocrático y el democrático. En todo caso, en Cartago tuvieron lugar importantes movimientos populares<sup>6</sup>. Una de las medidas preventivas contra posibilidades semejantes era la deportación periódica de la población que se encontraba bajo el dominio de Cartago<sup>7</sup>.

Cuando las revueltas salían de los límites de la ciudadanía, y se extendían a los mercenarios, a los esclavos y a los elementos sin derechos de la población libia, se transformaban en sublevaciones amenazadoras, que ponían en peligro la existencia misma de Cartago. De estas características fueron, por ejemplo, los hechos que tuvieron lugar después de la primera guerra púnica (ver capítulo siguiente).

La administración de los territorios dependientes, los cartagineses la encaraban con métodos distintos que los de los romanos. Estos últimos, como hemos visto, concedían a las poblaciones sometidas de Italia una cierta autonomía y las eximían del pago de cualquier impuesto regular. El gobierno cartaginés, por el contrario, no sólo exigía de las tribus y ciudades sometidas la provisión de contingentes militares (cosa que también hacían los romanos), sino que además las gravaba con pesados impuestos permanentes en dinero o en especies. Este sistema proporcionaba a Cartago enormes entradas, en absoluto comparables con los magros ingresos del tesoro romano.

Sobre un imperio colonial tan enorme sólo era posible

<sup>4</sup> Colegios compuestos por 5 miembros.

<sup>5</sup> *Política*, II, 8, 4.

<sup>6</sup> *Polibio*, XV, 30, 10.

<sup>7</sup> Aristóteles, *Política*, II, 8, 9.

mantener el dominio mediante un fuerte aparato bélico. La ausencia en Cartago de campesinos era la causa principal de la exigüidad de la milicia ciudadana respecto al enorme número de mercenarios y de divisiones de tribus dependientes y de ciudades fenicias y de la costa africana. Pero un tal ejército tenía también sus ventajas: los mercenarios, militares de profesión, estaban muy bien adiestrados, y en manos de un jefe hábil se convertían en una seria amenaza para los ejércitos enemigos. Por otro lado, representaban un elemento muy inquieto, que podía causar muchas dificultades a quien lo pagaba. Por su mismo carácter, las tropas mercenarias no se adaptaban a cualquier clase de guerra. Si se trataba de marchar sobre un territorio enemigo que prometía un rico botín, los mercenarios estaban muy bien dispuestos; pero cuando la lucha llegaba hasta el agotamiento, cuando no sólo había que atacar, sino que defenderse, su ánimo decaía muy pronto. Además, en lo que respecta a los pueblos sometidos, está claro que no tenían el ardiente deseo de defender la causa de la odiada Cartago. Por eso el ejército romano, formado por ciudadanos y aliados, tenía una gran superioridad sobre el cartaginés.

Cartago era muy superior a Roma en fuerzas navales. A comienzos de la guerra, no se podía hablar en verdad de flota romana: algunas embarcaciones de poco tonelaje, más dos o tres decenas de naves provistas por los aliados marítimos que, naturalmente, no pueden entrar en la cuenta. Cartago, en cambio, en caso de necesidad podía movilizar una flota de algunos centenares de grandes naves de cinco órdenes, construidas y armadas según la última palabra de la técnica marítima helénica y provistas de expertas tripulaciones.

Éste era el terrible enemigo con el cual los romanos debían inevitablemente chocar en su expansión hacia la Italia meridional.

*Comienzo de la guerra.* — Hacia el 270, después de haber retomado Reggio a los mercenarios campanos, Roma se había asomado al estrecho de Messina, que separaba Italia de la rica Sicilia. En ese tiempo y en aquella zona la situación política era muy compleja. Después de la infructuosa tentativa de Pirro, los cartagineses se habían apoderado nuevamente de una gran parte de la isla y en manos de Siracusa sólo había quedado

un territorio relativamente pequeño. La extremidad nororiental, con Messina, se encontraba bajo el dominio de los llamados mamertinos<sup>8</sup>. Estos eran ex mercenarios de la Italia meridional, en otro tiempo al servicio del tirano Agátocles, que al quedar sin ocupación después de su muerte, producida en el 289, se habían apoderado por traición de Messina y, después de haber matado o expulsado a sus ciudadanos, se habían dividido sus propiedades, sus mujeres y sus hijos y habían extendido el control sobre todo el territorio del estrecho, cuya importancia estratégica era enorme. El jefe siracusano Gerón había hecho la guerra contra los mamertinos y, a pesar de los primeros fracasos, finalmente había logrado derrotarlos (alrededor del 275). Por este motivo había sido proclamado rey de Siracusa, con el nombre de Gerón II.

Después de la victoria de Gerón, la situación de los mamertinos se había hecho muy difícil. En la imposibilidad de poder vencer a los siracusanos con sólo sus propias fuerzas, habían dejado desembarcar en Messina una división de cartagineses, cuya flota estaba atravesando el estrecho. Gerón, que no estaba aún en condiciones de llevar una guerra con Cartago, se vio obligado a retirarse.

Mientras tanto, en Messina habían surgido dos tendencias: la primera quería una sumisión formal a Cartago sobre la base del reconocimiento de la autonomía, la otra estaba por la alianza con Roma. Esta última se impuso y se envió una embajada al Senado romano.

El gobierno romano comprendió que se encontraba ante un problema de excepcional importancia, de cuya decisión dependía el destino de Roma. Los senadores se dieron cuenta que aceptar la proposición de Messina significaba la guerra con Cartago. ¿Y quién podía prever adónde llevaría ésta? Cartago era fabulosamente rica, poseía una flota poderosa. El Senado se daba cuenta perfectamente de las dificultades de una guerra, pero Roma no podía permitir que los cartagineses pusieran pie sólidamente en la costa del estrecho. Dejando de lado las consideraciones sobre los peligros estratégicos que comportaba semejante vecindad, ésta representaba una amenaza directa si

---

<sup>8</sup> Así se llamaban a sí mismos. Mamertinos = gente de Marte, guerreros (en lengua samnita Marte se decía *Mamers*).



blen no contra el comercio romano en sí mismo (en aquel tiempo Roma no estaba muy interesada en los asuntos comerciales), seguramente contra el de los aliados de la Italia meridional. Además, la ocupación de Messina habría reforzado las posiciones de Cartago en Sicilia de tal modo que la sumisión de Siracusa, y en consecuencia de toda la isla, era mera cuestión de tiempo, y tampoco ésto podía permitirlo Roma.

Consideraciones de carácter político interno hacían aún más difícil la adopción de una decisión. Una gran guerra habría reforzado inevitablemente los elementos militares de la corriente democrática campesina y llevaría nuevos hombres al poder, cosa que no convenía a la antigua nobleza. Pero la misma consideración hacía que los jefes democráticos desearan la guerra.

Además, entre algunos elementos de la sociedad romana (en verdad aún no muy numerosos) se notaban ya tendencias agresivas frente a Sicilia. Por primitiva que fuese la economía romana en los comienzos del siglo III, sin embargo, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, las tendencias de su desarrollo llevaban, lenta pero directamente, hacia el aumento de la gran propiedad agraria y hacia el fortalecimiento del esclavismo. Desde este punto de vista, la conquista de la fértil y floreciente Sicilia era una posibilidad muy seductora. En realidad no se trataría sino del desarrollo ulterior de la política meridional de Roma. Repetimos: los círculos "imperialistas" en aquel tiempo eran aún muy poco numerosos, pero empezaban a nacer y a ejercer una cierta influencia sobre la opinión pública.

De todos modos, el problema planteado por Messina con su pedido de alianza era tan arduo que la votación en el Senado no llegó a ningún resultado y por lo tanto, no hubo ninguna decisión. La última palabra le correspondía a la asamblea popular, que decidió realizar la alianza con los mamertinos y prestarles ayuda.

De este modo se tomó una decisión cuyas consecuencias fueron incalculables, decisión que desencadenó la primera de una larga serie de guerras de ultramar que llevaron al dominio mundial de Roma.

La operación de Messina fué confiada al cónsul Apio Claudio, pariente del famoso censor y uno de los más destacados

exponentes del partido favorable a la guerra.<sup>9</sup> Para no perder tiempo, Apio Claudio, mientras aún se efectuaba el reclutamiento de la tropa, mandó precederlo a uno de los tribunos militares, con una pequeña división. Lograron atravesar el estrecho violando el bloqueo de la flota cartaginesa y entraron en el puerto de Messina. Los mamertinos, envalentonados por la presencia de los romanos, obligaron al jefe de la guarnición cartaginesa, Anón, a evacuar la ciudad. Anón, desconcertado, se fué con su tropa, y los romanos entraron en Messina (264)<sup>10</sup>.

Los cartagineses, sin embargo, no se resignaron a la pérdida de la ciudad, y decidieron retomarla a cualquier precio. Gerón, que temía a los romanos aún más que a los cartagineses, y que evidentemente no estaba bien orientado sobre la situación, se alió con los cartagineses: fué así que Messina se vió atacada por dos partes por los ejércitos aliados.

Mientras tanto, Apio Claudio había llegado a Reggio con dos legiones. Las ciudades griegas aliadas de Roma le habían puesto a su disposición medios de transporte y, no obstante la vigilancia de la flota cartaginesa, logró pasar el estrecho durante la noche. Una tentativa de tratos pacíficos con el enemigo no dió resultados y se iniciaron las operaciones militares. El cónsul romano, aprovechando del hecho que los siracusanos y los cartagineses no se fiaban los unos de los otros, empezó por atacar a Gerón, lo derrotó y lo obligó a retirarse; luego marchó contra los cartagineses, forzándolos a recembarcarse.

Luego el cónsul se dirigió hacia Siracusa para aprovechar su triunfo, pero con las fuerzas que tenía a su disposición, y sin flota, no le era posible tomar la ciudad. Por otra parte, su período en el cargo había terminado, por lo que Apio Claudio regresó a Roma dejando en Sicilia una fuerte guarnición.

*Alianza con Gerón. Conquista de Agrigento.* — Los cónsules del 263<sup>11</sup> se presentaron en Sicilia con grandes fuerzas (alrededor de 40.000 hombres). Varias ciudades cartaginesas y griegas se les sometieron<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> Polibio escribe: "El pueblo... instigado por el cónsul, decidió ayudar a los mamertinos" (I, 11, 2).

<sup>10</sup> Por este motivo Anón fué condenado por el gobierno cartaginés bajo la acusación de cobardía.

<sup>11</sup> Manio Hotacilio y Manio Valerio.

<sup>12</sup> Alesa, Tauromenio, Catania, etc.

Los ejércitos romanos marcharon de inmediato sobre Siracusa y le pusieron sitio por tierra. Gerón, que era realmente un político, trató de corregir el error del año anterior y logró concertar con los romanos un tratado de paz y de alianza en las siguientes condiciones: él conservaba el poder sobre Siracusa y sobre territorio adyacente bastante extenso, restituía los prisioneros romanos sin rescate y pagaba, como contribución para la guerra, 100 talentos de plata.

La alianza con Gerón fué recibida por Roma con gran satisfacción, ya que facilitaba sensiblemente la conducción de la guerra y en los primeros momentos se llegó hasta decidir la reducción a la mitad de las fuerzas enviadas a Sicilia. Los cartagineses, en cambio, estaban reuniendo tropas muy numerosas e hicieron su centro fortificado en Agrigento, importante ciudad situada sobre la costa sudoccidental.

Los cónsules del 262<sup>13</sup>, con un ejército que de nuevo había sido llevado a 40.000 hombres, pusieron sitio a Agrigento en la primavera de aquel año. La conquista de la ciudad presentaba grandes dificultades, dadas las óptimas fortificaciones y la presencia de una fuerte guarnición. El sitio se prolongaba por la heroica resistencia de la ciudad. Después de cinco meses, llegó en ayuda de los sitiados un gran ejército cartaginés que a su vez rodeó a los romanos, haciéndoles muy difíciles los aprovisionamientos. Esta situación se arrastró durante dos meses, hasta que los cartagineses, para aliviar a la guarnición y a la población de Agrigento de la trágica situación que les había creado el largo sitio, decidieron presentar batalla a los romanos. En esa batalla los de Cartago fueron derrotados y perdieron casi todo su ejército, y los romanos se debilitaron a tal punto que no les fué posible impedir la evacuación de la guarnición cartaginesa de Agrigento. Después de la partida de las tropas enemigas, los romanos irrumpieron en la ciudad indefensa, la saquearon y redujeron a sus habitantes a la esclavitud.

*La construcción de la flota y la primera victoria en el mar.* — La caída de Agrigento provocó un vuelco hacia Roma de algunas ciudades del interior, mientras que los centros marítimos, temerosos de la flota cartaginesa, resistían encarnizadamente y las naves enemigas comenzaban a atacar la costa italiana. Para

---

<sup>13</sup> Lucio Postumio y Quinto Mamilio.

el gobierno romano resultó claro que sin flota no le sería posible continuar la guerra y entonces se dedicó con energía a la construcción de grandes naves de batalla. Con extraordinaria rapidez fueron preparados 100 quinquirremes y 29 trirremes, que requerían un mínimo de 30.000 expertos remeros. Una parte de éstos fué provista por los aliados marítimos, pero la mayoría debió tomarse entre los campesinos itálicos, de entre los estratos más pobres de la población, en gentes completamente ignorantes del oficio. Para ganar tiempo, los reclutas fueron adiestrados en tierra firme, disponiéndolos en el mismo orden que ocuparían sobre las naves, mientras se aceleraba su construcción.

La joven flota romana era muy inferior a la cartaginesa: las naves eran poco marineras, los tripulantes estaban mal adiestrados; faltaban capitanes expertos. Para salvar esas deficiencias y aprovechar la superioridad de su infantería, los romanos aplicaron a sus naves una nueva invención, tomada probablemente de los siracusanos. Colocaron en la proa puentes móviles provistos de ganchos en los extremos y parapetos en los costados. Cuando la nave romana se acercaba a la enemiga, los puentes móviles debían arrojar sobre esta última. Estos puentes se aferraban sólidamente a la nave adversaria y permitían que pasara a ella la infantería, que entablaba el combate cuerpo a cuerpo, en el cual los romanos no tenían rivales. Estos mecanismos fueron llamados, en la jerga de los soldados, "cuervos" y se los aplicó con gran éxito en la primera batalla naval importante.

En el 260, después de algunos pequeños encuentros, la flota romana, al mando del cónsul Cayo Duilio, enfrentó a la cartaginesa cerca de Milazzo (Mylae), sobre la costa septentrional de Sicilia, al oeste de Messina. Los cartagineses fueron derrotados y huyeron después de haber capturado 50 naves.

Veamos la descripción que hace Polibio (I, 23) de esta famosa batalla. "En vista de esto, los cartagineses, convencidos de la inexperiencia de los romanos se lanzaron apresuradamente al mar con 130 naves<sup>14</sup>, yendo a toda velocidad contra el enemigo; ni siquiera se preocuparon por observar una formación de batalla, parecían ir al encuentro de un botín seguro... A medida que se acercaban empezaron a notar sobre la proa de las naves enemigas los "cuervos" en alto. Al principio no sabían

---

<sup>14</sup> Antes de esto los cartagineses estaban ocupados en saquear el territorio cercano a Milazzo,

aplicarse qué eran y se maravillaron por no conocer el nuevo mecanismo, pero luego, sin preocuparse más, las primeras naves que llegaron cerca del enemigo presentaron batalla audazmente. El combate se desarrolló como lo habían previsto los romanos: las naves enemigas, enganchadas por los puentes móviles, eran asaltadas por la infantería. Una parte de la flota cartaginesa fué destruída, algunas naves se rindieron, aterrizadas: la batalla, de marítima se había transformado en terrestre."

Las noticias de la victoria de Milazzo <sup>15</sup> suscitaron en Roma una oleada de entusiasmo. En el Foro se elevó una columna en honor a Duilio, con una solemne inscripción y adornada por los espolones de las naves conquistadas.

Como resultado inmediato de la victoria del 260 hubo una expedición de la flota romana, al mando del cónsul del 259 L. Cornelio Escipión, a Cerdeña y a Córcega. La ciudad de Aleria, en Córcega, fué ocupada. Al año siguiente, el sucesor de Escipión derrotó en las aguas sardas a una escuadra naval cartaginesa.

En Sicilia, después de algunos fracasos momentáneos, los romanos concentraron grandes fuerzas y redujeron al enemigo a sólo la parte occidental de la isla.

*La expedición a Africa.* — Ya que las operaciones en Sicilia iban para largo, quedando los cartagineses en posesión de las dos fortalezas de Lilibeo y Trápani, que no era fácil tomar por asalto, en Roma nació la audaz idea —por lo demás muy aceptable después de los inauditos triunfos de la flota— de llevar la guerra a África con el ataque a la misma Cartago.

En el verano del 256, una enorme flota romana, compuesta por 280 embarcaciones, en su mayoría quinquirremes, zarpó de Messina con dirección a África. La flota, al mando de ambos cónsules del 256 —Lucio Manlio Vulso y Marco Atilio Régulo— comprendía también muchos medios de transporte, estaba servida por cerca de 100.000 remeros y trasportaba 40.000 infantes.

Después de haber doblado la punta suroriental de Sicilia, los romanos se dirigieron a lo largo de la costa suroriental de

---

<sup>15</sup> La batalla tuvo lugar exactamente entre Milazzo y las islas Lipari. Por eso se la conoce también como "batalla de las Lipari".

la isla, donde se encontraron con la flota cartaginesa, compuesta por 250 naves con no menos de 150.000 hombres. Cerca del cabo Ecnomo se entabló entonces una batalla, la más grande batalla naval que registra la historia antigua.

Los romanos dispusieron una formación a modo de cuña, disponiendo las naves de transporte en la base. De este modo les fué fácil abrirse camino en la formación lineal de los cartagineses, pero luego se encontraron circundados por todas partes por las naves enemigas. Durante la batalla que se desarrolló a partir de ese momento, los romanos recurrieron nuevamente a su táctica de los "puentes móviles": el ala derecha de los cartagineses cedió y se entregó a la fuga, la izquierda fué empujada contra la costa y se destrozó contra los escollos.

Los cartagineses perdieron cerca de 100 embarcaciones, de las cuales más de 30 fueron hundidas y 64 capturadas. Las pérdidas romanas alcanzaron a 24 naves.

Después de haber sufrido esta derrota, la flota enemiga se retiró a las costas de África para cooperar en la defensa de Cartago. Los romanos desembarcaron inmediatamente en los alrededores de Clípea, donde colocaron las naves en seco y las circundaron de obras defensivas. Luego pasaron al ataque de la ciudad, que ocuparon después de un breve sitio. Dejada una guarnición de Clípea, comenzaron el saqueo de la zona, capturando mucho ganado y más de 20.000 prisioneros.

En este período llegó de Roma la orden de que uno de los cónsules quedara en África con fuerzas suficientes y el otro regresara a Roma con la flota, los prisioneros y la parte mayor del ejército. Probablemente esto se debía a las siguientes consideraciones: conquistar rápidamente Cartago con las fuerzas que en ese momento se encontraban en África era imposible, se habrían necesitado refuerzos que no podían enviarse antes de la primavera; mantener sobre el lugar esa enorme cantidad de remeros, soldados y prisioneros habría sido muy difícil y, por otra parte, para enviar refuerzos era necesaria la flota. Es posible que también haya influido sobre la decisión el descontento de las masas campesinas itálicas que por primera vez habían sido separadas de su trabajo durante un período tan largo. Probablemente éstos hayan sido los motivos que influyeron al Senado a dar semejante orden fatal.

En Africa quedó Régulo<sup>16</sup> con 15.000 infantes, 500 jinetes y 40 naves. Continuó con el saqueo del país y, marchando hacia Cartago, puso sitio a la ciudad de Adys. El ejército cartaginés acudió en su ayuda: era superior al romano en la caballería y disponía también de elefantes. Pero el mando de los cartagineses presentó batalla partiendo de posiciones muy desventajosas y fué duramente derrotado, hasta el punto de perder su propio campamento. Entonces Régulo se acercó aún más a Cartago y ocupó Túnez, en donde estableció sus cuarteles de invierno.

La situación de Cartago se hizo crítica. A la llegada de los romanos, los númidas se habían rebelado y también ellos se habían puesto a saquear el país. A la ciudad habían afluido numerosos prófugos y el hambre golpeaba ante sus puertas. Régulo, envalentonado por sus triunfos y deseoso de terminar la guerra antes de la primavera, propuso al gobierno cartaginés entrar en tratativas de paz. Los cartagineses aceptaron con entusiasmo. Pero el cónsul romano, hombre de visión limitada, presuntuoso y que además no comprendía la situación, puso condiciones muy humillantes, a las que los cartagineses se rehusaron categóricamente, interrumpiéndose así las tratativas.

Los romanos permanecieron inactivos frente a Cartago. De lo que hicieron no se sabe nada, ni siquiera si Régulo trató de concertar una alianza con los númidas, que le hubiera sido muy ventajosa dado que sólo ellos tenían la posibilidad de proporcionarle caballería. Las autoridades cartaginesas, por el contrario, empujadas hacia el límite extremo, demostraron una gran energía. Los funcionarios adictos al reclutamiento hicieron afluir mercenarios de todas partes, asegurándose incluso la colaboración del hábil jefe espartano Jantipo. En la emergencia el gobierno se mostró lo suficientemente inteligente como para confiarle a Jantipo el mando del ejército. El espartano puso de

---

<sup>16</sup> Valerio Máximo cuenta (IV. 4. 6) que Régulo había pedido al Senado ser exonerado del mando en el segundo año, ya que el custodio de su pequeña hacienda había muerto y sus asalariados, aprovechando la circunstancia, se habían llevado los arneses. El Senado rechazó el pedido, ordenando que la propiedad de Régulo fuera cultivada a costa del Estado. El episodio es interesante tanto desde el punto de vista de la economía campesina en esos tiempos, como del de la pequeña propiedad de la nobleza en el siglo III.

inmediato manos a la obra y logró elevar la moral de los soldados creando en todo Cartago un estado de ánimo totalmente nuevo.

Cuando Jantipo consideró llegado el momento oportuno, marchó contra Régulo con su ejército, compuesto por 12.000 infantes, 4.000 jinetes y alrededor de 10 elefantes. Su táctica difería de la que antes practicaron los cartagineses: considerando la superioridad de la propia caballería y de la disponibilidad de elefantes, dispuso la formación en una llanura. A pesar de esto, Régulo, totalmente descuidado, aceptó la batalla. Los romanos fueron gravemente derrotados: la mayor parte fueron aplastados por los elefantes y destruidos por la caballería; 500 hombres, entre ellos el mismo Régulo, cayeron prisioneros, y sólo 2.000 lograron huir y se encerraron en Clípea.

Cuando la noticia de semejante catástrofe llegó a Roma, ya estaba lista una flota de 350 embarcaciones para proseguir la guerra en África. Pero el Senado, trastornado, decidió abandonar el teatro africano después de poner a salvo los 2.000 soldados que en Clípea rechazaban valerosamente todos los ataques cartagineses. A comienzos del verano del 255, la flota romana se hizo a la mar dirigiéndose a África. Cerca de la costa africana derrotó sin dificultad a una escuadra cartaginesa que trataba de impedirle el paso, capturando 24 naves enemigas. Los romanos pusieron proa hacia Clípea, recogieron los restos del ejército de Régulo y emprendieron inmediatamente el regreso. Pero cerca de las costas meridionales de Sicilia fueron sorprendidos por una espantosa tormenta: de 364 naves sólo se salvaron 80. Murieron alrededor de 70.000 remeros y 25.000 soldados.

"La historia —dice Polibio— no conoce que haya sucedido en el mar otra desgracia tan espantosa. Las causas no deben buscarse tanto en el destino como en los jefes mismos. El hecho es que los timoneles insistieron fuertemente en no navegar a lo largo de las costas de Sicilia frente al mar líbico, ya que las aguas eran profundas y difícil la entrada a puerto... Pero los cónsules desdeñaron el consejo porque deseaban intimidar con la victoria obtenida a algunas ciudades sicilianas situadas a lo largo del trayecto, y de ese modo apoderarse de ellas... Por lo general, los romanos actuaban por la fuerza y una vez que se habían propuesto una meta determinada se consideraban obligados a ir hasta el fin; tomada una decisión, para ellos no existía nada imposible" (I, 37).



De este modo, la expedición africana terminó con una terrible catástrofe. Sus causas deben buscarse no sólo en circunstancias objetivas, sino también subjetivas. Naturalmente, la organización de una gran expedición de ultramar era muy compleja y todavía les faltaba a los romanos experiencia en empresas de esa índole. Pero las dificultades no eran insuperables, como lo demuestra el hecho de que se hubiera construido una flota eficiente. Sin embargo, una vez organizada la expedición, el Senado no supo conducirla. El error principal consistió en el llamado a regresar a una parte conspicua del ejército africano; otro error fué el de dejar en África al mediterráneo Régulo, que no supo aprovechar el momento favorable para la conclusión de una paz ventajosa. Si este último hubiese sido más razonable en sus exigencias, la paz se habría concluido en el 256 con la renuncia por parte de Cartago a Sicilia y a Cerdeña y con el pago de un tributo. La ciega obstinación del cónsul costó a Roma otros 15 años de guerra e innumerables pérdidas, para obtener resultados casi iguales. Finalmente, fué también un error la evacuación de Clípea en el 255. Iniciada una expedición semejante, había que llevarla a término a cualquier costo y no dejarse impresionar por la pérdida del primer ejército de ocupación.

*La guerra en Sicilia.* — La guerra continuó principalmente en Sicilia. Después de la pérdida de la flota, los romanos encontraron inmediatamente fuerzas para construir en tres meses 220 nuevas naves <sup>17</sup>, con el apoyo de las cuales emprendieron una operación combinada contra uno de los centros más importantes del dominio cartaginés en Sicilia: la ciudad de Palermo. Esta fué sitiada por mar y tierra y tomada por asalto. El triunfo produjo el alineamiento al lado de Roma de otras ciudades de la costa septentrional. Poco tiempo antes, los cartagineses habían tomado Agrigento, destruyéndola por completo, pero esto estaba lejos de poder compensar la pérdida de Palermo. En cambio, los romanos sufrieron una vez más una grave desgracia en el mar. En el 253, habiéndose dirigido la flota hacia las costas de Tripolitania, encalló en la costa, por culpa de los escasos conocimientos sobre el lugar, y sólo después de muchas dificultades

<sup>17</sup> También Cartago había incluido en su flota 200 nuevas unidades.

logró librarse. En el viaje de regreso fué luego sorprendida por una tempestad y se hundieron 150 naves.

Después de esto, el Senado debió reconocer que el arte de navegar romano se encontraba en un nivel muy bajo. Se podía derrotar a la flota cartaginesa recurriendo a la táctica de combate de la infantería, pero desde el punto de vista naval la lucha se presentaba mucho más difícil. Esta convicción, y también las enormes pérdidas en hombres y materiales y la mala situación de las finanzas fueron causas de un pasaje momentáneo a la guerra terrestre.

En el 250 los cartagineses aparecieron por tierra ante Palermo con muchos elefantes, cuyo recuerdo estaba vivo aún en los romanos del tiempo de la expedición de Régulo. El comandante romano, cónsul del año precedente, L. Cecilio Metelo, no se dejó atraer al campo abierto y se fijó detrás del foso que había trazado ante los muros de la ciudad. Perdiendo la paciencia, los cartagineses atacaron igual las posiciones romanas. Los elefantes, heridos por los dardos y venablos romanos, se desbandaron creando una gran confusión en las filas enemigas. Aprovechando la situación, Metelo pasó al ataque con todas sus fuerzas: los cartagineses se lanzaron a una fuga desesperada y algunas decenas de elefantes cayeron en manos de los vencedores. La batalla de Palermo tuvo el mérito principal de haber disipado el pánico que los romanos experimentaban ante los elefantes.

En ese momento en Sicilia sólo quedaban a los cartagineses las dos fortalezas marítimas de Lilibeo y Trápani. En el mismo año 250 los nuevos cónsules<sup>18</sup> iniciaron el sitio de Lilibea por mar y por tierra con dos legiones y 200 naves. La guarnición de Lilibea tenía alrededor de 20.000 combatientes: la ciudad estaba defendida por muros fortificados y por un profundo foso y el acceso por mar era difícil a causa de las lagunas. Además de Trápani, la flota cartaginesa ayudaba a los sitiados.

El sitio fué diluyéndose, no obstante la evolucionada técnica de los romanos. Pronto los cartagineses lograron incendiar los elementos de asalto romanos obligando a sus enemigos a limitarse al bloqueo, que se extendió hasta el fin de la guerra.

---

<sup>18</sup> Cayo Atilio y Manlio Vulso.

Para colmo de males, la flota romana sufrió también una grave derrota frente a la entrada del puerto de Drápano en su tentativa de capturar naves cartaginesas. Es cierto que se trataba de la única derrota naval sufrida por los romanos durante todo el tiempo de la guerra, pero agregadas a ella las pérdidas causadas por el mal tiempo, la disponibilidad de naves romanas disminuyó en tal forma (habían quedado más o menos 100) que el bloqueo completo de Lilíbea se volvió irrealizable.

Inmediatamente después de este hecho, la incapacidad de los marinos y la adversidad del tiempo causaron a Roma una nueva desgracia. Una escuadra de 120 naves, que transportaba víveres y abastecimientos al ejército que asediaba Lilíbea, cayó en medio de una tempestad y fue destruida casi por completo. Roma volvió a quedar sin flota y fue forzado abastecer al ejército sitiador por vía terrestre.

En toda esta sucesión de fracasos, los romanos sólo pudieron anotar en su activo una brillante operación que les permitió ocupar con una fuerte división las alturas y la ciudad de Eri, a espaldas de Trápani, lo que les dió la posibilidad de cortar las vías de comunicación con Lilíbea, aislando por tierra las dos ciudades que aún quedaban en manos de los cartagineses.

No obstante este triunfo, la posición de Roma continuaba siendo muy difícil como consecuencia del agotamiento de las finanzas y del catastrófico debilitamiento de las reservas humanas. Mientras tanto, según parece en Cartago había tomado la delantera el partido agrario, bajo la dirección de Anón, a quien se daba el sobrenombre de "el Grande". Como ya se ha dicho, este grupo no estaba interesado en las conquistas de ultramar, deseando por el contrario que la expansión de la potencia cartaginesa se produjera sobre territorio africano. El cambio de gobierno explica la relativa inactividad de la flota cartaginesa después del 250 y también una tentativa de emprender tratativas con Roma. En efecto, se había enviado a Roma una embajada con el propósito de intercambiar prisioneros, y es posible que la misma haya tenido también el encargo de estudiar el terreno para una eventual concertación de la paz. De cualquier modo, aún cuando hayan existido, la tratativas no llegaron a nada.

La tradición analítica refiere que con la embajada cartaginesa también fue enviado a Roma el prisionero Régulo, que debía convencer al Senado de aceptar el cambio de prisioneros. Pero Régulo habría aconsejado a los romanos que rechazaran cualquier propuesta y por este motivo se lo habría sometido luego a torturas en prisión.

En el 247 fué nombrado jefe de las fuerzas cartaginesas en Sicilia Amílcar, llamado Barca (es decir, rayo), hombre joven, enérgico y hábil. Su nombramiento se debía evidentemente a un nuevo cambio en las esferas dirigentes de Cartago y a una inmediata decisión de intensificar las acciones militares. Amílcar empezó por invadir la costa meridional de Italia, saqueándola. Luego desembarcó entre Palermo y Eri y ocupó el altiplano. Lo localidad se adaptaba extraordinariamente a las necesidades de la defensa y disponía de un excelente puerto. Desde allí, Amílcar amenazaba a los romanos en ambas direcciones, tanto de la parte de Trápani como de la de Palermo. Empezó entonces una serie de correrías por tierra en el interior de Sicilia y por mar sobre las costas itálicas. Tres años después (en el 244), Amílcar logró también conquistar Eri. De ésta, sólo la cima del Eri, con el famoso templo de Afrodita (Venus) quedó en manos de los mercenarios galos que se encontraban al servicio de Roma.

*El fin de la guerra.* — A fines de la década del 40, resultó claro que la guerra había entrado en un callejón sin salida y no podía ser conducida a buen término sin una victoria decisiva en el mar. Ambas partes estaban terriblemente agotadas, especialmente Roma. Entonces el Senado adoptó una medida extrema: decidió emitir un empréstito público (tributo) a cargo de los ricos y construir una nueva flota con el dinero recolectado. Las sumas prestadas se restituirían luego, cuando el Estado tuviera de nuevo ingresos suficientes. Así fué que en el 242 se construyeron 200 quinquirremes del tipo más reciente. Con estas fuerzas, a comienzos del verano del 242 el cónsul Cayo Lutacio Catulo se hizo a la mar con dirección a Trápani. Mientras tanto, la flota cartaginesa, que había permanecido inactiva en los puertos, al reaparecer en el teatro de las operaciones después de casi un año, estaba muy mal equipada. Para el gobierno cartaginés, la nueva flota romana representaba una total sorpresa: ocupada de nuevo en una guerra de expansión en África, la oligarquía cartaginesa había abandonado todo el peso de la guerra en Sicilia sobre las espaldas de Amílcar y de sus mercenarios, descuidando por completo la preparación militar de la flota. Este fué un error fatal e irremediable.

Catulo, aprovechando que en el mar no había fuerzas cartaginesas importantes, ocupó el puerto de Trápani y los accesos

Múltimos a Lilibeo, realizando por primera vez el bloqueo completo de ambas ciudades fortificadas. Pronto las guarniciones se encontraron sin víveres.

En marzo del 241 llegó por fin una flota cartaginesa cargada de abastecimientos para los sitiados. Pero como ya hemos dicho antes, las tripulaciones dejaban mucho que desear. Suponiendo que las naves enemigas tuviesen intención de tocar primero *Eril* para dejar refuerzos a Amílcar, Catulo marchó contra ellas y la batalla tuvo lugar cerca de las islas Hégades. Superiores en todos los aspectos, los romanos derrotaron a los cartagineses, que después de perder 120 naves se dieron a la fuga.

Con la batalla de las Egates terminó la guerra. Cartago habría podido aún continuarla en el mar: si hubiera querido, habría encontrado el dinero necesario, aún cuando justamente en ese período los cartagineses habían perdido las minas de plata de España (ver capítulo siguiente). Pero la oligarquía cartaginesa no estaba dispuesta a sacrificar sus intereses, como hacía la nobleza romana. Interesada y ávida, estrecha de miras, en todo el curso de su historia esa oligarquía se demostró incapaz del menor sacrificio y aferrada a las ganancias inmediatas, que le hacían perder las mayores ventajas futuras. A esto hay que agregar que en el período del 50 al 40, como ya hemos dicho, la política exterior de Cartago estuvo determinada en general por la nobleza agraria. Además, aún cuando se hubiese construido una nueva flota, ésta no podía salvar a Lilibeo y Trápani de su rendición, ya que esas poblaciones estaban muriendo de hambre. Y esta rendición significaba la pérdida completa de Sicilia, que era la verdadera causa de la guerra.

El Senado cartaginés dió a Amílcar plenos poderes para negociar la paz en las mejores condiciones posibles. Los dos jefes supremos se reunieron y elaboraron el texto del tratado, del que nos informa Polibio (I, 62; 8-9):

"La amistad entre los romanos y los cartagineses deberá fundarse en las siguientes condiciones, siempre que éstas sean reconocidas como ventajosas por el pueblo romano. Por parte de los cartagineses: evacuación de toda Sicilia; compromiso de no hacer guerra ni contra Gerón ni contra los siracusanos, ni contra sus aliados; entrega de todos los prisioneros romanos sin rescate; pago de un tributo de 2.000 talentos de Eubea, en un plazo de 12 años."

El gobierno romano se rehusó a ratificar el tratado, por considerarlo muy blando, y se envió a Sicilia una comisión de 10 personas para estudiar el problema en el lugar. La comisión, una vez tomado contacto con Amílcar, se convenció de que sería imposible obtener cambios sustanciales en el tratado a favor de los romanos y que Cartago estaba dispuesta a continuar la guerra en caso de necesidad. El tratado quedó entonces sin ninguna variación sustancial, con algunas modificaciones en el término de pago del tributo, que fué llevado a 10 años; en la suma, aumentada a 3.200 talentos y en la obligación que se tomó ante los cartagineses de evacuar también todas las islas situadas entre Sicilia e Italia (Lípari). Bajo estas nuevas condiciones, el tratado fué aprobado por la asamblea popular (241).

Así terminó la primera guerra entre Roma y Cartago, que se había prolongado 23 años y que costó a ambas partes un excepcional desgaste de fuerzas. En Cartago el final de la guerra no causó nada catastrófico (si se exceptúa la rebelión de los mercenarios). La pérdida de Sicilia<sup>10</sup> y más tarde de Cerdeña, como veremos luego, fueron naturalmente contrariedades, pero, dadas las grandes posibilidades coloniales de Cartago, eran pérdidas que podían compensarse fácilmente (como efectivamente sucedió, a costa de España). El tributo de 3.200 talentos no creaba tampoco dificultades excesivas, dados los enormes ingresos de los cartagineses.

Para Roma las consecuencias de la guerra tuvieron un alcance bien distinto. La conquista de una gran parte de Sicilia, que se convirtió en la primera provincia, en el nuevo significado que adquirió tal palabra, constituyó un hecho fundamental, que se reflejó en toda la economía itálica, ya que Sicilia se hizo centro principal de una importante economía esclavista, y también sobre todo el sistema administrativo romano. Con excepción del reino de Gerón, de Messina y de algunas otras ciudades, no se puede seguir considerando a Sicilia como miembro en paridad de derechos de la federación itálica. En realidad se trataba de un territorio extranjero con-

---

<sup>10</sup> Córcega había sido conquistada por los romanos en 259-258. Pero su poder en esta isla, como antes el de Cartago, se limitaba a la faja costera.

quitado por la fuerza de las armas, administrado ya por los cartagineses sobre principios de sujeción. Roma hizo suyos estos principios. El territorio siciliano fué considerado propiedad del pueblo romano y sus habitantes súbditos privados de derechos, obligados a pagar a los cuestores una tasa igual a la décima parte de los propios ingresos y sometidos a la autoridad ilimitada de los pretores romanos. Del mismo modo que Sicilia se empezaron a gobernar luego las otras provincias conquistadas por Roma.

La primera guerra púnica terminó con la derrota de Cartago. ¿Por qué se produjo? ¿Por qué una rica potencia marítima fué vencida por la pobre federación itálica, dirigida por Roma? En sustancia, la respuesta a estas interrogaciones está contenida en las páginas precedentes. La federación de unidades políticas autónomas fuertemente unida a Roma y en posesión de enormes reservas humanas, debía mostrarse inevitablemente más fuerte que el imperio colonial, en el que un puñado de ciudadanos dominaba, con ayuda de mercenarios, a millones de indígenas sin derechos. La historia del primer choque entre Roma y Cartago demuestra la enorme importancia que tiene en general el factor político-moral. La oligarquía cartaginesa con todos sus mercenarios fué vencida por los simples ciudadanos romanos y sus aliados itálicos.

Vencida pero no destruída, Cartago, después de haber superado la rebelión de los mercenarios y de los súbditos africanos (ver capítulo siguiente), se recuperó con rapidez de la derrota militar, amplió sus dominios y empezó a abrigar propósitos de revancha. En lo fundamental, la primera guerra fué una toma de contacto con combates de vanguardia por Sicilia. La próxima etapa debía ser una lucha por la vida o la muerte, por la conquista del mundo.

## CAPÍTULO XIV

### CARTAGO Y ROMA DESDE EL 241 AL 218

*La rebelión de los mercenarios en Cartago.* — Después de concluída la paz, Amílcar evacuó Eri y llevó sus mercenarios a Lilibeo. Aquí dimitió: la paz con Roma significaba la quiebra del partido militar y el refuerzo de los agrarios con Anón a la cabeza.

El comandante de Lilibeo, Giscón, se ocupó del transporte de los mercenarios a Cartago. Previendo desórdenes, y temiendo la concentración en África de una gran cantidad de hombres armados, éste decidió hacer partir a los mercenarios en pequeños contingentes, para darle al gobierno cartaginés la posibilidad de satisfacerlos en sus cuentas a medida que iban llegando, y encaminarlos inmediatamente a sus respectivas patrias. Pero el razonable plan de Giscón fué frustrado por el ávido y obtuso grupo que detentaba el gobierno. La oligarquía cartaginesa pensaba que si los mercenarios se encontraban reunidos todos juntos, sería posible convencerlos de que renunciaran no sólo a los premios prometidos por Amílcar, sino también a una parte del sueldo que les correspondía. Por eso se entretuvo a los mercenarios en Cartago, donde pronto se reunió un gran número y empezaron a verificarse en la ciudad desórdenes y actos de pillaje.

El gobierno comprendió su error y decidió trasladar a los mercenarios a la fortaleza de Sicca, situada en la región sur-occidental del país. Con la promesa de un rápido pago del sueldo, y con pequeñas regalías, logró engañar a los soldados y sacarlos de Cartago. En Sicca los mercenarios siguieron llevando una vida disipada, esperando con impaciencia el pago



prometido. En su imaginación, las sumas que se les adeudaban requerían proporciones fantásticas. Por lo mismo es fácil comprender su desilusión cuando en Sicca apareció Anón, quien pretextando la grave situación del tesoro de Estado empezó a tratar de convencerlos de que renunciaran a una parte de sus haberes. De inmediato se reunieron en tumultuosas asambleas, aún más desordenadas por el hecho de que pertenecían a tribus y pueblos diferentes (libios, íberos, campanos, ligures, galos), lo que hacía que los mercenarios no se entendieran entre ellos. La multitud exasperada marchó hacia Cartago y ocupó Túnez. No trataba de más de 20.000 hombres, a cuyo frente se colocaron el libio Mathos, el campano Espendio, ex esclavo, y el galo Antarito.

Sin embargo todavía no se había producido una ruptura categórica. Los mercenarios se detuvieron en Túnez y estaban dispuestos a entrar en tratativas. Los cartagineses enviaron a Giscón, persona que gozaba de mayor confianza entre ellos que cualquier otra figura oficial. Giscón estaba dispuesto a tratar sobre el pago del sueldo atrasado, pero ya se había hecho difícil satisfacer las exigencias crecientes de los revoltosos. La indignación aumentó; Giscón y las personas que lo acompañaban fueron insultados y arrestados. La rebelión abierta había comenzado.

Los mercenarios enviaron correos por todo el país invitando a las poblaciones a unírseles, y este llamado encontró terreno favorable. Cosa lógica, ya que el dominio de Libia, que desde antes era gravoso, durante la guerra se había vuelto insostenible. La población agrícola debía entregar al Estado la mitad de la cosecha, los tributos de los ciudadanos habían sido llevados al doble y a los morosos se los encarcelaba sin ninguna indulgencia. Esto hizo que la revuelta tuviera un amplio eco y el apoyo de las poblaciones, que enviaron divisiones auxiliares y víveres, mientras que las mujeres ofrecían sus joyas para pago de los mercenarios. En las manos de Mathos y de Espendio se acumularon de ese modo sumas tan grandes que no sólo pudieron pagar a los soldados todo cuanto Cartago no les había dado, sino que además formaron un amplio fondo para la conducción de la guerra. Sólo dos ciudades, Utica e Hiponas, situadas al norte, no se unieron a la rebelión y fueron sitiadas

por los mercenarios, que de ese modo aislaron a Cartago por tierra.

Las tropas gubernativas, compuestas por la milicia ciudadana, por una parte de mercenarios, por la caballería y 100 elefantes, fueron puestas en el primer momento al mando de Anón, pero éste sufrió una dura derrota a causa de su negligencia y entonces el inestable gobierno cartaginés pasó de nuevo a manos del partido de Amílcar, anteriormente caído en desgracia, que fué nombrado de nuevo comandante supremo.

Amílcar logró obtener rápidamente importantes triunfos: el sitio de Utica fué levantado y se liberó a Cartago. Además entró en relaciones amistosas con uno de los jefes númidas, que puso a su disposición una división de caballería de 2.000 hombres. Luego atacó con todas sus fuerzas a Espendio y Autarito (Malthos se encontraba en ese momento cerca de Hiponas) y los derrotó, haciendo casi 4.000 prisioneros. Amílcar, cuyo talento diplomático no era inferior a sus virtudes militares, se comportó con gran clemencia hacia los prisioneros, tomando a su propio servicio a quienes así lo deseaban y dejando libres a los otros después de haberles advertido que si se los encontraba otra vez con las armas en la mano se los condenaría sin piedad.

La conducta de Amílcar asustó a los jefes de los revoltosos, que temían por la cohesión de sus filas y los indujo a convocar una asamblea en la que intervinieron con fogosos discursos, excitando a los mercenarios contra los cartagineses. La multitud enardecida se arrojó sobre Giscón y los demás prisioneros, que fueron todos torturados y muertos. De ese modo quedó eliminada toda posibilidad de acuerdo.

La lucha continuó, adquiriendo un carácter cada vez más cruel: no se hacían prisioneros, y en caso de hacerlos se los condenaba al suplicio. Mientras tanto, el partido de Anón, que se había vuelto a sublevar, consiguió que el mando supremo lo ejercieran dos jefes. De este compromiso político no salió nada bueno: los jefes no se ponían de acuerdo y por lo mismo permanecían inactivos, mientras que la rebelión se extendía. Utica e Hiponas volvieron a pasar a manos de los revoltosos, Cartago quedó aislada de nuevo y su provisión de víveres se fué haciendo cada vez más difícil.

Dado que el sistema del doble mando no había dado buenos resultados, Anón fué alejado del ejército. Amílcar, nuevamente

on libertad de actuar, empezó una lucha metódica, apoyándose en las fortificaciones de Cartago, explotando su superioridad en caballería y en elefantes. Empezó por devastar sistemáticamente el territorio de la retaguardia de los revoltosos, reduciéndolos al hambre y obligándolos así a levantar el sitio. Cuando la guerra adquirió carácter campal, la habilidad de Amílcar brilló en toda su plenitud, contrastando particularmente con la incompetencia estratégica de los adversarios. El jefe cartaginés logró llevar al grueso del ejército de los mercenarios y los libios, al mando de Esendio y Autarito, hasta una posición desventajosa, donde los bloqueó circundándolos con un foso y un cerco y condenándolos al hambre, hasta tal punto que los empujó al canibalismo.

Ya en el límite de sus fuerzas, los jefes presentaron a Amílcar propuestas de paz. El cartaginés fingió aceptar, pero cuando se le presentó una embajada compuesta por los diez jefes más destacados de la rebelión, entre ellos Esendio y Autarito, ordenó arrestarlos. Luego rodeó con los elefantes y las otras tropas a los revoltosos privados de jefes y exterminó a más de cuarenta mil.

Luego Amílcar marchó sobre Túnez, donde se encontraba Mathos con los demás revoltosos. Frente a los muros de la ciudad y ante los ojos de los sitiados, los cartagineses crucificaron a Esendio, Autarito y los otros jefes. Mathos no se dejó desanimar y aprovechando la negligencia del segundo comandante cartaginés efectuó una salida sorpresiva: muchos cartagineses fueron muertos; su campo fué ocupado y el propio comandante cayó prisionero, fué torturado y se lo crucificó sobre la misma cruz en que había muerto Esendio; 30 de los cartagineses más nobles fueron muertos sobre su cadáver.

Esta derrota obligó a Amílcar a retirarse de Túnez con su ejército. Para salvar la situación hubo que tomar medidas extraordinarias: todos los ciudadanos cartagineses aptos para las armas fueron enrolados en el ejército. Frente al gran peligro, los dos partidos adversarios hicieron las paces en la persona de sus jefes: Anón y Amílcar comenzaron a actuar de perfecto acuerdo. Esto marcó un viraje decisivo en el curso de la guerra. Las operaciones militares abrazaron todo el territorio cartaginés y prosiguieron con sucesivos triunfos de los cartagineses.

Finalmente, en la batalla decisiva para la que ambas partes

reunieron todas las fuerzas disponibles, los mercenarios y los libios fueron derrotados. El propio Mathos fué hecho prisionero. Después los cartagineses sometieron toda la Libia, con excepción de Utica e Hiponas, que continuaron por algún tiempo una resistencia desesperada. Pero también estas dos ciudades terminaron por rendirse incondicionalmente.

Los cartagineses festejaron la represión de la rebelión con una marcha triunfal durante la cual Mathos y sus amigos fueron sometidos a las más refinadas torturas y luego ajusticiados. La rebelión de los mercenarios y los libios duró cerca de tres años y cuatro meses (241-238). Según las palabras de Polibio, fué "la guerra más cruel y salvaje de todas las guerras de la historia que conocemos" (I, 88, 7).

*Cartago pierde Cerdeña.* — Durante la rebelión africana se manifestó claramente la solidaridad de clase internacional de los propietarios de esclavos. Roma y Siracusa ayudaron "generosamente" a sus recientes enemigos, temiendo la difusión del terrible contagio. Cuando también en Cerdeña se rebelaron los mercenarios cartagineses y propusieron entregar la isla a los romanos, estos rehusaron aceptar. Del mismo modo negativo respondieron a propuestas análogas de los rebeldes de Utica. Los romanos cambiaron los prisioneros cartagineses que aún les habían quedado de la guerra de Sicilia por algunos mercenarios de su ejército que los cartagineses les habían capturado porque intentaron aprovisionar a los rebeldes, y el senado prohibió a los itálicos comerciar con estos últimos, recomendando por el contrario abastecer a los cartagineses. Hasta se permitió al gobierno cartaginés reclutar mercenarios en Italia.

También Gerón ayudó a Cartago en los difíciles días del sitio: pero su ayuda no sólo era expresión de la solidaridad de clase, estaba dictada, además, por consideraciones políticas reales, ya que él no deseaba el debilitamiento de Cartago, que habría reforzado enormemente el poder de Roma, con la consiguiente amenaza para la independencia de Siracusa.

Pero la benévola actitud de Roma hacia Cartago comenzó a esfumarse hacia el fin de la rebelión, cuando se hizo evidente que ésta ya había sido dominada. En el 238 los revoltosos sardos, fuertemente sostenidos por la población local, volvieron a hacer a Roma la misma propuesta de antes. Esta vez el senado aceptó y empezó a preparar una expedición para ocupar la

1414. El gobierno cartaginés protestó y se puso también a alistar una flota. Los romanos aprovecharon para declarar la guerra a Cartago. Pero los exhaustos cartagineses no tenían la posibilidad de iniciar una nueva guerra, de modo que renunciaron a Cerdeña y pagaron a Roma un tributo suplementario de 1200 talentos.

De ese modo Roma se apoderó sin derramar sangre de una gran isla, cuya importancia estratégica era muy grande para Italia, ya que junto con Córcega la cubría al oeste. Sin embargo no fué fácil ocupar totalmente Cerdeña; hicieron falta varias expediciones para doblar la resistencia de los indómitos indígenas, celosos de su independencia. Recién en el 227 Córcega y Cerdeña fueron organizadas en provincias como Sicilia. Como gobernador de la nueva provincia se empezó a nombrar anualmente un cuarto pretor. Toda la población de ambas islas fué gravada con un impuesto igual a la décima parte de los ingresos personales.

*Amílcar y Asdrúbal en España.*—El comportamiento de Roma en la cuestión sarda suscitó en Cartago una nueva explosión de odio. La autoridad del partido militar y de su jefe Amílcar Barca aumentó aún más. En general, la influencia de los Barca había crecido considerablemente en los últimos años de la guerra, ya que con toda justicia se atribuía a Amílcar el mérito principal en la represión de la revuelta. El partido militar decidió sacar la máxima ventaja de la situación, que le era favorable, y apoyado también por la corriente democrática, que se iba reforzando, elaboró un plan de grandes conquistas en España para compensar la pérdida de las islas y crear una base sólida de operaciones para una nueva guerra con la odiada Roma.

En el 237 Amílcar se dirigió a España con un pequeño ejército. La flota estaba comandada por su yerno Asdrúbal, que en ese momento era un personaje muy influyente en el partido democrático. Amílcar también llevó consigo a España a su hijo de 9 años, Aníbal, después de haberle hecho jurar ante un altar odio eterno a los romanos.

A Amílcar se le planteaba la difícil tarea de la nueva conquista de España, ya que en el 237 podía apoyarse sólo en algunas ciudades fenicias: Gades (Cádiz), Málaga, etc. El dominio cartaginés en España tenía ya una larga historia. La ter-

cera gran península del mar Mediterráneo había atraído ya desde mucho tiempo antes la atención de los antiguos colonizadores fenicios y griegos por sus minerales: oro, plata, cobre y hierro. Además, la España meridional representaba la llave que cerraba el camino del Atlántico. Después de las columnas de Hércules las líneas marítimas se dividían: una se dirigía al sud, a lo largo de la costa occidental de Africa hasta Guinea, la otra al norte, a lo largo de las costas españolas hacia Bretaña y las islas británicas. Estas rutas eran conocidas desde hacía mucho por los audaces navegantes del mundo antiguo: por la primera llegaban al mar Mediterráneo oro y marfil, por la segunda, el precioso estaño.

Las colonias más antiguas en España fueron las fenicias que acabamos de nombrar. A partir del siglo VII comenzó en el lejano occidente una enérgica actividad colonizadora de los griegos de Focea, que fundaron Masilia sobre las costas meridionales de la Galia y Mainake sobre la costa meridional de España. Pero en el siglo VI la expansión griega fué detenida por Cartago. Aliados con los etruscos, los cartagineses derrotaron a la flota griega en una batalla naval cerca de Córcega (535). Desde ese momento, el poderío de los foceos en el Mediterráneo occidental empezó a declinar, aún cuando los marseleses continuaron luchando con éxito contra Cartago.

En el siglo VI Cartago extendió su poderío sobre la costa septentrional de Africa, puso pie sólidamente en Sicilia y Cerdeña y empezó su penetración en España sirviéndose de las ciudades fenicias como punto de apoyo. Sus adversarios fueron los foceos y los tartesios.

Tartesos (en fenicio Tarsisc), situada en la desembocadura del Betis ((Guadalquivir) era el centro de una civilización muy antigua y evolucionada, según parece de origen local ibérico, pero fuertemente influida por los greco-fenicios. Su base económica principal estaba constituida por la extracción de metales de las montañas de Sierra Morena, ocupación que alimentaba una producción muy evolucionada de objetos metálicos, especialmente de bronce, que los tartesios vendían a los fenicios y a los griegos. El estaño para la fabricación del bronce era importado de Bretaña, el oro y el marfil de Africa. Tartesos era el centro de un gran Estado que abrazaba toda la región sur-oriental de España (actualmente Andalucía y Mur-

cia) y que llegó a su apogeo a fines del siglo VII y en la primera mitad del VI. Las relaciones entre Tartesos y las otras ciudades fenicias y griegas de la costa tenían un carácter pacífico.

Este estado de cosas terminó cuando llegaron los cartagineses. Como culminación de una gran guerra, en el siglo VI, los cartagineses destruyeron Mainake y luego también Tartesos. Así nacieron en la región sur-oriental de España vastas posesiones coloniales que se extendían hasta Sierra Morena y el cabo Palos, más allá del cual comenzaban las posesiones de Lusitania. Las rutas comerciales de África occidental y del lejano norte pasaron al control de Cartago; las minas de Sierra Morena la abastecían de materias primas preciosas y el fértil valle del Betis le daba cereales, vino y aceite de oliva. Las ciudades costeras fenicias (Gades, Málaga, Abdera) quedaron comprendidas dentro de las posesiones cartaginesas, pero es muy posible que hayan gozado de autonomía.

El valor de España no se limitaba solamente a las ventajas económicas. En las tribus indígenas, que se hallaban en diversos estados de desarrollo, los cartagineses encontraron un magnífico material de guerra, las tropas mercenarias, que aprovecharon ampliamente. Estas tribus, que se subdividían en una gran cantidad de subgrupos, pertenecían a cuatro grupos étnicos principales: lígures, iberos, celtas y celtíberos. Según todos los indicios, los primeros tres representaban sucesivos estados de desarrollo del más antiguo sustrato étnico del Mediterráneo, mientras que los celtíberos eran un grupo de formación étnica mixta o de transición. La masa fundamental estaba constituida por tribus de iberos.

El dominio de Cartago en España se extendió durante más de dos siglos. En el 348 estaba ya fuertemente consolidado, como lo demuestra el segundo tratado con Roma. En tiempos de la primera guerra púnica existía aún y Polibio nos habla de él (I, 10, 5); pero durante esa misma guerra los cartagineses deben haber perdido la mayor parte de sus posesiones: de otro modo, Amílcar no se habría visto obligado a reconquistar por segunda vez las posesiones españolas. En Polibio leemos lo siguiente:

«Ni bien los cartagineses devolvieron la paz a Libia, reunieron un ejército y enviaron a Amílcar a Iberia. Llevando consigo también a su hijo Aníbal, de 9 años, Amílcar atravesó el estrecho de Gibraltar y restauró el dominio de Cartago en Iberia" (II, 1, 5-6).

Nada sabemos sobre las causas que determinaron la caída del dominio cartaginés en España en el período comprendido entre el 264 y el 237. Puede suponerse que se haya tratado de acciones de Masilia, en alianza con las tribus locales, mientras Cartago, con todas sus fuerzas empeñadas contra Roma, no estaba en condiciones de distraer tropas para defender sus posesiones. De todos modos, hacia el 237 no quedaban en manos de los cartagineses más que algunas ciudades costeras fenicias, que con todo le aseguraban el control del estrecho.

Después de haber desembarcado en Cádiz, Amílcar empezó a reconquistar los territorios perdidos. Después de 8 ó 9 años de permanencia en España había logrado, por medio de largas guerras con los íberos y los celtas, recurriendo unas veces a la astucia y otras a las más crueles medidas, ensanchar considerablemente la faja costera bajo el control de Cartago, llevando sus confines más allá del cabo Palos.

Los romanos seguían con atención todo cuanto sucedía en España. En el 231 enviaron a Amílcar una embajada exigiéndole explicaciones en razón de sus conquistas. Aunque Roma no tuviese allí ningún interés directo, se preocupaba sin embargo por la creciente influencia de su rival en ese territorio. Al no respetar los cartagineses el antiguo límite con las posesiones de Masilia, que había sido fijado en Palos, proporcionaron el pretexto formal para la ingerencia romana. Amílcar respondió que la guerra en España sólo tenía por objeto obtener dinero para pagar las contribuciones impuestas por los romanos y los embajadores debieron contentarse por el momento con esa respuesta diplomática.

Amílcar actuaba en España con una independencia excepcional. Esto se explica porque se sentía sostenido por el partido democrático-militar, al que se subsidiaba con el botín español. Además es de hacer notar que entre las costumbres cartaginesas estaba la de conceder gran autonomía a los jefes militares que operaban en las provincias. El jefe estaba rodeado por un consejo compuesto por miembros del senado, y los ciudadanos cartagineses que servían en el ejército constituían una verdadera asamblea popular.

En el invierno del 229-228 Amílcar se ahogó en un río, mientras dirigía operaciones militares contra una de las tribus ibéricas.

El sucesor natural del hombre que había puesto las bases



del poderío cartaginés en España era su yerno y ayudante, Asdrúbal. Aprovechando la gran popularidad de que gozaba en Cartago, éste continuó muy hábilmente la política del partido militar y de su predecesor. El dominio de Cartago sobre España se reforzó aún más, a pesar de la preferencia de Asdrúbal por los métodos diplomáticos. Los límites cartagineses sobre la costa oriental fueron llevados hasta el Ebro (Iberus) y la influencia del mismo Asdrúbal se extendió hasta las regiones más remotas del interior. Su ejército era de 50.000 infantes y 6.000 jinetes. Sobre la costa sur-oriental, fundó, en un golfo encantador, la fortaleza-ciudad de Nueva Cartago (Cartagena) que se convirtió en capital de los Barca, pilar principal de su poderío. Nueva Cartago se encontraba cerca de las ricas minas de mineral de plata.

Los romanos se alarmaron por los brillantes éxitos de Asdrúbal y en el 226 enviaron una nueva embajada exigiendo que los cartagineses no pasaran armados el río Ebro. Asdrúbal concluyó de buena gana, ya que eso significaba, en definitiva, el reconocimiento de las conquistas españolas. La blandura de las exigencias romanas se justificaba por el hecho de que en ese período, en Italia septentrional la situación era muy tensa y se presentaba la amenaza de una gran guerra con los galos (ver más adelante). Por lo mismo, el senador romano no debía complicar las relaciones con Cartago.

En el 221 Asdrúbal fué muerto por una mujer celta por motivos personales. El ejército proclamó jefe supremo a su cuñado, hijo primogénito de Amílcar<sup>20</sup>. Cartago lo confirmó, no sin una nueva lucha de partidos. La parte adversa a los Barca exigía que se confiscaran a favor del Estado las gruesas sumas con que Amílcar y Asdrúbal habían corrompido a pueblo y gobierno. Sin embargo Aníbal, apoyándose en la gran popularidad de que gozaba en el ejército de España, logró comprar con regalos al senado y a la asamblea popular la aprobación de su nombramiento.

*Las reformas democráticas en Roma.* — En Roma como en Cartago, el período comprendido entre las dos grandes guerras se distinguió por el ascenso del movimiento democrático. Evidentemente, esto sucedía por una ley histórica general, que

---

<sup>20</sup> Amílcar tenía otros dos hijos: Asdrúbal y Magón.

requiere la máxima movilización de las fuerzas populares cuando una nación se encuentra en la víspera de choques decisivos. Además en Roma hubo otras causas que determinaron el aumento de las reivindicaciones democráticas: la guerra había sido ganada por el pueblo, que la había pagado muy cara sin sacar ventaja alguna (en Sicilia, por ejemplo, ni siquiera una colonia se había separado); la guerra había puesto al desnudo graves defectos del mecanismo estatal; el conocimiento de los países extranjeros, el contacto más estrecho con la civilización griega y cartaginesa habían ampliado el horizonte intelectual de los campesinos itálos y habían aumentado sus exigencias políticas; gracias a la creación de la flota, el número de personas ocupadas por la guerra se había hecho enorme y se trataba de los estratos sin derechos de la población itála.

Sin embargo, la historia interna de Roma en el período intermedio entre las dos guerras púnicas (241-218) es poco conocida y hay que tratarla en base a suposiciones. Inmediatamente después de la guerra (tal vez en el 241) se promovió una reforma de los comicios centuriados, reforma que ya hemos recordado en el capítulo IX. Su finalidad era poner fin al predominio absoluto de los caballeros y de la primera clase de los propietarios, que era precisamente la característica de los antiguos comicios centuriados. La fusión del principio territorial con el del censo fué la base de la reforma. En esa época el número de las tribus alcanzaba a 35<sup>21</sup>; los caballeros, los artesanos y los proletarios mantuvieron el mismo número de centurias independientemente de las tribus. Las centurias de las otras órdenes de posesiones se subdividieron en igual medida entre las cinco clases y las 35 tribus, de modo que cada categoría llegó a tener dos centurias en cada tribu: una de ancianos y una de jóvenes. De ese modo, en una tribu había 10 centurias y cada categoría en su conjunto disponía de 70 centurias ( $35 \times 2$ ). El número total de las centurias se expresaba en la fórmula siguiente:  $[(2 \text{ cent.} \times 5) \times 35] + 18 \text{ cent. caballeros} + 4 \text{ cent. artesanos y músicos} + 1 \text{ cent. proletarios} = 375 \text{ centurias}$ .

Las ventajas del nuevo sistema sobre el viejo radicaban en

<sup>21</sup> Después de terminada la guerra se formaron dos nuevas tribus: la Quirina y la Velina, en los territorios de los sabinos y los picenos.

El hecho de que en éste la mayoría absoluta estaba constituida por 187 centurias y de ahí que a igual número de votos de las centurias de cada categoría, las clases medias tuvieran un peso decisivo. Sin embargo también el nuevo sistema conservaba una deficiencia sustancial del antiguo: el número de personas que componían las centurias era distinto. En primer lugar, las centurias de "ancianos" comprendían, como es lógico, menos hombres que las centurias de "juniores". En segundo lugar, las centurias de las ciudades densamente pobladas y de las tribus de los alrededores de las ciudades tenían más gente que las de las ciudades con poca población. Y como cada centuria era una unidad votante igual a todas las demás, esto traía como consecuencia que el voto de una persona tenía más o menos fuerza según la edad y la localidad en que vivía: los ancianos y los habitantes de zonas poco pobladas se encontraban en una situación privilegiada. A pesar de esto, la reforma del 241, con todos sus defectos, representaba un paso adelante en la democratización de los comicios centuriados<sup>22</sup>.

En el periodo de tiempo comprendido entre el 222 y el 218 se tomó una importante resolución, cuyo significado sólo puede comprenderse si se la ve enmarcada por un gran movimiento democrático, en una situación de lucha entre la nobleza y la pujante democracia. Se trata de la ley Claudia, llamada así por el nombre del tribuno de la plebe Quinto Claudio, que la propuso y la presentó a la asamblea popular contra la opinión del senado. En esta ocasión Claudio fué sostenido por Cayo Flaminio, jefe del partido democrático romano en los años del 240 al 220. La ley, según palabras textuales de Livio (XXI, 63), exigía "que ningún senador o hijo de senador podía poseer una nave de capacidad superior a 300 ánforas"<sup>23</sup>. Esta capacidad se

---

<sup>22</sup> La reforma del 241 expuesta en la forma que lo hemos hecho representa sólo una hipótesis de cualquier modo muy verosímil. Algunas cuestiones vinculadas con ella permanecen oscuras hasta el día de hoy, como por ejemplo la que se refiere al carácter del censo de la propiedad de aquel período. Así como tampoco sabemos cómo fué promovida la reforma. Es posible que se trate de una iniciativa de los censores del 241, Aurelio Cota y Fabio Butón.

<sup>23</sup> Anfora: medida de volumen correspondiente a más o menos 26 litros: 300 ánforas hacían cerca de 8.000 litros, capacidad de una nave muy pequeña.

consideraba suficiente para el transporte de cosas de uso personal, pues se reputaba vergonzoso para los senadores ocuparse de comercio”.

La ley de Claudio hizo muy difícil que los senadores se ocuparan del comercio marítimo; para evadirla hubieran debido recurrir a todas las astucias posibles, y especialmente a terceros. Es posible que la presentación de la ley se haya motivado en consideraciones de prestigio senatorial, pero esto no cambia su sustancia: en realidad, estaba dirigida contra la nobleza y fué en vano que el senado se expresara contra ella en un sentido desfavorable. No hay duda de que la ley fué promovida sobre todo en interés de los grupos financiero-comerciales de los llamados caballeros (de los que hablaremos en el capítulo XVIII), para quienes era muy importante excluir a la nobleza de las operaciones militares. Probablemente la “ley Claudia” fué el fruto de un acuerdo entre los caballeros y la parte democrática plebeyo-campesina.

*La conquista de la Galia Cisalpina.*— Como ya lo hemos dicho, los campesinos romanos no habían obtenido ninguna ventaja de la primera guerra púnica. Por eso una de las exigencias fundamentales del movimiento democrático, que se manifestó en el período entre el 240 y el 230, fué precisamente la adjudicación de las tierras a los campesinos. Cayo Flamínio, tribuno de la plebe del 232, logró, no obstante la oposición del senado, hacer aprobar, a través de los comicios tribales, la distribución entre los ciudadanos de pequeñas parcelas de tierra a tomarse del llanado “agro gálico”, en la región que antes ocuparan los senones (ver pág. 168). La oposición del senado se debía fundamentalmente a que muchos de sus miembros poseían en ese territorio la tierra estatal con derecho de ocupación.

Es posible que haya sido justamente la división de la tierra del agro gálico el pretexto para la nueva invasión de los galos a Italia central<sup>24</sup>. En efecto, éstos veían en la división de la tierra una amenaza de infiltración de los romanos en el valle del Po. En el 225, grandes masas de galos cisalpinos con grupos mercenarios del otro lado de los Alpes, pasaron los Apeninos.

---

<sup>24</sup> Ya en el 236 los galos llegaron hasta Rimini, pero en ese año su expedición fracasó por discordias internas.

Los romanos enviaron a su encuentro fuerzas muy numerosas, más de 150.000 hombres en total, y mientras tanto concertaron una alianza con la tribu gala de los cenomanes y con los vénetos. Los galos penetraron en Etruria hasta Clusium (Chiusi), donde derrotaron a uno de los ejércitos romanos. El otro ejército romano acudió en ayuda. Los galos, cargados con un botín que no querían perder; se retiraron hacia occidente para regresar luego a su patria a lo largo de la costa, pero cerca de la ciudad de Talamón fueron cercados como por una tenaza por dos ejércitos romanos. Después de una encarnizada batalla, los galos fueron derrotados y dejaron sobre el terreno 40.000 muertos. Los romanos hicieron 1.000 prisioneros y luego saquearon territorios de tribus galas.

La agresión de los galos fué la premisa para la penetración romana en el valle del Po, que tenía como finalidad expulsar definitivamente a los galos. Ya en el 224 fueron sometidos los boyenses, en el año siguiente el cónsul Cayo Flaminio marchó contra los insubres. Después de haber pasado el Po con una maniobra envolvente a través del territorio de los cenomanes, los romanos invadieron el país enemigo. El ejército de los insubres, de 50.000 hombres, fué derrotado sobre la margen derecha del río Chiese.

Flaminio, que no confiaba en los cenomanes, les ordenó quedarse en la orilla izquierda del río y destruyó el puente. De este modo, se garantizaba contra la posible traición de sus aliados y al mismo tiempo ponía a los romanos ante la necesidad de vencer o morir, ya que no era posible pasar el Chiese vadeándolo y quedaban cortadas las líneas de retirada. La tradición histórica contraria a Flaminio, que se originó en los círculos senatoriales y que está expuesta en Polibio (II, 33), acusa al cónsul de haber puesto a su ejército en una situación peligrosa y atribuye la victoria exclusivamente al valor y la habilidad de los oficiales y los soldados romanos.

Por esta victoria, contra la voluntad del senado, a Flaminio se le decretó el triunfo en la asamblea popular.

Después de la derrota, los insubres pidieron la paz, pero recibieron un rechazo. La guerra continuó. En el 222 los insubres reunieron todas sus fuerzas agregándoles mercenarios del otro lado de los Alpes. Los romanos inundaron de tropas la región y después de algunas batallas favorables tomaron la ciudad principal de Mediolanum (Milán), obligando a los enemigos a rendirse.

Ambas tribus, boyenses e insubres, fueron obligadas a renunciar a una parte de su territorio, a entregar rehenes y a pagar tributos. En la región de los boyenses se fundó la colonia de Mutina y sobre el Po las de Cremona y Placentia. De ese modo los romanos se reforzaron en el valle del Po: los sucesos posteriores mostrarán hasta qué punto. Pero igualmente el plan inicial, de destruir o expulsar por completo a los galos, no se había cumplido.

*Las guerras ilíricas.* — El período entre el 241 y el 218, tan denso en acontecimientos, se hace también notable por otro hecho famoso: la intervención de Roma en los asuntos de la península balcánica. La causa que la provocó radica en el pillaje de los piratas ilirios. Las costas de Iliria, extraordinariamente escarpadas y protegidas por una cantidad de islas, llenas de cómodas bahías, representaban una base magnífica para los bandidos del mar. Sobre sus embarcaciones livianas y veloces, éstos cumplían incursiones por las costas de la península balcánica y de Italia, agredían a las naves comerciales y terminaban por hacer imposible la navegación del Adriático y del Jonio.

Ocupación tan ventajosa constituía una original base "productiva" para la unión de las distintas pequeñas tribus de la costa ilírica en un único Estado de piratas, que llegó a su máximo desarrollo entre el 240 y el 230, con el reinado de Agrón y de su viuda, la reina Teuta, que en el 231 sucedió a su marido en calidad de tutora del hijo pequeño. En ese período la monarquía ilírica se convirtió en una gran amenaza, tanto para los griegos de la costa oriental como para el comercio itálico. Peligro que se hizo particularmente grave a causa de la alianza con Demetrio II, rey de Macedonia.

Si bien los asuntos griegos aún no interesaban a los romanos, el perjuicio creado al comercio itálico no podía dejar de alarmarlos. Por eso el senado, a pesar de estar en ese momento con otras preocupaciones, se vio obligado a intervenir. En el otoño del 230 se envió a Teuta una embajada solicitando el resarcimiento de los daños causados a los mercaderes itálicos y garantías para el futuro. Teuta, que se encontraba en el momento culminante de su poderío, pensaba que los romanos nunca podrían intervenir seriamente en los asuntos orientales; por eso recibió a los embajadores con frío desdén y declaró que no

estaba entre las costumbres de Iliria la de impedir a nadie conquistar botines en el mar. Entonces uno de los embajadores, ofendido por el comportamiento y las palabras de la reina, exclamó: "¡Pues bien, nosotros trataremos de corregir las costumbres ilíricas!". Teuta, indignada, interrumpió las tratativas y durante el viaje de regreso hizo agredir a los embajadores y matar a aquél que había osado hablar de ese modo a la reina.

Este hecho imposibilitó una solución pacífica del diferendo. En la primavera del 229, Teuta envió de nuevo una gran flota a las aguas griegas, que casi logró ocupar, por medio de la astucia, Epidamno. Expulsados por los habitantes, los ilíricos se dirigieron a Corcira, ubicada en la isla homónima, y, después de haber derrotado a una pequeña flota aqueo-etólica, que acudió como auxilio, ocuparon la ciudad.

En este momento llegó a las aguas orientales una flota romana de 200 naves, e inmediatamente después un ejército de 22.000 hombres desembarcó en las cercanías de Apolonia. Entonces Macedonia no podía ayudar a Teuta, ya que Demetrio II había muerto, dejando el trono a su hijo Filipo V, de 9 años, y en el Estado habían surgido dificultades interiores y exteriores que el regente Antígono Dosón no podía resolver rápidamente. La flota romana fué en ayuda de Corcira. En realidad llegó con atraso, pero el jefe de la guarnición ilírica, el griego Demetrio de Faros, se pasó del lado de los romanos y les entregó la ciudad. Las otras ciudades griegas de la costa adriática (Apolonia, Epidamno, etc.), se pusieron bajo la protección de Roma y algunas ciudades bárbaras vecinas se declararon sometidas. Presionada por todos lados, Teuta huyó hacia el interior del país, encerrándose en una ciudadela fortificada. En el otoño de 229 uno de los cónsules podía regresar ya a Roma con una parte de las fuerzas, mientras el otro permanecía invernando en Iliria.

En la primavera del 228 Teuta fué obligada a solicitar la paz, renunciando a todos los territorios, ciudades e islas de la costa adriática ocupada por los romanos, comprometiéndose a pagar un tributo y prometiendo que las naves ilíricas no irían más allá del sud de la ciudad de Lisa, salvo cuando lo hicieran desarmadas y por parejas.

Los romanos no estaban aún muy interesados en la península balcánica, y por lo tanto no deseaban transformar los terri-

torios conquistados en dominios directos, como Sicilia y Cerdeña. Su objetivo principal, que era justamente la causa de la guerra, era garantizar la seguridad de la navegación en el mar Adriático, y ese objetivo había sido alcanzado (o al menos parecía alcanzado). Por eso entregaron parte del territorio conquistado a Demetrio de Faros, que empezó a gobernarlo como soberano independiente. La población del resto del territorio, entre ella la de las ciudades griegas de Corcira, Apolonia, Epidamno, etc., quedó de hecho en una situación que recordaba mucho a la de los aliados romanos: independencia interna, exención de impuestos, obligación de proveer tropas auxiliares. Formalmente, estos aliados eran *dediticii* y por lo tanto se encontraban en completa independencia con respecto a Roma.

Después de concertada la paz, el cónsul romano envió embajadores a los aliados aqueos y etolios, para informarles oficialmente de los últimos acontecimientos. Los griegos manifestaron su gran satisfacción por la derrota de los ilíricos, lo que entre otras cosas significaba comprometer a los romanos en una guerra contra Macedonia. Poco después, el senado envió una nueva embajada a Corinto, donde el recibimiento no fué menos entusiasta. Los corintios llegaron a aprobar una decisión que admitía a los romanos en los juegos ístmicos, lo que constituía un reconocimiento oficial de los romanos por parte de los helenos, aunque éstos siguieran considerándolos bárbaros en su fuero íntimo. Pero el poder de Roma se había hecho tan grande que era necesario tenerla en cuenta.

Si el Senado creía haber resuelto definitivamente el problema ilírico con la paz del 228, era grande su error. Macedonia, gobernada por Antígono Dosón, se había hecho fuerte de nuevo y casi todo el Peloponeso se encontró bajo su dominio. Demetrio de Faros, que después de la muerte (o deposición) de Teuta gobernaba una parte de Iliria, hacia fines del decenio 230-220, confiando en que los romanos, ocupados en las cuestiones españolas y galas, no intervendrían, empezó a actuar abiertamente como aliado de Antígono. En efecto, en ese primer momento el senado romano no reaccionó, cosa que hizo aumentar la temeridad de Demetrio. A pesar de que Antígono Dosón había muerto y que su sucesor, el joven de 17 años Filipo V se encontraba guerreando con los griegos, Demetrio



hizo su aparición en aguas griegas con una flota de piratas en el 220.

Pero sus cálculos no eran acertados. Roma necesitaba tener las manos libres por la nueva guerra contra Cartago que se hacía inminente, y por lo mismo debía eliminar el peligro representado por Demetrio. En el 219 aparecieron nuevamente en el Adriático una poderosa flota y un ejército romano al mando de ambos cónsules. El joven rey macedonio, totalmente absorbido por los asuntos griegos, no pudo de ningún modo ayudar a Demetrio, y la segunda guerra ilírica tuvo un rápido fin. Para no arriesgarse a un encuentro en campo abierto y buscando prolongar la guerra para esperar la ayuda de los macedonios, Demetrio había decidido encerrarse en puntos fortificados, pero los romanos conquistaron prontamente sus dos fortalezas más grandes y a Demetrio no le quedó otra alternativa que huir para ponerse al lado de Felipe. Sus posesiones ilíricas pasaron al protectorado de Roma, como ya se había hecho en el 228.

A fines del 219 los cónsules regresaron a Roma. Unos meses después, en España caía la aliada Sagunto bajo los golpes de Aníbal. La situación internacional se hacía cada vez más complicada.

*Aníbal en España.* — Cuando en el 221 Aníbal se hizo comandante en jefe en España, sólo tenía 25 años, pero no obstante su juventud era ya un hombre maduro, en pleno desarrollo de sus fuerzas físicas y morales. Guiado primero por el padre y luego por el cuñado, había hecho un maravilloso aprendizaje en el difícil ambiente español, y habría sido poco probable encontrar una escuela mejor adaptada para el desarrollo de las aptitudes naturales del joven. La historia nos ha conservado dos juicios magistrales sobre el gran jefe militar y hombre político: uno, subjetivo, de Livio, en el que aún se siente el eco del arraigado odio de los romanos hacia el enemigo y de aquel terror que logró infundirles durante 40 años; el otro, bastante más sobrio y objetivo, de Polibio.

Dice Livio (XXI, 4):

"Nunca un espíritu humano se adaptó de tal modo a dos deberes tan diversos: mandar y obedecer. Por eso sería difícil decir quién lo ama más: si el comandante supremo o los soldados. A nadie estaba Aníbal tan dispuesto a nombrar jefe de un grupo que debía cumplir una

misión cualquiera que requiriese firmeza y audacia; pero tampoco al mando de ningún otro se mostraban los soldados tan valerosos y seguros de sí mismos. Era tan audaz para enfrentar el peligro como cauto al encontrarse en él. Nada lo causaba físicamente ni lo desmoralizaba. Con igual estoicismo soportaba el hielo y el calor sofocante; comía y bebía sólo lo necesario y no por placer; pasaba su tiempo entre la vigilia y el sueño sin preocuparse por el día o la noche, concediéndose reposo nada más que en aquellas horas que le quedaban libres del trabajo; no usaba camas cómodas ni buscaba la calma para adormecerse; muchas veces se lo veía envuelto en un abrigo militar, durmiendo entre los soldados de guardia. Su uniforme en nada se diferenciaba del de los otros hombres de su edad; sólo era reconocible por el caballo y el armamento. Anduviera a caballo o a pie, siempre dejaba atrás a los demás, porque era el primero en lanzarse al tumulto y el último en abandonar el campo de batalla. Pero a estas altas cualidades se unían en igual medida vicios espantosos. Su crueldad era inhumana y su perfidia superaba grandemente la famosa perfidia púnica. Desconocía tanto a la verdad como al bien; no temía a los dioses, no cumplía los juramentos, no respetaba las cosas sagradas."

La crueldad y la perfidia de Aníbal sólo existen en la mente del historiador romano. En efecto, Aníbal era inagotable en las estratagemas militares, pero nada sabemos en concreto sobre su presunta amoralidad. Es poco probable que en esto se haya diferenciado mucho de los otros hombres de su época: los jefes romanos no eran menos crueles y perfidiosos que los cartagineses.

En su juicio, Polibio (XI, 19) no dice nada sobre las cualidades morales de Aníbal. Sólo subraya sus virtudes de jefe militar.

"¿Es acaso posible dejar de maravillarse del arte estratégico de Aníbal, de su valor y de su capacidad para llevar la vida del campamento, cuando uno arroja una mirada sobre ese período en toda su duración; cuando se detiene atentamente en todas las batallas pequeñas y grandes, en los sitios de las ciudades, en las dificultades que debía resolver; si se consideran, en fin, todas las grandezas de su empresa? En 16 años de guerra con los romanos en Italia, Aníbal no cedió el campo ni una sola vez. Como un hábil timonel, siempre mantuvo en obediencia a las tropas numerosas y heterogéneas que comandó, supo alejarlas de motines contra los jefes y de discordias internas. Entre sus tropas había libios, iberos, ligures, celtas, fenicios, itálicos, helenos, pueblos que no tenían nada en común, ni por su origen, ni por sus leyes, ni por sus costumbres ni por su idioma ni por ninguna otra cosa. Sin embargo la sabiduría del jefe enseñó a nacionalidades tan distintas y numerosas a seguir un orden único, a someterse a una sola voluntad, en cualquier situación o circunstancia, fuera la suerte favorable o adversa."

Es cierto que en otro fragmento (IX, 22, 26) Polibio habla de la avidez y la crueldad de Aníbal: "respecto a Aníbal y también a otros hombres de Estado —señala— no es en general fácil pronunciar un juicio justo". Dada la situación en que se encontraba, a Aníbal le habría sido difícil observar las normas morales comunes. Además, con su nombre se vinculan muchos intereses y vidas humanas como para que se pueda esperar un juicio objetivo de sus contemporáneos.

"He aquí por qué —concluye Polibio— no es fácil juzgar el carácter de Aníbal: sobre él influían tanto el círculo de amigos como la fuerza de las circunstancias. Baste decir que entre los cartagineses tenía fama de codicioso y los romanos lo consideraban cruel" (IV, 26).

Pero aún cuando no conociésemos estos juicios de los contemporáneos, la figura de Aníbal siempre sería ante nuestros ojos la de un excelente jefe militar y de un hábil político. Toda su agitada existencia, permeada por un único pensamiento y una única voluntad, habla por sí sola mejor de cuanto puede hacerlo cualquier juicio literario. Además hay que agregar que Aníbal era un hombre muy instruido y que dominaba varias lenguas, entre ellas el latín.

Educado en el odio contra los romanos, y entregado por completo a los planes del partido de los Barca, Aníbal ni bien llegó al poder comenzó a prepararse sistemáticamente para la guerra. En los veranos del 221 y 220 penetró en España central donde, para asegurarse las espaldas, sometió a las belicosas tribus de los olcadios, vacceos y carpetanos. En la primavera del 219 Aníbal se lanzó a la conquista definitiva de la costa oriental. Al sud del Ebro sólo quedaba un pequeño centro independiente aún de Cartago, Sagunto<sup>26</sup>. Su posición era muy importante para Aníbal desde el punto de vista estratégico. Pero según parece, después del 226<sup>27</sup> los romanos habían concertado una alianza con Sagunto.

Entre los antecedentes diplomáticos de la guerra, la cuestión de Sagunto tuvo una función de primer plano y por eso los hechos fueron muy tergiversados tanto de parte de los roma-

---

<sup>26</sup> Ciudad íbera que los romanos consideraban fundada por griegos provenientes del Lacio.

<sup>27</sup> Según otra versión, desde el 231.

nos como de los cartagineses. Sin embargo, si se dejan de lado los sofismas jurídicos con que ambas partes trataban de disimular sus intenciones, la esencia del hecho resulta bastante clara. Independientemente de la fecha en que se concluyó la alianza con Sagunto (la iniciativa tal vez haya partido de Masilia), esta ciudad representaba para Roma un punto de apoyo en España para el caso de complicaciones con Cartago. Pero justamente por este motivo Aníbal había elegido a Sagunto como primer objetivo de su ataque. Los encuentros provocantes entre los saguntinos y las ciudades vecinas sometidas a Cartago comenzaron en el 220. Era evidente que Aníbal preparaba la guerra. Sagunto mandaba a Roma una embajada tras otra con pedidos de ayuda. El senado romano, que después de haber dado término a la guerra con los galos, podía permitirse una política fuerte en España, mandó a Aníbal embajadores con la advertencia de no atacar a Sagunto porque la ciudad se encontraba bajo la protección de Roma. Aníbal, que estaba animado de intenciones agresivas, no sólo rechazó las exigencias romanas, sino que opuso otras, acusando a los romanos de intervenir en los asuntos interiores de Sagunto<sup>28</sup>. De este modo, los embajadores no lograron obtener nada; enviados luego a Cartago no tuvieron más éxito que con Aníbal.

En la primavera del 219, Aníbal puso sitio a Sagunto, lanzando al mismo tiempo un abierto desafío a los romanos. La ciudad, situada en buena posición, con accesos difíciles por las características del terreno, se defendió valerosamente durante 8 meses. Los habitantes esperaron hasta el fin ayuda de Roma, pero ésta no llegó y en el otoño del 219 Sagunto fué tomada por asalto.

Fué un error de los romanos el no intervenir por las armas en el sitio de Sagunto que no puede ser justificado (como lo hacen con frecuencia los historiadores modernos) por el hecho de que en el 219 ambos cónsules estaban ocupados de Iliria; la cuestión española era muy importante y el senado romano debió enviar, a cualquier precio, grandes fuerzas en ayuda de Sagunto. Si hubieran hecho así, la guerra con Aníbal habría

---

<sup>28</sup> Efectivamente, los romanos poco tiempo antes habían intervenido en los asuntos internos de Sagunto favoreciendo el ascenso al poder del partido enemigo de Cartago.

tomado un curso distinto, ya que éste, ocupado en España desde el primer momento, no habría podido cumplir la expedición a Italia. El error del Senado puede explicarse, a más de la acostumbrada lentitud para tomar decisiones, por la falta de buenas informaciones sobre los asuntos españoles y sobre los planes de Aníbal. Probablemente los romanos esperaban poder terminar la guerra ilírica antes de la caída de Sagunto.

## CAPÍTULO XV

### LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

*Comienzo de la guerra.* — Después de la toma de Sagunto, Aníbal regresó a Nueva Cartago. Después de premiar generosamente a los soldados con el botín de guerra, licenció a las tropas ibéricas para el invierno, comprometiendo su regreso para la primavera. Para la defensa de España y de África tomó algunas medidas importantes. Preparándose para una larga ausencia de la península ibérica, dejó allí en calidad de lugarteniente a su hermano Asdrúbal con un considerable número de fuerzas marítimas y terrestres. También a África envió grandes contingentes de tropas. Aníbal tuvo la previsión de destinar a África soldados ibéricos y a España, líbicos; confiando que con este sistema lograría la fidelidad de unos y otros.

El plan estratégico de Aníbal requería informaciones exactas sobre la situación en Italia septentrional y datos precisos sobre el itinerario. Por eso tomó contacto con los galos, enviando informadores y agentes tanto a la Galia Transalpina como a la Cisalpina y recibiendo embajadas de ambos pueblos. Las informaciones que recibió fueron favorables: los galos de la Italia septentrional habían prometido su apoyo y el paso de los Alpes se presentaba difícil pero no imposible.

En Roma la toma de Sagunto fué considerada de hecho como el comienzo de la guerra. Sin embargo, la guerra no se declaró todavía. En cambio se envió a Cartago una embajada dirigida por Quinto Fabio Máximo, con el encargo de exigir del gobierno cartaginés la entrega de Aníbal y de los senadores que se encontraban con él, y de declarar la guerra en caso de que esto se rechazara.

En el senado cartaginés no se produjo ninguna discusión en presencia de los embajadores para establecer quién había sido el primero en no respetar los tratados. Los romanos presentaron su ultimátum y en respuesta un senador cartaginés pronunció un discurso exponiendo el punto de vista de Cartago. Los romanos no replicaron: la cosa estaba bien clara.

“Quinto Fabio —dice Livio— alzando la parte anterior de la toga como si hubiera algo dentro de ella, dijo: “Aquí os traigo la guerra y la paz: elegid!”. Sus palabras tuvieron una respuesta no menos altanera: “¡Elige tú mismo!”. Entonces, dejando caer la toga, el embajador romano exclamó: “¡Os doy la guerra!”, a lo que los presentes replicaron unánimes que la aceptaban y que la conducirían con la misma decisión con que la habían elegido” (XXI, 18).

La guerra se declaró a comienzos de la primavera del 218. El senado romano ya tenía listo un plan que preveía dos golpes simultáneos: uno en África y otro en España. Uno de los cónsules del 218, Publio Cornelio Escipión, debía ir a España, mientras que el otro, Tiberio Sempronio, estaba encargado de desembarcar en África, tomando como base de apoyo a Sicilia. Pero el plan romano, óptimo en sí mismo, no tenía en cuenta las intenciones de Aníbal, que los romanos sólo llegaron a conocer una vez comenzada la guerra.

El plan genial del audaz cartaginés consistía en invadir Italia a través de los Alpes. No obstante su temeridad, era un plan perfectamente lógico, y si hubiera habido en Roma buenos políticos y estrategos, debía haber sido previsto. En efecto, Aníbal sólo podía conducir una guerra ofensiva, como lo determinaba la política de los Barca, que era la única forma de tener posibilidades de éxito. Por otra parte, ahora que Roma había conquistado el dominio absoluto del mar, una guerra ofensiva sólo era posible en Italia, después de haber pasado los Alpes. Naturalmente la empresa no era fácil, pero se presentaba posible. En los años precedentes, los celtas habían atravesado esas montañas más de una vez con grandes unidades y hasta con tribus enteras, con mujeres y niños. La agresión contra Italia del norte se presentaba favorable no sólo por el elemento sorpresa, sino también por una decisiva consideración de carácter político: Aníbal estaba convencido que la federación itálica se habría desintegrado ni bien apareciera él en el

territorio de la península; la conducta de los galos le daba serios motivos para creer que esta convicción estaba bien fundada.

Aníbal y su estado mayor se daban perfecta cuenta de las dificultades de la expedición a Italia. En especial se presentaba complejo el problema de la provisión de víveres. "Cuando Aníbal pensó en cumplir la expedición militar desde España a Italia —dice Polibio— la provisión de las tropas y la preparación de las reservas necesarias presentaba enormes dificultades... Muchas discusiones hubo en consejo, y uno de los participantes, Aníbal, a quien se daba el sobrenombre de Monómaco, declaró que en su opinión no había sino un solo medio de resolver el problema. Invitado a exponer su idea, Monómaco respondió que era necesario enseñar a los soldados a alimentarse de carne humana y que había que preocuparse por que adquirieran de inmediato esa costumbre" (IX, 24).

*La expedición de Aníbal a Italia.* — A fines de abril o a comienzos de mayo del 218, Aníbal salió de Nueva Cartago con un ejército compuesto por 90.000 infantes, 12.000 jinetes y algunas decenas de elefantes. Después de haber pasado el Ebro a costa de grandes pérdidas sometió a las tribus de la actual Cataluña, que le habían opuesto una firme resistencia. Para mantener el territorio conquistado, Aníbal dejó en él 10.000 hombres y licenció casi otro tanto. Los licenciados fueron los soldados más indisciplinados, descontentos por la noticia de la expedición inminente, de los cuales el jefe cartaginés prefirió librarse en seguida. Descontando las pérdidas sufridas, las guarniciones dejadas en Cataluña y los mercenarios desmovilizados, sólo quedaron con Aníbal 50.000 infantes y 9.000 jinetes, pero todas tropas seleccionadas. Con ellas atravesó los Pirineos y marchó por la costa meridional de Galia hacia el Ródano.

Los romanos recién comenzaron a adivinar confusamente los planes de Aníbal cuando supieron por embajadores de Masilia que los cartagineses habían pasado el Ebro. Al mismo tiempo, de la Italia septentrional llegaban otras malas noticias: los boyenses y los insubros se habían sublevado y habían asediado las fortalezas romanas recién construídas en la Galia Cisalpina. Esto hizo que se enviara de inmediato a sofocar la rebelión una parte de las tropas que se habían destinado a España y que Escipión retardara su partida para reclutar una nueva legión.

Finalmente, a comienzos del verano pudieron partir los dos cónsules: Tiberio Sempronio con 160 quinquerremes zarpó para Lilibeo y Publio Cornelio se dirigió a Masilia con 60 naves.



Esto demuestra que los romanos aún no habían comprendido bien las intenciones de Aníbal, porque de ser así, no hubieran desguarnecido Italia. Es posible que el senado romano no pensara que los planes de Aníbal irían más allá de la conquista de Masilia.

Llegado a la desembocadura del Ródano, Escipión fué informado de que Aníbal había pasado los Pirineos (esta noticia llegó en verdad muy tarde). Sin apresurarse, inició el desembarco de las tropas, con la convicción de que los cartagineses no lograrían abrirse camino muy pronto a través de la Galia meridional. ¡Pero cuál no fué su sorpresa cuando poco después le dijeron que Aníbal ya había pasado el Ródano! Escipión apresuró el desembarco y al mismo tiempo envió un escuadrón de caballería en misión de reconocimiento.

En efecto, Aníbal había llegado al curso inferior del Ródano, a unos 4 días de marcha de su desembocadura. Valiéndose ya de la fuerza y de la corrupción, había logrado pasar a través del territorio de los galos, aliados de Masilia. Pero en el Ródano se había encontrado ante una situación más difícil. Sobre la margen izquierda se concentraba una gran cantidad de galos con la evidente intención de cerrarle el paso. En estas condiciones, forzar el río habría sido demasiado riesgoso y Aníbal recurrió a la astucia. Obtuvo de los habitantes de la margen derecha todas las embarcaciones que le fué posible encontrar e hizo construir por sus soldados una gran cantidad de canoas y balsas. Cuando todo estuvo listo para el paso, Aníbal envió en secreto río arriba una fuerte división que sin ningún obstáculo lo pasó a una distancia de más o menos 40 km. Esta división, una vez que hubo descendido a lo largo de la margen izquierda y llegó a las espaldas de los galos, avisó a Aníbal de su llegada con señales convenidas. Entonces Aníbal inició el cruce del río con el grueso de sus tropas. Mientras los galos luchaban por rechazarlo, sin preocuparse por lo que pudiera suceder a sus espaldas, la división cartaginesa se precipitó sobre su campamento y lo incendió. Los bárbaros, desorientados, no supieron resistir al golpe doble y huyeron en desorden dejando a Aníbal la posibilidad de llevar a cabo el paso del río sin obstáculos.

Grandes dificultades se presentaron con los 37 elefantes que seguían al ejército cartaginés. Para su transporte se construyeron balsas enormes

cubiertas de tierra y de hierba para crear la impresión de la tierra firme. En medio del río los elefantes comenzaron a asustarse y a arrojarse en todas las direcciones pero finalmente, viéndose rodeados de agua, se calmaron y fueron desembarcados felizmente en la margen opuesta. Sólo algunos cayeron al agua, provocando la muerte de quienes los conducían, pero logrando alcanzar la orilla en seguida.

Mientras se efectuaba el cruce del río, Aníbal había enviado a hacer un reconocimiento a 500 jinetes nómadas. Al encontrarse con las tropas romanas de Escipión, éstos libraron una batalla en la que perdieron 200 hombres y se retiraron vencidos. Los romanos los siguieron hasta el campamento cartaginés y regresaron en seguida a avisar a Escipión de la cercanía del enemigo. Escipión se puso en marcha con todas sus fuerzas a lo largo del Ródano, pero cuando llegó al lugar en que había sido cruzado el río sólo encontró trincheras vacías: hacía ya tres días que Aníbal había abandonado el campamento y remontaba el curso del Ródano a marchas forzadas. Evidentemente no tenía ninguna intención de debilitar sus propias fuerzas con inoportunos encuentros con los romanos.

A Escipión no le quedaba otro remedio que regresar a sus naves y reembarcarse. Ahora el plan de Aníbal era perfectamente claro. Como gran estratega que era, el cónsul comprendió la enorme importancia de España como base del ejército cartaginés y envió allí una gran parte del ejército al mando de su hermano Cneo. Él regresó a Italia con algunas naves para prepararse al encuentro con Aníbal cuando éste apareciera desde los pasos alpinos.

Al mismo tiempo, Aníbal, remontando el curso del Ródano, llegaba al punto de confluencia con el Isere, en una localidad fértil llamada "isla", encerrada en un triángulo por el curso de los ríos y por las montañas, densamente poblada por las tribus de los alóbroges. Al encontrarse con una lucha por el poder entre dos hermanos, Aníbal intervino a favor del más anciano, asegurándole la victoria. Este hecho le valió el reconocimiento del reyzeuelo, que proveyó de víveres a los cartagineses y cuando éstos volvieron a emprender la marcha hacia las montañas protegió sus espaldas de las agresiones de otras tribus.

A fines de septiembre Aníbal llegó a la cadena principal. Infortunadamente, Livio y Polibio, las dos fuentes principales,

no están de acuerdo sobre este punto y no nos dan posibilidad de establecer con precisión a través de qué paso cruzó Aníbal los Alpes. A pesar de la abundancia de descripciones, en la historiografía no existe a este respecto un punto de vista único. Sólo se puede afirmar que los Alpes fueron cruzados en la parte comprendida entre el pequeño San Bernardo y el Monginebro.

La estación estaba muy avanzada para la empresa<sup>29</sup>, ya que en los pasos montañoses había caído la nieve, que hacía difícil la marcha del ejército y especialmente la de la caballería y los elefantes. Los animales y los hombres resbalaban a lo largo de los estrechos senderos y se precipitaban en los abismos; el frío atormentaba a los meridionales y, para colmo de males, los montañoses asaltaban por sorpresa al ejército en marcha causándole grandes pérdidas.

A fines de septiembre del 218 el ejército cartaginés, exhausto, desembocó en el valle del Po. La marcha desde Nueva Cartago había durado alrededor de 5 meses; el paso de los Alpes, 15 días. A Aníbal sólo le quedaban 20.000 infantes y 6.000 jinetes.

*Los primeros encuentros: el Ticino y el Trebia.* — Además estas tropas se encontraban en un estado tan desastroso que les era indispensable un cierto período de reposo, aún cuando para Aníbal cada hora fuera preciosa. Su idea era ocupar el valle del Po antes que los romanos y obligar de ese modo a los galos aún indecisos a que se pasaran a su lado. Los insubres lo acogieron con alegría, pero las tribus líguro-célticas de los taurinos adoptaron una actitud hostil. Por eso Aníbal, ni bien su gente se repuso un tanto de sus fatigas, puso sitio a Turín, su ciudad principal, ocupándola después de tres días. El cruel destino que les tocó a los habitantes de Turín espantó a las poblaciones del curso superior del Po, provocando la adhesión a los cartagineses de todos los elementos que se habían mostrado hostiles o indecisos. Aníbal obtuvo de los galos una gran

<sup>29</sup> A Aníbal le fué imposible partir antes de Nueva Cartago, porque la crecida de los ríos habría retardado la marcha. Además se perdió mucho tiempo en Cataluña.

<sup>30</sup> Cuando cruzaron el Ródano, disponía de 38.000 infantes y 8.000 jinetes. Quiere decir que el paso de los Alpes le costó: ¡casi la mitad del ejército!

cantidad de hombres y caballos que infundieron nueva vida a su ejército.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, dos legiones romanas, al mando del Publio Cornelio Escipión, se encontraban ya en el valle del Po, al oeste de Placencia. De regreso de Masilia, el cónsul había informado de inmediato al Senado de la situación y se había dirigido directamente a la Galia Cisalpina a través de Etruria. Llegado a su destino, había tomado también el mando de las tropas que anteriormente se enviaron al lugar para reprimir la rebelión de los galos.

Cuando recibió estas noticias, el Senado aprobó todas las medidas tomadas por Escipión y ordenó a Tiberio Sempronio suspender todos los preparativos para la expedición africana y acudir en ayuda del colega. Sempronio, que tenía a disposición en Lilibeo más de 25.000 hombres y que ya había iniciado con éxito las operaciones navales contra los cartagineses, obedeció con rapidez la orden recibida, dando comienzo al traslado de sus tropas a Rimini. Esto se cumplió en menos de dos meses y a fines de noviembre el segundo ejército romano podía ya actuar al lado del primero.

En el interín, Escipión había entrado en contacto con Aníbal. Pasando el Po a la altura de Placencia, había seguido su curso a lo largo de la orilla izquierda, superando el Ticino (afluente del Po) con un puente flotante. Una vez erigido el campamento sobre la derecha del río, el mismo cónsul había salido a hacer un reconocimiento, con infantería y caballería ligera. Pero se había encontrado con la caballería de Aníbal, también en misión de reconocimiento, y se había producido una encarnizada batalla en la que los romanos tuvieron la peor parte. El mismo Escipión, herido, había podido salvarse gracias al valor de su hijo de 17 años, que acudió en su ayuda. Sólo la caída de la noche había impedido que los romanos sufrieran una derrota total.

Escipión regresó al campamento con los restos de su unidad. La primera experiencia le había demostrado la superioridad absoluta de la caballería cartaginesa, que hacía que la llanura al norte del Po resultara desventajosa para una batalla decisiva. Además habría que esperar la llegada de Sempronio. Entonces el cónsul, protegido por las sombras nocturnas, había levantado campamento, había vuelto a cruzar el Ticino y alcanzó

En inconvenientes el puente sobre el Po a la altura de Placencia. La caballería de Aníbal había tratado de seguir a los romanos, pero sólo había logrado capturar al escuadrón que protegía a los zapadores, ocupados en destruir el puente sobre el Ticino.

Escipión había vuelto a pasar a la margen derecha del Po y alejándose considerablemente hacia el oeste había ocupado una buena posición. A su vez, Aníbal había pasado el río más arriba y había dispuesto su campamento bastante cerca del de los romanos. Inmediatamente, más de 2.000 galos de las tropas auxiliares romanas mataron a los centinelas y se pasaron a los cartagineses. Este hecho puso en evidencia para Escipión todo el peligro de la situación: de un momento a otro podía producirse la rebelión de todos los galos de los alrededores de Placencia. Por eso el cónsul romano había decidido retirarse a la margen derecha del Trebbia, en una localidad escarpada, donde podía esperar con tranquilidad la llegada del segundo ejército. La retirada de los romanos había resultado bien sólo porque la caballería nómada lanzada en su persecución se demoró devastando el campamento abandonado por Escipión, dándole tiempo de ese modo para trasladar sus tropas sobre la derecha del Trebbia y fortificarse allí. Aníbal hizo su campamento al oeste del río.

Había pasado algún tiempo sin ninguna novedad. Escipión curó su herida y quedó esperando a Sempronio. Finalmente llegó el segundo ejército. Aníbal no obstaculizó su marcha, probablemente con toda intención. Su idea era destruir ambos ejércitos de una sola vez, para aprovechar el factor psicológico. Y no se equivocaba. . .

Con la llegada de Sempronio la moral de los romanos se elevó sensiblemente. Sus fuerzas se habían duplicado. Los recién llegados no habían sido provocados en ataques tan violentos como el de la caballería cartaginesa en el Ticino. Sempronio, confiado y ambicioso, ardía en deseos de llevarse los laureles de la victoria sobre Aníbal mientras su colega permaneciera enfermo. Estaba cercano a la caducidad de su cargo y no quería dejar a otro semejante honor. Un pequeño encuentro favorable a los romanos, que se produjo poco tiempo antes, lo entusiasmó mucho más aún y, contra el parecer de Escipión, decidió librar batalla lo antes posible. Este último consideraba,

por el contrario, que para los romanos era más conveniente escapar a un choque abierto y tratar de prolongar la guerra en el tiempo. Había tratado de convencer a su colega de que era necesario aprovechar el invierno para mejorar el adiestramiento de las tropas y que, dada la inconstancia de los galos, una larga permanencia de los romanos en Italia septentrional habría podido cambiar sus sentimientos, volviéndolos favorables a Roma, mientras que para Aníbal la garantía del éxito radicaba precisamente en la rapidez y el ímpetu de las acciones. Pero Sempronio siguió aferrado a su idea y él era el único jefe de ambos ejércitos mientras Escipión yacía enfermo.

Aníbal, sin duda alguna bien informado de lo que sucedía entre los romanos, que por otra parte él ya había previsto, decidió sacar provecho de ello. Por la noche dispuso en acecho en la llanura una división de infantes y jinetes de 2.000 hombres, al mando de su hermano Magón, escondiéndola en un foso de altas paredes cubiertas de vegetación. Ordenó a otras tropas desparramarse y esconderse entre matorrales y arbustos desde el caer de la tarde. Corría el mes de diciembre, hacía mucho frío y por esos mismos días hasta llegó a nevar. Temprano en la mañana, Aníbal envió la caballería nómida a la margen derecha del Trebia con la orden de provocar a los romanos al combate. Mientras tanto, los cartagineses restauraron fuerzas, alimentaron a los caballos y se prepararon para la lucha. Cuando se trabaron en combate los nómidas con las avanzadas romanas, Sempronio, sin escuchar los consejos de Escipión, ordenó a todas sus fuerzas pasar el Trebia y formar para la batalla en la llanura. La mayoría de los combatientes romanos no tuvo siquiera tiempo de comer y para cruzar el río debieron sumergirse en el agua helada hasta la cintura.

Las fuerzas de ambas partes eran casi iguales numéricamente: tanto unos como otros disponían de aproximadamente 40.000 hombres<sup>31</sup>; pero Aníbal era superior en caballería (10.000 contra 4.000). Y había un factor esencial: los romanos habían entrado al combate en ayunas y tiritando, mientras que los cartagineses se encontraban en perfectas condiciones. Después que los elefantes y la caballería cartaginesa obligaron a la ca-

---

<sup>31</sup> Aníbal había reemplazado las pérdidas sufridas durante el paso de los Alpes con elementos galos.

ballería romana a retirarse, los flancos de los romanos, al descubierto, fueron atacados por la infantería ligera y las espaldas por las tropas de Magón en acecho. Los romanos comenzaron a retirarse en desorden hacia el río, donde la mayor parte cayó bajo los golpes de la caballería y de los elefantes. Sólo un gran escuadrón de alrededor de 10.000 hombres, al mando de Sempronio, logró abrirse camino a través de las líneas cartaginesas y refugiarse en Placencia, donde luego se le reunieron también los otros sobrevivientes del ejército romano, con Escipión. Después de un cierto tiempo, Sempronio logró, no sin grandes dificultades, llegar a Roma para dirigir las elecciones y luego regresó a Placencia. Las pérdidas cartaginesas estaban constituídas sobre todo por tropas galas; pero muchos de ellos sufrían enormemente el frío y todos los elefantes menos uno habían muerto.

La derrota de los romanos había demostrado claramente las dotes excepcionales de Aníbal y la superioridad de la caballería cartaginesa y paralelamente la infantería romana, con su retirada de Placencia, había puesto en evidencia una vez más sus cualidades.

La victoria de Aníbal hizo que se pusieran definitivamente de su parte muchas de las tribus galas aún indecisas. Sólo los cenomanes y los vénetos permanecieron fieles a los romanos. Placencia y Cremona resistieron gracias al abastecimiento hecho por vía fluvial, con ayuda de los vénetos. Aníbal no pudo tomarlas por asalto por falta de material para sitiar, que nunca tuvo la posibilidad de conseguir.

*El lago Trasimeno.* — En Roma la derrota de los dos ejércitos consulares produjo una profunda impresión, aunque Sempronio en su informe trató de disminuir las proporciones del desastre, atribuyéndolo al mal tiempo. En el 217, el pueblo eligió cónsul a su favorito Flaminio, a pesar de la fuerte oposición del partido senatorial. Segundo cónsul fué elegido Cneo Servilio, representante de la nobleza. Temiendo que el Senado tratara de crearle dificultades, Flaminio, si es que podemos creer a Livio (XXI, 63), partió para hacerse cargo de su puesto de cónsul, casi secretamente, sin cumplir las ceremonias de práctica<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Es posible que aquí Livio haya falsificado los hechos reflejando la tradición senatorial, enemiga de Flaminio.

El plan estratégico del Senado en el 217 consistía en defender Italia central. Anibal podía invadirla desde dos puntos: o a través del paso montañoso cercano a Rimini, en el "agro gálico", o a través de uno de los pasos que desembocaban en la Etruria septentrional<sup>33</sup>. En Rimini lo esperaba Servilio con dos legiones. El acceso a Etruria estaba defendido por Flaminio con otras dos.

A comienzos de la primavera, Anibal dejó el valle del Po. Se veía forzado a hacerlo no sólo por consideraciones de carácter estratégico sino también por el hecho de que los galos no estaban muy contentos de ver su país transformado en campo de batalla y de haber tenido que mantener al ejército cartaginés durante todo el invierno, mientras codiciaban el fácil botín que prometía la Italia central y esperaban impacientes el momento de iniciar la marcha. Entre las dos vías posibles de acceso a las regiones centrales, Anibal eligió la más breve: la de Bolonia-Pistoia. Como siempre, el jefe cartaginés estaba muy bien informado sobre los movimientos de los romanos y sabía con qué fuerzas podía encontrarse y quién las mandaba. Su plan consistía en impedir la reunión de los ejércitos enemigos y derrotar por lo menos uno. Con su genial capacidad de comprender situaciones y hombres, eligió como adversario al ejército de Flaminio, que aunque buen comandante no estaba suficientemente sostenido y a quien los recientes éxitos en Galia habían hecho un tanto presuntuoso. Favorito de la plebe que acababa de expresarle su confianza en las elecciones, Flaminio deseaba ardientemente justificar esa confianza. Quería demostrar que los democráticos sabían combatir mejor que los jefes aristocráticos. Antes de tomar su decisión, Anibal había considerado todo; a más del camino por Etruria, estaba el más directo por Roma y esto le permitía aprovechar el preciso momento político-moral.

Grandes dificultades esperaban a Anibal después del paso de los Apeninos. Entre Pistoia y Florencia se habían formado numerosos pantanos a causa del deshielo y el Arno estaba crecido. Por cuatro días y tres noches las tropas cartaginesas debieron marchar con el agua hasta la cintura. No había siquiera una pequeña parcela de tierra libre de aguas, hasta tal

<sup>33</sup> El tercer camino, a lo largo de la costa ligure, es posible que ni siquiera se tomara en consideración por su longitud y otras dificultades.



punto que los hombres, exhaustos, descansaban sobre los cadáveres de los animales de carga, que caían en masa, o sobre sus arneses amontonados. Aníbal viajaba sobre el único elefante sobreviviente. A causa de las miasmas de los pantanos tuvo una inflamación en un ojo, que estuvo a punto de perder.

Pero sin embargo logró su objetivo: sorprendiendo por completo a Flaminio (nadie podía suponer que Aníbal eligiese ese camino), el ejército cartaginés apareció sobre el flanco izquierdo del romano. Pero los intentos de Aníbal de provocar al cónsul a la batalla en campo abierto no tuvieron ningún resultado. Flaminio no se dejaba atraer. Entonces Aníbal dió vuelta en torno a Arezzo desde el oeste y dirigiéndose hacia el sur sometió toda la región a un espantoso saqueo. Flaminio no supo contenerse más: sin esperar el aviso de Servilio, abandonó el campo fortificado de Arezzo y se lanzó en persecución de los cartagineses. Los romanos estaban tan seguros de la victoria que una verdadera muchedumbre de habitantes de esas regiones seguía al ejército con cepos y cadenas para los futuros vencidos. A Aníbal sólo le faltaba elegir la oportunidad y el sitio para la batalla decisiva.

A lo largo de la costa septentrional del lago Trasimeno existía un valle circundado por tres lados por montañas y limitado al sur por la línea costera. Desde el oeste se llegaba al valle a través de una estrecha garganta. Este fué el lugar que eligió Aníbal para la emboscada. De noche hizo formar la caballería en la entrada de la garganta, escondiéndola detrás de las colinas, de modo que pudiera golpear a los romanos en la retaguardia una vez que éstos entraran en el valle. Cerca de la entrada al valle, sobre una escarpada colina, formó la infantería ligera y el mismo Aníbal con la infantería líbica e ibérica ocupó las alturas centrales, paralelas a la costa.

Las indicaciones de nuestra fuente principal, Polibio, no son tan claras que nos permitan establecer con precisión el sitio de la batalla y la disposición de las fuerzas cartaginesas. En la literatura histórica existen algunas tentativas contradictorias de reconstruir un cuadro de la famosa batalla. Aquí damos la versión que nos parece más verosímil.

En las primeras horas de la mañana del 21 de junio del 217, los romanos, que desde la víspera habían perdido el contacto con los cartagineses, sin haber hecho un reconocimiento seguro, entraron en la garganta fatal. El lugar estaba cubierto por una

espesa niebla. Ni bien el ejército romano, obligado a extenderse en una larga columna, entró en el valle, Aníbal dió la señal de ataque. Desde tres lados cayeron con ímpetu los cartagineses, encerrándolo contra el lago. Ya no fué posible pensar ni siquiera en una resistencia organizada de parte de los romanos, y la batalla se trasformó en una espantosa carnicería. Flaminio mismo murió a manos de un insubre que vengaba en él la derrota del 223. En menos de tres horas todo terminó. Unos 15.000 romanos murieron y otros miles cayeron prisioneros. Solamente la vanguardia del ejército romano, de 6.000 hombres, logró abrirse organizadamente un paso entre las filas enemigas y una vez que salió del valle se colocó en posición defensiva en una de las aldeas vecinas, pero perseguida por la caballería de Aníbal y luego rodeada, sin víveres, fué obligada a rendirse con la única condición de que quedarían a salvo sus vidas. Los prisioneros romanos fueron encadenados, mientras que los itálos fueron liberados sin rescate, declarando Aníbal que había venido no para combatir contra ellos, sino contra los romanos y por la libertad de Italia.

Cuando Servilio supo que los cartagineses andaban por Etruria, marchó en ayuda de su colega. Pero como su ejército marchaba demasiado lentamente, el cónsul mandó adelantar una gran división de caballería de 4.000 hombres. Aníbal, siempre bien informado por sus espías, envió contra los romanos la infantería ligera y la caballería. En la primera batalla, la mitad de la división romana fué destruída y la mitad se entregó prisionera. Así se agregó al desastre del Trasimeno esta grave derrota.

*La dictadura de Fabio Máximo.* — Cuando los correos llevaron a Roma las noticias de la catástrofe, un pretor reunió al pueblo, ante el cual declaró: "Hemos sido vencidos en una gran batalla". Después de algunos días, llegaron las nuevas noticias sobre la derrota de la caballería de Servilio. Los romanos fueron presa de la desesperación. Al dolor de la derrota se agregaba el terrible pensamiento de saber que ahora estaba libre el camino hacia Roma y que de un momento a otro se podía esperar la aparición de los enemigos ante los muros de la ciudad. Empezaron a tomarse medidas apresuradas para la defensa de la capital: se reforzaron los muros y los bastiones, se destruyeron los puentes, etc.

Sin embargo Aníbal no tenía en ese momento ninguna intención de marchar sobre Roma. Comprendía muy bien que, con las fuerzas a su disposición, habría sido insensato tratar de tomar por asalto una gran ciudad fortificada o tratar de obligarla a rendirse sitiándola. Su plan era totalmente distinto. Prefería saquear sistemáticamente Italia y destruir toda voluntad de resistencia de los romanos con golpes sucesivos contra la fuerza del enemigo. Además contaba con la separación de los itálicos de Roma. Por eso, después de su brillante victoria, Aníbal atravesó Umbria y se dirigió al Piceno, saqueando todo lo que encontraba en su camino.

En la costa adriática, a la cual los cartagineses llegaron después de 10 días de marcha, cargados de botín, Aníbal concedió a su ejército un largo descanso. En esta fértil comarca rica en vino<sup>34</sup> y en granos, los hombres y los animales se repusieron por completo. Aníbal aprovechó el intervalo en las operaciones militares para aprovisionar su ejército con las excelentes armas romanas que habían caído en sus manos. Desde el Piceno se dirigió rápidamente hacia el sur, a lo largo de la costa adriática, invadiendo Apulia y devastando el país. En ningún momento encontró en su camino una resistencia abierta. Sólo las ciudades fortificadas cerraban sus puertas cuando se acercaba, sin intenciones de rendirse.

El senado romano decidió recurrir al antiguo sistema de nombrar un dictador, como ya lo había hecho más de una vez en momentos de peligro mortal. Pero no se sabía a quién nombrar, ya que uno de los cónsules había caído en la batalla de Trasimeno y el otro había quedado separado de Roma por los cartagineses. Entonces, por primera vez en la historia de Roma, la elección del dictador fué confiada a los comicios centuriados. Estos eligieron a un hombre lleno de experiencia, el senador Quinto Fabio Máximo, conocido ya por nosotros como jefe de la embajada enviada a Cartago en la primavera del 218. Según la costumbre, el dictador debía elegirse su comandante de caballería, pero también para este cargo se hizo una excepción, confiándolo a Marco Minucio Rufo. Este precedente inaudito, que ponía en juego la base misma de la institución

<sup>34</sup> Polibio cuenta (III, 88) que Aníbal ordenó lavar los caballos con vino para curarlos de las plagas.

de la dictadura, sólo se puede explicar por la desconfianza de los democráticos hacia el hombre del senado, Fabio, y por el desdeseo de tener en el mando supremo un representante propio, independiente del dictador. Una vez en su cargo, Fabio se dirigió a Apulia con cuatro legiones, dos de las cuales acababan de ser reclutadas y las otras dos le habían sido entregadas por Servilio. En Apulia entró en contacto con Aníbal, pero no aceptó la batalla que éste le ofrecía insistentemente. Entonces Aníbal pasó los Apeninos, saqueando una parte del Samnio, e invadió Campania. Fabio siguió a los cartagineses a distancia prudencial, evitando siempre los grandes combates y limitándose a pequeños encuentros. Todas las tentativas de Aníbal de provocarlo a una batalla general siguieron siendo vanas. Después de las marchas, los romanos se detenían siempre en localidades montañosas, no aptas para el empleo de la caballería, y rechazaban obstinadamente el descenso a las llanuras, a las que los quería atraer Aníbal.

La táctica de Fabio se basaba en la conciencia de la superioridad de la caballería cartaginesa sobre la romana; su estrategia contaba con el prolongamiento de la guerra. En ese período no podía dejar de adoptarse esa conducta, que por otra parte se adaptaba al objetivo estratégico. Sin embargo, políticamente determinaba grandes peligros: en efecto, arrastrar una guerra sin fin habría significado provocar el descontento de los itálicos y someter a pruebas muy serias su fidelidad a Roma. Por este motivo, cuando en la capital se vió que pasaba el tiempo y las regiones más fértiles de Italia eran devastadas, mientras el dictador seguía a Aníbal pasivamente y no tomaba ninguna iniciativa, la opinión pública, y sobre todo la de los círculos democráticos, empezó a demostrar alarma y descontento. Fue entonces cuando empezó a usarse el sobrenombre de *Cunctator* (temporizador), con el que Fabio Máximo pasó a la historia.

Un hecho hizo rebasar el vaso de la paciencia. Aníbal, después de haber devastado parte de la Campania y recogido un importante botín, se preparaba a regresar a Apulia para invernar. Fabio decidió impedirselo, bloqueando con sus tropas el paso entre la Campania septentrional y el Samnio. Con este objeto ocupó todos los pasos y cerca de aquél hacia el cual se acercaba Aníbal estableció su campamento, ordenando a una gran fuerza de 4.000 hombres mantener la posición. Pero Aní-

bal, que se dió cuenta de la situación, puso en práctica una brillante estratagema. Por la noche reunió cerca de 2.000 bueyes, hizo poner en sus cuernos antorchas encendidas y los hizo arrojar en dirección a un paso cercano. Los romanos vieron los fuegos moverse en aquella dirección y creyendo que los cartagineses habían cambiado de idea y trataban de forzar el cruce del otro paso, acudieron de ese lado. Fabio, aun cuando había visto los fuegos, no quiso, por su carácter prudente, arriesgarse a una operación nocturna y no se movió del campamento. Aníbal pasó sin ser molestado por la parte prevista con el grueso de sus fuerzas.

Después de este hecho, el senado hizo venir al dictador a Roma con el pretexto del cumplimiento de algunos ritos religiosos y Minucio quedó como comandante en jefe. Ahora podía satisfacer su sed de actividad; en efecto, mientras Aníbal se encontraba en Apulia ocupándose de amontonar provisiones de invierno tomadas a los campos cercanos. Minucio logró causar ingentes pérdidas a los saqueadores cartagineses. Este triunfo provocó en Roma un entusiasmo tal que la asamblea popular, por medio de una disposición especial, investió a Minucio de poderes extraordinarios iguales a los de Fabio. ¡De modo que en Roma hubo, contemporáneamente, dos dictadores!

Cuando Fabio regresó, el ejército fué dividido en dos partes, cada una con su propio comandante, su propio campamento, etc. Los jefes no estaban lejanos uno de otro. Aníbal habría dejado de ser quien era si no hubiese aprovechado semejante coyuntura favorable. Con gran habilidad, logró atraer al combate a Minucio, que estaba envalentonado por sus recientes éxitos. Los romanos cayeron en una emboscada y el ejército de Minucio habría sido destruído por completo si Fabio no hubiera acudido generosamente en ayuda del colega.

Este incidente puso en evidencia todo el mal que resultaba de la división de las fuerzas. Los ejércitos romanos fueron reunidos de nuevo y Minucio volvió a tomar su cargo de jefe de la caballería.

*Cannas.* — Cuando a fines del 217 terminaron los seis meses de poderes dictatoriales, Fabio entregó el mando a los antiguos cónsules <sup>86</sup>. Con el término del año consular, en el 216 tuvieron

<sup>86</sup> Cneo Servilio y Marco Atilio Regulo, electo en lugar del difunto Flamino.

lugar las elecciones en un ambiente de encarnizada lucha política. El partido senatorial apenas pudo lograr, con grandes dificultades, tener su representante en el gobierno, Lucio Emilio Pablo. El otro cónsul, electo por los democráticos, fué Marco Terencio Varrón, hijo de un rico mercader de carnes, experto político con gran influencia y mucha autoridad entre las masas populares.

Las figuras y la actividad de los cónsules del 216 han sido puestas de relieve por la tradición. Emilio Pablo es presentado como ejemplo del valor y la nobleza romana; Terencio Varrón como un demagogo estridente, cobarde y fanfarrón. En realidad esto no era así, por lo menos no exactamente así. El resultado de la batalla de Cannas, en la que a Terencio tocó una parte muy infortunada, y la historiografía que le fué enemiga, derivada de Polibio (amigo de Escipión Emiliano, nieto de Emilio Pablo), crearon las figuras tan contrastes y esquemáticas de los dos cónsules.

A los nuevos cónsules les correspondía la tarea de terminar con Aníbal. Dado que la actitud de los aliados itálos se hacía cada vez más alarmante, ya no era sólo la opinión pública la que consideraba imposible arrastrar la guerra por más tiempo; también el Senado era de la misma opinión. En la primavera del 216 Aníbal se había alejado de Apulia septentrional hacia el sur y había ocupado la ciudad de Cannas sobre el Ofanto. Esta ciudad era el depósito de víveres más importante de los romanos y su pérdida ponía al ejército en una difícil situación. La caída de Cannas reforzó la decisión del Senado de poner fin a la guerra: se dieron a los cónsules instrucciones oportunas y paralelamente se reforzó el ejército que operaba en Apulia.

Cuando los cónsules llegaron con los refuerzos al teatro de operaciones, surgieron entre ellos inesperadas discrepancias. Como debajo de Cannas había una zona llana especialmente apta para el empleo de la caballería cartaginesa. Emilio Pablo insistía en avanzar más hacia el sur y en buscar una posición defensiva sobre las colinas, mientras Terencio, que veía en las intenciones del colega una repetición de la táctica de Fabio, quería la batalla campal inmediata frente a Cannas. El desacuerdo entre los jefes fué perjudicial, porque hizo que faltara unidad de criterio en el mando, lo que se reflejó en la moral de los oficiales y los soldados. Las discusiones se prolongaron por algunos días, hasta que Terencio, en un día en que le co-

respondía el mando (como se sabe los cónsules mandaban uno por vez) decidió librar batalla.

La famosa batalla tuvo lugar el 2 de agosto del 216 en la llanura cercana a Cannas.

La literatura histórica no concuerda en el número de combatientes de ambas partes, en lo que se refleja la falta de claridad de las fuentes. Según Polibio (III, 113-114) las fuerzas romanas llegaban a 80.000 infantes y alrededor de 6.000 jinetes; las cartaginesas, a "un poco más" de 40.000 infantes y hasta 10.000 jinetes. Livio (XXII, 36) no es tan categórico y, basándose en las indicaciones de sus fuentes, habla de un máximo de 8 legiones que, junto con las tropas aliadas, podían llegar a alcanzar 80.000 y, como Polibio, calcula que los cartagineses hayan sido 50.000. Pero si bien la mayoría de los escritores acepta las cifras dadas por Polibio, hay también quien considera que los romanos sólo fueron 40-50 mil y los cartagineses alrededor de 35.000 (no hay desacuerdo en cuanto al número de jinetes). Esta última versión no sólo se apoya en las fuentes de Livio, se basa también en consideraciones de carácter general. Se supone que el cerco y la casi completa destrucción del ejército romano no hubieran sido posibles con la relación de fuerzas indicada por Polibio. Pero a esto también se puede contraponer la tesis de que la hábil formación de la infantería y la superioridad de la caballería de Aníbal hacían la victoria técnicamente posible. Cannas no habría causado tanto estupor en los contemporáneos y no habría pasado a la historia como ejemplo clásico si la relación de fuerzas hubiese sido menos despareja. De ahí que nos parezca que no hay razones serias para no aceptar las cifras dadas por Polibio.

Bastante más difícil es establecer el sitio de la batalla: si tuvo lugar sobre la margen izquierda o sobre la derecha del Ofanto. Polibio y Livio dicen que el ala derecha romana estaba apoyada en el río y que el frente estaba en dirección sur. Si así fuese, la batalla habría tenido lugar sobre la orilla derecha. Pero entonces habría que admitir que la retaguardia romana se encontraba hacia el mar; esto tácticamente habría sido muy peligroso y es difícil imaginar que el mando romano hubiera estado en batalla en tales condiciones. Esta circunstancia ha dividido a los historiadores en dos campos: los que indican la orilla derecha como campo de batalla y los que por el contrario indican la izquierda. Pero dado que esta cuestión no reviste mayor importancia, la dejaremos sin resolver.

La formación de los dos ejércitos frente a frente era la siguiente: sobre el flanco derecho de los romanos, apoyada en el Ofanto, estaba la poco numerosa caballería de los ciudadanos de Roma. El grueso de la caballería aliada estaba concentrada sobre el flanco izquierdo, mirando hacia la llanura. La infantería se encontraba en el centro, en un conjunto compacto, con los intervalos entre los manipulos disminuidos, formada más

en profundidad que en ancho con el propósito de poder golpear con la mayor violencia el centro del frente enemigo. Ante el frente del ejército, a una debida distancia, estaba formada la infantería ligera. Los romanos tenían el frente hacia el sur y un fuerte viento austral arrojaba sobre ellos las nubes de polvo levantadas por los cartagineses.

Aníbal había dispuesto su caballería en forma de media luna con la convexidad hacia el enemigo. En el centro había colocado a los galos y los iberos, y sobre los dos flancos metidos hacia adentro, a los líbicos, que eran considerados lo mejor de la infantería cartaginesa. La caballería gala y la ibérica estaban junto al río en el final del flanco izquierdo, mientras los númidas se encontraban en el ala derecha.

Como de costumbre, la batalla comenzó con el encuentro de la infantería ligera, seguido por la intervención del grueso de las fuerzas. La infantería romana se arrojó con todo su peso sobre el centro enemigo que, bajo la fuerte presión, comenzó a retroceder de modo tal que la línea convexa del frente cartaginés comenzaba a transformarse en una concavidad. A medida que los romanos se hundían en la formación enemiga, su columna se estrechaba en los costados, aumentando en largo. Antes de que el centro cartaginés fuera roto, Aníbal hizo intervenir a la infantería líbica, que atacó con fuerzas frescas los flancos de los romanos.

Al mismo tiempo se producía el ataque de la caballería. La caballería gala e ibérica, más fuerte, se arrojó primero sobre el ala derecha de los jinetes romanos y luego fué enviada una parte en apoyo de los númidas y otra a atacar las espaldas de los infantes romanos. La caballería númida, una vez reforzada, dispersó a la de los aliados de Roma, obligándolos a una desordenada fuga.

Se había cumplido así el cerco de la infantería romana. Presionada en los costados por los líbicos, atacada a sus espaldas por la caballería, le fué imposible romper el frente de los galos y los iberos y quedó tomada en la terrible tenaza que Aníbal le había preparado. Amontonados en un pequeño espacio, privados de libertad para maniobrar, los romanos se habían convertido ahora en un blanco fácil: ninguna piedra, ninguna flecha, dejaban de errar el golpe...



De 80.000 romanos, alrededor de 70.000 quedaron en el campo de batalla. Los otros cayeron prisioneros o huyeron. Entre estos últimos se encontraba también Terencio Varrón. Emilio Pablo murió en el combate. Las pérdidas de Aníbal fueron pocas: menos de 6.000 hombres, de los cuales 4.000 eran galos.

Cuenta Livio (XXII, 51) que, inmediatamente después de la batalla, el jefe de la caballería cartaginesa propuso a Aníbal marchar en el momento sobre Roma, enviando a la vanguardia la caballería. "En cinco días —le dijo— harás un banquete en el Capitolio". Aníbal no escuchó el consejo. Comprendía que ni siquiera ahora estaban destruidas las fuerzas de los romanos y que su marcha sobre Roma habría sido una demostración vacía, capaz solamente de debilitar el efecto político-moral de la victoria.

*Después de Cannas.*— En ese momento más que nunca se hacía actual el plan de Aníbal de separar de Roma a sus aliados itálicos. Con esta finalidad, después de Cannas inició una marcha a través del Samnio y la Campania y envió a Magón a Lucania y Brucio. Sus esperanzas parecían a punto de realizarse y la federación itálica pronta a deshacerse. A Aníbal se pasaron muchas ciudades de Apulia, seguidas poco después por las tribus montañosas del Samnio central. Lucania y Brucio, salvo algunas ciudades griegas, ya se habían casi separado de Roma. Capua, la ciudad más rica de Italia, segunda en importancia después de Roma, abrió sus puertas a Aníbal en el otoño del 216.

La separación de Capua fué obra del partido democrático, para el cual la ruptura con Roma significaba el refuerzo de su influencia, por cuanto la aristocracia local estaba estrechamente vinculada con la nobleza romana. Aníbal ofreció a Capua condiciones de alianza ventajosísimas: los ciudadanos no tenían obligación de prestar servicio civil ni militar para los cartagineses; la ciudad conservaba plena autonomía; Aníbal entregó a los capuanos 300 prisioneros romanos para que los pudiesen cambiar por otros tantos jinetes suyos, caídos prisioneros en Sicilia mientras estaban al servicio de los romanos. El ejemplo de los capuanos fué seguido muy pronto por otras ciudades campanas, mientras que Nola, Nápoles y algunas otras de la costa permanecían fieles a los romanos.

Los éxitos políticos de los cartagineses habían sido indudablemente grandes, pero sólo se limitaban al sur: Italia central, pilar principal del poderío romano, permanecía sólidamente al lado de Roma. Ésta fué una circunstancia excepcionalmente importante, cuyas consecuencias resultaron incalculables.

Después de Cannas el pueblo romano demostró un gran valor y un alto espíritu de organización. En Roma ya no había familia en la que alguien no hubiese caído en la guerra. Al principio la población fué presa del pánico: mujeres sollozantes se amontonaban en el Foro o en las puertas de la ciudad, escuchando ávidamente todas las voces que llegaban del campo de batalla, con lo que aumentaba la confusión. El Senado tomó entonces algunas medidas drásticas: prohibió a las mujeres detenerse en lugares públicos y llorar en público a sus muertos; en las puertas se colocaron guardias que impedían, a cualquiera que fuese, salir de la ciudad. Al mismo tiempo, llegaron informaciones precisas. Terencio pudo dar una información detallada sobre los sucesos y el Senado se hizo una idea precisa de las proporciones de la catástrofe.

Había que tomar medidas extremas: se eligió un dictador<sup>36</sup>, se dispuso el reclutamiento general de todos los jóvenes de más de 17 años de edad; aliados y latinos movilizaron a todos los hombres capaces de llevar armas. Por insuficiencia de tropas se llegó a una medida verdaderamente excepcional: el Estado compró a los particulares 8.000 jóvenes esclavos con los que formó dos legiones; por insuficiencia de armas, se recurrió a los trofeos de guerra custodiados en los templos y los pórticos.

También era necesario calmar a la opinión pública y dar impulso al sentimiento religioso. Por eso, cuando Terencio volvió a Roma, los senadores, seguidos por una enorme muchedumbre, fueron a su encuentro en las puertas de la ciudad y le expresaron su reconocimiento por no haberse dejado desanimar y haber reunido los restos del ejército derrotado en Cannas<sup>37</sup>. Con esto el Senado tal vez tratara de subrayar que

<sup>36</sup> Marco Junio Peto con el jefe de caballería Tiberio Sempronio Graco.

<sup>37</sup> Con los dispersos se formaron dos legiones que se enviaron a Sicilia.

cualquier interés particular debía desaparecer ante el enemigo común. En efecto, por mucho tiempo no sentiremos hablar de luchas de partidos en Roma.

Se envió a Delfos a Quinto Fabio Pictor para interrogar al oráculo de Apolo y saber "con qué plegarias y sacrificios los romanos debían congraciarse con los dioses y cuál sería el fin de tan grandes desventuras". Para satisfacer las supersticiones de la multitud se recurrió a un bárbaro rito antiguo: en el foro boario se sepultaron vivos un hombre y una mujer galos, un griego y una griega.

Recordaremos un hecho curioso que pone en evidencia la característica de los sentimientos romanos en ese período. Necesitado de dinero, Aníbal propuso a los prisioneros romanos dejarlos libres previo pago de un rescate (los prisioneros ítalos ya habían sido liberados sin rescate). Los prisioneros eligieron una delegación y Aníbal dejó partir a los delegados bajo palabra, enviando con ellos un plenipotenciario suyo para el caso de que los romanos tuvieran intención de entablar negociaciones de paz. Cuando en el Senado se supo que se acercaba la delegación, el dictador envió a su encuentro un lictor que ordenó al embajador cartaginés abandonar inmediatamente el territorio romano. Se hizo entrar en la ciudad a la delegación de prisioneros. Durante la discusión que se produjo luego, prevaleció en el Senado un punto de vista contrario a la propuesta, sosteniéndose que el tesoro romano estaba exhausto, que Aníbal necesitaba recursos y que no había que aceptar el rescate de los prisioneros, porque además eso hubiera fomentado la falta de coraje y de disposición a sacrificarse por la patria. Así fué que se rechazó la propuesta.

*Curso posterior de la guerra en Italia y España.* — Con estas medidas de excepción el gobierno romano elevó la moral del pueblo y tapó rápidamente la aterradora brecha abierta por Cannas en la estructura defensiva del Estado. Vinieron luego meses tormentosos en los que la situación interior y exterior fué extremadamente crítica, en que cada nuevo golpe podía hacer caer a la República de su posición de equilibrio inestable, precipitándola en el abismo.

A fines del 216 dos legiones al mando de un pretor fueron destruídas en la Galia Cisalpina y toda esa región quedó indefensa. Después de la amarga experiencia, en Italia meridio-

nal el comando romano retornó a la táctica de Fabio Máximo. Apoyándose en los puntos fortificados que aún permanecían en sus manos, los romanos se condujeron con gran cautela, evitando encuentros importantes y limitándose a sitiar aquellas ciudades que los habían abandonado y que Aníbal no podía defender por la escasez relativa de fuerzas. Durante esta larga lucha los triunfos se alternaban con las derrotas. Algunas ciudades griegas del Brucio fueron obligadas a someterse a los cartagineses, mientras que los romanos forzaron a la rendición a diversos puntos de Apulia, Campania y Samnio, ocupados por guarniciones cartaginesas.

La pérdida más importante para Roma durante la campaña itala del 215-213 fué la conquista de Tarento por parte de Aníbal. Esto se produjo gracias a la traición del partido anti-romano, que por la noche hizo entrar a los cartagineses en la ciudad. Pero la inaccesible ciudadela quedó en manos de la guarnición romana, disminuyendo el valor de la ocupación, ya que desde ella se dominaban tanto el puerto como la ciudad. Todas las tentativas de los cartagineses de tomarla resultaron vanas. El ejemplo dado en Tarento fué seguido por otras ciudades de Italia meridional.

A pesar de todas sus victorias, la situación de Aníbal en Italia se hacía cada vez más difícil. Gradualmente, los romanos habían hecho llegar sus fuerzas a una cifra enorme: en el 212 el número total de las legiones llegaba a 25 (alrededor de 250.000 hombres), de las cuales 10 estaban diseminadas por la Italia meridional. En cambio, las fuerzas de Aníbal, si bien no disminuían, no aumentaban tanto como las romanas: el problema de los complementos se hacía cada vez más angustioso. Los italos y los griegos que se habían pasado a su lado eran reticentes en darle soldados, como ya hemos visto en el caso de Capua. Era difícil que vinieran otros de África y España, con la flota romana que dominaba el mar; y por otra parte, nuevas circunstancias contribuían a empeorar la situación de los cartagineses.

Inmediatamente después de Cannas, Magón se había dirigido a Cartago con la noticia de la brillante victoria y pidiendo refuerzos. Cuando relató los triunfos de su hermano y, como prueba de sus aserciones, hizo amontonar delante de los senadores los anillos de oro quitados a los caballeros romanos

muertos, el entusiasmo fué indescriptible. El gobierno cartaginés decidió enviar con Magón a Italia 12.000 infantes, 1.500 jinetes y 20 elefantes, pero los acontecimientos en España lo obligaron a cambiar de idea.

Ya hemos visto que Publio Cornelio Escipión, que en el verano del 218 había regresado a Italia desde Masilia, había enviado una parte de sus propias fuerzas a España, al mando de su hermano Cneo. Desembarcado en Emporias, este último había iniciado de inmediato con éxito las operaciones contra las guarniciones cartaginesas dejadas en Cataluña, logrando en menos de dos meses barrer toda la región al norte del Ebro. En el verano del año siguiente, 217, había llegado a la zona Asdrúbal, con fuerzas terrestres y navales. En la desembocadura del Ebro, la flota romana había derrotado a los cartagineses con ayuda de los masilienses, obligando a Asdrúbal a la retirada también en tierra firme.

A pesar de la grave situación en Italia, el senado romano había encontrado la forma de enviar a España a Publio Escipión con refuerzos. Los dos hermanos habían pasado el Ebro y se habían extendido hacia el sur hasta Sagunto. Resultado: rebelión de los turdetanos contra el dominio cartaginés. En el 215 Cartago, alarmada, había enviado refuerzos a Asdrúbal. Los Escipiones, entretanto, ponían sitio a Dertosa, en el curso inferior del Ebro. Asdrúbal los había atacado con un ejército de 25.000 hombres. Los romanos, que disponían de casi otro tanto, habían librado contra los cartagineses una sangrienta batalla, derrotándolos. Asdrúbal mismo había escapado milagrosamente a la captura con un pequeño grupo de sobrevivientes.

Las consecuencias de la victoria de los Escipiones fueron enormes. Ahora ya no sólo no se podía pensar más en enviar a Anibal refuerzos desde España, sino que las mismas posesiones cartaginesas de la península estaban en peligro, pues las tribus comenzaban rápidamente a cambiar de orientación. Las noticias de las victorias de los Escipiones levantaron los ánimos en Italia. Y esencialmente, repetimos, la amenaza concreta de la pérdida de España obligó al gobierno cartaginés a cambiar el plan inicial y a enviar a Magón con fuertes refuerzos, ya no a Italia, sino a España.

Los cartagineses no lograron cumplir de inmediato nuevas acciones importantes en España. Acontecimientos que se produjeron en el Africa septentrional se le impidieron. Sifax, rey de Numidia occidental, en parte influido por los Escipiones, rompió las relaciones de vasallaje que lo unían a Cartago. Con esto comenzó una larga guerra de tres años (214-212) para la cual los cartagineses se vieron obligados a volver a llamar a Asdrúbal, haciéndolo dejar España. Finalmente Sifax fué sometido de nuevo.

Durante la ausencia de Asdrúbal, los dos hermanos Escipiones obtuvieron nuevos triunfos importantes, conquistando Sagunto y otras ciudades. Pero cuando a fines del 212 regresó Asdrúbal, la situación cambió bruscamente. Concentrando tres ejércitos contra los dos romanos, que por añadidura habían sido integrados en gran parte con iberos, dieron en el 211 la batalla decisiva. Divididos por las maniobras de Asdrúbal, los dos ejércitos fueron vencidos separadamente: primero el de Publio y luego el de Cneo. Ambos hermanos murieron y los restos de los ejércitos romanos se retiraron más allá del Ebro, donde lograron retener Cataluña, no sin grandes dificultades. De nuevo España se había convertido en una grave amenaza para Italia.

*Sicilia.* — Mientras vivió Gerón II, los siracusanos permanecieron fieles a la alianza con Roma. Ni siquiera Cannas consiguió conmover la firmeza del viejo e inteligente monarca. Pero cuando él murió, en el verano del 215, dejando el trono a su nieto Gerónimo, de quince años, obstinado y frívolo, en el consejo de regencia que lo asistía comenzó de inmediato la lucha entre los partidarios de Roma y los de Aníbal. La lucha terminó con la victoria de estos últimos. Inmediatamente se iniciaron tratativas con Aníbal, que envió a Siracusa sus agentes para preparar un tratado de alianza. Las condiciones eran muy ventajosas para los siracusanos, a quienes se ofrecía el dominio de toda la isla a cambio de la ayuda para la campaña de Italia. Era evidente que para los cartagineses lo único que contaba en ese momento era separar a Siracusa de Roma y que para lograr ese objetivo no vacilaban en prometer todo lo que podían. Los embajadores romanos, enviados a Gerónimo por el pretor, para recordarle el viejo tratado que lo ligaba a Roma, fueron mal recibidos e igualmente infructuosas resul-

taron otras tentativas de acuerdos diplomáticos. La alianza con Siracusa fué aprobada por el Senado cartaginés y los siracusanos iniciaron, sin más, operaciones militares contra las guarniciones romanas en Sicilia.

En ese mismo tiempo, verano del 212, Gerónimo fué asesinado en un complot. Esto hizo que en breve tiempo cambiara la situación por completo a favor de Roma, ya que el partido aristocrático que le era favorable había tomado la delantera. Los romanos no supieron aprovechar la situación a tiempo y en las tropas siracusanas se manifestaron sentimientos a favor de los cartagineses. Dos agentes de Anibal fueron elegidos comandantes, el partido prorromano que estaba en el poder fué depuesto y sus jefes fueron muertos. De este modo se iniciaron las acciones bélicas contra Roma.

El ejército romano de Sicilia estaba al mando del cónsul del 214 Marco Claudio Marcelo, que se había distinguido en la guerra con Anibal, y la flota al mando del pretor Apio Claudio. En el 213 estas fuerzas iniciaron el ataque de Siracusa por mar y por tierra. La operación se presentaba como muy difícil. La ciudad estaba muy bien fortificada y disponía de enormes provisiones de víveres. Además, el gran matemático y físico Arquímedes, que vivía en Siracusa, había construído máquinas bélicas de poder excepcional, que facilitaban enormemente la defensa a los siracusanos.

"Arquímedes —dice Polibio— había construído máquinas capaces de lanzar proyectiles a cualquier distancia. Si el enemigo navegaba lejos, Arquímedes usaba una máquina de gran alcance; si se acercaba, empleaba máquinas de menor poder, utilizando siempre la más adecuada a la distancia. De ese modo ponía al enemigo en dificultades y le infundía un temor tal que éste no se decidía a acercarse a la ciudad con sus naves... Además de los proyectiles, las máquinas podían arrojar un ancla de hierro fijada a una cadena en uno de cuyos extremos había un cabrestante firmemente unido. Dirigida con violencia contra una nave, el ancla se clavaba y al ser retirada por medio de la cadena alzaba la nave, provocando su hundimiento" (VIII, 7, 8).

Hubo que desistir del intento de tomar la ciudad por asalto y pasar en cambio a un prolongado sitio. Una parte del ejército romano se dispuso en un campo atrincherado al sur-este y la otra al noreste de la ciudad. Los cartagineses desembarcaron con numerosas fuerzas (25.000 infantes, 3.000 jinetes y 12 elefantes) sobre la costa suroccidental de Sicilia.

Marcelo, ocupado en el sitio y en la represión del movimiento antirromano en otras ciudades, no estuvo en condiciones de impedir la caída de Agrigento. A pesar de haber recibido refuerzos de Roma en cantidad de una legión (de ese modo llegó a disponer de 4 legiones, si bien incompletas), sus fuerzas estaban aún lejos de ser suficientes. El ejército cartaginés se acercó a Siracusa por el suroeste y fijó su campamento a cierta distancia del romano. Pero tampoco los cartagineses eran suficientemente fuertes como para atacar las posiciones fortificadas de los romanos e impedir el sitio.

A comienzos de la primavera del 212, Marcelo logró apoderarse de Hepípoles, barrio occidental de Siracusa, aprovechando de la fiesta de Artemisa y del estado de embriaguez de la guarnición. Por la noche, un escuadrón romano, con escaleras de asalto, logró introducirse en un estrecho pasaje de los muros septentrionales y abrir una puerta a través de la cual entró en Hepípoles el ejército romano acampado al norte de la ciudad.

Pero otros barrios de la ciudad, fortificados separadamente, quedaban en manos de la guarnición siracusana. La flota cartaginesa, aprovechando un fuerte viento, entró en el puerto y llevó ayuda a los sitiados, mientras las tropas de tierra constituían una amenaza permanente para los romanos. Por suerte para estos últimos, en el verano del 212 en el campamento cartaginés se originó una epidemia causada por las exhalaciones de los pantanos que rodeaban a Siracusa. Si bien las enfermedades también castigaron a los romanos, entre ellos se manifestaron en forma más benigna, mientras los cartagineses perdieron casi todo el ejército con sus comandantes.

Llegó la primavera del 211 y los cartagineses hicieron una nueva tentativa de ayudar a los siracusanos por mar. Una gran flota de guerra con naves de transporte cargadas de víveres se dirigió hacia la ciudad sitiada, pero al acercársele la flota romana, su comandante se intimidó y se retiró. De este modo quedó sellada la suerte de Siracusa. El partido prorromano inició tratativas de paz con Marcelo, lo que provocó el desacuerdo entre la guarnición (en la que había muchos desertores romanos) que no quería rendirse y la ciudadanía. Mientras en la ciudad estallaban desórdenes por este motivo, se logró convencer a uno de los jefes mercenarios para que



abriera las puertas de Ortigia, después de lo cual también se rindió Acradina (la ciudad vieja).

Marcelo se comportó con Siracusa como con una ciudad sitiada, es decir la sometió al saqueo. Durante éste murió también Arquímedes, asesinado por un soldado romano desconocido. Los romanos hicieron un enorme botín que fué a llenar las exhaustas arcas del Estado. Muchos objetos artísticos y suntuosos fueron destruidos y muchos otros llevados a Roma.

Después de la caída de Siracusa, ya no había grandes dificultades para someter al resto de Sicilia. En el 210, gracias a una traición, cayó Agrigento y los restos de los cartagineses abandonaron la isla.

La restauración del dominio romano en Sicilia tuvo una gran influencia sobre el curso de la guerra. Los planes de Aníbal se basaban en la creación alrededor de Roma de una cadena de estados enemigos no itálicos: Sicilia debía ser el eslabón más fuerte de esa cadena. Y ya estaba destrozado, después de cinco años de vida.

*La primera guerra macedonia.*— El segundo eslabón debía ser Macedonia. Ya conocemos los sentimientos de enemistad de Filipo V con respecto a Roma por la cuestión ilírica. El rey macedonio había seguido atentamente el curso de la guerra con Aníbal y después de la derrota de los romanos en el Trasimeno trató de quedar libre de otros compromisos haciendo la paz con los etolios (en Naupato, en septiembre del 217). Inmediatamente después, inició operaciones en Iliria. A comienzos del verano del 216, la flota macedonia entró en el mar Jónico y se dirigió al norte casi hasta Apolonia. Pero habiéndose enterado de que se acercaban los romanos y sin tener noticias ciertas sobre sus fuerzas (entre otros detalles, sólo tenían 10 naves de línea), Filipo se atemorizó y se retiró rápidamente a Macedonia. En ese tiempo tenía lugar la batalla de Cannas. A pesar de la opinión general de todos los enemigos de Roma, la terrible derrota no consiguió doblegar a los romanos, que continuaron valerosamente la lucha. La situación de Aníbal en Italia, ya lo hemos visto, no era en efecto tan brillante como podía parecer a primera vista. De ahí que se viera obligado a recurrir a la alianza con Mace-

donia, alianza con la que Filippo soñaba desde hacía largo tiempo.

En el verano del 215 llegaron al campo de Aníbal embajadores macedonios con los cuales se celebró un tratado preliminar. El texto lo da Polibio en un fragmento del libro VII. Empieza así:

De este modo juran el comandante Aníbal, Magón, Mircán, Barmocar, todos los miembros del consejo de ancianos cartaginés que se encuentran junto a él y todos los cartagineses que participan de su expedición, al ateniense Jenófanes, hijo de Cleómaco, enviado del rey Filippo, hijo de Demetrio, por cuenta de los macedonios y de sus aliados: ante Zeus, Hera y Apolo; ante los dioses Cartagineses Hércules y Yolao; ante Arcs, Tritón y Poseidón; ante los dioses reunidos del Sol, de la Luna y de la Tierra; ante los ríos, los golfos y las aguas; ante todos los dioses que dominan sobre Cartago; ante todos los dioses que dominan sobre Macedonia y el resto de la Hélade; ante todas las divinidades de la guerra que presencian este juramento...

El contenido del tratado consistía fundamentalmente en lo siguiente: Macedonia se comprometía a hacer guerra contra Roma en alianza con Cartago, previo reconocimiento por parte de los cartagineses de los derechos de Filippo sobre las costas ilíricas, Corcira, Apolonia, Epidamno y otras ciudades. Donde surgiera la necesidad, los aliados estaban obligados a ayudarse con el envío de fuerzas armadas: terminada la guerra, la alianza asumiría un carácter defensivo contra eventuales ataques por parte de Roma.

Teóricamente, el tratado era ventajoso para ambas partes: Filippo podría contar con la cooperación de la flota cartaginesa y Aníbal confiaba en la ayuda de Filippo en Italia. Si el tratado hubiese tenido realización práctica, habría creado a Roma dificultades nuevas y enormes; pero en los hechos no dió ninguna de las ventajas esperadas ni a una ni a otra parte.

En primer lugar, la ratificación por parte del rey macedonio y del Senado cartaginés se retrasó notablemente: alrededor de seis meses se perdieron por la captura, por parte de los romanos, de los embajadores macedonios que regresaban del campamento cartaginés, lo que obligó a Filippo a enviar ante Aníbal una nueva embajada. Luego el Senado romano tomó conocimiento del tratado y pudo por lo mismo tomar medidas precautorias: el pretor Marco Valerio Levino fué designado para vigilar las aguas adriáticas con una escuadra

naval y un ejército, de modo que cuando en el verano del 214 Filipo apareció de nuevo en el Adriático preparándose para poner sitio a Apolonia, los romanos estuvieron en condiciones de enviar refuerzos a la ciudad que, con sus fuerzas y las romanas, conquistó y saqueó el campamento adversario, mientras la flota cortaba a Filipo la retirada por mar, no dejándole otra posibilidad que quemar la flota y retirarse a Macedonia por la vía terrestre. Después de estos sucesos, los romanos se establecieron firmemente sobre la costa ilírica y Filipo, sin ayuda de los cartagineses, cuya flota, como hemos visto, estaba ocupada en aquel período (213) en las importantísimas operaciones de Sicilia, no pudo actuar para nada.

Uno de los factores decisivos que paralizó la actividad de Filipo en la guerra itálica consistió especialmente en sus relaciones con Grecia. Los griegos no estaban en buena disposición con los macedonios. Aparte de la alianza etólica, también los aqueos, a pesar de las coyunturas momentáneas que los obligaban a veces a establecer relaciones amistosas con los macedonios, no veían con buenos ojos un fortalecimiento de aquéllos a quienes se consideraba en cierto modo como enemigos hereditarios de Grecia y que constituían una amenaza constante contra su independencia. Por eso era lógico que la alianza con Aníbal hiciera aún más tensas esas relaciones: a esto se deben agregar también algunas tentativas desafortunadas de Filipo de intervenir en los hechos internos del Peloponeso.

Pero a pesar de todo esto, en el 213 la situación en Iliria cambió nuevamente a favor de los macedonios que, con exitosas operaciones terrestres, obligaron a los romanos a reducirse a una estrecha faja costera. Entonces intervino la diplomacia romana. En el 212, Levino estableció contactos secretos con los etolios, logrando concluir rápidamente un tratado de alianza. Los etolios debían actuar contra Filipo en tierra firme, los romanos por mar con no menos de 25 embarcaciones de línea. De la guerra los etolios sacarían ventajas territoriales; los romanos, todo el botín. Además los romanos se comprometían a ayudar a los etolios en la conquista de la Acarnania y ambas partes a no hacer las paces por separado con Filipo.

¡Cómo para ir a hacer la guerra a Italia! Filipo pronto se vió rodeado de enemigos por todas partes sobre la misma

península balcánica. La coalición antimacedonia se extendió rápidamente: intervinieron Elidia, Esparta, Mesenia y hasta el rey de Pérgamo, Atalo I. El límite septentrional de Macedonia, por añadidura, se encontraba sujeto a ataques de los ilirios y de los dárdanos. Filipo se defendió valerosamente y con habilidad: los territorios de Grecia, en particular las regiones marítimas, fueron saqueados despiadadamente. La guerra llegó a su punto culminante en el 208, cuando las flotas reunidas de Roma y Pérgamo se encontraron frente a la cartaginesa, que acudió en ayuda de Filipo. Pero Atalo muy pronto se vió obligado a regresar a su patria, porque sus posesiones estaban amenazadas por la invasión de Prusias, rey de Bitinia, y la flota cartaginesa se portó pasivamente.

En el 207 la situación cambió a favor de Filipo: Asdrúbal había penetrado en Italia (ver más adelante), Roma fué obligada a reunir todas sus fuerzas y ya no estuvo en condiciones de ayudar a los aliados griegos. Filipo pasó a la ofensiva, cruzando los límites de Etolia.

Esto obligó a la liga etólica a concluir una paz por separado con Macedonia, paz por la cual ya se habían adelantado tratativas propuestas desde tiempo atrás por países neutrales: Egipto, Rodas, etc., y de este modo Roma, igual que en el 214, se encontró de nuevo sola contra Filipo. Pero ahora la situación era muy distinta: resultaba difícil dudar de la derrota final de Aníbal. Por otra parte, también los romanos, una vez logrado su objetivo en la política griega, que consistía en impedir el envío de ayuda a Aníbal, no tenían mayores deseos de continuar la guerra.

Por lo tanto, el terreno era propicio para la conclusión de la paz, que se hizo en el 205. Los romanos conservaron sus posesiones ilíricas más importantes y las ciudades griegas cedieron a Filipo parte de las tierras del continente.

*Capua y la marcha de Aníbal sobre Roma.* — El hecho de que Capua se pasara del lado de Aníbal en el 216, constituyó un grave golpe al prestigio romano en Italia meridional. Como vemos, el ejemplo de Capua había sido seguido por muchas otras ciudades. Por lo tanto, se hacía urgente el problema de la reconquista de la ciudad. Pero recién en el 212 los romanos estuvieron en condiciones de afrontar semejante empresa, cuando, como ya hemos visto, pudieron llegar a con-

centrar unas 10 legiones en la Italia meridional. Al tomar conocimiento de las intenciones del mando romano, Aníbal dispuso rápidamente aprovisionar la ciudad con gran abundancia de víveres. Con este propósito envió desde el Brucio (en ese momento se encontraba en las cercanías de Tarento) a Anón, encargado de esa misión. Al llegar al Samnio, Anón estableció su campamento cerca de Benevento y empezó a recoger gran cantidad de grano. Los cónsules romanos<sup>38</sup>, que estaban en Boviano, supieron de la llegada de Anón y, mientras éste con gran parte de su ejército se dedicaba a juntar víveres, atacaron el campamento cartaginés, llevándose la mayoría de las provisiones destinadas a Capua. Entonces Anón se retiró rápidamente al Brucio y Capua perdió toda esperanza de poder completar sus reservas de víveres.

Mientras tanto, alrededor de Capua se iba estrechando el anillo de las tropas romanas. Aníbal acudió en ayuda y logró obligar a los romanos a levantar el sitio. Sin embargo, no pudo permanecer mucho tiempo en la zona, que había sido devastada, porque sus tropas pesaban demasiado sobre la ciudad magramente aprovisionada. De ahí que no tardara en regresar al sur.

Los romanos aparecieron nuevamente en las cercanías de la ciudad y esta vez emprendieron las operaciones de asedio con una gran energía. Acumularon grandes cantidades de víveres en las fortalezas vecinas en su poder y rodearon a la ciudad con un doble foso. Aníbal, que volvió por segunda vez, encontró la situación enormemente cambiada. Los romanos, protegidos por las fortificaciones de su campamento, no abandonaron el asedio y todos los ataques de los cartagineses fueron vanos. Para conquistar las posiciones romanas no eran suficientes las fuerzas de Aníbal, que además carecían de medios adecuados para el asalto. Por otra parte, los romanos no se dejaban atraer a campo abierto.

Después de haber permanecido en Capua 5 días, Aníbal decidió, por primera vez en todo el curso de la guerra, marchar sobre Roma. Evidentemente su intención no era tanto tomar la ciudad atacándola por sorpresa como obligar al ejército romano a levantar el sitio de Capua. Por la noche hizo encen-

---

<sup>38</sup> Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio Pulcro.

der fuegos en su campamento y partió silenciosamente con las tropas, de modo tal que los romanos no se percatasen de nada. Con gran rapidez se dirigió al Samnio, luego a occidente y marchó directamente sobre Roma por la llamada "ruta latina". Al no encontrar resistencia, los cartagineses llegaron a cerca de 8 km. de la ciudad, donde establecieron su campamento. Aníbal con la caballería galopó hasta la puerta Colina.

La aparición de los cartagineses fué completamente inesperada y produjo en Roma una alarma terrible. *Hannibal ante portas* era la frase que corría en boca de todos. En los templos las mujeres rogaban a los dioses y frotaban los cabellos sobre los altares. "Siempre hacían así —anota Polibio— cuando la ciudad natal estaba amenazada por una grave desgracia" (IX, 6).

De todos modos, la ciudad no fué tomada totalmente por sorpresa. Casualmente, se encontraban en Roma 4 legiones y los potentes muros excluían toda posibilidad de asalto. Por eso Aníbal, después de haberse entretenido frente a la ciudad algunos días y haber saqueado los alrededores, después de alguna insignificante escaramuza con las tropas romanas, se volvió atrás y lo más triste para él fué que las legiones que asediaban Capua no cayeron en la trampa y no se movieron de su puesto. Los cartagineses se retiraron al Brucio y ya no hicieron más tentativas de salvar a Capua.

Al saber que Aníbal los había abandonado, los capuanos se rindieron sin condiciones (211). La ciudad rebelde fué severamente castigada: los miembros del Senado y algunas decenas de notables fueron condenados, a una parte de la población se la redujo a esclavitud y toda la tierra fué confiscada. La ciudad perdió la independencia y desde entonces fué gobernada por un pretor como comunidad en sujeción.

*La situación en Italia.*—La caída de Capua, que se produjo en el mismo año de la toma de Siracusa, causó una enorme impresión en toda Italia y fué uno de los factores que determinaron un cambio de orientación: los aliados de Aníbal comenzaron a vacilar y a pensar en volver del lado de los romanos, facilitándoles la reconquista de las ciudades perdidas en la Italia meridional.

El resultado más importante fué la rendición de Tarento. El cónsul del 209, Fabio Máximo, viniendo de Sicilia, rodeó

la ciudad con dos legiones, mientras la flota romana cerraba el acceso al puerto. Aníbal, ocupado en operaciones contra los brucios, no pudo ayudar de inmediato a la ciudad y al llegar se encontró con que Tarento ya se había rendido. Fabio abandonó la ciudad al saqueo: 30.000 habitantes fueron reducidos a esclavitud y la población restante fué privada de la autonomía, igual que se había hecho con la de Capua.

Pero al lado de estos grandes triunfos los romanos debieron sufrir también serias pruebas. Entre ellas, la muerte de Claudio Marcelo, que en el 208 cayó en Apulia en un encuentro con los cartagineses. Aníbal ordenó sepultar su cadáver con todos los honores militares. Antes, ya en el 210, también en Apulia, había sido muerto el procónsul Cneo Fulvio.

Mucho más serios aún eran los síntomas de descontento provenientes del extremo agotamiento provocado por la guerra. Éstos empezaron a manifestarse hasta en aquellas ciudades que hasta entonces habían sido los baluartes más fieles de Roma. En el otoño del 210, con motivo de un nuevo reclutamiento, no menos de 12 colonias latinas sobre 30 rehusaron proporcionar nuevos contingentes. Italia estaba tan devastada y el transporte de víveres se había hecho tan difícil por las operaciones militares, que en el 210 los precios del pan en Roma habían aumentado enormemente. El Senado romano se vió forzado a enviar una embajada a Egipto, ante Tolomeo IV, con el pedido de envío de víveres.

*Escipión en España.* — La situación en España se había hecho difícilísima. Después de la muerte de los Escipiones en el 211, los romanos lograban apenas mantenerse al norte del Ebro: se hacía imprescindible tomar medidas extremas si Roma no quería ver a Italia sometida a una nueva invasión. En el otoño del 211, durante el asedio de Capua, el Senado envió a España al pretor Claudio Nerón con dos legiones. Pero esto no era suficiente. El frente español se iba convirtiendo en un ganglio vital y se decidió enviar allí al hombre que la opinión pública romana consideraba la única esperanza de Roma, el joven Escipión.

Publio Cornelio Escipión acababa de cumplir entonces 25 años. Había obtenido ya una gran popularidad desde el 218, cuando teniendo apenas 17 años había salvado a su padre en la batalla del Ticino. Sus cualidades de carácter le atraían

la simpatía de todos. Gentil en el trato, mantenía intacto el antiguo sentido religioso romano con un cierto misticismo, creía en las predicciones de los sueños, pasaba muchas horas en los templos y estaba profundamente convencido de que era un predestinado. El pueblo lo consideraba un favorito de los dioses al que nunca le faltaría la buena fortuna. Dotado de una gran instrucción, con una profunda confianza en sí mismo y en su destino, Escipión se evidenciaba hábil y prudente, capaz de estudiar con gran cuidado y prever cada movimiento en un plan de guerra.

Cuando la táctica excesivamente prudente de Nerón, crecido en la escuela del "temporizador", fué considerada insuficiente, la opinión pública comenzó unánime a exigir el envío de Escipión a España. El Senado fué lo suficientemente inteligente como para aceptar el juicio popular y aún cuando el joven todavía no había recorrido la trayectoria de la escala jerárquica (sólo había servido como edil curul en el 213), confirmó su nombramiento como comandante supremo con el título de procónsul y lo envió a España con otras dos legiones que debían sumarse a las que ya se encontraban en ese territorio.

A fines del 210, Escipión llegó a España y de inmediato justificó las esperanzas que se habían puesto en él. Su llegada elevó la moral de las tropas romanas. En España seguían operando tres ejércitos cartagineses: Asdrúbal, Magón y otro Asdrúbal (hijo de Giscón). A la llegada de Escipión, los ejércitos enemigos se encontraban diseminados en varios lugares y esto permitió al romano aprovechar la situación, lo que hizo decidiendo conquistar Nueva Cartago con un golpe de audacia.

La difícil operación fué preparada con gran cuidado y cumplida brillantemente. La ciudad estaba situada sobre un elevado promontorio, unido a tierra firme por una estrecha faja de tierra. A principios de la primavera del 209, Escipión apareció inesperadamente en el lugar con el ejército y la flota, esta última al mando de su amigo Cayo Lelio. La flota bloqueó la entrada al puerto, mientras el ejército fijaba su campamento en el istmo. En el instante de partir para la expedición, Escipión había declarado a los soldados que Neptuno mismo se



le había aparecido en sueños y le había enseñado cómo conquistar la ciudad.

El ataque comenzó con el asalto a los muros que se alzaban frente al istmo; luego, mientras los cartagineses concentraban allí su atención, Escipión envió un escuadrón de 500 hombres provistos de escalas del lado del mar, donde una pequeña laguna facilitaba el acceso a los muros.

Por la tarde este escuadrón atravesó sin ser visto la laguna, favorecido por el hecho de que el viento alejaba sus aguas, y logró irrumpir dentro de la ciudad.

La toma de Nueva Cartago produjo una desastrosa impresión en España, al par que originaba una oleada de entusiasmo en Roma. En manos de Escipión cayeron enormes provisiones de víveres y material bélico y algunos centenares de rehenes de las tribus españolas. Con estos últimos Escipión se comportó muy hábilmente, prometiéndoles la libertad si sus compatriotas consentían en pasarse del lado de Roma. Por otra parte, el hecho de haber ocupado la capital de los Barca demostraba de por sí que la relación de fuerzas empezaba a cambiar. Algunas poderosas tribus se pasaron del lado de los romanos.

En la primavera del 208 Escipión marchó hacia la cuenca del Betis, en donde encontró a Asdrúbal. No queriendo dar a los cartagineses la posibilidad de reunir las propias fuerzas, confiando en su superioridad numérica, el romano atacó al enemigo cerca de Bécula, aún cuando éste ocupaba óptimas posiciones. Escipión atrajo la atención de Asdrúbal sobre el frente y luego lo atacó por los flancos. Cuando Asdrúbal vió que su ejército se encontraba en mala situación, reunió cuanto tenía de valioso y los elefantes y se alejó de los romanos, retirándose hacia el norte. Escipión no se atrevió a seguirlo temiendo que los ejércitos cartagineses pudieran reunirse.

*Expedición de Asdrúbal a Italia. Batalla del Metauro.* — A marchas forzadas, Asdrúbal atravesó la península recibiendo a lo largo de su camino refuerzos de sus colegas. Con su paso de los Pirineos cerca del Golfo de Vizcaya, donde los desfiladeros no estaban defendidos por los romanos, dió comienzo la segunda expedición cartaginesa a Italia. De este modo, la marcha de Asdrúbal inutilizaba las tentativas de Escipión, cuya tarea

principal era justamente entretener a los cartagineses en España. Una vez más pesaba sobre Italia la terrible amenaza.

En Roma la noticia suscitó una gran alarma. En el 207 se eligieron como cónsules jefes avezados: Claudio Nerón y Marco Livio Salinator, que se había revelado como un hábil comandante desde los tiempos de la segunda guerra ilírica. El número total de las legiones se elevó a 23, de las cuales 15 nada más que en Italia (7 en la meridional y 8 en la septentrional).

Asdrúbal había partido de España con alrededor de 20.000 hombres. Después de haber invernado en la Galia meridional, pasó los Alpes a comienzos de la primavera del 207, muy probablemente a través del mismo paso utilizado por Aníbal. Los galos del valle del Po le dieron refuerzos y su ejército llegó así a los 30.000 hombres. Eran fuerzas demasiado superiores a las de los romanos. Pero Asdrúbal no tenía intenciones de librar combate: su plan consistía en abrirse camino hacia el sur para reunirse con su hermano.

Aníbal se había trasladado, en la primavera del 207, desde los cuarteles invernales del Brucio a la Apulia central, donde permanecía esperando noticias del hermano. Éste marchaba desde el valle del Po hacia el *ager Gallicus*, donde vigilaban las tropas de Marco Livio. Claudio Nerón se encontraba en Apulia enfrentando a Aníbal. Antes de iniciar la marcha, Asdrúbal había enviado al hermano seis correos anunciando su llegada y expresándole el deseo de encontrarse con él en Umbría. Desgraciadamente los correos cayeron en manos de Claudio Nerón, que fué puesto al corriente de todo. El cónsul tomó una audaz decisión. Con gran sigilo, abandonó durante la noche el campamento con la parte más selecta de sus tropas, encargando a uno de sus ayudantes (*legados*) que tuviera a raya a Aníbal con el resto del ejército. Moviéndose muy rápidamente, marchó hacia el norte y se unió a Livio. De este modo, las fuerzas romanas reunieron 40.000 hombres para la defensa del *ager Gallicus*.

Cuando Asdrúbal se dió cuenta de que tenía frente suyo fuerzas enemigas superiores, trató de rehuir la batalla y de refugiarse en Umbría. Pero no lo logró: sobre el Metauro, los romanos lo alcanzaron y lo obligaron a aceptar la lucha en condiciones de inferioridad. Los cartagineses fueron derrotados. Cuando ya no le quedaban más esperanzas, Asdrúbal se

arrojó al centro de la lucha y murió como un héroe. Cuando encontraron su cadáver, los romanos le cortaron la cabeza y de regreso en Apulia la arrojaron a las avanzadas cartaginesas. Ésta era la "generosidad" con que retribuían los honores militares que en su momento Aníbal había hecho rendir a los restos de Marcelo!

La batalla del Metauro decidió la suerte de la campaña en Italia y no sin razón suscitó un incontenible entusiasmo en Roma. Aníbal se dió perfecta cuenta del significado de la muerte de Asdrúbal: cualquier esperanza de recibir ayuda desde España había desaparecido. Aníbal se retiró al Brucio, donde sus posibilidades de maniobra quedaron cada vez más limitadas por el creciente cerco de las legiones romanas.

*El fin de la guerra en España y preparativos para la expedición a África.* — Después de la partida de Asdrúbal, la suerte de España había quedado decidida, aún cuando el gobierno cartaginés envió considerables refuerzos. Cerca de Silpia, sobre el curso inferior del Betis, Escipión obtuvo en el 207 una brillante victoria sobre los ejércitos reunidos de Magón y de Asdrúbal, hijo de Giscón. Esta batalla marcó el fin de la dominación cartaginesa en España. Magón se retiró a Cádiz con los restos de sus tropas, manteniéndose allí por un cierto tiempo, mientras Escipión se dedicaba a someter a la España meridional y a luchar contra un movimiento de rebelión nacido entre algunas tribus locales y algunas guarniciones romanas descontentas por el atraso en el pago del sueldo. Pero cuando Magón vió claramente que el sitio de Cádiz era inevitable, embarcó sus tropas y trató de apoderarse de Nueva Cartago con una incursión sorpresiva. La tentativa fracasó por la vigilancia de la guarnición romana y Magón regresó a Cádiz. Pero la ciudad, que mientras tanto había iniciado con los romanos tratativas para la rendición, rehusó recibirlo de nuevo y Magón puso proa hacia las Baleares mientras Cádiz abría las puertas a los romanos.

De este modo, en el otoño del 206 España era evacuada completamente por los cartagineses. Si la victoria de los romanos en el Metauro significó de hecho la terminación de la guerra en Italia, la conquista de España tuvo el mismo sentido para la guerra en general. Aníbal había sido privado de su base principal, sin la cual ya no estaría más en condiciones

de seguir combatiendo. Y si bien todavía continuó durante 4 años su desesperada resistencia, ya no se trataba más que de la agonía.

En el otoño del 206, Escipión regresó a Italia y presentó su candidatura a cónsul en el 205. Su elección por unanimidad fué expresión del sentimiento de simpatía popular, que después de la guerra de España había crecido enormemente (el hecho de que en realidad había permitido a Asdrúbal dejar España le fué fácilmente perdonado después de la batalla de Metauro). Una vez cónsul<sup>39</sup>, Escipión propuso inmediatamente desembarcar en África para dar el golpe definitivo contra la capital enemiga y de ese modo poner fin a la guerra. Teniendo en cuenta que Aníbal aún se encontraba en Italia, este plan resultaba muy arriesgado. Y el temor ante el jefe cartaginés era tan grande que el Senado, influido por el prudente Fabio Máximo, se opuso al plan de Escipión. Pero la apasionada convicción del joven cónsul sobre la justeza de su punto de vista, la fe en la propia suerte y la ardiente simpatía del pueblo vencieron la oposición del Senado y Escipión obtuvo Sicilia como provincia propia, con autorización para marchar sobre África cuando lo juzgase oportuno. Se le adjudicaron dos legiones seleccionadas entre las tropas de guarnición en Sicilia y se le concedió el derecho a reclutar voluntarios. Las ciudades de Etruria y de la Umbría recolectaron los medios para la construcción de 30 naves y el equipamiento de 7.000 voluntarios.

En ese tiempo Magón hizo una última tentativa desesperada por acudir en ayuda de su hermano y para impedir también con ello a los romanos lanzarse hacia África. Con una flota de 30 naves y un ejército de desembarco de 14.000 hombres, marchó desde las Baleares y con un ataque por sorpresa se apoderó de Génova estableciendo vinculación con los galos. Aún cuando el gobierno cartaginés le había enviado importantes refuerzos, nada logró hacer. Esta vez los galos no proporcionaron ninguna ayuda (la lección del Metauro era aún muy reciente como para haber sido olvidada). Aníbal estaba demasiado lejos, en el Brucio, y Magón no disponía de fuerzas

---

<sup>39</sup> Su colega Publio Licinio Craso era un hombre bastante mediocre. Además su dignidad de Pontífice Máximo le impedía dejar Italia.

suficientes como para cruzar Italia central. En efecto, una tentativa de ir más allá de la Liguria terminó en un fracaso y Magón mismo fué gravemente herido (203).

*Escipión en Africa. Batalla de Zama.*—De todos modos, la nueva aparición de los cartagineses en Italia no había detenido los preparativos de la expedición africana: resultaba claro que la tentativa de Magón estaba condenada al fracaso. En la primavera del 204 Escipión zarpó de Lilibea con rumbo a Africa, llevando una flota de 50 grandes navíos de guerra y un ejército de 25.000 hombres. El desembarco se produjo sin obstáculos en las cercanías de Utica. Los romanos establecieron un campamento bien cerca de la ciudad.

El éxito de la guerra en África dependía en gran medida de la posición que hubieran tomado los jefes de las tribus númeridas. Sifax, rey de los númeridas occidentales, ex aliado de los hermanos Escipiones, había traicionado en esos años a los romanos, haciéndose amigo de los cartagineses. En cambio Escipión había encontrado un aliado en Masinisa, joven lleno de talento, rey de los númeridas orientales y enemigo mortal de Sifax. En realidad, en el primer tiempo la ayuda de Masinisa sólo se limitó a su presencia personal y a una pequeña escuadra de jinetes, ya que su reino estaba ocupado por Sifax; pero más tarde fué de importancia decisiva.

Sifax y Masinisa eran rivales no sólo por el poder en Numidia, sino también por el amor de la bella Sofonisba, hija de Asdrúbal de Giscón. Para atraer a Sifax al lado de los cartagineses, Asdrúbal le había otorgado la hija, prometida anteriormente a Masinisa.

En los primeros tiempos la situación de Escipión en África se presentaba muy difícil. Hizo una tentativa de tomar Utica, pero fué forzado a levantar el sitio por la llegada de los ejércitos unidos de Sifax y Asdrúbal. Entonces estableció los cuarteles de invierno en un campamento fortificado construido sobre una península bastante cercana a la ciudad. Los campamentos de los cartagineses y de los númeridas se levantaron cerca, a 10 km. del romano. Las operaciones militares fueron momentáneamente interrumpidas, porque ninguna de las partes se consideraba lo suficientemente fuerte como para pasar a la ofensiva.

Entonces los cartagineses hicieron la proposición de iniciar tratativas de paz. Sifax actuó como intermediario. La base

para esta paz era la situación "*quo ante bellum*". Es fácilmente comprensible que Escipión no podía acceder a semejantes condiciones. Sin embargo, fingió estar de acuerdo. Durante las tratativas, que el romano llevaba a largas con toda intención, pudo informarse con mucha exactitud, por medio de sus enviados y agentes, sobre las posiciones y las características de los campamentos adversarios.

En la primavera del 203, Escipión estaba totalmente preparado para un ataque por sorpresa. Para quitarse toda responsabilidad personal en la ruptura del armisticio, mandó a decir a Sifax que si bien él personalmente anhelaba la conclusión de la paz y estaba dispuesto a aceptar las condiciones propuestas, sin embargo su consejo de guerra no era de esta opinión. Esa misma noche la mitad del ejército romano, al mando de Cayo Lelio y Masinina, se arrojó sobre el campamento húmedo e incendió las frágiles cabañas de paja y caña que lo constituían. En el pánico que se produjo, gran cantidad de enemigos murió entre las llamas y muchos otros fueron matados por los romanos. Escipión, con la otra mitad del ejército, se mantenía listo para atacar frente al campamento cartaginés y cuando también en éste surgió el pánico, dió la orden de caer sobre él. Los cartagineses se retiraron a toda marcha con enormes pérdidas.

Este acto de perfidia cambió radicalmente la situación a favor de los romanos y Escipión volvió a estar en condiciones de sitiar Utica. Sifax y Asdrúbal reunieron los restos de sus ejércitos, los reforzaron con mercenarios celtiberos y volvieron al ataque. La batalla tuvo lugar en los llamados Campos Magnos, a algunos días de marcha al suroeste de Utica. Los cartagineses y sus aliados fueron derrotados: Asdrúbal se retiró a Cartago y Sifax a Numidia.

Escipión se quedó en el territorio cartaginés y operó en el sentido de someter a las ciudades líbicas, mientras Cayo Lelio y Masinisa se lanzaban en persecución de Sifax. El rey númida fué derrotado una vez más y cayó prisionero y Masinisa pudo retomar su reino.

Después de estos fracasos, al gobierno cartaginés no le quedaba otro remedio que pedir la paz. En el otoño del 203 se concluyó un armisticio y se iniciaron las tratativas. Contemporáneamente se envió orden a Aníbal de abandonar Ita-

lla. Con gran dolor, el genial estratega debió evacuar ese país. ¡Había combatido en él durante 15 años sin sufrir nunca una derrota serial! Órdenes similares fueron también enviadas a Magón, quien probablemente murió durante el viaje de regreso.

Las tratativas se concluyeron con la firma de un tratado de paz provisorio. Sus puntos principales eran en sustancia los siguientes: Cartago seguía siendo un estado independiente, perdía todas sus posesiones fuera de África, debía pagar un fuerte tributo de guerra y entregar casi todas sus naves. Se reconocía a Masinisa como rey independiente de Numidia. El texto del tratado fué llevado a Roma por una delegación cartaginesa, aprobado por el Senado y confirmado por la asamblea popular.

Pero la llegada a África de Anibal y de las tropas de Magón hizo renacer las esperanzas del partido militar. En el Senado se impusieron los elementos favorables a la prosecución de la guerra. El armisticio fué roto por la agresión de la multitud cartaginesa contra las naves de transporte romanas que llevaban provisiones, a las que una tempestad había obligado a buscar reparo cerca de Túnez. Cuando Escipión envió a Cartago una embajada para protestar por esto, no se le dió ninguna respuesta y durante el viaje de regreso se la agredió por parte de naves cartaginesas. Fué así que la guerra volvió a empezar.

Escipión entró en territorio cartaginés y Anibal marchó contra él desde Adrumeto<sup>40</sup>. Los dos ejércitos se enfrentaron cerca de la ciudad de Zama, a cinco días de marcha al sur de Cartago. Antes de la batalla, Escipión y Anibal se encontraron el uno frente al otro por primera vez e hicieron una última tentativa para ponerse de acuerdo sobre las condiciones de paz. Es evidente que ni uno ni otro tenía confianza en la propia victoria. Pero la tentativa fracasó.

Tanto los romanos como los cartagineses disponían de aproximadamente 40.000 hombres. Esta vez la superioridad en caballería era de los romanos, porque Masinisa intervenía con 4.000 jinetes y 6.000 infantes, en tanto que Anibal sólo había podido obtener 2.000 jinetes nómadas de un amigo de Sifax.

<sup>40</sup> Ciudad sobre la costa oriental de la región cartaginesa.

El núcleo de la infantería de Aníbal estaba constituido por veteranos que habían hecho con él toda la campaña de Italia y en los que podía confiarse plenamente. Más débiles eran los mercenarios de Magón. La parte menos digna de confianza eran los libios y la milicia ciudadana. Frente a la formación, Aníbal dispuso 80 elefantes; en la primera línea, los mercenarios; en la segunda, los libios y la milicia ciudadana. Los veteranos se mantenían como reserva. La formación de Escipión era la habitual sobre tres líneas (astados, príncipes y triarios), pero los manípulos no estaban dispuestos en damero, sino uno detrás del otro, para dejar paso a los elefantes. Entre los intervalos de los manípulos estaba la infantería ligera. Los flancos estaban cubiertos por fuertes escuadrones de caballería al mando de Masinisa y de Lelio.

Los cartagineses —dice Polibio— debían luchar por su propia existencia y por el dominio de Libia; los romanos por el dominio del mundo. ¿Podía alguien permanecer indiferente a tales acontecimientos? Nunca hubo antes ejércitos tan probados en las batallas, nunca tampoco jefes tan afortunados y hábiles en el arte militar, nunca en fin la suerte había prometido a las partes en lucha recompensas tan preciosas. Al vencedor no sólo le correspondía como premio el poder sobre Libia o sobre Europa, sino sobre todos los países del mundo conocido (XV, 9).

En los primeros minutos de la batalla, algunos elefantes del ejército cartaginés, espantados por el sonido de las trompetas, se arrojaron sobre la propia caballería, otros fueron heridos por la infantería ligera cuando, sin dañar a la infantería pesada de los romanos, pasaban entre los intervalos de los manípulos. Aprovechando la confusión creada por los elefantes, Lelio y Masinisa se arrojaron sobre la caballería cartaginesa y la pusieron en fuga. Al mismo tiempo entraba en acción la infantería pesada. Los mercenarios resistieron bien, pero la segunda línea retrocedió sin proporcionarles ninguna ayuda y obligándolos a retirarse. Finalmente entraron en la lucha las reservas. Los veteranos de Aníbal rechazaban valerosamente la presión de las tres líneas romanas, que actuaban ahora reunidas, y el éxito de la batalla permaneció indeciso por mucho tiempo. Pero los jinetes romanos, de regreso de la persecución de la caballería cartaginesa, atacaron a los veteranos por la retaguardia. Esto decidió el triunfo. Los cartagineses tuvieron 10.000 muertos y otros tantos prisioneros. Las



pérdidas de los romanos fueron considerablemente inferiores. Aníbal pudo descansar en Adrumeto con un pequeño grupo de jinetes.

Así terminó la batalla de Zama (202), la primera pérdida por Aníbal. Polibio dijo que "éste hizo todo lo que podía y debía hacer un valeroso jefe con la experiencia de muchas batallas" (XV, 15). Había encontrado en Escipión un adversario digno, aunque no igual a él en genialidad. Aníbal fué vencido en Zama sobre todo por la debilidad de su caballería.

*El fin de la guerra.* — Ya no se podía seguir pensando en continuar la guerra. Aníbal lo comprendió mejor que ningún otro. Cuando en el Senado cartaginés Giscón empezaba un discurso sobre la imposibilidad de aceptar las condiciones de paz propuestas por los romanos, Aníbal lo arrojó fuera de la tribuna sin la más mínima ceremonia.

Las condiciones propuestas por los vencedores eran lógicamente mucho más duras que las del primer tratado. Los cartagineses perdían todas sus posesiones no africanas. Cartago seguía siendo un estado independiente, pero quedaba privado del derecho de declarar cualquier guerra sin el consentimiento del pueblo romano. A Masinisa se le restituían todas las posesiones como único rey, igual que sus antepasados, "en aquellos límites que él mismo indicaría". Los cartagineses debían compensar de todos los daños provocados durante la ruptura del armisticio del año anterior, devolver todos los prisioneros y los desertores y entregar todas las naves y los elefantes con la única excepción de 10 trirremes. Finalmente, Cartago debía mantener a las tropas romanas en África durante tres meses y pagar una contribución equivalente a 10.000 talentos en 50 años, en cuotas anuales de 200 talentos. Además, para garantizarse sobre el cumplimiento pleno de las condiciones, los romanos exigían 100 rehenes que indicaría el propio Escipión.

Las condiciones eran muy duras, pero por lo menos dejaban a Cartago su independencia como estado, aun cuando limitaran la soberanía (prohibición de declarar guerras sin permiso de Roma). Por eso Aníbal, que proyectaba ya nuevos planes de guerra, insistió categóricamente en su aceptación. El tratado de paz, aprobado por el Senado cartaginés, fué ratificado luego en Roma (201). Escipión fué celebrado con una gran fiesta de triunfo y se lo comenzó a llamar el Africano.

Roma había vencido a Cartago por segunda vez. La victoria se debió fundamentalmente a las mismas causas que determinaron la primera: la federación itálica, fuente de inagotables reservas humanas, fué más fuerte que el Estado colonial. Pero en la segunda guerra púnica gravitaron otros factores complementarios que faltaban en la primera: Cartago se apoyaba en España y tenía un jefe sin rival posible en Roma. Sin embargo, estas ventajas fueron neutralizadas por otras circunstancias: la gran distancia entre Italia y las bases cartaginesas alargaba las líneas de comunicación y hacía sumamente difícil el envío de refuerzos; Italia central permaneció fiel a Roma y se convirtió en la inagotable reserva de hombres de que por el contrario careció Aníbal; y en fin los romanos, que defendían el suelo patrio, demostraron un gran heroísmo y una inmensa capacidad de resistencia, mientras que el ejército de Aníbal, constituido principalmente por mercenarios, era un ejército de invasión que, a pesar de todas las altas cualidades de su jefe, carecía de aquella firmeza que sólo puede surgir de la conciencia del deber hacia la propia tierra.

Las consecuencias históricas de la segunda guerra púnica fueron enormes. Después de haber batido a Cartago, reduciéndola a una nación de segundo plano que nunca habría podido volver a alzarse, Roma no sólo se colocaba en la primera línea entre las potencias mediterráneas, sino que se había vuelto la más fuerte de todas. Todas sus conquistas ulteriores hubieran sido imposibles sin la victoria en la segunda guerra púnica.

Igualmente considerables fueron las consecuencias de la guerra para las relaciones internas itálicas. Las regiones meridionales, que habían sido teatro de operaciones militares durante 15 años, fueron terriblemente devastadas y este hecho, como veremos más adelante, tendrá su importancia en el movimiento económico del siglo II. La Italia central sufrió mucho menos, pero también allí el colosal peso de la guerra debilitó la pequeña economía agrícola. Las consecuencias políticas de la guerra se pueden resumir en el fortalecimiento del poder romano sobre la federación itálica. Algunas ciudades fueron castigadas por haberse pasado del lado de Aníbal, privándolas de su autonomía y confiscando sus tierras (Capua, Tarento). Algunas tribus de Italia meridional que habían apoyado con particular entusiasmo a los cartagineses fueron reducidas a

la situación de súbditos sin derechos. En lugar del honroso servicio en las tropas aliadas, ahora tenían tareas de siervos a los órdenes de los jefes militares y de los magistrados que gobernaban las provincias. Además de todo esto, el hecho de haber vencido en esta larga y terrible guerra había aumentado considerablemente la autoridad de Roma en Italia. La federación itálica, una vez pasada esta prueba de fuego, se había hecho más fuerte, más compacta y estaba más naturalmente centralizada en torno a Roma.

Hay que considerar especialmente el caso de la Galia Cisalpina, que tuvo una parte muy importante en las expediciones de Aníbal y de Asdrúbal. Los boyenses y los insubres se habían pasado, como ya sabemos, del lado de los cartagineses, haciéndole perder a los romanos todos sus dominios en la zona, salvo Cremona y Placencia. La reconquista de Galia comenzó, según parece, aún antes del fin de la segunda guerra púnica. Pero durante la segunda guerra con Filipo los galos habían pasado al ataque y en el 198 habían destruido Placencia. Hacia el 198, los boyenses y los insubres fueron sometidos definitivamente. Una gran parte de ellos fué destruida o puesta en fuga. En las regiones que ocupaban anteriormente surgieron colonias romanas. Entre éstas Bolonia, Parma, Módena, etcétera. Casi al mismo tiempo fueron sometidos los ligures.

En última instancia, la guerra con Aníbal trajo consigo el debilitamiento del partido democrático romano, reforzando a la nobleza y sus órganos. Después que los democráticos sufrieron una serie de graves derrotas en los primeros años de la guerra (muerte de Flaminio, tentativa abortada de doble dictadura con Fabio Máximo, derrota de Cannas) y la situación militar se hizo excepcionalmente peligrosa, la lucha de partidos cesó por un largo tiempo. La nobleza aprovechó esta oportunidad para reforzar sus posiciones. La guerra exigía concentración del poder, decisiones rápidas, dirección experta. Resulta entonces natural que la acción paralizadora de la asamblea popular perdiera toda razón de ser: en efecto, ahora esta institución se limitaba a confirmar las decisiones del Senado<sup>41</sup>. La guerra era manejada por el senado valiéndose de los altos magistrados *cum imperio*. La autoridad de éstos aumentó, como lógica consecuencia de los largos años de guerra. Semejante situación se avenía mal con el cambio anual

---

<sup>41</sup> La mayoría de las veces, estas decisiones, emanadas como *senatus consultum*, no necesitaban siquiera aprobación.

de los magistrados y por eso vemos que a veces uno u otro personaje ha ocupado el cargo durante dos años consecutivos o con un breve intervalo. Así por ejemplo: Fabio Máximo fué cónsul en el 215, en el 214 y en el 209; Claudio Marcelo en el 215, en el 214, en el 210 y en el 208. Se comenzó a poner en práctica la costumbre de prorrogar los poderes de los comandantes, nombrándolos procónsules o propretores (Escipión en España, Marcelo en Sicilia). Con esto surgió la posibilidad de aumentar el número de comandantes en los diversos frentes. La autoridad personal de los altos comandantes militares aumentó en detrimento del principio de colegialidad. Ya podemos hablar de un embrión del principio de dictadura militar permanente, tal cual se manifestó con carácter definitivo en el siglo I a. C. El poder de Escipión el Africano, por ejemplo, que durante diez años fué de hecho comandante supremo, es en parte equivalente. Por contraste, disminuyó mucho la autoridad de los funcionarios *sine imperio*.

También es de hacer notar la influencia de la guerra en el campo militar. En España Escipión introdujo el uso de la espada española, bien templada y provista tanto de filo como de punta, uso que se generalizó en todo el ejército romano. La táctica se actualizó aplicando todo lo que se aprendió de Aníbal, como ser el ataque lateral y las acciones de caballería en masa. En general se desarrolló el arte del mando, de saber dirigir grandes formaciones militares, coordinando las acciones en distintos frentes. También se mejoraron los servicios de abastecimiento.

La segunda guerra púnica fué para Roma una óptima escuela militar. Hizo surgir una potencia militar de primer orden que ya no tenía rival en toda la zona del Mediterráneo.

## CAPÍTULO XVI

### LA POLÍTICA DE ROMA DESDE FINES DE LA II GUERRA PÚNICA HASTA LOS COMIENZOS DE LA GUERRA CIVIL

*La situación en Oriente.* — Después de la batalla de Rafia <sup>42</sup>, en el Mediterráneo oriental se había llegado a un equilibrio relativo entre las monarquías helénicas, la Macedonia de Filipo V, la Siria de Antíoco III y el Egipto de Tolomeo IV. Ninguno de estos poderosos estados en litigio por el predominio fué lo suficientemente fuerte como para someter a los demás. Hacia fines del siglo III, el equilibrio amenazó con romperse. Antíoco III, ambicioso, enérgico y en absoluto carente de capacidad, logró restaurar, después de su expedición oriental (210-205), la monarquía de los Seléucidas casi en su magnitud originaria. Egipto, en cambio, en los últimos años de Tolomeo IV Filopator, se encaminaba francamente hacia la decadencia. El inerte y disoluto Tolomeo había caído en manos de una camarilla de palacio y el país había sido ocupado por los rebeldes. En el 204 el rey murió <sup>43</sup> dejando el trono a su joven hijo Tolomeo V Epifanes, con lo cual el poder quedó en manos de los regentes odiados por todos, que instauraron el reino de la violencia, de los asesinatos y otros crímenes.

Los acontecimientos egipcios fueron la chispa del estallido de conflictos entre las potencias helénicas. Antíoco y Filipo

---

<sup>42</sup> En Rafia, Palestina meridional, las tropas egipcias derrotaron al ejército de Siria, que trataba de invadir Egipto.

<sup>43</sup> Su muerte fué ocultada durante mucho tiempo por la camarilla palaciega y sólo se hizo pública en el 203.

decidieron aprovecharse de la debilidad de Egipto para dividirse sus posesiones en Siria, Asia Menor, el Mar Egeo y los estrechos. Y aun cuando ambos reyes eran celosos adversarios que se vigilaban mutuamente, la posibilidad de hacerse fuertes a costa de Egipto era demasiado grande. Según parece, en el invierno del 203-202, concertaron un tratado secreto. Como quiera que haya sido, iniciaron las operaciones contra Egipto sin preocuparse siquiera de encontrar un pretexto más o menos atendible.

Antiocho irrumpió en Siria meridional, derrotó al ejército egipcio y avanzó hasta Gaza, en Palestina meridional, donde fué detenido por la heroica resistencia de la ciudad (201). Mientras tanto Filipo, aliado al rey de Bitinia, Prusias, comenzó a operar no tanto contra las posesiones egipcias<sup>44</sup> como contra las ciudades independientes del Egeo, del Helesponto y del Bósforo.

Estas conquistas, acompañadas por destrucciones y por la venta de los habitantes como esclavos, provocaron una oleada de indignación en el mundo griego. Ésta fué particularmente fuerte entre los rodios, que no querían dejar caer los estrechos en manos de los macedonios y por ello declararon la guerra a Filipo atrayendo a su lado a Bizancio, Quios y otras comunidades griegas. También se unió a la alianza Atalo de Pérgamo, muy alarmado por los triunfos de Filipo.

Mientras Filipo sitiaba Quios, fué atacado por las flotas reunidas de Rodas y Pérgamo. La batalla no tuvo ningún resultado, si bien Filipo consideró que había salido vencedor. Esta "victoria" le costó en efecto muchísimo: 10.000 soldados perdidos, 28 navios de línea y 70 ligeros hundidos. Pero inmediatamente después Filipo logró derrotar a la flota rodia frente a la isla de Lades (cerca de Mileto) e hizo una tentativa, en realidad infructuosa, de conquistar Pérgamo con la infantería ligera. Finalmente, en el invierno del 201-200 fué bloqueado por las flotas de Rodas y Pérgamo en la Caria meridional. "Como consecuencia de esto —dice Polibio— Filipo se encontró en graves dificultades, pero las circunstancias lo obligaron a permanecer en su puesto y hacer, como se dice, una vida de lobo. Utilizando a veces el pillaje, otras el hurto, la violencia o la adulación, contraria a su naturaleza, lograba obtener, para su ejército hambriento, carne, higos y pan en pequeñas cantidades" (XVI, 24). Recién a comienzos de la primavera del 200 pudo regresar a Macedonia.

---

<sup>44</sup> Es probable que hiciera un doble juego, no molestando a Egipto para poder tenerlo como futuro aliado contra Antiocho.

*La ingerencia de Roma. La segunda guerra macedonia.* — La guerra continuó con alternativas dispares. Para los enemigos de Filipo era muy importante atraer a su lado a la Grecia europea y especialmente a Roma. En el verano del 201 llegaron al Senado embajadores de Rodas y Pérgamo que solicitaban ayuda. Ya antes se había presentado un embajador egipcio pidiendo la defensa de su país y rogando a Roma que tomara bajo su tutela a Tolomeo V. El Senado se encontró nuevamente frente a la necesidad de tomar una decisión de gran importancia, ya que la intervención en los asuntos orientales significaría una nueva etapa en la política exterior de Roma. La dificultad de tomar una decisión era aún más grande dado que la guerra con Cartago apenas acababa de terminar, Italia estaba devastada, su población había disminuído, la deuda pública bajo el aspecto del empréstito obligatorio (*tributum*) había crecido hasta una cifra enorme y el pueblo deseaba antes que nada la paz. Sin embargo el Senado, después de largas discusiones, se decidió por la guerra.

Las causas que obligaron al Senado a tomar esta decisión fueron varias, pero todas pueden reducirse a dos fundamentales. En primer lugar, el temor a Filipo y Antíoco como enemigos potenciales de Roma. Porque si estos llegaban a lograr sus objetivos (lo que sucedería inevitablemente si Roma no intervenía), se habrían formado en Oriente dos poderosos Estados que podían convertirse en una seria amenaza para Roma. Con Filipo los romanos tenían cuentas particulares: no habían olvidado la reciente hostilidad del rey macedonio y no podían perdonarle la alianza con Cartago. No sabemos si el Senado había intuído los nuevos planes de Aníbal (éstos, como veremos en seguida, consistían en crear contra Roma una coalición de Estados orientales con Cartago). Pero aun cuando los romanos no supiesen nada preciso al respecto, alimentaban una cierta inquietud: Aníbal había sido derrotado sí, pero no aniquilado, y mientras el terrible enemigo viviera había que esperar cualquier cosa. En estas circunstancias, la fuerza creciente de Macedonia se presentaba particularmente peligrosa.

Con Antíoco, Roma no había tenido hasta ese momento conflictos. Pero después de sus brillantes triunfos en Oriente se empezó a creer (naturalmente sin razón) que se estaba frente

a un nuevo Alejandro de Macedonia. Cuando luego Antíoco, al término de la expedición oriental, asumió el título de "grande", esta opinión se difundió aún más. Los rumores sobre un acuerdo secreto entre Filipo y Antíoco llegaron naturalmente hasta el Senado, traídos por los embajadores rodios, que tenían el mayor interés en alarmar a los romanos para apresurar su decisión de intervenir. Se empezó entonces a suponer que no sólo Filipo, sino también Antíoco, representaban una peligrosa amenaza y que en consecuencia se hacía necesaria una guerra preventiva para la cual, por otra parte, la ocasión se mostraba particularmente propicia, ya que Antíoco se encontraba ocupado con los egipcios y Filipo había sufrido la derrota en Asia Menor.

Pero éste sólo era un aspecto del problema. En efecto, no es posible explicar la intervención de Roma en los asuntos orientales sólo con consideraciones sobre la guerra "preventiva"; en realidad no tuvieron menor importancia las tendencias agresivas de los círculos dirigentes romanos. Si antes de la primera guerra púnica estas tendencias de conquista no habían tenido nunca en el Senado una gran gravitación, en ese momento, año 200, la situación había cambiado. Durante esos 65 años mucha agua había corrido bajo los puentes. La conmoción de dos grandes guerras había provocado su efecto: la economía esclavista había avanzado considerablemente, se empezaban a formar aquellas grandes posesiones que luego fueron tan bien descritas por Catón. La circulación del dinero se había difundido mucho más; se habían extendido las operaciones en firme y el comercio al por mayor (recordemos la ley de Claudio); la nobleza y la clase rica empezaban a apreciar las cosas refinadas, poco antes aún extrañas al simple modo de vida patriarcal, cosas como ser decoraciones rebuscadas, vajilla fina, vestimenta elegante, literatura griega. Estos eran todos elementos sintomáticos del sistema esclavista y de la política agresiva que empezaba a formarse. Es cierto que en el 200 todavía no se había llegado a la aplicación de semejante política, cosa que se produjo 10 años más tarde; pero ya las tendencias agresivas estaban lo suficientemente desarrolladas como para sostener en el Senado posiciones favorables a la guerra. Naturalmente, de no existir la crisis oriental esas tendencias no habrían aparecido tan pronto, pero ésta se presentó



muy a propósito. La guerra preventiva era un pretexto que en realidad escondía propósitos agresivos.

En la primavera del 200 se envió a la península balcánica una embajada romana de tres hombres, con el propósito de atraer a los Estados griegos a la coalición antimacedonia y presentar a Filipo tales exigencias que él, actuando razonablemente nunca podría aceptar. Esto era necesario para influir sobre la opinión pública en un sentido favorable a la guerra, a la cual se oponía abiertamente.

El primer propósito no fué logrado. Aunque los embajadores trataron de demostrar la necesidad de una guerra contra Filipo y se presentaron como liberadores de la Hélade, las comunidades griegas se mantuvieron en un compás de espera y no asumieron ningún compromiso. Solamente Atenas, que estaba ya en abierto conflicto con Filipo, le declaró la guerra, no tanto por la insistencia de los romanos cuanto por las propuestas de Atalo.

Uno de los embajadores se presentó ante Filipo, que en ese momento estaba ocupándose de sitiar a Abido, ciudad de la costa asiática del Helesponto. Se presentó al rey un ultimátum en el que se le imponía interrumpir toda operación bélica contra los griegos, restituir a Egipto sus posesiones y someter a un tribunal todas las cuestiones en discusión entre Macedonia, Pérgamo y Rodas. Filipo rechazó estas exigencias y Roma, por decisión de los comicios, le declaró la guerra <sup>45</sup>. Es de señalar el hecho sintomático de que en esta oportunidad el deseo de paz de las masas era tal que en la primera votación las centurias rechazaron la propuesta de guerra; sólo después de la insistencia del cónsul, la segunda vez, la votación dió resultados positivos <sup>45</sup>. En el otoño, dos legiones, elegidas entre voluntarios veteranos de la segunda guerra púnica, al mando del cónsul Publio Sulpicio, se dirigieron a Apolonia y empezaron la guerra con el ataque a las posesiones ilirias de

---

<sup>45</sup> Probablemente la guerra había sido declarada ya antes de la visita del embajador romano a Filipo, durante las conversaciones diplomáticas mantenidas en Atenas con el enviado macedonio. El ultimátum de Abido, según los procedimientos diplomáticos romanos, no era otra cosa que la declaración definitiva de guerra hecha personalmente al rey macedonio.

<sup>46</sup> Livio, XXXI, 6-8.

Filipo. Al mismo tiempo comenzaron las operaciones militares de Atenas.

Mientras tanto, la embajada romana continuaba su labor diplomática. Todavía faltaba convencer a Antíoco de mantener la neutralidad durante la guerra entre Roma y Macedonia, y para esto los romanos le hicieron entender que le dejarían las manos libres para actuar en Egipto. Aunque evitó dar una respuesta definitiva, Antíoco de hecho se mantuvo neutral durante todo el curso de la guerra macedonia. Esta circunstancia caracteriza tanto la política de Antíoco como en general la de las monarquías helénicas en sus relaciones con Roma. Durante sus guerras en Oriente, nunca los romanos encontraron un frente único de estados helénicos. Los contrastes entre éstos eran tan grandes que impidieron la formación de una coalición antirromana única que hubiera sido la única forma de que se salvaran. Particularmente Antíoco, temiendo que Filipo se fortaleciese, dejó al aliado librado a su propia suerte, y prefirió aprovechar de la confusión para apoderarse de las posesiones egipcias en Siria. Pronto esta política miope le resultó fatal.

Los primeros dos años de la guerra macedonia pasaron sin acontecimientos decisivos. Pronto entraron también en la guerra los etolios. Los dárdanos y los ilirios fueron aliados de los romanos desde un principio. Las flotas de Rotas y de Pérgamo actuaban coordinadamente con la romana en el mar Egeo y a lo largo de las costas macedonias.

En el verano del 199, Publio Sulpicio cruzó Iliria e irrumpió en la Macedonia septentrional. Temiendo la superioridad numérica del enemigo, Filipo rehuyó la batalla. Alrededor del otoño, los romanos regresaron a sus bases en Iliria sin haber obtenido triunfos dignos de ser contados. Esto dio a Filipo la posibilidad de atacar a los dárdanos, que habían invadido Macedonia desde el norte, y a los etolios, que habían penetrado en Tesalia.

En la campaña del año siguiente, el mando romano tenía la intención de penetrar en Grecia desde Iliria para reunirse con los etolios. Pero como Filipo había ocupado importantes posiciones en los pasos montañosos entre Epiro y Tesalia, los romanos se detuvieron cerca del campamento macedonio y permanecieron inactivos.

La actividad se reanudó con la llegada al teatro de operaciones del cónsul del 198, Tito Quincio Flaminio, joven de unos 30 años, enérgico, hábil y extremadamente ambicioso, que

formaba parte del ambiente de los Escipiones. Era un admirador ardiente de la cultura griega y soñaba con convertirse en el libertador de Grecia del yugo macedonio. Si a esto agregamos que Flaminio poseía también óptimas cualidades de diplomático, su envío a la península balcánica resulta perfectamente comprensible.

Inmediatamente después de la llegada de Flaminio se hizo una tentativa de entablar tratativas de paz. El cónsul romano puso como primera condición la evacuación de todos los territorios griegos por parte de los macedonios y Filipo, naturalmente, se rehusó, sobre todo porque se sentía fuerte en sus inaccesibles posiciones. Pero Flaminio, ayudado por guías locales, logró moverse en torno a las posiciones macedonias. Filipo se retiró a Tesalia, hacia el paso de Tempe. Los romanos lo siguieron y se reunieron con sus aliados griegos. La flota aliada se acercó a Corinto, punto principal del poderío macedonio en Grecia, mientras la liga aquea, bajo una fuerte presión, rompía las relaciones con Filipo y se unía a sus enemigos.

La situación del rey macedonio se volvió muy difícil. En el invierno del 198-197 se iniciaron nuevas tratativas de paz. La situación era ahora menos favorable para Macedonia y, naturalmente, los aliados no renunciaron a ninguna de las condiciones presentadas poco tiempo antes. Las tratativas terminaron sin ningún resultado.

Mientras tanto aumentaba el aislamiento de Filipo. Incluso el tirano espartano Nabis y la Beocia intervinieron a favor de los aliados, a pesar de ser viejos amigos de Filipo. A éste ya no le quedaba otra chance que arriesgarse a una batalla definitiva. También Flaminio, temeroso de que llegase su sucesor de Roma, buscaba dar batalla. Filipo reunió todas las reservas que aún le quedaban, reclutando incluso a los muchachos de 16 años. En junio de 197, en Tesalia, sobre las colinas llamadas "Cinocéfalas" (cabezas de perro), se libró la última batalla de la II guerra macedonia. Las fuerzas enemigas eran casi iguales: alrededor de 26.000 hombres de cada parte. El carácter del lugar no permitía aprovechar las virtudes tácticas de la falange. Filipo fué completamente derrotado y perdió más de la mitad de sus tropas. Luego logró refugiarse en Macedonia, desde donde envió embajadores a Flaminio para las tratativas de paz.

El comandante romano no era partidario de continuar la guerra: por ese tiempo Antfoco había aparecido en Asia Menor con ejército y flota y el cónsul romano temía que el rey sirio acudiese en ayuda de Filipo. Por eso aceptó las propuestas de Macedonia. Se convino un armisticio de cuatro meses contra el pago de 200 talentos y la entrega de rehenes. El texto del tratado de paz fué aprobado definitivamente en Roma y redactado por una comisión ministerial de 10 miembros con la participación de Flaminio.

Filipo tenía que renunciar a todas las conquistas, evacuar Grecia, entregar la flota de guerra con excepción de algunas naves, restituir los prisioneros y los desertores y pagar un tributo de mil talentos: la mitad de inmediato y la otra mitad en cuotas iguales durante el curso de 10 años. La relativa blandura de las condiciones del tratado del 196 demuestra la sabiduría y la previsión del Senado, que no quería encarnizarse con Filipo, manteniéndolo en reserva como aliado eventual en la guerra contra Antfoco, que se presentaba como inevitable.

*La "liberación" de Grecia.* — El primer artículo del tratado de paz proclamaba la libertad de los griegos: "En general, todos los helenos, tanto asiáticos como europeos, serán libres y se someterán a sus propias leyes"<sup>47</sup>. Se trataba de una declaración de enorme responsabilidad. ¿Cómo se cumpliría con ella? Durante los juegos ístmicos del verano del 196, en presencia de una gran multitud, el heraldo había anunciado solemnemente:

"El senado romano y el comandante con poder consular Tito Quincio, que han vencido en guerra a Filipo y a los macedonios, dan la libertad a los corintios, a los focenses, a los locrenses, a los egeos, a los aqueos ftiotas, a los magnesios, a los tesálicos, a los perrebios, permitiéndoles no mantener guarniciones, no pagar impuestos y vivir según la ley de sus padres"<sup>48</sup>.

A las primeras palabras, se elevó un clamor tal que ya no fué posible oír la continuación. El heraldo entonces fué al centro de la arena y repitió el anuncio, que fué rubricado por un aplauso incontenible.

<sup>47</sup> Polibio, XVIII, 44.

<sup>48</sup> Polibio, XVIII, 46.

"Cuando cesaron los aplausos —dice Polibio— ya nadie prestaba atención a los luchadores. Todos hablaban animadamente entre sí, algunos solos y, casi en éxtasis, al terminar los juegos no pensaron siquiera en expresar su reconocimiento a Flaminio" (XVIII, 46).

Hoy no podemos sospechar que Flaminio no haya sido sincero; el ambicioso deseo de ser el libertador de los griegos jugó un importante papel en su política. Del mismo modo, tampoco se puede negar que una parte de la nobleza, la más influyente, estaba bien lejos de dar a la liberación de Grecia conscientemente un carácter de comedia representada con habilidad. Sin embargo, en la consideración general objetiva, la proclamación de la libertad de Grecia fué para el Senado romano una etapa bien definida de su política oriental, que en ese momento se encontraba en sus primeros pasos. En los Balcanes los romanos no se sentían aún lo suficientemente fuertes, a pesar de la victoria frente a Macedonia. Antíoco ya había puesto pie en Europa y sus intenciones eran aún desconocidas. Por todo ello era necesario ganarse la simpatía de los griegos, alejarlos de la influencia de Filipo y sobre todo oponer en esa región una política propia frente a la de Antíoco. Si Roma no le hubiera dado la libertad a Grecia, nada habría impedido que Antíoco hiciera el mismo gesto en un próximo futuro.

Objetivamente, pues, si bien la "liberación de Grecia" no fué una comedia en el cabal sentido de esa palabra, constituyó de cualquier modo una hábil maniobra política, como lo demuestran los acontecimientos sucesivos. En primer lugar, el gobierno romano entendía la "libertad" de las poleis griegas sólo en el sentido de no gravarlas con impuestos, de no establecer en ellas guarniciones y de no imponerles leyes desde el exterior; pero no renunciaba a un alto control sobre la vida política de Grecia. La comisión de los 10 dirigida por Flaminio empezó a transformar el mapa político de la península balcánica a favor de sus propios aliados, sin preocuparse de la voluntad de aquéllos que eran unidos por la fuerza a la liga aquea o a la etólica, o sometidos a las dinastías de Grecia o de Asia Menor. Por otra parte, las guarniciones romanas no abandonaron de inmediato el territorio griego; por el contrario, en los primeros tiempos ocuparon centros estratégicos importantes como Corinto, Calcis, Eretria, etc. Siete guarni-

ciones recién fueron evacuadas en el 194, gracias a la insistencia de Flamínio, que hacía notar el descontento que su presencia suscitaba entre los griegos.

*La guerra con Antíoco.* — La lentitud con que los romanos habían retirado de Grecia sus propias tropas se explica con las preocupaciones suscitadas por la actividad de Antíoco, que en el 196 se encontraba ya sobre la costa de Tracia, lo que significaba una alarmante cercanía de Grecia. Durante las guerras macedonias, Antíoco había ampliado enormemente sus dominios. Una vez conquistada definitivamente Siria meridional y habiéndose apoderado de las posesiones egipcias del Asia Menor, había ocupado Efeso y Abido, había cruzado el Helesponto y se había apoderado de las ciudades marítimas de Tracia, que antes pertenecían a Egipto y que luego fueron conquistadas por Filipo. A los ojos de los romanos, estas conquistas significaban un peligroso aumento del poderío sirio (aún cuando Antíoco no tuviese intención alguna de intervenir en los asuntos europeos y sólo tratase de restaurar la monarquía de los Seléucidas). En un aspecto meramente formal, esto contradecía además los principios básicos del tratado del 197-196.

En el otoño del 196 se le envió a Antíoco, que se encontraba aún en Tracia, una embajada. El pretexto directo eran las quejas de algunas ciudades libres de Asia Menor<sup>49</sup>. Los embajadores hicieron saber al rey sirio que Roma no podía de ningún modo reconocer su política agresiva:

“En realidad —decía Lucio<sup>50</sup>— es cómico que Antíoco, que llegó después de la guerra con Filipo, se haya apoderado del fruto de las victorias romanas. El jefe de la embajada romana exigió también el reconocimiento de las ciudades libres y finalmente dijo que no comprendía cuáles eran las intenciones con que el rey había venido a Europa encabezando fuerzas marítimas y terrestres tan numerosas, cosa que cualquier persona inteligente interpretaría como un preparativo de guerra contra los romanos”<sup>51</sup>.

Antíoco respondió diciendo que, en primer lugar, no lograba comprender en qué se fundaban las pretensiones sobre las ciudades de Asia Menor, ya que, según él, los romanos no

<sup>49</sup> Lámpsaco, Alejandría de Troas, Esmirna.

<sup>50</sup> Lucio Cornelio Lentulo, jefe de la embajada romana.

<sup>51</sup> Polibio, XVIII, 50.

podían proclamar mayores derechos sobre esas ciudades que los de cualquier otro pueblo. Luego pedía a los romanos no entrometerse en los asuntos de Asia, del mismo modo que él se abstenía de intervenir en los de Italia. En lo referente a su llegada a Europa con fuerzas militares, dijo que ésta se debía solamente a su intención de retomar las posesiones de sus antepasados, es decir el Quersoneso<sup>52</sup> y las ciudades de la costa tracia.

Las tratativas se interrumpieron sin otro resultado que el alejamiento de las partes. Esta fué la primera fractura seria en las relaciones entre Antíoco y Roma.

Pero muy pronto esta fractura inicial se trasformó en un abismo. En el 197 murió Atalo de Pérgamo, viejo amigo de Antíoco y aliado de los romanos, quien con su influencia personal había logrado resolver varios conflictos entre ellos. Su sucesor fué Eumenes II. El nuevo rey, que no tenía ligazones personales, con Antíoco, veía con inquietud el crecimiento acelerado del poderío sirio, temiendo que al final Pérgamo mismo sería dominado. Por este motivo Eumenes se acercó aún más a los romanos y se convirtió en un ardiente gestor de la guerra contra Siria.

En el 195 Aníbal llegó al palacio de Antíoco. Un año antes había sido elegido sufete por un movimiento popular provocado por la mala administración de la oligarquía cartaginesa en los años inmediatos a la guerra. Con su habitual energía y clara comprensión de las cosas, Aníbal había promovido una serie de importantes reformas con el objeto de sanear la corrompida organización estatal de Cartago. Entre otras cosas, había organizado el consejo de los 104 sobre el principio de las elecciones anuales y había efectuado una amplia reforma financiera. Estas medidas encontraron, como es lógico, la más encarnizada resistencia por parte de la oligarquía, que al percatarse de que perdía terreno y desesparando ya de poder vencer a Aníbal con solamente sus propias fuerzas, informó a sus amigos de Roma que Aníbal se encontraba en relaciones con Antíoco y que estaba preparando una nueva guerra. El Senado encontró la ocasión que buscaba para tener un pretexto y deshacerse de su enemigo. En el 195 se enviaron

---

<sup>52</sup> Trácico (Halipolis).

con este propósito tres embajadores a Cartago. El objeto oficial de la embajada era regular las relaciones entre Cartago y Masinisa. Pero Anibal comprendió que se trataba de su entrega a los romanos y que permaneciendo en Cartago tendría pocas posibilidades de salvarse. Por eso había huído una noche con una nave y se había dirigido con dos ayudantes primero a Tiro y luego a Efeso, a la corte de Antíoco. El rey sirio recibió al gran jefe cartaginés con grandes honores: esto parecía confirmar los peores temores de Roma. La situación internacional se hizo aún más tensa, pero ni Antíoco ni los romanos deseaban forzar los acontecimientos. Antíoco comprendía muy bien qué clase de enemigo tenía delante y los romanos estaban ocupados entonces en la represión de una revuelta en España (ver más adelante). Por eso todo se limitó a encuentros diplomáticos. Los romanos exigían, en suma, que Antíoco abandonase Europa; con esta condición le dejarían manos libres en Asia, pero Antíoco no quería aceptar una exigencia tal y la guerra se hacía inevitable.

Los sucesos en Grecia proporcionaron el pretexto. El mes de euforia por la "libertad" obtenida había trascurrido hacía ya tiempo. Aún cuando hacía ya dos años que las tropas romanas habían evacuado el territorio, esto no impedía que se sintiera la pesada mano de Roma. En efecto, el Senado adoptaba en Grecia la misma política que había observado frente a los Estados aliados o bajo tutela: sostenía a los elementos amigos de Roma que, como siempre, pertenecían a los estratos más ricos de la población. En Grecia, Roma se apoyaba no sobre la democracia sino sobre la oligarquía, sobre los "optimados". En las ciudades de Tesalia, por ejemplo, Flaminio había introducido una organización timocrática. Como es natural esto provocaba un profundo descontento en los círculos democráticos, que constituían el estrato menos resguardado. Desde hacía largo tiempo, Grecia sufría una crisis social y económica que la guerra había agudizado. Polibio y Plutarco nos dan un cuadro desolado de la situación de Esparta, Etolia, Beocia y otras regiones: ruina de los estratos medios, deudas, aumento enorme de la miseria, corrupción del aparato estatal, decadencia de las costumbres. Estas condiciones habían determinado conflictos agudos, que llevaron a las masas a la exasperación, causando conmociones y movimientos tendien-



tes a satisfacer las antiguas aspiraciones: eliminación de las deudas y división de la tierra; movimientos violentos durante los cuales la plebe había masacrado a los ricos, dividiéndose sus propiedades, sus mujeres y sus hijos. La tiranía de Nabides en Esparta es un claro ejemplo de la dictadura de los parias de la sociedad: subproletarios, mercenarios, esclavos y piratas.

Durante estos conflictos los romanos se ponían siempre de parte de los estratos poderosos, por lo menos lo hicieron desde que habían derrotado a Filipo. Antes, Flaminio no había tenido inconveniente en aliarse también con Nabides con tal de tener apoyo contra el enemigo, pero ahora que la guerra había terminado los romanos intervinieron contra el dictador espartano junto a los aqueos y a Pérgamo. Nabides fué vencido después de una heroica resistencia: mantuvo aún el poder durante un tiempo, pero debió ceder parte del territorio.

La desilusión de las masas populares griegas fué muy grande y el descontento con los romanos se manifestó especialmente en Etolia. Los etolios, a quienes Flaminio debía mucho de la victoria sobre Filipo, habían reconocido a regañadientes la paz del 197-196. Ellos habían soñado con una destrucción completa de Macedonia, su enemigo hereditario, y en cambio habían obtenido sólo aquello que habían perdido en la primera guerra macedonia. Por eso decían que la decisión del Senado sobre la "libertad" de Grecia sólo era un conjunto de palabras vacías, ya que en sustancia no se trataba "de la libertad, sino de un cambio de amo". El desarrollo posterior de los acontecimientos demostró que los etolios tenían razón.

Sólo había quedado una fuerza capaz de oponerse a Roma en la península balcánica: era Antíoco. Por eso todos los elementos de oposición de Grecia comenzaron, a fines de la primera década del siglo, a volver sus miradas hacia el rey sirio, en la esperanza de que se convirtiera por fin en el liberador de su patria. La clase desheredada soñaba con que Antíoco restableciese un orden social justo: "Las masas que deseaban cambios —señala Livio— estaban totalmente de parte de Antíoco".

En el 193 la liga etólica hizo una tentativa de crear una coalición antirromana con Antíoco, Filipo y Nabides. Pero Antíoco no estaba preparado para la guerra y Filipo no deseaba formar bloque con los etolios y Antíoco. Sólo Nabides

se sujetó a los acuerdos e inició, antes de tiempo, una guerra contra la liga aquea, con la intención de retomar las ciudades marítimas perdidas un año antes. El Senado romano, alarmado, envió a aguas griegas una flota y ordenó a Flaminio y a otros embajadores que trataran de resolver el conflicto pacíficamente, dentro de los límites de lo posible. El famoso estratega aqueo Filopómenes derrotó a Nabides, que luego fué asesinado por sus mismos aliados etolios, e incorporó a Esparta a la liga aquea (192).

En este período los etolios habían proclamado a Antíoco jefe supremo de su propia liga e insistían para que desembarcarse inmediatamente en Grecia. Aníbal, por el contrario, aconsejaba a Antíoco que no se apurara. Recomendaba concertar primeramente una alianza con Filipo y desembarcar luego con grandes fuerzas en Grecia para preparar el ataque contra Italia desde esta última base. Mientras tanto, él iría a África con una flota y un ejército de desembarco para sublevar Cartago y desembarcar luego en Italia meridional.

El grandioso plan de Aníbal no fué aceptado por Antíoco. Tal vez esto se haya debido en parte a intrigas de palacio y a la envidia personal del rey hacia el gran jefe. Pero es difícil que hayan sido éstas las razones principales. En general, Antíoco no alimentaba grandes propósitos y tal vez sus intenciones no iban más allá de la restauración de la antigua monarquía de los Selúcidas y, ya que los romanos se oponían, quería quitarles para siempre las ganas de intervenir en los asuntos orientales. Por eso consideraba que le sería más fácil lograr su objetivo derrotando a los romanos en Grecia.

Antíoco se equivocaba, mientras Aníbal, que conocía muy bien a Roma y veía más lejos que el rey sirio, estaba en lo cierto. Habría sido ingenuo pensar que los romanos pudieran dejar tranquilo a Antíoco con sus planes de restauración de una gran monarquía oriental. El único modo de salvarse era justamente el de formar un frente único antirromano. Y en esto Aníbal estaba en lo justo. ¿Pero era posible formarlo? Indudablemente Aníbal se equivocaba al contar con esta posibilidad.

Como quiera que fuese, Antíoco se dejó convencer por los etolios. Confiando por demás en sus posibilidades bélicas y en las simpatías de los griegos hacia el nuevo "libertador",

en el otoño del 192 desembarcó en Demetria, Tesalia, con sólo 10.000 infantes, un pequeño escuadrón de caballería y 6 elefantes. El desembarco, y para peor de fuerzas tan pequeñas, fué un error fundamental, debido a las informaciones falsas sobre la situación en Grecia. Uniéndose a los etolios, Antíoco atacó a los romanos en Delión, Beocia. La guerra había comenzado.

Además de Etolia, se pusieron del lado de Antíoco, Beocia, Eubea, Elide y Mesenia. Pero los refuerzos recibidos fueron enormemente inferiores a los esperados. Los romanos eran apoyados por la liga aquca y por Atenas, pero lo más importante era que de su lado se había puesto también Filipo, a quien se le habían devuelto los rehenes, librándolo del pago del tributo y prometiéndole la ampliación del territorio.

El Senado romano seguía los acontecimientos con gran atención, esperando un desembarco de Antíoco en Italia. Para las operaciones en la península balcánica se enviaron a Apolonia, a comienzos del 191, 20.000 infantes, 2.000 jinetes y 15 elefantes, al mando del cónsul Manio Acilio Glabrión, amigo de Escipión. La flota tuvo que permanecer en las costas itálicas. El grueso de las fuerzas se dirigió a Tesalia, donde los macedonios y un escuadrón de vanguardias romanas combatían ya con Antíoco. Al acercarse Acilio, Antíoco se retiró a las Termópilas, donde en abril del 191 los romanos lo atacaron con fuerzas superiores. Derrotado, Antíoco huyó con los restos de su ejército a Calcis en Eubea, de donde puso proa a Efeso.

La derrota de Antíoco trajo consigo la sumisión inmediata a Roma de sus aliados griegos. Sólo los etolios continuaron resistiendo.

Ahora los romanos ya podían pensar en atacar Asia. Pero primero había que garantizarse el dominio sobre el mar Egeo. Italia ya no necesitaba defensa. La flota romana, al mando del pretor Cayo Livio Salinator, se acercó a las costas asiáticas. Rodas, Pérgamo y las grandes islas se pusieron al lado de Roma, proporcionándole las bases que su flota necesitaba. A fines del verano del 191, en el cabo Córico, frente a Quíos, las flotas reunidas de Roma y Pérgamo derrotaron a las fuerzas navales de Antíoco, al mando de Polisénides. Por un cierto

período de tiempo, los romanos y sus aliados se hicieron de este modo dueños del mar Egeo.

La etapa siguiente consistía en llevar la guerra al territorio de Asia Menor. El único personaje existente apto para semejante operación era Publio Cornelio Escipión. ¿Quién sino él podía combatir contra Antíoco y Aníbal? Sin embargo, había dificultades para su nombramiento como cónsul del 190: la última vez había sido elegido en el 194 y no podía ser reelecto tan pronto<sup>63</sup>. Entonces se adoptó la siguiente medida: se eligieron como cónsules del 190 a Lucio Cornelio y a su amigo Cayo Lelio. En la división de las provincias, Lelio renunció a Grecia que, de ese modo, le tocó a Lucio Cornelio. Este era un hombre insignificante, incapaz de dirigir grandes operaciones militares, pero se le puso a su lado a Escipión el Africano, probablemente con el cargo de procónsul<sup>64</sup>. En los hechos fué entonces Publio Escipión quien dirigió la guerra contra Antíoco en Asia.

En Grecia continuaba aún la guerra contra los etolios. Con el fin de liberar sus propias fuerzas y poder trasladarlas al Asia Menor, Escipión concertó con los etolios, por mediación de los atenienses, un armisticio de 6 meses y emprendió tratativas de paz. Luego las tropas romanas, con sus aliados aqueos y macedonios, cruzaron Macedonia y Tracia y pasaron al Asia Menor.

La operación fué apoyada por las flotas de Rodas y de Roma, que se apoderaron de la ciudad de Sexto en el Helesponto. Después de haber reforzado su propia flota, Antíoco trató una vez más de disputar el dominio del mar. En Fenicia se formó una escuadra naval al mando de Aníbal que marchó en ayuda de las fuerzas principales de Antíoco en el Mar Egeo. Pero al encontrarse con las naves rodias, cerca de las costas de Panfilia, fué derrotada, sobre todo por culpa de la poca calidad de las tripulaciones fenicias reclutadas con el

---

<sup>63</sup> La costumbre constitucional, fundada en el plebiscito del 342, exigía un intervalo de 10 años entre la elección de un ciudadano para uno u otro cargo. Como hemos visto, esta regla se quebró muchas veces en la II guerra púnica; pero una vez pasada ésta, se había vuelto a su cumplimiento estricto.

<sup>64</sup> La posición oficial de Publio Cornelio está muy discutida. Es posible que no tuviera ningún cargo oficial.

mayor apuro. Después de haber perdido 20 naves, Aníbal se retiró y ya no tomó más parte activa en la guerra (agosto 190).

A pesar de este fracaso, Antíoco igualmente arriesgó la batalla naval con sus fuerzas principales, que se encontraban en Efeso. El choque con las fuerzas adversarias fué cerca del cabo Mionesos, no lejos del lugar de la batalla del año anterior. Los romanos eran comandados por el pretor Lucio Emilio Regilo y disponían de 80 naves; Polixénides tenía 89. La flota siria, después de haber perdido 40 naves, se retiró a Efeso para no volver a salir nunca más al mar abierto (septiembre 190).

Mientras tanto, Antíoco había reunido en Asia Menor grandes fuerzas terrestres de todos los puntos de su reino. Pero después de un cierto número de encuentros, perdió la fe en sí mismo y propuso a los romanos entablar tratativas de paz. Se mostraba dispuesto a dejar Europa, a dar la libertad a algunas ciudades griegas de la costa de Asia Menor y a pagar la mitad de los gastos de guerra. Pero esas condiciones, que los romanos habrían aceptado en el 196, ya no eran de actualidad en el 190. Escipión respondió que la paz sólo se concedería si Antíoco evacuaba todo el Asia Menor y pagaba todos los gastos militares. Las tratativas no llegaron a nada y fueron suspendidas.

La batalla decisiva tuvo lugar probablemente a comienzos del 189<sup>55</sup>, en la llanura al este de la ciudad de Magnesia<sup>56</sup>. Los romanos disponían de alrededor de 30.000 hombres. El ejército de Antíoco era superior en más de dos veces: contaba con casi 70.000 hombres, incluyendo 16.000 infantes con armamento pesado (falange), 12.000 jinetes, 20.000 infantes con armamento liviano, 54 elefantes, numerosos carros armados con guadañas, etc. A pesar de semejante disparidad de fuerzas, el comando aceptó la batalla. Los romanos estaban muy bien informados sobre la heterogénea composición del ejército sirio, en el cual, junto a mercenarios griegos y súbditos macedonios, había contingentes mal adiestrados de las regiones meridionales y orientales del inmenso reino de los Seléucidas.

En el momento de la batalla de Magnesia, Escipión estaba enfermo y el ejército se encontraba al mando del ex cónsul

<sup>55</sup> Según otras suposiciones, a fines del otoño del 190.

<sup>56</sup> Cerca del monte Sipilos.

Cneo Domicio. Los romanos obtuvieron una victoria inaudita. A la cabeza de la caballería, Antíoco se había lanzado sobre el ala izquierda de la formación romana, pero al mismo tiempo Eumenes de Pérgamo, que comandaba el ala derecha de los romanos, había rechazado el asalto de los carros y había pasado al contraataque con toda la masa de la caballería contra el flanco izquierdo de Antíoco, dispersándolo. La falange, entonces, quedó sin protección por la izquierda, bajo los golpes de Eumenes, mientras los legionarios iniciaban el ataque frontal arrojando sobre la infantería enemiga una lluvia de dardos. Los elefantes que se encontraban en los intervalos de la falange se espantaron, dando por tierra con su propia formación. La terrible falange pronto se trasformó en una multitud desordenada, en medio de la cual las espadas romanas abrían vacíos espantosos. Las pérdidas de Antíoco, incluyendo los prisioneros, superaron los 50.000 hombres. Los romanos apenas si perdieron algo más de 300. ¡Habían obtenido la victoria menos costosa de la historia!

Después de la tremenda derrota, Antíoco aceptó todas las condiciones de los romanos. El tratado de paz fué elaborado por el Senado en el verano del 189, con la participación de todos los aliados, y fué aceptado en sus detalles definitivos en el verano del 188 en la ciudad de Apamea, por una comisión senatorial con plenos poderes, compuesta por 10 hombres. Antíoco fué obligado a renunciar a todas las posesiones europeas y del Asia Menor, a pagar 15.000 talentos en 12 años, a no tener elefantes ni tampoco más de 10 naves de guerra. Además, se comprometía a entregar todos los enemigos de Roma que se encontraban bajo su protección, entre ellos también Aníbal.

Los aliados de Roma, Eumenes en particular, fueron generosamente premiados a costa de los territorios tomados a Antíoco. Pérgamo obtuvo el Quersoneso, la Lidia, la Frigia, una parte de Caria y de Panfilia y algunas ciudades griegas del Asia Menor, entre ellas Efeso, convirtiéndose de este modo en el Estado más importante del Asia Menor. A Rodas se le dió una parte de Caria y de Licia. Algunas ciudades griegas del Asia Menor fueron declaradas libres.

Etolia no fué incluida en la paz de Apamea. Al terminar el armisticio de 6 meses, la guerra había recommenzado, porque el senado no quería

entrar en tratativas y exigía la rendición sin condiciones. La ciudad de Ambracia<sup>57</sup> se convirtió en centro de la resistencia de los etolios: las tropas romanas la sitiaron mientras los macedonios irrumpían en las fronteras de la liga. Ambracia resistió heroicamente y cuando los atenienses y los rodios interpusieron sus buenos oficios, el senado romano mitigó sus exigencias anteriores porque, aparte de otras consideraciones, no quería debilitar demasiado a la liga etólica, pues pensaba contrabalancear con ella el poderío macedonio. También los etolios hicieron concesiones: Ambracia fué entregada a los romanos que, por su parte, renunciaron a la rendición sin condiciones: los etolios debían reconocer la autoridad del pueblo romano, renunciar a todas sus antiguas posesiones que habían perdido desde el 192, entregar todos los prisioneros y desertores, pagar 200 talentos de tributo. Como garantía del cumplimiento del tratado, los etolios debían entregar 40 rehenes por 6 años. De Ambracia, que fué en un tiempo la capital de Pirro, los romanos se llevaron muchas obras de arte.

De este modo terminaron las dos guerras más importantes de comienzos del siglo II (guerra macedonia y guerra siria) que llevaron de hecho a la instauración de la hegemonía romana en el Oriente griego y a profundos cambios en la situación de los Estados helénicos. Macedonia fué separada casi por completo de Grecia; los Seléucidas perdieron todas las posesiones del Asia Menor, y Egipto, en cuya defensa Roma había intervenido inicialmente contra Filipo y Antíoco, como resultado de esta "defensa" perdió todo lo que poseía más allá de los confines del valle del Nilo, con excepción de Cirenea y Chipre. Las grandes monarquías helénicas resultaron muy debilitadas, mientras que los pequeños Estados, en particular Pérgamo y Rodas, se reforzaron. En Oriente se había restablecido un "equilibrio" que, sin embargo, a causa de los mismos romanos, se presentaba muy inestable, mucho más de cuanto había sido hasta el momento.

La monarquía de los Seléucidas no pudo recuperarse nunca más del golpe recibido. Las finanzas estaban gravadas por el enorme tributo y la noticia de la derrota había provocado una serie de rebeliones contra Antíoco que de hecho significaron la pérdida de las provincias orientales. El mismo Antíoco murió luchando contra los rebeldes un año después de la paz de Apamea (187).

Durante el reinado de su sucesor, la monarquía siria se

---

<sup>57</sup> En el Epiro meridional. Ambracia formaba parte de la liga etólica.

precipitó, lenta pero inexorablemente, por un plano inclinado, enérgicamente empujada por Roma, que temía el resurgimiento de su poderío. Los romanos hicieron todo lo posible por debilitar la monarquía de los Seléucidas, empezando por la presión diplomático-militar en la política exterior y terminando por el apoyo al usurpador y la intervención directa en los asuntos familiares de la casa reinante.

Los pequeños Estados helénicos ampliaron efectivamente sus dominios, pero su existencia era precaria y dependía en pleno de la voluntad de Roma. Bajo la bandera de la defensa del débil contra el poderoso, los romanos impedían a quienquiera que fuese su fortalecimiento. Sin ningún ambage intervenían en la política exterior e interna de los pequeños Estados y no permitían que se tomara ninguna decisión seria sin su aprobación. Sobre todo se preocupaban por impedir la formación de alianzas, cosa fácil por otra parte, dados los agudos conflictos existentes entre los Estados helénicos.

Mucho más complicada y llena de sorpresas se presentaba por el contrario la cuestión macedonia. Pero sobre Macedonia volveremos más tarde, mientras ahora nos detendremos en la suerte de los dos personajes cuyos nombres llenan la historia de los últimos decenios del siglo III y los primeros del II, es decir Escipión y Aníbal.

*Fin de la carrera política de Escipión. Su muerte.*—En el 187, inmediatamente después del regreso triunfal de los hermanos Escipiones del Oriente (Lucio hasta fué llamado "el asiático"), dos tribunos de la plebe propusieron al Senado que éstos rindieran cuenta de las sumas que habían recibido de Antíoco. Publio presentó algunos documentos pero, en lugar de rendir cuentas, los rompió ante los ojos de los senadores. La cosa terminó ahí, pero en la ciudad comenzaron a circular rumores sobre la poca exactitud de la contabilidad. A fines del 185 o a comienzos del 184, otro tribuno solicitó rendimiento de cuentas, pero ya no en el Senado sino ante la asamblea popular. Entonces Publio, dirigiéndose a la asamblea, declaró que justamente ese día era el aniversario de su victoria sobre Aníbal en África, con la que había devuelto la libertad al pueblo romano, e invitó a todos a congregarse en el Capitolio a rendir homenaje a los dioses. La multitud con-



movida siguió a Escipión, dejando al acusador completamente aislado en el Foro.

Pero esta vez la demagogia no sirvió. La acusación siguió su trámite legal y en una de las asambleas posteriores Lucio fué condenado a pagar una gruesa multa. Como se rehusara a hacerlo, fué amenazado con la prisión, de la que sólo lo salvó la mediación de uno de los tribunos de la plebe, Tiberio Sempronio Graco, padre de los futuros reformadores Tiberio y Cayo. Ofendido hasta el fondo de su alma, Publio se retiró a su posesión en Campania, donde murió, según parece, en el 183, declarando que no quería ser sepultado en Roma.

Hasta aquí, en líneas generales, el enigmático "caso de los Escipiones". Resulta imposible reconstruirlo con mayor precisión a causa de las contradicciones de las fuentes. Pero está claro que el sustrato del hecho es puramente político. La acusación de sustracción de dinero y de corrupción lanzada contra ambos hermanos sólo tiene una importancia secundaria. En general, en el sistema romano los comandantes disponían del botín de guerra casi sin ningún control, lo que hace difícil encontrar una base jurídica para tal acusación. Los acusadores ni siquiera pensaban en ello: su propósito era dar un golpe final a la ya tambaleante posición de los Escipiones. Naturalmente, no se eligió al propio Publio, todavía muy popular, sino a Lucio, cuyo único mérito era ser el "hermano de su hermano". Como hemos visto, el golpe dió en el blanco.

Que la posición de los Escipiones era ya difícil lo demuestra el hecho de que el vencedor de Aníbal no logró salvar a su hermano de la acusación. ¿Qué raíces tenía entonces esa oposición que logró derrotar al grupo de los Escipiones? En primer lugar, la posición de privilegio que tenían el mismo Escipión y su séquito. Baste señalar que durante 10 años después de la batalla de Zama, representantes de la estirpe de los Cornelios ocuparon por siete veces el cargo de cónsul, y que los otros magistrados, si no pertenecían directamente a los Cornelios, estaban estrechamente ligados con ellos. Las dos guerras más importantes de Oriente también habían sido ganadas por representantes del grupo de los Escipiones. Estos hechos permiten hablar de una dictadura de hecho de aquella parte de la nobleza ligada a los Escipiones, lo que forzosamente debía terminar por sublevar a la oposición de la otra

parte de la nobleza y a la aversión de los democráticos. El jefe de la oposición a los Escipiones, Marco Porcio Catón, ya había promovido acusaciones en el 191 y el 190 contra algunos representantes de la famosa estirpe, pero la situación aún no estaba madura, el peligro en Oriente persistía aún y por lo tanto los servicios de los Escipiones eran siempre necesarios. Después del 189 había llegado el momento de terminar con el dominio indiscutido del pequeño grupo de nobles surgido de la situación de guerra y llevar el país a un gobierno más normal.

Pero la oposición a los Escipiones no se originó solamente en la necesidad de poner fin a un sistema anticonstitucional de dictadura. En realidad se radicaba en los más profundos sustratos de la vida romana. Escipión era un representante de la nobleza romana. Una parte de ella, incluso una gran parte, podía hacerle oposición. Pero no contra su programa de política exterior, sino contra su posición personal. Sobre el programa de política exterior no había ninguna divergencia sustancial entre Escipión y la nobleza romana, como lo demuestra el hecho de que durante casi 20 años el Senado siempre la aprobó. Sobre este punto la divergencia se presentaba entre Escipión y el nuevo partido democrático romano.

Los tres tratados de paz dictados por Escipión —con Aníbal, con Filipo y con Antóco— son relativamente blandos. Esto correspondía al espíritu de una considerable parte de la nobleza, que se apoyaba sobre todo en las propias posesiones agrícolas en Italia y en la masa de clientes, que tenía una economía puramente natural y por lo mismo estaba poco interesada en la política de conquistas y en la transformación en provincias de los Estados sometidos. Otros círculos, en cambio, buscaban todo lo contrario: se trataba de los grandes propietarios tipo Catón, que estaban directamente ligados al mercado y explotaban en gran escala el trabajo de los esclavos; de los recaudadores de impuestos y gravámenes; del creciente subproletariado y de otros elementos de los nuevos grupos democráticos<sup>58</sup>. No por nada Catón se demostró enemigo acérrimo

---

<sup>58</sup> En el capítulo XVIII hablaremos más detalladamente del nuevo partido democrático y de su diferencia con el viejo partido democrático agrario.

mo de la política exterior de los Escipiones; no por nada, durante muchos años, incansablemente, había repetido que Cartago debía ser destruida y obtuvo finalmente su propósito.

Catón, claro está, no era un democrático. Furiosamente conservador, defensor de los principios romanos puros, enemigo de la civilización griega, no tenía el menor deseo de intervenir contra el sistema existente de gobierno senatorial. Si Catón hubiera vivido hasta la época de los Gracos se habría colocado naturalmente al lado del Senado contra los reformadores. Pero en la primera mitad del siglo II su posición económica, como representante de la nueva clase de esclavistas, lo colocó en oposición a la política exterior de Escipión, que era la del grupo dirigente de la nobleza. De ahí que se congregaron en torno a Catón vastos sectores democráticos que, junto a una parte de la nobleza, pusieron fin a la carrera política de Escipión el Africano.

*La muerte de Aníbal.*—Según parece, en el mismo año 183 en que Escipión terminó sus días en un exilio voluntario, murió también Aníbal<sup>69</sup>. Después de la paz entre Roma y Antíoco, el jefe cartaginés se había dirigido a Creta y luego a Bitinia, junto al rey Prusias. Bitinia era una vieja enemiga de Pérgamo y por eso Prusias recibió a Aníbal con entusiasmo. El prófugo se convirtió en el consejero militar y comandante del ejército de Prusias y como tal logró una serie de victorias sobre Pérgamo. Se dice también que él trató de convencer a su nuevo protector de declarar la guerra a Roma. Pero en el 184 los romanos lograron concertar la paz entre Eumenes y Prusias. Inmediatamente después de esto, Flaminio llegó a Bitinia investido como embajador romano e hizo comprender a Prusias que era necesario alejar a Aníbal. Un día, la casa donde vivía el cartaginés fué rodeada por hombres armados y Aníbal, comprendiendo el significado de este hecho, ingirió un veneno que llevaba siempre consigo.

Toda la vida de Aníbal, desde su primer juramento de muchacho hasta su último aliento en la lejana Bitinia, estuvo

---

<sup>69</sup> Por una extraña coincidencia, en el 183 también murió otro gran personaje de la época: el estratega acaudalado Filipónenes que, gravemente enfermo a los 70 años, cayó en manos de los mesenios y fué muerto por ellos.

dominada por un único sentimiento, por una única idea: el odio a Roma, la guerra contra Roma. Pero así como los héroes de las tragedias antiguas estaban destinados a la muerte en su lucha desigual con el destino, Aníbal estaba fatalmente condenado a sucumbir en una lucha sin ninguna esperanza contra una necesidad histórica. En Italia fué vencido sin haber perdido ninguna batalla. Los enemigos no le permitieron saquear su patria; el grandioso plan de unir todas las fuerzas antirromanas se quebró por los conflictos entre las monarquías helénicas, por la envidia mezquina y ciega de los politiqueros orientales. Y él perdió sus fuerzas en la lucha. Un hombre solo, por más genial que sea, no puede ir contra la corriente de la historia, no puede decidir su marcha inexorable. Aníbal afrontó la empresa, condenada desde un principio al fracaso. La unificación del sistema esclavista del Mediterráneo y el paso a la última etapa de su desarrollo era una necesidad histórica que sólo Italia unida, y en última instancia Roma, podían realizar, porque ningún otro Estado del mundo se encontraba en condiciones más favorables. El audaz genio de Aníbal quería obligar a la historia a seguir un camino totalmente distinto, poniendo a Cartago a la cabeza de la etapa final de la evolución del mundo antiguo, cosa que en efecto habría dado características totalmente distintas a toda la historia mundial subsiguiente. Pero para hacer esto Cartago no tenía fuerzas suficientes. Por eso triunfó Roma, es decir el sistema europeo. Y quien luchó contra él con todas sus fuerzas pereció, dejando sólo un glorioso recuerdo.

*La tercera guerra macedonia.* — Después de la victoria sobre Antíoco, el Senado empezó a preocuparse por el problema macedonio. Durante la guerra con Antíoco, Filipo había prestado grandes servicios a Roma y el hecho de que los romanos le hubieran permitido fortalecerse a costa de la liga etólica no era más que simple gratitud. Pero Filipo no se había limitado a esto. Se había apoderado de Demetria y de un gran número de ciudades tesálicas; había ocupado algunos puntos sobre la costa de Tracia, etc. Este fortalecimiento de Macedonia era una amenaza contra la hegemonía romana en Grecia. Por eso el Senado decidió adoptar contramedidas. En el 189 concertó la paz con los etolios en condiciones relativamente blandas, con el propósito de mantener a la liga etólica como

contrapeso del poderío macedonio. Seis años después, aprovechando las quejas de Eumenes y de otros enemigos griegos de Filipo, los romanos lo obligaron a evacuar las ciudades de Tracia y de algunas zonas de Grecia. Si bien esto se logró por la vía diplomática, las relaciones se hicieron tan tensas que casi se desembocó en la guerra. Filipo tuvo que enviar a Roma una embajada extraordinaria para calmar al Senado, encabezada por su hijo Demetrio, bien visto por los romanos, que lo protegían por ver en él al sucesor de Filipo y desear atraerlo a la órbita de la influencia romana (Demetrio había vivido algunos años en Roma, como rehén). Pero como el sucesor legal de Filipo era el primogénito, Perseo, la política romana sólo consiguió hacer nacer contradicciones en la familia real, que llevaron a la condena a muerte de Demetrio (181).

El enérgico Filipo, al ver de nuevo libre el camino hacia Grecia, adoptó un nuevo plan y decidió fortalecerse en el interior de Tracia. Después de algunas guerras afortunadas, consiguió extender su influencia en la región y concluir un tratado de alianza con las tribus que vivían más allá del Danubio. El rey macedonio tenía la intención de sublevar a los bárbaros contra Italia para volver a tener el campo libre en Grecia. Este plan suyo no estaba destinado a realizarse. En el 179 Filipo murió, dejando a Perseo un Estado militarmente fuerte y bastante bien organizado.

Perseo estaba muy mal dispuesto hacia Roma por motivos personales y políticos en general. Pero sin embargo en los primeros tiempos no violó la tradicional "mala paz"; más bien trató a su sombra de procurarse el mayor número de amigos y aliados. Perseo se encontraba en óptimas relaciones con Prusias II de Bitinia y con Seleuco IV de Siria, cuya hija era su esposa. Los rodios eran sus amigos, los bastarnios sus aliados, y entre los príncipes ilirios la influencia de Macedonia era más fuerte que la de Roma.

Perseo buscaba apoyarse sobre todo en los griegos. Abandonó la tradicional política del padre con respecto a ellos y adoptó una nueva actitud que, por otra parte, le era sugerida por la misma situación. Con el correr de los años, en Grecia había crecido el odio contra Roma, odio que no sólo era sentido por los sectores inferiores de la población, sino que también se había difundido ampliamente entre las clases altas.

Sólo algunos grupos oligárquicos muy restringidos o pequeños sectores abiertamente vendidos a Roma encontraban conveniente el dominio romano. Perseo decidió aprovecharse de la coyuntura favorable y presentarse como el "salvador" de turno. Inició una desenfadada campaña demagógica que insistía principalmente en la triste situación de debilitamiento de la población; hizo publicar en Grecia declaraciones oficiales con las que invitaba a los que fueran perseguidos por política o por deudas a refugiarse en Macedonia, prometiéndoles el reconocimiento de los derechos y la restitución de las propiedades. Pero esta política, desarrollada en un modo primitivo y sin táctica, fué contraproducente, porque las clases poseedoras, atemorizadas, se congregaron en torno al partido prorromano, determinando con su actitud la guerra.

A través de los informes de sus agentes, el Senado romano había seguido con mucha atención todos los sucesos de los Balcanes y esperaba la ocasión oportuna para intervenir. El rey Eumenes, a quien la política de Perseo causaba tanto fastidio como a Roma, trataba de incitar al Senado a lanzar la guerra. En el 172 fué a Roma y presentó muchas quejas contra Perseo; ya en ese momento el Senado decidió declarar la guerra a Macedonia. Durante su viaje de regreso, Eumenes fué víctima de un atentado en Delfos, cuya organización se atribuyó a Perseo. Esto hizo que rebasara el vaso de la paciencia de los romanos.

Pero Roma aún no estaba preparada para la guerra. Por eso el Senado trató de ganar tiempo. También Perseo, que tenía un carácter indeciso y muchas veces se retiraba justo en el último minuto, estaba en parte dispuesto a avenirse a algunas tratativas. Por esto perdió una magnífica ocasión de ocupar con sus tropas los puntos estratégicos más importantes de Grecia y dió a los romanos tiempo para realizar una cuidadosa preparación militar y diplomática de la guerra.

Cuando en el 171 empezaron las operaciones militares, Perseo había quedado aislado casi por completo. La liga aquea, como siempre, apoyaba a los romanos. Los etolios, que poco tiempo antes se habían dirigido a Perseo pidiendo ayuda, habían cambiado bruscamente de orientación. En Tesalia el partido prorromano había tomado la delantera. Beocia misma, que por mucho tiempo había sido solidaria con Macedo-

nia, estaba ahora alejada de Perseo. Lo mismo había sucedido con los amigos no griegos del rey macedonio: en Roma habían propuesto ayuda las ciudades libres del Asia Menor, una parte de los ilirios, Rodas, Bizancio, etc. Prusias permanecía neutral y Antíoco IV, hermano y sucesor de Seleuco IV, siguiendo la tradición, aprovechaba el estado de guerra para arreglar las viejas cuentas con Egipto.

El aislamiento de Perseo al comenzar la guerra, que contrastaba abiertamente con la simpatía general de que gozaba el rey macedonio algunos años antes, puede explicarse por tres causas principales: el temor ante Roma, cuando se vió que la amenaza de la guerra se había vuelto real; la anacrónica política demagógica de Perseo y la tradicional rivalidad entre los Estados orientales.

Aunque Perseo debió luchar casi solo, el comienzo de la guerra no fué glorioso para las armas romanas: el primer choque importante, que tuvo lugar en Tesalia, terminó con la derrota de su caballería y su infantería ligera. Esto provocó en Grecia una nueva oleada de simpatía hacia Perseo. Pero en vez de aprovechar este triunfo para pasar al ataque, Perseo, cobardemente, inició tratativas de paz y no fué por cierto su culpa si éstas no llegaron a nada (los romanos, en efecto, deseaban la rendición incondicional). El mando romano no estaba a la altura de la situación. Los soldados, indisciplinados, provocaron con sus violencias el descontento de la población y quejas por parte de los aliados. A pesar de estas circunstancias favorables, Perseo, después de algunos encuentros, evacuó Tesalia y se retiró a Macedonia, renunciando a una guerra ofensiva.

Las dos campañas siguientes (170 y 169) fueron igualmente poco movidas; pero durante ese período Perseo desplegó una gran actividad diplomática que dió algunos resultados gracias al resurgir de la flota macedonia en el mar Egeo y a la aparente incapacidad de Roma para concluir victoriosamente la guerra. En Rodas el partido prorromano volvió a estar en auge y hasta se dice que Eumenes emprendió tratativas con Perseo. A comienzos del 168 los rodios, preocupados por la contracción de su comercio a causa de la guerra, iniciaron una insistente actividad para mediar en la conclusión de la paz. El resultado obtenido fué el totalmente opuesto, ya

que el senado romano decidió poner fin victoriosamente a la guerra a cualquier precio.

Uno de los cónsules electos para el 168 fué Lucio Emilio Pablo (hijo de aquel Emilio Pablo muerto en Cannas). Era éste un hombre sin fortuna que, aunque pertenecía a la vieja nobleza, no tenía mayor gravitación en la vida política. Se dice que tenía vínculos de parentesco con los Escipiones. En cambio, gozaba de una fama de excepcional jefe militar (se había revelado en las guerras españolas y lígures) y de intachable honestidad. Llegado al teatro de operaciones, el nuevo comandante en jefe restableció rápidamente la disciplina que se había relajado y pasó a acciones decisivas. Consiguió circundar las posiciones de Perseo en Macedonia meridional, obligándolo a retirarse a la ciudad de Pidna. Allí tuvo lugar el 22 de junio del 168 la famosa batalla que puso fin a la monarquía macedonia.

El primer choque de la falange macedonia fué tan fuerte que las vanguardias romanas quedaron destrozadas y las mismas legiones empezaron a retirarse hacia las alturas que se encontraban al costado del campamento romano. Aún cuando Emilio Pablo había envejecido en varias batallas, nunca había visto nada tan espantoso y, según dice Plutarco, luego recordaba con gran frecuencia la impresión que le había producido el ataque de la falange. Pero la violencia misma del primer choque resultó fatal para los macedonios. Las filas de la falange se abrieron de inmediato a la veloz persecución y al terreno accidentado. Emilio supo aprovecharse de esto y, pasando al contraataque, lanzó los manipulos en los blancos que se habían formado: los romanos empezaron a atacar a los macedonios en los flancos y en la retaguardia, rompiendo su formación. La magnífica caballería macedonia permaneció inactiva en esos trágicos momentos y en seguida, al ver la derrota de la infantería, se alejó del campo de batalla. Perseo, desconcertado, sólo se preocupó por la salvación de sus tesoros (era excepcionalmente avaro) y fué el primero en dar el ejemplo de la fuga.

Todo terminó en menos de una hora. 20.000 macedonios quedaron en el campo de batalla y 11.000 cayeron prisioneros. Las pérdidas de los romanos fueron insignificantes. Perseo huyó con su oro a Samotracia (le quedaban más de 6.000 talentos) en la vana esperanza de gozar del derecho de asilo que conce-



dian los lugares sacros. Sin embargo fué obligado a rendirse con todas sus riquezas y sus dos hijos y fué internado en Italia, donde murió algunos años después. El hijo primogénito, Filipo, murió dos años después que el padre, mientras que el más joven se convirtió en un simple escribano.

La batalla de Pidna representa un acontecimiento decisivo en la conquista del Oriente griego, con la destrucción del último gran Estado de la península balcánica. Sin embargo Macedonia no fué trasformada en provincia. La tradición de la política de los Escipiones continuaba sobreviviendo a pesar de la caída de éstos. En Macedonia se dejó una apariencia de independencia, pero la monarquía fué destruída para siempre. El país fué dividido en cuatro repúblicas independientes totalmente aisladas. Sus habitantes no podían tener relaciones, concertar matrimonios ni practicar el comercio entre ellos. En cada república se puso en el poder a la aristocracia fiel a Roma. La mitad de los gravámenes que Macedonia pagaba a los propios reyes era ahora recaudada por Roma. Se prohibió a los macedonios trabajar los minerales de oro y plata, exportar madera para construcciones e importar sal. La población fué desarmada y las fortalezas desmanteladas.

Sobre este mismo modelo, el Senado constituyó tres repúblicas independientes en Iliria. El Epiro, que había apoyado a Perseo, sufrió en un modo particular: por orden del Senado, en el 167, 70 distritos fueron saqueados y 150.000 habitantes reducidos a esclavitud. El botín llevado a Roma fué tan grande que por mucho tiempo se abolió el impuesto directo que debían pagar los ciudadanos.

Después de haber destruído Macedonia, Roma ya no necesitó de amigos ni aliados y esto trajo consigo un brusco cambio de política respecto a Grecia y especialmente a los estados helénicos. Si bien nominalmente Grecia continuaba siendo libre, de hecho perdió los últimos restos de independencia. El destino más triste le correspondió a la liga etólica: fué reducida a nada más que el territorio de Etolia, y los partidarios de Macedonia fueron en parte entregados a sus adversarios políticos, en parte enviados a Roma. En general, en todos los Estados griegos, los elementos sospechosos para los romanos fueron considerados rehenes y enviados a Italia. Ni siquiera la liga aquea se salvó de ese destino: 10.000 nobles aqueos, entre ellos el mismo Po-

libio, fueran trasladados a distintas ciudades de Italia, donde se los sometió a un tratamiento particularmente duro.

Trágica fué la suerte de los rodios. Los romanos no les perdonaron ciertas simpatías con Perseo y la tentativa de mediar para lograr la paz. Una gran parte de sus posesiones en el continente les fué arrebatada. Su comercio recibió un duro golpe por la prohibición que se hizo a Macedonia de comerciar sal y madera de construcción y parece incluso que esa cláusula estaba dirigida especialmente contra los rodios. Pero la verdadera catástrofe para el comercio rodio fué la declaración de Delos puerto libre. Los romanos, sospechando a Delos de simpatías hacia Perseo, expulsaron a sus habitantes, colocaron en el puerto a los atenienses y declararon su comercio libre de todo gravamen. De este modo, todo el comercio del Mediterráneo oriental pasó a través de Delos y en el curso de un año las entradas aduaneras de los rodios disminuyeron de 1.000.000 de dracmas a sólo 150.000. Los rodios nunca pudieron recuperarse de este desastre.

El mismo Eumenes de Pérgamo, fiel amigo de los romanos, había caído en desgracia ante ellos. Lo sospechaban de haber tenido tratos en Perseo a espaldas de Roma. Chismes aparte, el Senado no tenía de esto pruebas de ninguna clase y ni siquiera se preocupaba por buscarlas: el fuerte imperio de Pérgamo fundado por Roma como contrapeso a Macedonia, no tenía ya más razón de existir. Eumenes no recibió nada después de la conclusión de la guerra. Los romanos trataron de oponerle como pretendiente a su hermano Atalo<sup>60</sup> y hasta llegaron a instigar a sus súbditos a la sublevación. Cuando luego Eumenes pudo llegarse a Roma para aclarar los malosentendidos, se le hizo comprender que su presencia allí no resultaba grata.

Un ejemplo de cómo los romanos empezaron a comportarse después del 168 en los asuntos orientales, lo da la intervención en la guerra entre Egipto y Siria. Antíoco IV era un soberano muy inteligente y enérgico, gran admirador de la civilización griega y amigo sincero de Roma. Aprovechando de la guerra macedonia, había conducido una guerra contra Egipto con gran éxito, llegando en el 168 hasta los mismos muros de Alejandría. Los egipcios pidieron ayuda a Roma y de inmediato un emba-

---

<sup>60</sup> Atalo II, rey de Pérgamo a la muerte de Eumenes (159-138).

jador romano, Cayo Popilio, se presentó ante Antíoco y le transmitió la orden del Senado de restituir todo cuanto había conquistado y evacuar Egipto dentro de un plazo determinado. El rey pidió tiempo para reflexionar, pero el embajador trazó con una caña un círculo en torno a él y le exigió que diese la respuesta sin salir del mismo. Antíoco obedeció...

*Sumisión de Macedonia y de Grecia.*— Macedonia, dividida en cuatro partes y debilitada, no mantuvo por mucho tiempo aquella apariencia de independencia que se le había dado. En el país reinaban la miseria y el desorden; la lucha de fracciones asumía formas espantosas y crueles; el odio hacia Roma, causa última de la triste situación, llegó a su extrema manifestación. Los macedonios recordaban a sus reyes y estaban dispuestos a dar sus vidas por volver a los tiempos antiguos. De modo que, cuando en el 149 apareció un impostor que se hacía pasar por Filipo, hijo de Perseo, los macedonios lo reconocieron y se sublevaron contra Roma.

La historia del pseudo-Filipo parece una novela de aventuras. Se llamaba Andrisco. Era un simple artesano de Tracia de apariencia muy similar a la de Perseo. Las primeras tentativas de Andrisco de hacerse pasar por hijo del rey muerto y de la princesa siria Laódice, no tuvieron éxito, ya que todos sabían que el verdadero Filipo había muerto en Italia dieciocho años después de su nacimiento. Luego encontramos a Andrisco en Siria como mercenario y sabemos que se dirigió al rey Demetrio, a quien consideraba su tío por parte de madre. Demetrio lo hizo enviar a Roma arrestado. El senado no le dió gran importancia a esta historia y confinó al impostor, bajo vigilancia, en una ciudad itálica. De allí Andrisco huyó a Mileto, donde fué arrestado nuevamente por las autoridades ciudadanas, que preguntaren al legado romano qué debían hacer con él. Éste les aconsejó dejarlo libre, cosa que fué cumplida. Entonces Andrisco se dirigió de nuevo a Tracia, donde esta vez el terreno le era más propicio. El pseudo-Filipo fué reconocido por algunos príncipes, entre ellos el marido de una hermana de Perseo. Con su ayuda, el impostor invadió Macedonia, derrotando en dos batallas a las milicias locales, tras lo cual fué reconocido en todo el país.

El movimiento fué creciendo. El impostor había atacado ya Tesalia. Como los romanos no tenían fuerzas militares, Tesalia debió defenderse dificultosamente con las fuerzas de la milicia aquea y de Pérgamo. Finalmente llegó un pretor romano con una sola legión que, a pesar de eso, quiso atacar a Andrisco. Pero el mismo fué muerto y su ejército totalmente destruído. Una gran parte de Tesalia cayó bajo el poder del impostor. En

Roma se difundían mientras tanto voces sobre una presunta alianza entre Macedonia y Cartago (en aquel tiempo se desarrollaba la tercera guerra púnica).

En el 148 se envió a la península balcánica un gran ejército al mando del pretor Quinto Cecilio Metelo. Con ayuda de la flota de Pérgamo, éste irrumpió en Macedonia y, si bien en los primeros momentos Andrisco obtuvo algunos triunfos, su ejército empezó muy pronto a deshacerse. El error estratégico del pseudo Filipo, que había dividido sus propias fuerzas, hizo posible a Metelo obtener sin gran trabajo una victoria decisiva. El impostor huyó a Tracia, donde fué derrotado por segunda vez y finalmente entregado a los romanos. Fué condenado a muerte, después de haber sido llevado por las calles de Roma en el cortejo triunfal de Metelo.

Actuando de acuerdo con una comisión senatorial (148-147), Metelo trasformó Macedonia en provincia romana, incluyendo en ella también el Epiro y la Iliria meridional con las ciudades de Apolonia y Epidamno. La nueva provincia abrazaba una gran parte de la península balcánica, extendiéndose desde el mar Egeo hasta el Adriático. Los romanos eliminaron a Macedonia como Estado, tal cual podrían haberlo hecho 20 años antes. Sólo que ahora Roma había abandonado para siempre la política liberal de los Escipiones para pasar a un nuevo sistema consistente en la anexión de los territorios conquistados.

Macedonia no fué el único país que cayó víctima de la nueva etapa de agresión romana. La terrible crisis internacional del 149-146 devoró incluso a Grecia y Cartago.

El movimiento macedonio del 149-148 debía encontrar inevitablemente un eco en la región meridional de la península balcánica, agudizando más aún la situación. El motivo de la intervención directa en los sucesos griegos fué dado por los asuntos internos de la liga aquea, que era la única fuerza importante que aún se mantenía en pie. Dentro de ella surgían interminables discusiones sobre los límites y el grado de autonomía de Esparta, que formaba parte de la liga aquea. El problema fué sometido al senado romano, que prometió enviar una comisión. Pero los jefes de la liga aquea, apoyados por el movimiento democrático en creciente desarrollo, decidieron aprovechar la situación internacional favorable para librarse de la odiada tutela de Roma. Las circunstancias parecían efec-

tivamente oportunas: en Macedonia había aparecido el pseudo Filipo, cuyas acciones habían obtenido en un primer momento un gran éxito; en España tenía lugar una terrible rebelión y, para completar, había comenzado la guerra entre Roma y Cartago. La liga aquea no esperó la decisión del Senado y atacó a Esparta, a pesar de las advertencias de Metelo.

El senado decidió entonces castigar a los aqueos. Una comisión senatorial resolvió separar de la liga a Esparta, Corinto, Argos y algunas otras ciudades. Cuando esta decisión se hizo pública en una asamblea de la liga en Corinto, en el verano del 147, suscitó una enorme indignación. Todos los espartanos que por casualidad se encontraban en Corinto fueron arrestados y los mismos embajadores romanos lograron apenas escapar de la violencia. Pero el Senado aún confiaba en arreglar el diferendo por la vía diplomática. Sin embargo los jefes de la liga, Critolao y Dieo, interpretaron la actitud romana como signo de debilidad ya que, si bien el movimiento macedonio ya había sido reprimido, aún estaban desarrollándose las guerras en España y en Africa. Critolao, que en un tiempo había sido estratega, empezó a prepararse para la guerra (invierno (147-146). Boecia, Lócrida, Fócida y Calcidia se unieron a la liga aquea, lo que demuestra la popularidad que tenía en Grecia el renacer de la lucha contra los romanos. Todo el movimiento no sólo tuvo un carácter nacional, sino también social. Los jefes democráticos decían que los ricos se habían vendido a Roma, que hacía falta una dictadura militar y que pronto empezaría la rebelión general de todos los pueblos contra Roma. Se suspendió el pago de los deudas.

En la primavera del 146 comenzó la guerra, que fué confiada al cónsul Lucio Mumio. Pero ya antes de su llegada a Grecia, Metelo, proveniente de Macedonia, derrotó al ejército de Critolao en Lócrida (el propio estratega resultó dispersado). Los romanos destruyeron luego rápidamente la resistencia en la Grecia central, barriéndola hasta el istmo.

La lucha entró en su etapa más aguda cuando llegó Mumio y tomó el mando. Dieo, que había sucedido a Critolao, concentraba sobre el istmo a todos los hombres capaces de manejar armas, completándolos con 12.000 esclavos voluntariamente liberados. En el Peloponeso reinaba el terror: los ricos fueron obligados a hacer empréstitos forzosos, los propagan-

distas de la paz eran condenados. En el istmo tuvo lugar la batalla decisiva. La infantería aquea combatió valerosamente, pero no pudo resistir la aplastante superioridad de los romanos. Dico huyó a su tierra y después de matar a su mujer se envenenó. Las ciudades de la liga aquea se rindieron sin ofrecer resistencia y Mumio entró en Corinto (146).

El cónsul fué encargado, con la acostumbrada comisión senatorial, de la nueva organización de Grecia. Se dispusieron feroces represalias contra los enemigos de Roma. Todas las ligas (aquea, de Beocia, de Eubea, de Fócida, de Lócrido) fueron disueltas; las comunidades ciudadanas fueron aisladas; se prohibió adquirir propiedades contemporáneamente en más de una ciudad<sup>61</sup>. Las constituciones fueron abolidas y se introdujo la organización por censo. Las comunidades ciudadanas que habían tomado parte en la rebelión fueron obligadas a pagar a Roma un determinado tributo. Todas fueron sometidas al legado de Macedonia, a quien también correspondía la dirección suprema de la administración y de la justicia. De este modo, una gran parte de Grecia fué unida a la provincia macedonia<sup>62</sup>. Los otros griegos que no habían adherido a la rebelión (Acarmania, Etolia, Tesalia, Atenas, Esparta) mantuvieron con Roma las anteriores relaciones de alianza, pero en realidad su independencia fué reducida aún mucho más de lo que había sido antes de los sucesos del 147-146.

La represión de los vencedores fué particularmente severa hacia aquellas grandes ciudades que habían sido los principales puntos de apoyo del movimiento: Tiro, Calcis y Corinto. Los muros de Tiro y de Calcis fueron desmantelados y su población desarmada. Los habitantes sobrevivientes fueron reducidos a esclavitud y las obras de arte llevadas a Roma o a Italia.

La cruel represalia contra Corinto, que había sido el centro principal de la rebelión, debe considerarse una medida represiva tendiente a quitar para siempre de la cabeza de los griegos la idea de rebelarse contra Roma. Pero es difícil explicarse la destrucción completa de la ciudad sólo por este motivo. Con-

<sup>61</sup> Esta y otras medidas fueron abolidas después de algunos años.

<sup>62</sup> Grecia fué transformada formalmente en especial provincia aquea recién en tiempos de Augusto.

sideremos los hechos: 22 años antes, los romanos habían declarado a Delos puerto libre y con esto habían destruido el comercio de Rodas. En el mismo año de la destrucción de Corinto, como veremos en seguida, fué destruída también Cartago. Es significativo el hecho de que en el territorio de ambas ciudades se prohibiera habitar a nadie. Antes del 146, Corinto era el único centro comercial importante que había quedado en la península balcánica. No es difícil deducir de estos hechos que la destrucción de la ciudad se debió sobre todo al deseo de los mercaderes romanos. En dos décadas éstos lograron eliminar a los tres competidores más fuertes: Rodas, Corinto y Cartago. La importancia comercial de Corinto fué heredada por Delos, que se convirtió en el centro del comercio romano en Oriente. De este modo, sancionando las medidas contra las ciudades rebeldes, el senado romano se hacía ya promotor de la política exterior del capital comercial y usurario.

*La tercera guerra púnica y la destrucción de Cartago.*— Ya sabemos que las tentativas de Aníbal de realizar reformas en Cartago no tuvieron éxito por culpa de la oposición de la oligarquía amiga de Roma. A pesar de esto, Cartago logró muy pronto curar las heridas causadas por la última guerra. Las riquezas del vasto territorio aún bajo su control, que se extendía al Oriente hasta Cirenea, continuaban siendo la fuente de ingentes entradas. El partido dirigente trataba de vivir en paz tanto con Roma como con su vecino cercano, Masinisa.

Pero la existencia misma de Cartago provocaba en Roma una continua preocupación: todavía era demasiado fuerte en los ciudadanos romanos el recuerdo de la guerra con Aníbal. Mientras en la política exterior se había seguido la tradición de los Escipiones, las cosas no fueron más allá del simple temor; pero después de la tercera guerra macedonia la situación empezó a cambiar. Hemos visto que esta guerra había determinado un viraje en la política exterior: los agresores habían comenzado a mostrar los dientes. Esto se hizo en seguida evidente en cuanto a Cartago.

En el 153 Catón había pasado un cierto tiempo en África en calidad de jefe de una embajada enviada por Roma para arreglar personalmente los diferendos entre Cartago y Masinisa. Cuando se dió cuenta personalmente de las florecientes condiciones de la ciudad, empezó a tener la obsesión de la necesidad

de su destrucción. La consigna de Catón "*ceterum censeo Carthaginem esse delendam*" (por otra parte, pienso que Cartago debe ser destruida) fué apoyada firmemente por aquellos círculos para los cuales la agresión despiadada se había convertido en el símbolo de la política exterior.

Para declarar la guerra a Cartago había que encontrar un pretexto plausible y preparar convenientemente la opinión pública. Aquí entró en escena Masinisa. En el tratado del 201, intencionalmente se habían dejado indefinidos los límites entre Numidia y Cartago, lo que fué origen de litigios interminables que provocaron frecuentes intervenciones de comisiones romanas. El comportamiento de Masinisa se hacía tanto más insolente cuanto más fuertes eran los sentimientos de enemistad de Roma hacia Cartago. Finalmente, la paciencia de los cartagineses se terminó: subieron al poder los jefes del partido democrático, gestores de una política más enérgica frente a Masinisa. Los amigos de este último fueron expulsados de Cartago, y cuando los númidas agredieron el territorio cartaginés se envió contra ellos un ejército al mando de Asdrúbal, que era uno de los jefes democráticos. Y aún cuando el ejército cartaginés fué duramente derrotado por Masinisa (150), los romanos habían encontrado ya el pretexto para declarar la guerra: los cartagineses, violando el tratado del 201, habían iniciado operaciones de guerra sin autorización de los romanos.

En Roma se iniciaron los preparativos para la guerra. Asustado de su propia audacia, el gobierno cartaginés se batió en retirada: Asdrúbal fué condenado a muerte (pero logró escapar y pudo formar en territorio cartaginés un ejército propio) y se envió a Roma una embajada que justificaba lo sucedido arrojando toda la culpa sobre Asdrúbal y los demás jefes del partido militar. El senado no consideró suficientes las explicaciones de los cartagineses. Cartago envió una segunda embajada con plenos poderes, pero ya la guerra había sido declarada y un ejército consular se había embarcado (149).

El gobierno cartaginés, para salvar la ciudad, decidió rendirse sin condiciones. El senado declaró que garantizaría a los cartagineses el mantenimiento de la libertad, de la tierra, de la propiedad y de la organización estatal, contra entrega de 300 rehenes, a elegirse entre los hijos de las familias dirigentes,



y a condición de que se cumplieran las decisiones ulteriores de los cónsules. Los rehenes fueron entregados de inmediato.

Cuando los cónsules desembarcaron en Utica, que ya se había rendido, pidieron a los cartagineses que entregaran todas las armas y provisiones militares. También esta disposición fué obedecida. Luego siguió la orden fatal: Cartago debía ser destruída. Sus habitantes tenían derecho a elegir una nueva residencia donde quisieran, pero no a una distancia menor de 80 estadios (alrededor de 15 km.) del mar.

Cuando en Cartago se conoció esta inhumana disposición, la población se libró a una furia desesperada. La multitud eneguecida masacró a todos los itálicos que encontró en la ciudad, a los funcionarios que habían aconsejado entregar los rehenes y las armas y a los embajadores cuya culpa consistía en haber traído el tremendo ultimátum.

La ciudad estaba desarmada, pero la posición y el poderoso sistema de fortificaciones le daban la posibilidad de sostener un sitio bien prolongado. Sólo hacía falta ganar tiempo. Se envió a los cónsules romanos una embajada que pidió un mes de armisticio con el pretexto de enviar embajadores a Roma. Aunque oficialmente se rechazó este armisticio, los cónsules, seguros de que la ciudad no podría defenderse, aplazaron el asalto por algún tiempo.

Esta dilación fué preciosa para los cartagineses. Asdrúbal, que con su ejército ocupaba casi todo el territorio cartaginés, fué amnistiado y se le rogó que ayudara a la ciudad natal en ese momento de peligro mortal. Para completar la milicia ciudadana se liberó a los esclavos. Noche y día toda la población forjaba armas, construía máquinas bélicas y reforzaba los muros. Las mujeres donaban sus cabellos para preparar las cuerdas de las máquinas. Se hicieron llegar provisiones a la ciudad.

Todo esto se hizo casi bajo los ojos de los romanos, que no sospecharon de nada. Cuando por fin los cónsules romanos aparecieron con el ejército ante los muros de la ciudad, vieron con espanto que Cartago estaba preparada para la defensa.

Los primeros dos años de sitio pasaron sin triunfos para los romanos. Tomar la ciudad por asalto parecía imposible: había en ella muchas provisiones y el ejército campal cartaginés impedía su aislación completa. Los romanos ni siquiera lograban paralizar la actividad de la flota cartaginesa. El

prolongado e infructuoso sitio no traía otras consecuencias que el relajamiento de la disciplina en el ejército romano. Masinisa casi no daba ayuda: él mismo tenía la intención de apoderarse de Cartago y la permanencia de los romanos en África no era de su agrado. A fines del 149, Masinisa murió y surgió la complicada cuestión de su sucesión.

Entre los altos oficiales romanos había uno solo verdaderamente capaz: el tribuno militar Publio Cornelio Escipión Emiliano, hijo del vencedor de Pidna e hijo adoptivo de Escipión el Africano. Ya en España se había distinguido por primera vez. Frente a Cartago había adquirido la reputación de un oficial muy capaz; más de una vez, con su presencia de ánimo y su coraje, había solucionado situaciones difíciles del propio comando en momentos del sitio. El hecho siguiente demuestra la estima de que gozaba: Masinisa, de 90 años, ya moribundo, le pidió que fuera a Numidia para dividir el poder entre sus tres hijos. Escipión logró llevar a cabo esta difícil tarea diplomática; pero no sólo eso, obtuvo también que se enviaran tropas auxiliares númeradas en ayuda de los romanos.

En el 148 en Roma resultó claro que había que terminar lo antes posible y a cualquier precio, con el sitio cuya prolongación se hacía ya vergonzosa. De ahí que se decidiera repetir aquella experiencia que tan provechosa había sido con Escipión el Africano. En el 147, Escipión Emiliano fué elegido cónsul, aunque por su edad y su estado no estaba maduro para ese cargo (tenía cerca de 35 años) y por un decreto especial se le encargó la dirección de la guerra en África.

Una vez llegado a Cartago con refuerzos, Escipión, antes que nada, depuró el ejército de mercaderes, prostitutas y otras gentuzas semejantes. Después de haber restaurado la disciplina y el orden, tomó por asalto los suburbios de Cartago y luego, con sistemáticos trabajos de asedio, logró rodear completamente la ciudad por mar y por tierra. El ejército de campo cartaginés fué totalmente destruido. En el invierno 147-146 se había cortado todo vínculo entre los sitiados y el mundo exterior. El hambre hizo su aparición en la ciudad.

En la primavera del 146, el hambre y las enfermedades habían causado tales estragos en Cartago que Escipión pudo dar comienzo al ataque general. Por un sector de los muros, ya casi no definido por la guarnición debilitada de hambre, los roma-

nos lograron entrar en el puerto. Luego se apoderaron del mercado adyacente y comenzaron a avanzar lentamente hacia Byrsa, la ciudadela fortificada de Cartago, situada en la cima de una escarpada roca. Durante seis días y seis noches se combatió en las angostas calles de la ciudad. Los cartagineses se defendían con un valor desesperado, haciendo de cada casa una fortaleza, mientras los romanos se veían obligados a abatir los muros, a abrirse camino a través de ruinas o a pasar por los techos. Nadie se libraba de los feroces combates. Por fin los romanos se situaron frente a Byrsa. Allí se habían refugiado los restos de la población, alrededor de 50.000 personas, que rogaron clemencia a Escipión. Éste prometió dejarlos con vida. Sólo 900 personas, en su mayoría desertores romanos, no quisieron rendirse: incendiaron el templo de la ciudadela y murieron todos quemados. Los prisioneros fueron reducidos a esclavitud y la ciudad fué librada al saqueo.

Una comisión enviada por el senado debía decidir junto con Escipión sobre la suerte definitiva de Cartago. La mayor parte de la ciudad estaba aún en pie. Según parece, el mismo Escipión y algunos senadores eran partidarios de su conservación, pero la mayor parte del senado fué de la opinión de Catón (quien, por otra parte, muerto en el 149, no vivió lo suficiente como para ver realizados sus sueños) y Escipión ordenó reducir la ciudad al nivel del suelo y, luego de haber maldecido eternamente el lugar en que se alzaba, hizo trazar sobre él surcos con el arado...

La misma suerte corrieron aquellas ciudades africanas que habían apoyado a Cartago hasta el fin. Las otras, como Utica por ejemplo, que se habían rendido desde el principio de la guerra, recibieron la libertad y conservaron las propias tierras. Las posesiones de Cartago constituyeron la nueva provincia de África. Los herederos de Masinisa no sólo conservaron sus propias tierras, sino que obtuvieron también una parte del territorio cartaginés.

Así perecieron, en el terrible año 146, dos florecientes centros de la civilización antigua: Corinto y Cartago.

*Las guerras de España.* — No por casualidad coincidieron los sucesos de Macedonia, de Grecia y de África. Se trataba de una crisis política general que abrazaba una parte considerable del mar Mediterráneo. Es probable que entre los personajes polí-

ticos de Macedonia, de la liga aquea y de Cartago hubiera algunas vinculaciones directas. Pero en todos los casos el movimiento tuvo un origen instintivo, como si fuese la última tentativa desesperada de defender la propia independencia frente a Roma<sup>63</sup>.

También los españoles hicieron una tentativa de librarse del dominio romano. Después de la segunda guerra púnica, los romanos mantenían su dominio en las regiones orientales y meridionales de la península. Las zonas restantes eran casi completamente independientes. A comienzos del siglo II las posesiones romanas se organizaron definitivamente en dos provincias: *Hispania citerior* e *Hispania ulterior*. En la primera estaban comprendidas las regiones bañadas por los cursos medio e inferior del Ebro y una estrecha faja costera que se extendía hasta Nueva Cartago inclusive. La *Hispania ulterior* comprendía el territorio al sur de Sierra Morena. Las dos provincias eran gobernadas por dos pretores con amplios poderes, nombrados normalmente por dos años.

Si la población de las ciudades de ambas provincias soportaba bastante pacientemente el dominio romano (entre estas ciudades había varias ligadas a Roma por vínculos de alianza como, por ejemplo, Tarragona, Sagunto, Cádiz y otras), las tribus guerreras del territorio restante, por el contrario, causaban grandes molestias a los romanos. No sólo se oponían a cualquier tentativa de sumisión, sino que frecuentemente agredían el territorio de las provincias llamando a la rebelión también a las poblaciones pacíficas. Esto obligaba a mantener en España un gran ejército permanente y a acudir a medidas de guerra extraordinarias.

Así por ejemplo, en el 195 fué necesario enviar al lugar al propio cónsul Marco Porcio Catón para la represión de una gran revuelta, que logró dominar tomando enérgicas medidas. Entre otras cosas, en esa ocasión Catón inició la elaboración por parte de los romanos de los ricos minerales de plata de las cercanías de Nueva Cartago. Hacia el 170 la España citerior fué gobernada por Tiberio Sempronio Graco, que se hizo famoso no sólo por las severas medidas militares, sino también por su

---

<sup>63</sup> Cartago misma, al declarar la guerra a Masinisa, de hecho se había colocado contra Roma, aún cuando luego actuara con extrema indecisión.

inteligente política: en efecto, él logró atraer a la nobleza celtíbera al servicio en el ejército romano; organizó nuevas comunidades ciudadanas, etc.; todo lo cual lo hizo muy popular entre las tribus españolas.

Después del gobierno de Graco y durante más de veinte años, reinó en la península una relativa calma. Pero en el 154 estalló una nueva rebelión, que se originó en el país de los lusitanos (parte de Portugal) y se difundió entre los celtíberos de España central y otras tribus.

El movimiento tomó proporciones tan peligrosas que el senado envió a España a uno de los cónsules del 153, Quinto Fulvio Nobilior. Con el fin de posibilitarle una rápida partida hacia su destino, el día de asunción del cargo, que estaba fijado en el 15 de marzo, fué anticipado al 1º de enero. De este modo se estableció el nuevo principio de año, que se ha conservado hasta nuestros días.

La incompetencia, la crueldad y la perfidia de los comandantes romanos hicieron que la revuelta adquiriera un carácter muy violento y peligroso. Después del 150, los lusitanos habían empezado a tener un jefe de talento, hombre de humilde origen: Viriato.

En el libro 52º de Livio se lee lo siguiente: "En España, Viriato, transformado de pastor en cazador, de cazador en bandido, se hizo jefe de una verdadera guerra y ocupó toda la Lusitania".

Los romanos fueron derrotados varias veces: durante ocho años Viriato luchó con éxito contra Roma. La rebelión se desarrolló en tal modo que desde el 145 había que enviar cada año los cónsules a España. Sólo gracias a una traición fué posible librarse del peligroso enemigo. En el 139, mientras se realizaban tratativas de paz, los romanos, con promesas de amnistía y de recompensas en dinero, lograron corromper a algunas personas cercanas a Viriato y éstas lo mataron, de noche, mientras dormía en su tienda. Después de la muerte de Viriato, fué sometida la Lusitania.

El otro foco de rebelión era la España septentrional. El cónsul Cecilio Metelo, vencedor del pseudo-Filipo, había logrado dominarla casi por completo en el 142. Sólo algunas ciudades celtíberas, entre ellas Numancia (al suroeste del curso medio del Ebro), continuaban resistiendo. La obcecación del senado, que exigía el rendimiento sin condiciones, y la perfidia del

comando romano, que muchas veces había violado las condiciones de paz, habían provocado una espantosa irritación entre los numantinos. En el 137, un gran ejército romano, al mando del cónsul Cayo Hostilio Mancino, rodeado en los alrededores de la ciudad, fué obligado a rendirse. En esta unidad servía en calidad de cuestor el mayor de los Gracos, Tiberio, cuyo nombre, gracias a la popularidad del padre, gozaba de gran respeto entre las tribus de España septentrional. Tiberio fué, pues, el principal intermediario para la definición de las condiciones de la capitulación: los romanos recibirían el derecho de retirarse libremente si Roma concluía una alianza con Numancia. El senado se negó a aceptar el tratado y entregó a Mancino. El ex cónsul, con sólo la camisa y con las manos atadas detrás de la espalda, estuvo un día entero ante las puertas de Numancia, porque sus habitantes no querían aceptarlo para no reconocer la ruptura del tratado.

La guerra continuaba. Los romanos pasaban de un fracaso a otro porque los comandantes eran incapaces y los soldados absolutamente indisciplinados. Por fin el senado decidió enviar a España al héroe de Cartago: éste expulsó del ejército a 2.000 prostitutas; reanudó el adiestramiento de los soldados en la guerra y en los trabajos de campamento. Cuando la disciplina alcanzó un grado más elevado, rodeó a Numancia con una doble línea de fortificaciones. Bien pronto el hambre obligó a los sitiados a rendirse pidiendo clemencia al vencedor (otoño 133). Los restos de la población fueron reducidos a esclavitud y la ciudad destruída. Numancia cayó en el mismo año que en Roma Tiberio Graco proponía su ley agraria y moría en la lucha por su realización.

Después de los acontecimientos del 154-133, ligados a la crisis general de mediados del siglo II, reinó en España la calma por un largo tiempo.

Hagamos ahora el balance. En 130 años, los romanos se hicieron amos del Mediterráneo, echando las bases de su poderío mundial. Los Estados y los pueblos que habían permanecido independientes cayeron en los años inmediatamente posteriores (el reino de Pérgamo fué anexado en el 130) o bien no tuvieron importancia sustancial en la evolución posterior de la vida política (Egipto, Siria, Numidia). Estas vastas

conquistas, preparadas por toda la historia anterior de la cuenca mediterránea, fueron cumplidas por la federación de las comunidades itálicas, dirigida por Roma. Durante las conquistas, Italia, que a comienzos del siglo III aún era un país relativamente atrasado, experimentó grandes cambios en la vida económica, social y cultural. Estos cambios fueron el punto de partida de la nueva etapa de la historia romana.

## CAPÍTULO XVII

### PROGRESOS CULTURALES DE ROMA EN LA ÉPOCA DE LAS GRANDES CONQUISTAS

*La influencia griega.*— Ya hemos visto, en lo referente al periodo más antiguo, la influencia de la cultura griega sobre algunos aspectos de la vida romana (Cap. XII), pero sólo a partir de la época de la guerra con Pirro y más aún de la de las guerras púnicas, esta influencia se hizo decisiva. Empezó a infiltrarse en Roma por los más diversos caminos. Los romanos entraron en relaciones militares, diplomáticas y económicas con los griegos; tuvieron oportunidad de observar con sus propios ojos el alto nivel de vida de los griegos de la Italia meridional, de Sicilia y de la misma Grecia, tan distante de la rústica simplicidad de la vida romana. A Italia se llevaron tesoros de arte griego en gran cantidad después de los saqueos de Siracusa, Corinto y otras ciudades. En el 67 Emilio Páblo había transportado a Roma la maravillosa biblioteca del rey Perseo. En la sociedad romana empezaron a aparecer muchos griegos en calidad de esclavos, rehenes o representantes diplomáticos. Los actores y los traductores de obras griegas hicieron conocer a los romanos el verdadero teatro; los maestros, los doctores, los músicos y otros representantes de las "profesiones libres" eran, casi sin excepción, griegos. Las personas dotadas de gran cultura, como Polibio, ejercieron una enorme influencia sobre la nobleza romana. Naturalmente no todos los rehenes griegos y macedonios eran personas instruídas, pero en Italia había muchas de ellas y su influencia general fué muy considerable.

Así, desde comienzos del siglo III tuvo desarrollo el proceso de helenización de las costumbres y de la cultura romana, que



apareció bien definido en el siglo II. El conocimiento de la lengua griega era, según parece, algo bastante difundido entre la nobleza ya a comienzos del siglo III. En el 282, el embajador de Pirro, Cineas, hablaba al senado sin traductor. Los antiguos analistas Fabio Pictor y Cincio Alimento habían escrito sus obras en lengua griega. El mismo Catón, que despreciaba profundamente a sus contemporáneos griegos, había estudiado a Tucídides y Demóstenes. El grupo de los Escipiones (el propio Escipión el Africano, su hermano, Lelio el viejo, Flaminio, Fulvio Nobilior, Emilio Pablo, Escipión Emiliano, su amigo Lelio el joven y muchos otros) admiraba con pasión la cultura griega. La política helenófila del senado romano en la primera mitad del siglo II puede explicarse, hasta un cierto punto, por las simpatías grequizantes de su núcleo dirigente. La helenofilia de la nobleza romana se convertía con frecuencia en una ridícula grecomanía. Cuando por la victoria sobre Antíoco se decidió levantar una estatua en el Capitolio en honor de Lucio Cornelio Escipión, éste deseó ser representado en ropas griegas. Aulo Postumio Albino, miembro de la comisión de los 10 que fué encargada de reorganizar Grecia en provincia, escribió una historia romana en lengua griega.

Las influencias griegas no se limitaron sólo al restringido círculo de la nobleza, fueron aún mucho más allá. En los siglos III y II, los cultos griegos y orientales se infiltraron en todas las poblaciones de Italia. En el 212, mientras la guerra con Aníbal estaba en pleno desarrollo, por disposición del senado se introdujeron en Roma los juegos en honor de Apolo (*ludi Apollinares*), para que el dios alejase nuevas desventuras. Siete años después, fué traído del Asia Menor el fetiche de Cibeles, "la gran madre de los dioses", bajo la forma de una simple piedra; se construyó en el Palatino un templo a la diosa frigia y se instituyeron los juegos en su honor (*ludi Megalenses*). Éste fué el primer caso de reconocimiento oficial de cultos orientales.

Las creencias extranjeras se afirmaban con tal rapidez que el senado recurrió a severas medidas contra aquéllos que infringían las normas de las buenas costumbres con demasiada evidencia. Como hemos visto en el capítulo XIII, en el 186 se dió un decreto enjuiciando a alrededor de 7.000 personas, muchas de las cuales fueron condenadas a muerte. Después de cierto

tiempo, otras 3.000 personas fueron condenadas, culpables de haber participado en bacanales.

*Poesía y teatro. Livio Andrónico.* — Bajo el poderoso acicate de la influencia cultural helénica tuvo lugar la rápida diferenciación de los géneros literarios de aquella masa confusa de la que hemos hablado en el capítulo XII. En consecuencia, muchos gérmenes de la creación popular perecieron sin dejar huellas, absorbidos por los modelos extranjeros, más fuertes.

Livio Andrónico ha sido considerado el primer poeta romano (284-204). Era un griego de Tarento que cayó prisionero de los romanos y fué reducido a esclavitud. Su amo, Marco Livio, lo había liberado dándole el nombre de la estirpe de los Livios. La principal ocupación de Andrónico era la de enseñar griego y latín a los hijos de Marco Livio y a los de otros ricos personajes. A más de esto, Andrónico era también actor y escritor. En su actividad pedagógica tropezó con una grave dificultad: la falta de libros en base a los cuales poder enseñar la lengua latina, si se exceptúa el texto de las "leyes de las XII tablas", por otra parte ya anticuado. Este hecho obligó a Andrónico a traducir *La Odisea*. La traducción fué hecha en versos saturninos nada felices y no se distinguía por méritos literarios; a pesar de esto, todavía en la época de Augusto era el texto principal de las escuelas. Es significativo el hecho de que en ella encontramos los nombres griegos de las divinidades en forma romana: *Zeus* es llamado Júpiter, *Hermes* Mercurio, *Cronos* Saturno, etc., hecho demostrativo de que en el siglo III las divinidades itálicas ya habían sido equiparadas a las representaciones mitológicas griegas.

En el 240 se produjo en Roma un hecho importante: los ediles habían decidido organizar una verdadera representación teatral en ocasión de los *ludi romani*. Andrónico fué designado para preparar una tragedia y una comedia. De este modo nació en tierra romana el teatro griego. Entre los trágicos, Andrónico tradujo y parafraseó principalmente a Eurípides y entre los cómicos, a los representantes de la nueva comedia ática (Menandro, etc.). Sus producciones dramáticas fueron malas: sin embargo, tuvo el mérito de haber hecho conocer por primera vez a los romanos el teatro griego y haber adaptado su métrica al latín.

Andrónico también se hizo notar como poeta lírico. En el 207 el Estado le encargó componer un himno en honor de Juno, que era cantado por un coro de niñas en las procesiones religiosas. Este himno era tan horrible que Livio no consideró oportuno transcribirlo en sus obras.

La actividad de Andrónico elevó considerablemente a los ojos de los romanos la importancia de la profesión de escritor y de actor. Estas categorías tuvieron un reconocimiento oficial con la autorización que se les concedió para formar una sociedad (colegio). Incluso se les destinó un edificio particular para las plegarias en el Templo de Minerva, sobre el Aventino. Sin embargo los escritores y los actores profesionales fueron considerados por mucho tiempo al nivel de los saltimbanquis y despreciados por la "gente de bien".

*Nevio.* — A partir de las bases que echó Andrónico, empezó a desarrollarse una literatura romana original. Uno de sus representantes más ilustres fué Gneo Nevio (alrededor del 270-200). De su vida y de su actividad como historiador ya hemos hablado en el capítulo I. Ahora sólo recordaremos su producción dramática. Al igual que Andrónico, se preocupó por la adaptación de las tragedias y comedias griegas, pero no limitó a esto solo su actividad y fué el creador del drama histórico romano, el llamado *praetexta*<sup>64</sup>. Conocemos los títulos de sus dos dramas históricos: *Rómulo* y *Clastidio*. En el campo de la comedia, Nevio no se limitó solamente a copiar en modo servil los modelos griegos: por primera vez empezó a usar el procedimiento de unir dos comedias griegas en una romana (esto se llamó contaminación). Sus comedias, aún bajo una forma griega, mantienen muchos rasgos puramente romanos; encontramos en ellas algunas alusiones maliciosas y la expresión de las ideas democráticas del autor. Por los fragmentos que han quedado se puede ver que la lengua usada por Nevio era clara y sencilla.

*Ennio.* — La actividad de Quinto Ennio fué muy variada. Ya hemos dicho que nació en Italia meridional, en Calabria, donde

<sup>64</sup> *Toga praetexta* era la toga adornada por una estria purpúrea que usaban los altos magistrados. De ella deriva la denominación *fabula praetexta* o simplemente *praetexta* aplicada a los dramas que trataban la historia romana.

la influencia griega era muy poderosa. Esto se reflejó naturalmente en sus creaciones, que acusan mucho más que las de Nevio los motivos helénicos. Sus vinculaciones con el grupo de los Escipiones —con el mismo Publio Cornelio, con Tito Flaminio, con Fulvio Nobilior— hicieron aún mucho más sensibles estas influencias. En el primer capítulo hemos recordado la importante reforma de la métrica romana promovida por Ennio, con la introducción del hexámetro griego. Si bien es cierto que esta reforma destruyó la métrica popular, en compensación abrió vastos horizontes a la poesía romana.

Al igual que sus predecesores, Ennio trabajó en la adaptación de las comedias griegas y escribió tragedias que imitaban principalmente a Eurípides. Sus tragedias fueron muy apreciadas por la clase culta romana, que admiraba su estilo pintoresco y su *pathos* dramático. Siguiendo el ejemplo de Nevio, Ennio escribió también *praetextae* (*Las Sabinas* y *Ambracia*)<sup>65</sup>. Pero este género nacional desgraciadamente no cuajó en Roma: pronto fué vencido por el arte teatral helénico, con su forma artística moderna y sus temas poéticos<sup>66</sup>.

La obra de Ennio no se limitó al teatro. Cultivó con gran dedicación las sátiras (también Nevio las había escrito). El antiguo tipo de sátira popular, del que hemos hablado en el capítulo XII, no tuvo evolución ulterior en la literatura porque fué desplazado por el drama griego. Con el nombre de *satura*<sup>67</sup> se indicaba ahora un nuevo género, consistente en trabajos poéticos de variado carácter: fábulas, leyendas, epigramas, parodias, composiciones filosóficas, etc. Entre las sátiras de Ennio encontramos producciones como *Disputa entre la vida y la muerte*, epigramas en honor de Escipión, los pequeños poemas filosóficos *Epicarmo* y *Evemero* y hasta una pieza poética de carácter gastronómico.

<sup>65</sup> Ennio fué testigo ocular del sitio de Ambracia, pues formaba parte del séquito de M. Fulvio Nobilior en calidad de, por así decir, poeta áulico.

<sup>66</sup> También Marco Pacuvio, conciudadano de Ennio y gran trágico de la época de las guerras civiles, y Lucio Accio (ver aparte) escribieron *praetextae*. Pero fueron más que nada adaptadores de tragedias griegas.

<sup>67</sup> *Satura* (literalmente plato lleno de frutas distintas), en sentido figurado = mezcla.

En las composiciones filosóficas de Ennio puede encontrarse el embrión de la filosofía romana. Naturalmente ésta era todavía poco independiente de los otros géneros literarios. Ennio predicaba la doctrina materialista de la naturaleza, atribuida al siciliano Epicarmo (comienzos del siglo v) y el punto de vista epicúreo según el cual los dioses no se inmiscuyen en los negocios humanos. En el *Evemero*, Ennio exponía el sistema racionalista del escritor siciliano Evemero (alrededor del año 300), según el cual los dioses son sólo personajes eminentes que han sido divinizados. Ennio fué, pues, en lo fundamental, el primer representante de la incredulidad y del racionalismo filosófico en la literatura romana. En sus dramas también se encuentran algunos ataques a la religión vinculados a veces con alusiones políticas radicales.

De la obra de Ennio como historiador ya hemos hablado en el capítulo I.

*Plauto.*— Con Plauto la comedia romana se separó definitivamente de los demás géneros literarios. Tito Maccio Plauto (aproximadamente 254-184), natural de Umbria, de profesión actor, fue un escritor extraordinariamente fecundo, pero sólo produjo para la escena. La tradición le atribuye 130 obras, muchas de las cuales naturalmente no son suyas. De toda su producción sólo han llegado hasta nosotros 20 comedias completas: *El guerrero jactancioso*, *Los gemelos*, *La aulularia*, *Los prisioneros*, *Anfitrión*, *El rústico*, *El púnico*, etc.

El método de Plauto no se diferencia fundamentalmente del de sus predecesores: también él se ocupó de la adaptación de la nueva comedia ática. Pero mientras los primeros se atenían estrictamente a los modelos griegos, Plauto adaptaba con una gran independencia el material extranjero a las condiciones de vida romanas. De allí deriva la conocida simplificación de los tipos habituales en la comedia griega: el ladrón hábil, la cortesana brillante, el parásito tramoyero, el cocinero locuaz, etc. Las instituciones griegas eran transformadas en instituciones romanas, lo que constituía una nueva fuente de situaciones cómicas. Plauto enriqueció considerablemente la métrica de la comedia ática introduciendo nuevos versos.

El idioma usado por Plauto es muy rico. Está formado en lo sustancial por el habla familiar de la clase culta, pero con frecuentes elementos de la conversación popular, con sus rús-

ticas argucias, su lenguaje figurado, sus insultos, etc. Plauto conocía a la perfección el escenario y todos los secretos para obtener efectos dramáticos, dada su profesión de actor. El inagotable humorismo, el sabroso idioma, la gran inventiva, hicieron de Plauto uno de los más grandes escritores teatrales de la antigüedad, que ejerció una gran influencia sobre la evolución de la comedia en la edad moderna.

*Terencio.* — Todo lo dicho se puede aplicar con mucha mayor razón a Terencio. Publio Terencio Afro (aproximadamente 195-159) nació en África. De muchacho fué llevado a Roma en calidad de esclavo y recibió una educación griega. Luego fué liberado por su amo.

De Terencio sólo nos han quedado seis obras: *Andria*, *El eunuco*, *La suegra*, *Los hermanos*, *Formión* y *El verdugo de sí mismo*. El principal procedimiento de creación de Terencio no se diferenciaba del de sus antecesores y particularmente del de Plauto: adaptación de la comedia griega con aplicación de la contaminación. Su modelo fué casi exclusivamente Menandro. Sin embargo, desde el punto de vista de la composición, del idioma y de las características psicológicas de los personajes, Terencio hizo grandes pasos hacia adelante. El público romano de su época había perfeccionado su gusto artístico: la chabacanería de Plauto ya comenzaba a disgustarlo. Por otra parte, la difusión de la moda griega distanciaba a la parte culta de la sociedad romana de los elementos populares contenidos en las obras de Plauto. Desde este punto de vista, la evolución de Plauto a Terencio fué una involución.

En Terencio casi no encontramos el color local, los nombres romanos ni tampoco siquiera alusiones a Roma: el ambiente griego de mantiene. El idioma es mucho más elegante y chato; los prólogos pueden ser considerados entre los ejemplos más antiguos del arte oratorio romano. No es casual que en épocas muy posteriores los oradores romanos estudiaran cuidadosamente la producción de Terencio.

Los caracteres de sus personajes están más cincelados, son más complicados y profundos. A menudo los describe en sus fases de desarrollo mostrando todos sus matices psicológicos. Su moral no está muy por encima de las reglas comunes de la decencia y la conveniencia, pero en relación con la absoluta

amoralidad de Plauto significa de todos modos un paso adelante.

La influencia de Terencio sobre el desarrollo del teatro europeo de la edad moderna fué mucho más considerable aún que la de Plauto.

*La prosa. Catón.* — En los capítulos anteriores (I y XII) hemos visto cómo, hacia fines del siglo III, se elaboró la prosa literaria romana sobre el conjunto de material escrito en el período más antiguo. Hemos señalado la importancia que tuvo en este proceso la época de las grandes conquistas, que amplió el horizonte de los romanos, poniéndolos en contacto con la cultura griega y despertando en ellos el sentimiento de la conciencia nacional. Apio Claudio, y en especial Catón, fueron los fundadores de la prosa literaria latina. De Catón como primer historiador romano ya hemos hablado en el capítulo I. Detengámonos ahora en los otros aspectos de su trabajo como escritor.

Durante su larga carrera política, Catón pronunció una innumerable cantidad de discursos. Antes de terminar sus días, él mismo recopiló los más importantes, reelaborándolos en forma literaria y publicándolos. Esta recopilación contenía no menos de 150 discursos. Hasta nosotros han llegado algunos fragmentos, en su mayor parte pequeños, de unos 80. Sin embargo, nos dan la posibilidad de formarnos una idea de Catón como orador y escritor. A pesar de un cierto arcaísmo en el idioma se nota ya un elemento artístico: expresividad, agudeza e imaginación caracterizan su discurso. Suele recurrir a ejemplos tomados de la realidad, a comparaciones apropiadas, a proverbios, a dichos populares. A veces alcanza un verdadero *pathos*.

Catón fué un padre de familia ejemplar del viejo cuño romano. Él mismo se ocupó de la educación de su hijo Marco y escribió con ese fin algunos manuales referentes a un cúmulo de materias diversas, cuyo conocimiento era necesario para el joven romano. Se trataba probablemente de elementos de agricultura, medicina, elocuencia, arte militar y jurisprudencia. Por algunos fragmentos que se han conservado puede notarse la forma dogmática en que estaban redactados estos manuales, sin demostraciones ni explicaciones.

A más de los manuales de instrucción destinados al uso doméstico, Catón escribió también algunas obras para un círculo mayor de lectores. Se trata de un trabajo especial sobre el arte militar y principalmente de la famosa obra *De la agricultura*, que es la única de Catón que se ha conservado, junto con las más antiguas prosas romanas que nos han llegado. El contenido de este trabajo es mucho más vasto de lo que su título deja adivinar, porque su autor no se limita a hablar de la economía agrícola, sino que trata también de la vida doméstica, incluyendo normas para la preparación de los alimentos, recetas medicinales, etc. El material no está muy bien reparado, lo que en parte se explica por los agregados y variantes introducidos a la popular obra en épocas posteriores, en parte por el carácter mismo del libro, que era un manual de consejos y de normas de economía, antes que una verdadera exposición sistemática de nociones agronómicas. A pesar de este defecto, la obra de Catón tiene un gran valor histórico, porque condensa no sólo la profunda experiencia del propio autor, avezado administrador, sino también la práctica secular de la agricultura de Italia central.

*Artes figurativas.*— En la escultura y en la pintura continuaron fortaleciéndole las influencias helénicas, que habían empezado a hacerse sentir desde la época anterior. El carácter imitativo de estas artes nos dispensa de la necesidad de hablar de ellas en un modo particular. El enorme número de producciones importadas de Grecia sólo promovió una manía coleccionista e impidió el desarrollo de una creación romana original.

En lo referente a la arquitectura, a más de la evolución de las habitaciones privadas hacia una forma más compleja, evolución de la que ya hemos hablado, se nota la construcción de grandes obras públicas. En primer lugar, las llamadas "basílicas", edificios destinados a los asuntos judiciales y comerciales. Las basílicas eran edificios cerrados divididos en distintos sectores por columnas. Fueron imitados de construcciones análogas de tipo helénico. La primera fué la construída por Catón en el 184, en el Foro, al lado del edificio del senado (Basílica Porcia). Sobre el Tíber, al pie del Aventino, se construyó en el 183 un puerto fluvial, al que se dió la denominación griega de "Emporio". Antes del 170 aparecieron los mercados en pie-



dra que sustituyeron a los antiguos con sus pequeños puestos de venta en madera. En la ciudad se construyeron columnatas y arcos embellecidos por estatuas doradas de tipo griego: las principales arterias se pavimentaron con lava, las fuentes se revistieron de piedra. Se continuó la construcción de los templos, en los cuales el estilo helénico desplazaba al antiguo estilo etrusco.

*Vida y costumbres.*—Estos cambios que ya en el siglo iv se notaban en el modo de vida de los sectores ricos (vol. I, pág. 226) se convirtieron, bajo la influencia griega, en una verdadera revolución de las costumbres. La antigua casa romana de los siglos iii y ii se trasformó definitivamente en una gran construcción articulada, a veces desdoblada, según el modelo griego (vol. I, pág. 225) y amueblada con un refinamiento hasta ese momento desconocido. En las casas de los ricos aparecieron objetos de arte griego importados de Sicilia y de la península balcánica, como ser libros, vajilla de plata, muebles con incrustaciones de bronce, tapices, etc. Cambiaron las características de la cocina: aumentó el número de platos, que además se preparaban con más gusto y fineza. El cocinero de profesión sustituyó en la cocina a la dueña de casa que antes preparaba ella misma, con ayuda de las esclavas, las comidas para la familia. El arte culinario se diferenció: se excluyeron de él la elaboración del pan, la preparación de los dulces, etc. En el 171 aparecieron los panaderos. Los vinos griegos y los peces del Ponto fueron consumidos en gran cantidad por la mesa romana. Ennio, imitando a un poeta griego, escribió un poema gastronómico. En los fragmentos que nos han quedado, se habla de los lugares de donde se importaban las mejores calidades de peces. Las orgías con inmoderado consumo de vino puro<sup>68</sup>, acompañadas por juegos y danzas de artistas y bailarinas griegas, se convirtieron en un hecho común.

No sólo cambió el modo de vida familiar, sino también el social. Aumentó el número y la duración de las fiestas y de las diversiones populares. A las antiguas competiciones de carreras y a la carrera de carros se agregaron, en los juegos, los atletas griegos. Los espectáculos teatrales de tipo helénico, de

---

<sup>68</sup> Antiguamente, griegos y romanos bebían el vino mezclado con mucha agua.

los que ya hemos hablado, fueron una gran novedad: sin embargo, a pesar de su amor por el teatro, los romanos preferían diversiones más rudas: a veces no era posible terminar un espectáculo porque los espectadores salían en masa del teatro para asistir a un pugilato o a un combate de fieras. En el 167 los mejores músicos griegos dejaron absolutamente frío al público; sólo cuando los ediles romanos les ordenaron dejar de tocar e iniciar una lucha a puñetazos, el entusiasmo de los espectadores se despertó.

Fué por esta época que empezaron a practicarse aquellos espectáculos sanguinarios que luego se convirtieron en una de las causas de la decadencia moral y política de la sociedad romana: los juegos de gladiadores y el combate con fieras. Los juegos de gladiadores, supervivencia de los sacrificios humanos en honor de los muertos, probablemente fueron introducidos en Roma por influencia etrusca o campana. En el 264, los hermanos Brutos organizaron por primera vez, en el funeral de su padre, un combate entre tres parejas de gladiadores. En el 216 existían ya 22 parejas; en el 200, 25; en el 183, 60. Luego el número de los gladiadores continuó en aumento. El combate con fieras se desarrolló paralelamente a los juegos de gladiadores y en parte vinculado a ellos. El primer gran espectáculo de ese tipo se dió en 186, cuando se importaron bestias africanas.

La parte mejor de la ciudadanía trató de oponerse a estos espectáculos sanguinarios que influían sobre los espectadores en un sentido extremadamente depravante, pero ninguna medida resultó suficiente y, a pesar de las prohibiciones gubernativas, los juegos de gladiadores y los combates con fieras no cesaron.

Contemporáneamente al cambio de modo de vida, se verificaron profundas mutaciones en las costumbres y en la psicología social. Esto se hizo particularmente evidente en la vida familiar. La base de la familia patriarcal fué conmovida por estos cambios; la más clara expresión de este hecho fué la emancipación de la mujer. Las matronas romanas trataron de conquistar el derecho a disponer libremente de sus bienes: como la ley no les daba ningún asidero para ello, empezaron a recurrir a distintos subterfugios (matrimonios ficticios, etc.) para sustraerse a la tutela de los parientes. En consecuencia,

en manos de las mujeres se concentraron tantos bienes que en el 169 el gobierno prohibió nombrar herederas por testamento a las mujeres.

Esta emancipación femenina se cumplía paralelamente al debilitamiento de la autoridad del *pater familias*, a la disminución del número de matrimonios, al aumento de los divorcios y a la decadencia general de las antiguas bases morales.

Sin embargo sería un error pensar que toda la sociedad romana estaba ya en esta época atacada por un proceso de decadencia. Primeramente, porque los fenómenos que acabamos de describir se refieren en lo fundamental a la alta sociedad y a la población ciudadana; en segundo lugar, porque también entre la nobleza romana estas novedades encontraban oposición por parte de los elementos conservadores. Las nuevas formas de vida y de costumbres se abrieron camino de una encarnizada lucha con las antiguas y sólo teniendo presente esta lucha es posible comprender el período de transición del siglo II.

Marco Porcio Catón, de quien ya hemos hablado más de una vez en las páginas anteriores, fué precisamente uno de los representantes de aquellos viejos elementos conservadores que lucharon contra las nuevas corrientes. El conservadorismo de Catón se identifica con el hecho de que él fué uno de los mejores administradores ítalos de la primera mitad del siglo II: propietario modelo, esclavista despiadado, hábil hombre de empresa y comerciante, capaz de no excluir ningún medio con tal de procurarse buenas ganancias. "Fué un buen padre de familia, un óptimo marido y un excelente administrador", dice Plutarco en su biografía. Aún cuando apreciaba la actividad estatal, Catón ponía la vida familiar por encima de todo. Acostumbraba decir que "prefería ser un buen marido antes que un famoso senador". Asistía siempre al baño y al cuidado de los niños, a menos que no estuviese ocupado por imprescindibles razones de estado. Exigía que la propia mujer diera su leche a los pequeños. Se ocupó personalmente de la instrucción de su primogénito, aún cuando disponía de un esclavo-maestro, enseñándole lectura, escritura, jurisprudencia,

gimnasia, esgrima, equitación, etc. Transcribió con sus propias manos su producción histórica en grandes caracteres para que el hijo pudiera aprender la historia de su ciudad natal. Se comportaba ante sus hijos de un modo especialmente rígido y correcto.

El sistema de vida de Catón fué extremadamente simple y económico. No permitía ningún gasto en lujos ni siquiera en simples comodidades, no compraba esclavos caros ni ropas ricas; en su casa no había alfombras y las paredes no estaban estucadas. La mesa era moderada, sin pretensiones. Sólo en la oportunidad de recibir a algún huésped permitía una cierta abundancia.

Entre sus esclavos, Catón mantenía una severa disciplina. Ninguno se permitía salir de la casa sin el permiso del amo, quien decidía personalmente cuándo el esclavo debía trabajar o dormir. En las pequeñas faltas, Catón tenía la costumbre de castigar con sus propias manos al culpable; en cambio, en el caso de faltas graves, juzgaba al culpable en presencia de todos los esclavos y, si lo condenaba a muerte, lo hacía matar delante suyo. Si a sus espaldas un esclavo concluía una transacción comercial, Catón, al saberlo, lo hacía ahorcar. Los esclavos enfermos o viejos, en su opinión, debían ser vendidos para no alimentarlos en vano.

Estos severos principios también los aplicó Catón en la política. Ya hemos visto (pág. 124) cómo luchó contra el grupo de los Escipiones. Durante su actividad como censor, en el 184, aterrorizó a la alta sociedad con las despiadadas medidas que adoptó contra el lujo y la disolución de las costumbres. Excluyó del senado a un gran número de personas respetables por acciones que al severo censor le parecían inoportunas<sup>69</sup>. Estableciendo gravámenes enormes sobre los objetos de lujo (vestidos, literas, adornos femeninos, moblaje), trató de devolver a los romanos su antigua sencillez. Ordenó destruir los conduc-

---

<sup>69</sup> Por ejemplo: un famoso senador perdió su candidatura al consulado, según Plutarco, porque había besado a su esposa de día en presencia de la hija.

tos que llevaban agua del acueducto ciudadano a las casas y jardines particulares, demoler las construcciones que ocupaban una parte de la tierra estatal, etc.

Pero naturalmente sería ingenuo pensar que todas estas medidas hubieran podido detener la corriente de las nuevas concepciones, usos y costumbres que se difundían en la sociedad romana. Esto no era tanto el resultado de la influencia griega como la consecuencia de los profundos cambios en las relaciones económicas y sociales que tuvieron lugar en el siglo II y que ahora examinaremos.

## CAPÍTULO XVIII

### LAS CAUSAS DE LAS GUERRAS CIVILES - REVOLUCIÓN ECONÓMICO-SOCIAL DEL SIGLO II

*Fuentes para la historia de las guerras civiles.* — La mayoría de las fuentes literarias de que hemos hablado en los capítulos precedentes sigue teniendo importancia también para la cuarta época de la historia romana.

La fuente principal, que abraza casi todo el período de las guerras civiles (desde los Gracos hasta el 37 a. C.) la constituyen los libros entre el 13º y el 17º de la *Historia romana* de Apiano, que se reúnen bajo la denominación común de *Las guerras civiles*. En esta parte de la obra es donde justamente más se evidencian las cualidades positivas del historiador egipcio, de las que ya hemos hablado en la página 10.

En segundo lugar, hablando cronológicamente, hay que poner las correspondientes biografías de Plutarco que en conjunto proporcionan un cuadro completo de las guerras civiles. Nos referimos a las de Tiberio y Cayo Graco, Mario, Sila, Craso, Lúculo, Sertorio, Cicerón, Pompeyo, César, Catón el joven, Bruto y Antonio. La de Catón el joven es importante para comprender la economía de Italia en vísperas de las guerras civiles. Por lo general, las biografías de Plutarco sobre personajes romanos son peores que las de los griegos. Esto se debe al hecho de que él no conocía tan bien las fuentes romanas y que las condiciones particulares de la vida itálica le eran, como griego, extrañas en un cierto sentido.

De Livio, para el período que nos interesa sólo conservamos fragmentos de los libros del 56º al 133º. Éstos abrazan todo el

periodo de las guerras civiles y, a pesar de su brevedad, proporcionan aquí y allá un precioso material.

Como pequeña compensación de la pérdida de partes de la obra de Livio tenemos un resumen tomado de él (y de otros escritores) por el rector Florio, en el siglo II d. C. titulado *Dos libros extractados de Tito Livio sobre todas las guerras que se produjeron en 700 años*.

Todas las otras fuentes literarias importantes, en su estado actual, sólo aclaran hechos particulares o breves períodos. Entre ellas, por su valor intrínseco, está en primer plano la producción de Cayo Salustio Crispo (86-35). Personaje político influyente, partidario de César y apasionado enemigo del senado, Salustio escribió tres obras históricas, de las cuales no han llegado hasta nosotros más que dos pequeñas "monografías": *La guerra yugurtina* y *La guerra catilinaria*. En lo referente a la tercera obra, *Las Historias*, hay que señalar que su pérdida es verdaderamente irreparable. Estaba compuesta por cinco libros y comprendía el período del 78 al 67. De *Las Historias* no nos quedan sino algunas cartas y discursos y una serie de pequeños fragmentos. Se trataba de la obra más importante de Salustio, tanto por su forma artística como por el valor histórico de su contenido. Baste decir que, a juzgar por los fragmentos, Salustio había descrito detalladamente la historia de la rebelión de Espartaco. Si sus *Historias* hubieran llegado hasta nosotros, constituirían la fuente principal para la historia de la gran rebelión de los esclavos itálicos.

A más de las obras citadas, algunos historiadores modernos reconocen en Salustio al autor de dos mensajes a César y del discurso contra Cicerón, que antes se consideraban pertenecientes a un período posterior. La crítica contemporánea ha demostrado que, en todo caso, si Salustio no ha sido verdaderamente su autor, deben por lo menos atribuirse a su época.

Como historiador, Salustio se distingue por la precisión y la escrupulosidad en la exposición de los hechos. Esto se puede explicar en parte con el hecho de que tuvo una importante función política durante la lucha entre César y Pompeyo y durante la dictadura de César; fué cuestor, tribuno de la plebe, senador y procónsul de la provincia de Nueva Africa (ex Numidia). Encontrándose en el centro de la lucha política y gozando del acceso a los archivos, tuvo la posibilidad de utilizar

ampliamente tanto la observación personal como los documentos oficiales. Pero es muy frecuente que exponga los hechos de un modo extremadamente subjetivo: su posición política de sostenedor de César y enemigo del partido senatorial le impedía hacer apreciaciones objetivas sobre las personas y los acontecimientos. Esta circunstancia aclara la parcial y no siempre verídica descripción de Catilina que él consideraba, unilateralmente, sólo como representante de los disolutos círculos oligárquicos. A más de esto, Salustio era, por sus ideas filosóficas, un estoico (cosa que, por otra parte, no le impidió formarse una enorme fortuna con el robo en África), y esto lo llevaba a dar una impronta moralista a muchos de sus juicios.

En el estilo de Salustio se siente la influencia de Tucídides, a quien apreciaba mucho. Su lenguaje es medido y lacónico. Se encuentran en él no pocos arcaísmos de sabor catoniano. Salustio fué un gran maestro de la palabra: sus ejemplos son claros y muchas veces extraordinarios. Fino psicólogo, siguió atentamente los motivos interiores de las acciones de sus héroes, mostrándose propenso a las situaciones y efectos dramáticos. Sus cualidades no sólo hacen de él un gran historiador, sino también un excelente artista; su influencia sobre la prosa romana posterior, y en especial sobre Tácito, ha sido enorme.

En las numerosas producciones de Cicerón (vol. I, pág. 31) se refleja un vasto período de las guerras civiles, el comprendido entre el 80 y el 43, año de su muerte. De la importancia de Cicerón como orador, escritor, filósofo y político, hablaremos luego. Aquí nos detendremos en sus obras desde el punto de vista de la importancia que tienen para la historia de las guerras civiles. Si bien en casi todo lo escrito por Cicerón se pueden encontrar varios datos de carácter histórico, en este sentido son particularmente importantes los discursos y las cartas<sup>70</sup>. Cicerón también trabajó en el género histórico. Escribió memorias sobre su consulado en prosa y también en versos en griego y latín. De estas memorias no nos ha quedado nada.

Entre los discursos de Cicerón (se han conservado 57 completos y fragmentos de otros 20) hay que señalar particularmente: *En defensu*

---

<sup>70</sup> Cicerón también trabajó en el género histórico. Escribió memorias sobre su consulado en prosa y también en versos en griego y latín. De estas memorias no nos ha quedado nada.



de Sexto Roscio Amerino (80), pronunciado contra el pupilo de Sila e, indirectamente, contra el régimen de Sila; 6 discursos contra el propretor de Sicilia Verres, acusado de peculado y robo (70); *Sobre el nombramiento de Cneo Pompeyo como comandante* (66), primer discurso puramente político (en tanto que los otros tenían carácter forense); 3 discursos contra el proyecto de ley agraria de P. Servilio Rulo, pronunciados en el senado en enero del 63; 4 famosos discursos contra Catilina (noviembre-diciembre del 63); el discurso *En defensa de L. Murena*, referente a la cuestión de Catilina; *En defensa de Sextio* (56), importante para la historia del consulado de Cicerón, de su expulsión y de su retorno; el discurso *Sobre las provincias consulares* (56) en defensa de la prolongación de los poderes proconsulares de César en Galia; *En defensa de Milón* (52), importantísimo discurso que caracteriza la situación extraordinariamente tensa que existía en Roma en vísperas de la caída de la República; 14 discursos contra Antonio (las filípicas) pronunciados en el 44 y 43 y que costaron a Cicerón la vida.

Los discursos políticos y forenses de Cicerón proporcionan un vasto material histórico; pero se trata de informaciones subjetivas y, por lo tanto, tendenciosas. El carácter mismo de la elocuencia romana de la época (en especial de la forense) no sólo admitía la arbitraria ilustración de los hechos, sino también la alteración obtenida por medio de una elección unilateral de determinadas circunstancias, del silencio sobre otras y de falsificaciones. Cicerón era también un hombre que se dejaba llevar y fué políticamente inconstante. En el calor de la lucha de partido, arrojaba fango sobre sus adversarios sin detenerse ante nada. Siendo por sobre todo un orador, muchas veces dejaba que una hermosa frase lo llevase lejos, aún contra su propia voluntad<sup>71</sup>.

Mucho mejor resulta en este aspecto su epistolario. Han llegado hasta nosotros muchas cartas escritas tanto por él como por sus corresponsales. Entre estos últimos había personajes como César, Pompeyo, Catón el joven, Bruto, etc. El epistolario fué publicado después de su muerte, probablemente por su amigo Atico y el liberto Tirón. Muchas cartas de Cicerón no estaban destinadas a ser publicadas; tienen, por lo mismo, un carácter íntimo y están escritas sin ninguna pretensión literaria, lo que precisamente aumenta su valor histórico. En las cartas de Cicerón hay mucho material para la caracterización

<sup>71</sup> De gran valor histórico son los comentarios a cinco discursos de Cicerón del gramático romano Quinto Asconio Pedanio (3-88 d. C.). También disponemos de comentarios anónimos de otros discursos.

del propio autor y de sus contemporáneos; nos proporcionan un nítido cuadro de la vida política y social, de las costumbres y de las prácticas de Roma en la primera mitad del siglo I a. C.

El otro aún más importante personaje de la época, Cayo Julio César (101-44), famoso militar y dictador que echó las bases del imperio, fué también un escritor de primer plano. Se han conservado dos obras suyas que tienen un gran interés histórico: *Sobre las guerras galias* y *Sobre la guerra civil*. La primera es de ocho libros, de los cuales los siete primeros han sido escritos por César. Nos informan sobre los acontecimientos desde el 58 al 52.

El libro octavo fué compuesto por el legado de César, Aulio Ircio, y comprende el período desde el 51 al 50, hasta el conflicto entre César y el senado y el comienzo de la guerra civil.

Tampoco la obra *Sobre la guerra civil* fué terminada por César. Se compone de tres libros y abraza los hechos del 49 al 48, hasta la entrada de César en Alejandría.

Los acontecimientos posteriores fueron relatados por algunos ayudantes de César (uno de ellos era probablemente el mismo Ircio) en tres pequeños libros: *La guerra alejandrina*, *La guerra de España* y *La guerra africana*. Los dos últimos son mediocres desde el punto de vista literario.

Las obras de César pertenecen al género histórico de las memorias y tienen todas las correspondientes virtudes y defectos. Su mérito consiste en haber sido escritas por el principal protagonista de los acontecimientos; tienen, en consecuencia, carácter de fuente original. Sus defectos están determinados por el hecho de que César los escribió con un fin definido: mostrar la importancia y las dificultades de la conquista de Galia y justificar su actuación en la guerra civil. Esto César lo hizo con un gran arte, ya que el lector recibe la impresión de una absoluta objetividad. Sin embargo, en un análisis cuidadoso se descubre que César ha tergiversado o silenciado aquellos hechos que podían arrojar sobre él alguna sombra, y en cambio ha resaltado tendenciosamente otros. Esto obliga a corregir continuamente su relato recurriendo a fuentes paralelas.

El fin de las guerras civiles ha sido narrado también por el escritor de la época imperial Cayo Suetonio Tranquilo

(aproximadamente 75-160). A él pertenecen las *Biografías de los doce Césares*, que comienzan con Julio César y terminan en Domiciano. A nosotros nos interesa la época reflejada en las dos primeras biografías: la de César y la de Augusto. Suetonio provenía de los libertos y fué jefe de una de las cancellerías de palacio durante la época de Adriano. Esto le abría las puertas del archivo imperial y lo tenía informado sobre la vida de corte. Suetonio no fué un historiador, sino un biógrafo y un mal biógrafo. No está en condiciones de proporcionar una descripción completa de la actividad de éste o aquel emperador; no es capaz de estudiar profundamente sus características psicológicas. Se interesa por minucias, anécdotas y detalles picanterías de la vida de corte. No en vano ha sido llamado el "recopilador de los chismes de palacio". A pesar de todo esto, es posible encontrar en las biografías de Suetonio una serie de hechos interesantes que faltan en otras fuentes.

En Dión Casio están dedicados a la época de las guerras civiles los libros del 35º al 61º, que comienzan por la guerra de Lúculo con Mitrídates (68 a. C.) y terminan con la muerte de Antonio. De Dión Casio como historiador hemos hablado en el capítulo XIII (ver pág. 11).

Importantes informaciones para la historia de ambas rebeliones de los esclavos en Silicia, se encuentran en los fragmentos de los libros del 34º al 36º de Diodoro (pág. 29 del vol. I). Según parece, en estos capítulos de su *Biblioteca* utilizó la producción de un eminente historiador helénico, el sirio Posidonio (135-60). Su *Historia*, en 52 libros, se basaba directamente en Polibio y abrazaba el período entre el 144 y el 86.

Muchos valiosos datos históricos se encuentran en la *Geografía* de Estrabón, eminente viajero e historiador de la época de Augusto. Su *Geografía*, escrita en griego en 17 libros, junto con el trabajo de Tolomeo (siglo II d. C.), es la fuente principal de la geografía antigua. Además Estrabón escribió una *Historia* que no ha llegado hasta nosotros, en la que continuaba la de Polibio.

A pesar de toda su brevedad y superficialidad, también tiene una cierta importancia la *Historia Romana* en dos libros de Cayo Veleyo Patérculo, que llega hasta el 30 d. C. (Veleyo era contemporáneo de los primeros emperadores).

Cornelio Nepote (pág. 11) trata el periodo de las guerras civiles en su biografía de Atico.

Algunos datos respecto a las guerras civiles se encuentran también en los cruditos del periodo postimperial: Eutropio, Orosio, Valerio Máximo, etc. De ellos ya hemos hablado en los capítulos I y XIII.

En la ya recordada obra de Catón *Sobre la agricultura*, se encuentran algunos datos extraordinariamente valiosos sobre la economía de Italia en la primera mitad del siglo II. Análoga importancia para el siglo I tiene el trabajo de Terencio Varrón (pág. 30 del vol. I) *La economía agrícola*, en tres libros, escrito por el autor a edad muy avanzada, en forma de diálogo.

Las fuentes originales para la historia de la última época de la República, aún incluyendo en ellas las cartas de Cicerón y las memorias de César, se encuentran en número muy inferior a las literarias.

Pocas inscripciones latinas se han conservado. Las más importantes son las siguientes: ley Acilia sobre las concusiones (*lex Acilia repetundarum*) del 123 o del 122, grabada sobre una lámina de bronce; sobre la otra faz de la lámina se encuentra la ley agraria de Toria (*lex Thoria*)<sup>72</sup>; un fragmento de la ley de Sila del 81 sobre el aumento del número de cuestores (*lex Cornelia de XX quaestoribus*); la ley de Julio César sobre organización municipal (*lex Julia municipalis*) y algunas otras.

La inscripción más importante de las que reflejan la época de fines de la República y comienzos del Imperio es el famoso *Monumentum Ancyranum*, así llamado porque se encontró en la ciudad de Ancyra (Angora, capital de Turquía). Se trata de una copia en latín y en griego (con lagunas en ambos textos) del llamado "testamento de Augusto", que es una rendición de cuentas de su actividad. El original se encontraba en Roma ante la entrada del mausoleo de Augusto. El *Monumentum Ancyranum* es una de las más importantes inscripciones y constituye la fuente original básica para la época augustea.

Sobre la época de las guerras civiles existen también muchas inscripciones griegas.

---

<sup>72</sup> La fecha de estas dos leyes es muy discutida.

Los fastos consulares y triunfales para el período en cuestión tienen, como ya hemos dicho antes (pág. 17 del vol. I), un carácter más verídico.

En el número de los documentos auténticos de la época pueden considerarse también cartas y fragmentos de discursos de hombres políticos, que nos han sido transmitidos por escritores griegos y romanos. Tales, por ejemplo, dos cartas de Cornelia (madre de los Gracos), fragmentos de discursos de ambos hermanos, etc.

El material arqueológico del tiempo de las guerras civiles es muy abundante<sup>73</sup>. En particular, han sido de gran utilidad las ruinas de Pompeya, pequeña ciudad campana sepultada por las cenizas del Vesubio durante la erupción del 24 de agosto del 79 d. C. (ver los detalles en la segunda parte, capítulo IV).

Finalmente, la literatura artística y el arte de este período dan un cuadro claro de los sentimientos sociales y del modo de vida del período de fines de la República (parte II, capítulo III).

*La esencia de la revolución del siglo II y sus causas.*— Hablar de los cambios sociales y económicos del siglo II<sup>74</sup> como de una revolución sólo es posible si se toma esta palabra en su más amplio sentido. En la Italia del siglo II no apareció ningún nuevo sistema de producción o económico, que es lo único que permitiría usar el término "revolución". El sistema esclavista había aparecido mucho tiempo antes y el siglo II no trajo, a este respecto, nada sustancial. En cambio sucedieron otras cosas. Como consecuencia del desarrollo interior y bajo la influencia de causas exteriores, de las que ahora hablaremos, el aún primitivo sistema esclavista del siglo III se transformó rápidamente en un sistema de tipo específicamente romano. Por este motivo la organización social-económica de Italia sufrió profundos cambios, tomando una forma particular que no encontramos en ninguna otra parte del mundo antiguo, ni

<sup>73</sup> Además, no siempre es posible distinguirlo del de la primera época del Imperio.

<sup>74</sup> No es posible trazar un línea definitiva entre los fenómenos del siglo II y del siglo I. Por eso al hablar del siglo II nos referiremos frecuentemente a los hechos del siglo I, y el capítulo XVIII trata, esencialmente, de las relaciones económico-sociales de los siglos II y I.

en Oriente, ni en la Grecia clásica, ni en el mundo helenístico. En este sentido, y sólo en este sentido, se puede hablar de revolución del siglo II. En efecto, en realidad no se trata tanto de una revolución como de grandes cambios cuantitativos unidos a profundos desplazamientos cualitativos en el campo de la economía y de las relaciones sociales.

La esencia de estas variaciones en la economía se puede reducir a los tres puntos siguientes: 1) desarrollo completo de la esclavitud como sistema económico; 2) aumento de la gran propiedad territorial y decadencia de la pequeña; 3) fuerte desarrollo del capital usurario y comercial. Estas circunstancias influyeron también sobre los correspondientes fenómenos políticosociales: 1) aumento en gran escala del número de esclavos y empeoramiento de su condición; 2) pauperización y proletarización de los campesinos; 3) formación del subproletariado ciudadano; 4) aumento de la clase de los caballeros y formación de un nuevo partido democrático.

Los nuevos fenómenos en la economía del siglo II y los cambios sociales que originaron eran, por un lado, la consecuencia lógica de la evolución interna de la economía esclavista; por otra parte, nunca habrían tenido semejante forma específica si no hubiese intervenido un factor exterior determinado por las grandes conquistas romanas de los siglos III y II. Estas mismas conquistas fueron determinadas por una complicada acción de causas interdependientes, empezando por la sed de tierras fértiles que tenía el campesino desde los tiempos más antiguos y terminando con el maduro sistema agresivo esclavista del siglo II. Una vez empezada, la expansión militar romana, limitada al principio, luego cada vez más compleja, se transformó en un factor decisivo en la economía de Italia y de todo el mar Mediterráneo. Las conquistas, originadas en exigencias económicas, influyeron a su vez fuertemente sobre la economía misma, apresurando su desarrollo en la misma dirección en que ya se había canalizado. De este modo, a consecuencia de la guerra se formó rápidamente el sistema esclavista de fines de la República, con sus fenómenos económicos, sociales y políticos. La guerra tuvo siempre una importancia decisiva en la vida de Roma y el sistema social romano fué cada vez más militar, en mucha mayor medida que cualquier otro

sistema esclavista de la antigüedad. Esto resulta mucho más evidente en la época de fines de la República.

Las grandes guerras romanas, empezando por la 1ª guerra púnica, lanzaron a los mercados multitudes de esclavos, haciendo caer rápidamente sus precios. En el 256, Régulo había capturado en África más de 20.000 prisioneros; en el 209, en Tarento, Fabio Máximo había reducido a esclavitud 30.000 habitantes; Tiberio Sempronio Graco, después de haber sometido en el 137 las regiones interiores de Cerdeña, había declarado en una inscripción dedicada a Júpiter haber matado y tomado prisioneros a más de 80.000 hombres<sup>75</sup>. Durante el saqueo del Epiro en el 167 fueron reducidos a esclavitud 150.000 hombres. En Cartago se habían rendido a Escipión el joven 50.000 hombres, etc. Nuestros historiadores sólo nos transmiten las grandes cifras. ¡Pero cuántas otras personas fueron hechas esclavos durante las guerras menores en Galia Cisalpina, en Iliria, España, Macedonia y Grecia! Si pudiésemos contarlas a todas, seguramente lograríamos cifras de millones. Es fácil imaginar entonces cómo este afluir de esclavos a precios baratos estimuló la evolución de la esclavitud en toda la cuenca del Mediterráneo y particularmente en Italia.

Cada guerra victoriosa traía consigo la entrada de enormes riquezas en forma de atributos y de botín de guerra: después de la 1ª guerra púnica el tesoro romano recibió 3.200 talentos de plata<sup>76</sup>; después de la segunda, 10.000; Filipo V fué obligado a pagar 1.000 talentos; Antíoco III, 15.000, etc. Después de su triunfo sobre Cartago en el 201, Escipión el Africano aportó al tesoro 133.000 libras de plata<sup>77</sup>, y distribuyó a cada uno de sus soldados 400 ases<sup>78</sup>. El triunfo de Emilio Pablo, vencedor en Pidna, duró tres días.

"El primer día —dice Plutarco— apenas fué suficiente para hacer desfilar ante el pueblo sobre 250 carros, las estatuas, los cuadros y las colosales esculturas tomadas en la guerra, desfile que constituyó un espectáculo extraordinario. Al día siguiente se exhibieron muchos carros

<sup>75</sup> Livio, XLI, 28.

<sup>76</sup> 1 talento de plata = aproximadamente £ 400.000.

<sup>77</sup> 1 libra romana = 322,58 gr.

<sup>78</sup> 1 as, en aquella época = aproximadamente £ 3,5.

de armas y armaduras macedonias excepcionales por su valor y su maravillosa factura. Los carros eran seguidos por 3.000 hombres que llevaban monedas de plata en 750 bandejas, cada una de las cuales contenía monedas por un peso de 3 talentos<sup>79</sup>, y estaba sostenida sobre los hombros de 4 hombres... Seguían personas con bandejas llenas de monedas de oro, cada una de las cuales pesaba tres talentos, igual que las de plata. Las bandejas llenas de oro eran 77. Detrás traían un ánfora sagrada de oro con un peso de 10 talentos, adornada de piedras preciosas"<sup>80</sup>.

Según los cálculos más modestos, a comienzos del siglo II, y de España solamente, se llevaron en seis años alrededor de 200.000 libras romanas de plata (más o menos 65.000 kg) y 5.000 libras de oro (unos 1.600 kg).

En el 189, después de la batalla de Magnesia, los romanos tomaron 1.230 colmillos de elefantes, 234 coronas de oro, 137.000 libras de plata, 224.000 monedas griegas de plata, 140.000 monedas de oro macedonias y una gran cantidad de vajilla de oro y plata.

Después de la conquista, comenzaba normalmente un saqueo más sistemático de las provincias. Cada provincia era gravada con impuestos cuya recaudación, por lo general, se contrataba. Los recaudadores obtenían de este modo ilimitadas posibilidades de enriquecimiento. También las provincias constituían igualmente una "mina de oro" para los magistrados romanos y sus colaboradores. El famoso Verres, ex pretor de Sicilia desde el 73 al 71, robó allí 40 millones de sextercios (un millón de dólares).

La actividad de los pretores provinciales estaba, de hecho, fuera de todo control. Si bien es cierto que al terminar su servicio podían presentarse reclamos al Senado y que en el 149, con la ley de Calpurnio Pisón (*lex Calpurnia*) se llegó hasta instituir una comisión judicial permanente para atender las causas referentes a la corrupción de los magistrados romanos (*quaestio de repetundis*), como sus miembros eran senadores, existía siempre una tendencia a tapar los delitos de los compañeros de clase. En el 123, Cayo Graco transfirió esta competencia a manos de los caballeros. Esto sirvió de freno a los pretores, pero al mismo tiempo, habiéndose introducido

<sup>79</sup> 1 talento, como unidad de peso = más o menos 26 kilos.

<sup>80</sup> Emilio Pablo, XXXII, XXXIII.



el sistema de contratar la recaudación, surgieron situaciones que superaban cualquier abuso precedente.

La colosal concentración de riquezas en Italia determinó una impetuosa, y hasta cierto punto artificial, elevación de la vida económica. Los valores recaudados en las provincias eran invertidos en la economía agraria, en el comercio y en las operaciones financieras. Las ganancias del capital en dinero provocaron un lujo insensato en las clases altas y pusieron el sello de una especulación insana en toda la vida financiera. El cereal a bajo precio de Sicilia y de África arruinó a la pequeña propiedad agrícola, colaborando de este modo a la concentración de la propiedad.

Fué así que las conquistas romanas de los siglos III y II apresuraron la transformación de Italia en el país de la esclavitud clásica e imprimieron un estilo original al sistema económico italiano.

Después de estas notas preliminares, detengamos la mirada sobre los distintos fenómenos en el campo de las relaciones económicas, sociales y políticas.

*El trabajo de los esclavos.* — En la antigüedad la esclavitud se originó sobre todo en la guerra. En Roma, gracias a las particularidades de su historia, la guerra como fuente de producción de esclavos tuvo una importancia mayor aún que en Oriente o en Grecia.

Otras fuentes para la adquisición de esclavos fueron las deudas. Ya hemos visto que para los ciudadanos romanos la esclavitud originada en las deudas fué abolida de hecho con la ley de Petelio y Papirio; pero en las provincias esto era distinto: sus habitantes no tenían derecho de ciudadanía y los usureros romanos reducían a sus deudores a la esclavitud en masa. Mientras se hacían preparativos de guerra con los cimbrios y los teutones (alrededor del 105), Mario fué autorizado por el Senado para invitar a las filas romanas a los aliados de los Estados de la periferia. Entre otros, Mario se dirigió también al rey de Bitinia, Nicomedes. Éste respondió que la mayoría de sus súbditos, llevados por los recaudadores romanos, languidecían en esclavitud en las provincias. Probablemente Nicomedes exageraba bastante, pero, de cualquier modo que hayan sido las cosas, el Senado decretó que ningún aliado nacido en estado libre fuese convertido en esclavo

Sobre la base de este decreto el pretor de Sicilia pudo liberar, en pocos días, a 800 hombres. Este hecho, narrado por Diodoro (fragmentos del xxxvi libro) ilustra claramente cuál era la situación en las zonas de periferia a fines del siglo II.

Una tercera fuente de adquisición de esclavos fué la piratería, que en la época romana alcanzó proporciones nunca vistas. Durante los tres últimos siglos de la República, los piratas crearon, sobre las semidesiertas costas orientales de la cuenca mediterránea — Iliria, Cilicia y Chipre — verdaderos Estados con fortalezas y flota. Llegaba a suceder que su acción detuviera el comercio marítimo e hiciera subir considerablemente en Roma el precio de los cereales por la imposibilidad de importarlos de las provincias. La audacia de los piratas llegó hasta el punto de atacar las costas de Italia y de Sicilia.

El gobierno romano condujo contra ellos una lucha encarnizada. Ya hemos hablado de las guerras ilíricas. En el 67 se dieron a Pompeyo poderes dictatoriales sobre la zona del Mediterráneo y sus costas, precisamente para destruir los nidos de piratas. Contra los piratas también combatieron César y Octavio. Durante cierto tiempo las medidas militares dieron resultado, pero mientras existió el sistema esclavista no fué posible destruir por completo la piratería. Y sucede que mientras por un lado una considerable parte de los piratas eran esclavos escapados, por el otro, el mismo sistema esclavista se nutría de las correrías marítimas que proporcionaban la mercadería viva a los mercados de esclavos. El pillaje en el mar constituía una operación muy ventajosa y no fueron pocos los ricos que invirtieron su dinero en empresas de piratería. De este modo, la piratería se presentaba como una parte orgánica del sistema esclavista y no era posible liquidarla por completo. Además, hay que agregar que en la época de las guerras civiles los piratas, en su calidad de fuerza organizada, eran utilizados frecuentemente por las partes en conflicto.

Otra fuente más de la esclavitud era la descendencia natural de los esclavos. El hijo de una esclava resultaba esclavo, y los amos tenían gran interés en que sus esclavas tuvieran la mayor cantidad posible de hijos. Los esclavos nacidos y criados en la casa (*vernae*) eran muy apreciados, pues se los consideraba

más fieles. Por eso los propietarios tomaban todas las medidas tendientes a incrementar la natalidad en las esclavas, como ser la exención del trabajo y otras.

Sin embargo, hubiera sido imposible resolver de ese modo el problema del aprovisionamiento de esclavos, porque el porcentaje de nacidos era muy pequeño, a causa del régimen severo que se les imponía, de la ausencia de una familia legal, del sistema de vida común y de la falta de interés de los esclavos en tener hijos.

Los esclavistas romanos recurieron incluso a la crianza especial de esclavos. Diodoro (fragmento del libro xxxiv) habla de la existencia de organizaciones con esa finalidad en Sicilia en el siglo II. De allí se sacaban esclavos para su venta y los propietarios compraban la fuerza obrera que necesitaban.

Uno de los objetivos de la crianza de esclavos era su instrucción, el logro de mano de obra calificada. Ya hemos dicho qué amo modelo era Catón. Él se ocupaba personalmente de la instrucción de los pequeños, vendiéndolos luego con mayores ganancias. También Craso, romano riquísimo de la primera mitad del siglo I, hacía lo mismo.

Junto a estos cuatro factores fundamentales de aprovisionamiento de esclavos, había otros menos importantes. Un hombre libre podía ser reducido a esclavitud como castigo por algunos delitos, por ejemplo por haber escapado a la prestación del servicio militar; el padre podía vender como esclavo al hijo por tres veces y sólo después de la tercera venta caducaba sobre él la autoridad paterna.

Los esclavos se adquirían por lo general en dos modos: directamente como botín de guerra o comprándolos en el mercado. El primer modo era de práctica en el ejército. Los comandantes disponían casi sin ningún control del botín de guerra y tenían la posibilidad de procurarse gratuitamente cualquier cantidad de esclavos. Esta posibilidad tampoco les faltaba a los simples soldados. Muchas veces César distribuía como premio un esclavo a cada soldado.

Pero la principal fuente de adquisición era la compra en el mercado. En todos los centros urbanos de los dominios existían mercados de esclavos. En Roma misma había uno en las cercanías del templo de Castor. El más famoso era el de

Delos, donde, según Estrabón (xiv, 5, 2), a veces se vendían hasta 10.000 esclavos por día.

Los esclavos que eran llevados al mercado se presentaban desnudos para que el comprador pudiera darse cuenta de la calidad de la mercadería en oferta. Por lo general llevaban señales distintivas constituídas por líneas grabadas con yeso sobre las piernas y por birretes de lana en la cabeza. Los prisioneros de guerra llevaban en la cabeza una guirnalda.

El vendedor tenía la obligación de informar al comprador de todos los defectos del esclavo. A veces el esclavo llevaba pendiente del cuello una tablilla en la que se indicaba su origen, su edad, etc. La ley prevenía que, en el caso de que después de la venta se descubrieran defectos escondidos, el contrato se volvía nulo.

Los precios de los esclavos en Roma sufrían grandes oscilaciones. Los increíbles altos precios, que antes de la época romana ni siquiera se imaginaban, se debían al aumento del lujo y de los gastos improductivos. Sumas enormes se pagaban por las hermosas bailarinas. Centenares de miles de sextercios se pagaban por los actores y por otros profesionales altamente calificados.

"El precio más alto — escribe Plinio<sup>81</sup> — que se haya pagado nunca por un esclavo, por lo menos en lo que yo sé, se dió por el gramático Dafnis... 700.000 sextercios... En nuestros tiempos esta cifra ha sido superada, pero por otra parte, según la tradición, los actores lograban su libertad con las propias ganancias, y ya en el tiempo de nuestros antepasados el actor Roscio ganaba con su trabajo 500.000 sextercios al año"<sup>82</sup>.

En el período de las grandes conquistas se nota una brusca caída del precio de los esclavos. En el 177 los precios de los esclavos sardos eran tan bajos que se hizo habitual decir "barato como un sardo"<sup>83</sup>. En el siglo I, durante la conquista del reino del Ponto, los esclavos eran vendidos en 4 denarios<sup>84</sup>

<sup>81</sup> Plinio el viejo, famoso naturalista romano del siglo I d. C. Su *Historia Natural* contiene interesantes datos históricos, económicos y de costumbres.

<sup>82</sup> *Historia Natural*, VII, 128.

<sup>83</sup> *Sardi venales, alius alio nequior* (Los esclavos sardos valen uno menos que el otro). Festo, 428, L.

<sup>84</sup> 1 denario = 4 sextercios = 16 ases, aproximadamente.

cada uno, mientras que el precio medio del mercado oscilaba oscilaba en 300-500 denarios.

Veamos ahora en qué ramas de la economía se aplicaba el trabajo de los esclavos en Roma. Antes que nada, en la economía doméstica. En esto hay que subrayar el carácter premientemente improductivo del trabajo doméstico de los esclavos. La aplastante mayoría de la "familia urbana"<sup>85</sup> estaba constituida por un grupo semiparásito compuesto por la servidumbre. En las casas romanas de los ricos y también de la clase media, la parte de "familia" destinada al servicio directo de los amos era desproporcionadamente grande con respecto al número de esclavos empleados en trabajos productivos o entregados en alquiler. En la casa romana existían centenares de esclavos, desde porteros, correos, lavaplatos, sirvientes, a peluqueros, manicuradas, maestros, médicos, administradores, changadores, etc.

Con relación a los esclavos domésticos, los artesanos que trabajaban eran relativamente poco numerosos en el mercado. Se trataba de esclavos entregados en alquiler por sus propietarios o pertenecientes a los artesanos mismos. En general, el peso específico del trabajo de los esclavos en la industria italiana fué, según parece, pequeño (ver *El artesanado*, en este mismo capítulo).

Los esclavos eran ampliamente explotados en los trabajos de construcción: el ya recordado Craso empleaba con este fin más de 500. Lo mismo puede decirse de los trabajos de extracción: en España, en las minas de plata cercanas a Nueva Cartago, trabajaron hasta 40.000 esclavos.

Los esclavos eran ocupados en calidad de empleados en las casas comerciales, en las oficinas de los banqueros, en las compañías de recaudadores y en otras empresas privadas.

En Roma, finalmente, existía la numerosa categoría de los esclavos públicos, que ya hemos mencionado.

Uno de los más importantes campos de aplicación del trabajo de los esclavos fué la agricultura. Esto fué determinado tanto por el carácter agrícola del país como por la

---

<sup>85</sup> Los esclavos pertenecientes a un gran propietario se dividían en dos categorías: los de la familia urbana (*familia urbana*) y los de la familia agrícola (*familia rústica*).

concentración de las propiedades territoriales iniciada en el siglo II. Justamente la gran propiedad agrícola creó las condiciones más favorables para la aplicación en masa del trabajo de esclavos. A este respecto tenemos óptimas fuentes en las obras de carácter agronómico de Catón y de Varrón y también en Columela, escritor del siglo I d. C. Por estas fuentes es posible seguir el desarrollo de la economía agrícola romana y la evolución del trabajo de los esclavos durante tres siglos.

Catón indica<sup>86</sup> cuál era la escuadra normal de esclavos necesaria para el mantenimiento de un olivar de 240 yugadas (más o menos 60 hectáreas); un guardián (vigilante de los esclavos, elegido entre ellos mismos); una guardiana (gobernante, las más de las veces mujer del guardián); 5 obreros; 3 carreteros; 1 caballerizo; 1 porquero; 1 pastor: en total, 13 hombres. Para un viñedo de 100 yugadas, Catón establece el siguiente personal: 1 guardián; 1 guardiana; 10 obreros; 1 carretero; 1 caballerizo; 1 vigilante de los racimos; 1 porquero: en total, 16 hombres. Evidentemente, el viñedo requería más trabajo que el olivar.

Estas cifras parecen muy bajas, pero no hay que olvidar que Catón se refiere solamente al personal permanente. Durante la cosecha y la molienda de las aceitunas o la recolección de la uva, el número de esclavos se completaba con una determinada cantidad de trabajadores libres.

Las indicaciones de Catón sólo se refieren a las propiedades de Italia central, donde no se cultivaban cereales. Los grandes latifundios<sup>87</sup> del sur, destinados a la cría del ganado, y los campos de Sicilia, cultivados con cereales, requerían una cantidad de esclavos considerablemente superior.

Catón proporciona<sup>88</sup> interesantes datos sobre la alimentación y la vestimenta de los esclavos. Los guardianes y el pastor recibían menos pan que los esclavos empleados en trabajos pesados; en invierno la ración era más pequeña que en verano. Catón aconsejaba preparar el vino destinado a los esclavos con los residuos. En lo referente a la vestimenta, recomendaba darles por turno una túnica y un abrigo corto. También aconsejaba

---

<sup>86</sup> *De Agricultura*, 10-11.

<sup>87</sup> *Latifundium* (gran propiedad).

<sup>88</sup> *De Agricultura*, 5.

sejaba quitarles el viejo vestido para que se hiciera con él una manta remendada.

También da Catón muchos consejos sobre el cuidado y la medicación del ganado, explica hasta cómo hacer sacrificios a los dioses para que los bueyes se mantengan sanos, pero no dice una sola palabra sobre el modo de curar a los esclavos enfermos. Ya sabemos por su biografía que a este respecto su opinión era vender a los esclavos viejos o enfermos (pág. 158). Sobre los preceptos para el guardián se dice simplemente:

"Con los esclavos no hay que ser crueles: hay que cuidar que no sufran el frío ni el hambre. El guardián debe tenerlos constantemente en el trabajo, para evitar que cometan robos o crímenes... Si el guardián estuviera en connivencia con los esclavos, el amo no deberá dejarlo sin castigo" <sup>89</sup>.

A este respecto es interesante parangonar a Catón con Columela, que escribió su obra en el siglo I d. C., en el período en que ya se había iniciado la crisis de la economía esclavista. Columela se preocupaba más que Catón por la salud de los esclavos. Así, por ejemplo, da consejos sobre cómo construir las habitaciones para ellos:

"Las habitaciones para los esclavos que pueden moverse en libertad deben estar orientadas hacia el sur; para los encadenados, si hay muchos, conviene poseer un *ergástulo* <sup>90</sup> en los sótanos del edificio que responda lo más posible a las exigencias sanitarias, con muchas ventanas pequeñas para la luz, situadas a una altura tal que no se puedan alcanzar con las manos. Para el ganado se construyen establos con características tales como para preservarlo tanto del frío como del calor excesivo; para los bueyes de trabajo se deben determinar dos raciones, una invernal y una de verano; para los otros animales, etc." <sup>91</sup>.

A pesar de este característico acercamiento de los esclavos al ganado, Columela aprecia la salud de los esclavos más que Catón, que escribía en la época del apogeo del sistema esclavista.

Las condiciones jurídicas y de vida de los esclavos privados en los siglos II y I a. C. eran extraordinariamente duras <sup>92</sup>. Los motivos son varios: la gran cantidad de esclavos y su bajo

---

<sup>89</sup> *Ibid.*, 5.

<sup>90</sup> *Ergastulum*, prisión para esclavos.

<sup>91</sup> *De Agricoltura*, 56, 59.

<sup>92</sup> Los esclavos del Estado estaban en una situación mejor.

precio, lo que daba la posibilidad de sustituir fácilmente a los viejos y a los enfermos; su concentración en las grandes propiedades y en la casa, que creaba la necesidad de mantenerlos en estado de temor, etc. El esclavo romano no gozaba de ninguna protección legal frente al amo (la muerte o la mutilación causadas a un esclavo ajeno eran perseguidas por la ley como un atentado a la propiedad). Sólo en casos de crueldad evidente y excepcional intervenía el censor.

El esclavo era una cosa, un instrumento de producción. Varrón escribe:

“Diré ahora con qué instrumentos se trabaja la tierra. Algunos los dividen en dos categorías: las personas y los instrumentos, sin los cuales no podrían trabajar. Otros los dividen en tres categorías: instrumentos parlantes, instrumentos semiparlantes<sup>93</sup> e instrumentos mudos. Los primeros son los esclavos, los segundos los bueyes y los últimos los instrumentos inanimados”<sup>94</sup>.

El esclavo liberado se convertía en un liberto. La liberación (*manumissio*) no eliminaba por completo las relaciones de dependencia, ya que el liberto pasaba a formar parte de la clientela de su ex propietario (que se convertía así en su patrón) asumiendo su nombre de familia (y frecuentemente también el propio). A veces quedaba obligado a permanecer en la casa del patrón, a veces a pagarle un tributo. Muchas veces la liberación de un esclavo representaba una operación ventajosa por cuanto, por lo general, el mismo esclavo se rescataba pagando.

La categoría de los libertos era en Roma muy numerosa. Los grandes propietarios de esclavos, dado su alto tenor de vida, los gastos improductivos, las especulaciones, y la imposibilidad para los senadores de ocuparse legalmente de comercio (ley de Claudio), tenían necesidad de gente de confianza, de interpósitas personas, de agentes para determinadas comisiones, etc. Las personas más indicadas para esto eran los libertos. De ahí que cada rico dispusiera de decenas y a veces de centenares de clientes provenientes de los esclavos. Tampoco hay que olvidar que los clientes apoyaban la influencia política del patrón. Los libertos gozaban de todos los derechos políticos,

<sup>93</sup> En latín, *semivocalia*.

<sup>94</sup> De *Agricultura*, I, 17.



pero estaban obligados a inscribirse sólo en las 4 tribus ciudadanas.

*La agricultura.* — Hemos visto que a comienzos del siglo III la cuestión agraria, que se presentó como muy aguda durante la lucha entre patricios y plebeyos, se había aquietado notablemente gracias a la conquista de Italia y a la política de colonización emprendida en forma sistemática. Pero en el siglo III comenzó de nuevo a reagudizarse para convertirse, a mediados del siglo II, en el problema más importante de la vida romana.

Hablando de las causas de la reforma agraria de los hermanos Gracos, Apiano escribe lo siguiente:

“Los ricos, que ocupaban la mayor parte de esta tierra indivisa<sup>95</sup> y esperaban que luego les fuese reconocida como de su propiedad, comenzaron a agregar a sus propias posesiones las parcelas vecinas de los pobres en parte comprándolas, en parte arrebatándolas por la fuerza; de modo que finalmente, en sus manos, en lugar de pequeñas propiedades, se encontraron grandes latifundios. Para el trabajo de los campos y el cuidado del ganado empezaron a comprar esclavos... De este modo la gente poderosa se enriqueció desmesuradamente y el país se pobló de esclavos. Los italos, en cambio, disminuyeron de número, agotados por la miseria, los impuestos y el servicio militar; cuando luego este peso disminuyó, los italos se habían quedado sin trabajo pues la tierra pertenecía a los ricos, que no la trabajaban con la ayuda de los hombres libres, sino con los brazos de los esclavos”<sup>96</sup>.

Es éste el cuadro clásico, pintado por Apiano. A pesar de las tentativas hechas por la literatura científica de poner en duda su testimonio, éste está confirmado por todas las otras fuentes y por todos los acontecimientos de la guerra civil. Tenemos, pues, en vísperas del movimiento de los Gracos, es decir a mediados del siglo II, el fenómeno de la gran concentración de la tierra en Italia. ¿Cuáles son sus causas?

Primero: el colosal desarrollo de la esclavitud, que dió la posibilidad de aplicar ampliamente en la agricultura el trabajo de los esclavos, relativamente poco costoso, y creó las condiciones para el mantenimiento de grandes propiedades.

Segundo: la presencia de grandes capitales líquidos que en parte se empleaban en la economía agraria, que no rendía tanto como el comercio, pero que daba en cambio una entrada

<sup>95</sup> Se trata del *ager publicus*.

<sup>96</sup> *Las guerras civiles*, I, 17.

más regular y segura. La inversión de grandes capitales en la economía agrícola facilitó la compra y la concentración de la tierra.

Tercero: el dominio político de la nobleza, que tenía la posibilidad de poner sus manos cómodamente sobre el fondo estatal (*ager publicus*). La nobleza que se encontraba en el poder antes de la época de los Gracos disponía sin control de la tierra estatal. De la enorme extensión que ésta adquirió como consecuencia de la conquista de Italia, pudo tomar para sí grandes posesiones.

Examinemos cuál era el carácter de la economía agrícola en el siglo II. En la vieja Italia predominaba la agricultura: se sembraba trigo, cebada, mijo. Después de las conquistas estos cultivos fueron abandonados a causa de la importación de cereales de las provincias a menor precio. Se pasó entonces a la cría del ganado, a la jardinería, a la horticultura, al cultivo de la vid y los olivos y al desarrollo de varios cultivos técnicos, como el del sauce para la fabricación de las cestas, etc. Catón dice:

"Si me preguntas cuál es el cultivo que más conviene, responderé así: en un poder de 100 yugadas situado en óptima posición, antes que nada conviene la vid que dé vino bueno o abundante, luego las legumbres, luego los sauces y, en orden de importancia, los olivos, el prado, los cereales, los árboles para hacer leña, jardines, árboles que produzcan bellotas"<sup>97</sup>.

Como se ve, según la lista de Catón el cereal sólo ocupa el sexto puesto.

El poder itálico tenía, hasta cierto punto, el carácter de una economía natural cerrada en sí misma. Provisto de cuadros permanentes de trabajadores, entre los cuales había también artesanos, tenía la posibilidad de vivir de los recursos internos sin recurrir sistemáticamente al mercado. La tendencia a la autarquía económica fué un rasgo característico de la vida antigua.

Pero sería un grave error negar que en la base de esta situación general no había fuertes elementos de comercio en la economía agrícola de la Italia del siglo II. Aconsejando cómo y dónde elegir la propiedad, Catón señala:

---

<sup>97</sup> De *Agricoltura*, I, 7.

"Si es posible, hay que elegir la propiedad a los pies de una montaña. hacía el sur, en un lugar sano, donde se encuentran muchos obreros y abundancia de aguas. En las cercanías es bueno tener una ciudad o el mar, o un río navegable, o un buen camino frecuentado" (I, 3).

En otro fragmento, Catón enumera las ciudades ítalas donde era posible comprar en condiciones ventajosas los objetos necesarios para la propiedad:

"En Roma compra túnicas, togas, capas, zuecos de madera (para los esclavos); en Cales y Minturno capuchas, instrumentos de hierro como ser guadañas, hoces, azadas, zapas, hachas, objetos de cobre para terminaciones, cuerdas, cadenas; en Venafro azadas, etc." (135).

En un tercer fragmento de su obra (146) Catón da también consejos sobre la venta de las plantas pequeñas de olivo. Estos ejemplos nos demuestran claramente que la propiedad ítala del siglo II estaba bastante estrechamente ligada con el mercado.

En lo que respecta a las dimensiones, según los datos de Catón en Italia central predominaba el tipo de propiedad de extensión mediana. Esto resulta perfectamente comprensible si se piensa que se trataba de cultivos no cerealísticos, ya que la vid, el olivo, las hortalizas, etc., no permiten, por razones técnicas y económicas, una gran concentración. Si consideramos en cambio Sicilia y África, encontramos allí grandes latifundios de centenares y hasta millares de hectáreas. En Italia meridional predominan los *saltus*, es decir los campos de pastoreo; en Sicilia y en África los grandes cultivos de cereales.

*Los campesinos y la pérdida de las tierras.*— Al proceso de concentración de la tierra se sumó la pérdida de la tierra por parte de los pequeños propietarios. Este fenómeno se originó no tanto en la competencia de la gran propiedad esclavista (la historia demuestra que el pequeño propietario puede sostener durante mucho tiempo esta competencia aumentando el trabajo y limitando las necesidades), como en la aparición del grano importado a bajo precio<sup>98</sup>. Se trata del mismo motivo que obligó a los propietarios ítalos a renunciar al cultivo de los cereales. Los bajos precios del pan hacían desventajoso también para el campesino el cultivo del trigo, y

<sup>98</sup> Por lo menos en lo referente a las propiedades cercanas a las grandes ciudades y especialmente a Roma. Para zonas más lejanas, esto no tuvo importancia.

dedicarse a la viticultura, al cultivo del olivo, etc., era poco menos que imposible para el pequeño campesino, ya que le faltaban los medios necesarios. La creciente decadencia de los cultivos cerealistas significó la ruina del campesino italiano y la consiguiente absorción de la pequeña propiedad por parte de las grandes economías esclavistas, más fuertes y mejor adaptadas a las nuevas condiciones.

Las guerras producidas en territorio italiano tuvieron una influencia fatal sobre la economía campesina. Son bien conocidas, en este aspecto, las consecuencias de la expedición de Aníbal, por la cual Italia central, y en particular la meridional, fueron espantosamente devastadas. Luego, sobre la situación de los campesinos influyeron negativamente también las guerras civiles: la llamada "guerra social", la rebelión de Espartaco, la confiscación de las tierras de los segundos triunviros, etc.

No menor fué la influencia de las guerras de ultramar y en particular en el siglo II, por la amplitud que asumieron entonces. Se volvieron fatales para la pequeña propiedad, porque de hecho transformaron a los campesinos en soldados profesionales. Las propiedades, abandonadas por años enteros, se precipitaban a la ruina; los campesinos, convertidos en soldados, se desacostumbraban del trabajo productivo: el sueldo y el botín de guerra se habían convertido en la base principal de su existencia.

Hay que señalar que no toda Italia perdió su población campesina en la misma medida: el norte se mantuvo más compacto; las partes más castigadas fueron el centro y el sur, donde se produjo el mayor desarrollo de la economía esclavista. La Italia central y meridional fueron devastadas durante la guerra con Aníbal tanto como durante las guerras civiles.

*Formación del subproletariado.* — Los campesinos arruinados en parte se transformaron en obreros agrícolas, en parte emigraban a las ciudades y en primer lugar, a Roma. En la ciudad se podía confiar en encontrar trabajo, pero no siempre la esperanza correspondía a la realidad, porque en el comercio y en el artesanado los esclavos y los libertos ocupaban muchísimos puestos. Para el campesino recién venido resultaba enormemente difícil conseguirse un trabajo.

Pero a la ciudad eran atraídos también por otro hecho: la extensión de la corrupción política, la superproducción de capital líquido, las donaciones de dinero y de víveres por parte del Estado y de los particulares, todo eso les daba la posibilidad de vivir de algún modo sin hacer nada. Esto los transformaba en subproletarios, en una masa desclasada parásita, cuya finalidad de vida estaba expresada en la famosa fórmula de fines de la República: *Panem et circenses*.

También la clientela evolucionó hacia una forma parasitaria. Cada noble estaba rodeado de una multitud de clientes que a veces pasaban todo el día ante la puerta de su casa con una sola finalidad: desearle buenos augurios y procurarse un regalito o una cantidad de dinero. Los clientes acompañaban a su patrón al Foro, votaban por él y, en caso de necesidad, intervenían con puños y bastones. Durante las guerras civiles los clientes fueron el principal punto de apoyo de la nobleza, a la que defendieron de la revolución.

De este modo, alrededor del siglo I a. C. se fué formando en Roma un fuerte grupo social de gentuza desclasada que tuvo una participación fatal en la degeneración de la democracia y en el fin de la República.

*El capital financiero y usurario.* — En Roma el incremento del capital monetario no correspondió al nivel general de desarrollo económico de Italia y fué en gran medida artificial. Las fuentes de ese incremento anormal fueron, como ya hemos visto, los tributos, el botín de guerra y, desde fines del siglo II, la explotación sistemática de las provincias por medio de los recaudadores.

Detengámonos sobre esto último. Cuando Roma ciudad-estado se transformó en centro de poderío mundial, el aparato estatal (hasta la instauración del Imperio) continuó siendo el antiguo aparato de la ciudad-estado con la asamblea popular, el senado y los magistrados. En él no existían casi órganos especiales destinados a administrar Italia y las provincias, sobre todo no existían órganos financieros. Por eso se consideraba mucho más fácil confiar la recaudación de los impuestos a simples empresarios.

En Roma existía la costumbre de conceder por contrato no sólo la recaudación de los impuestos en las provincias, sino

también toda una serie de actividades de la economía estatal. Leemos en Polibio:

"Muchos trabajos en toda Italia, trabajos que no sería fácil enumerar, relativos a la administración y la construcción de obras públicas, como también ríos, puertos, jardines, minas y, en suma, todo cuanto se encontraba en poder de los romanos, eran adjudicados por contrato por los censores. Todo venía a encontrarse en manos del pueblo y puede decirse que casi todos los ciudadanos participaban en los contratos y en las ventajas que de ellos se derivaban. Así, algunos obtenían de los censores mediante pago un determinado contrato, otros lo lograban por amistades, otros eran empleados por los mismos contratistas, y finalmente algunos, para obtenerlos, aportaban al tesoro estatal su capital" (VI, 17).

Sobre la base de este sistema, nacieron empresas privadas que recuerdan lejanamente a las sociedades por acciones. A veces ni siquiera a los más ricos, por grandes que fueran sus capitales, les era posible comprar el derecho a determinados contratos, porque las sumas que el Estado exigía eran enormes. Por eso algunos contratistas se reunían y formaban una compañía (*societas publicanorum*). Cada uno aportaba un determinado capital y recibía las utilidades correspondientes (*partes*). Con las "acciones" se hacían especulaciones: se vendían, se compraban, se jugaba al alza y la baja. Las grandes compañías tenían un aparato propio: escribanos, agentes, naves y oficinas en las provincias. Se trataba de organizaciones erigidas sobre bases amplias y que constituían el instrumento principal para la explotación de las provincias.

La usura floreció en Roma desde los tiempos más antiguos, a pesar de la lucha que se hacía para extirparla. Su evolución se vio favorecida por la pequeña propiedad agraria. Cuando luego Roma empezó a conquistar las provincias, las operaciones de carácter usurario aumentaron enormemente.

El capital usurario se comportaba despiadadamente: regiones enteras se despoblaron porque sus habitantes habían sido vendidos como esclavos; muchos Estados aliados y no aliados se debilitaron en tal modo que fueron obligados a entregarse a Roma. La tasa de interés del dinero prestado superaba en mucho el nivel "legal", alcanzando el 48-50 % y hasta superándolo.

El capital monetario romano, como consecuencia del incremento continuo, tenía un carácter altamente especulativo. En

este sentido es típica la figura de Craso, el hombre más rico de la primera mitad del siglo I; Plutarco escribe de él:

“Los romanos afirman que el esplendor de sus numerosas virtudes está oscurecido sólo por un vicio: la avaricia de lucro. Pero yo creo que este vicio, que sobrepasó a los demás, hace aún más notables sus virtudes. Como prueba mayor de su codicia están también los sistemas con los que se había procurado su inmensa fortuna.

Al principio Craso no poseía más de 300 talentos<sup>99</sup>, pero cuando fué puesto a la cabeza del Estado<sup>100</sup>, después de haber ofrecido a Hércules la décima parte, de su fortuna, de haber distribuido regalos al pueblo, de haber entregado tres meses de viveres a cada romano a costa de su propia bolsa, se encontró con que sus riquezas ascendían a 7.100 talentos, según los cálculos hechos por él mismo antes de la expedición contra los partos<sup>101</sup>. La mayor parte de estas riquezas estaban, a decir verdad, bastante lejos de hacerle honor, porque fueron arrebatadas de las llamas de los incendios de la guerra y se sirvió de las plagas sociales para acumularlas”<sup>102</sup>.

Más adelante dice Plutarco que Craso, en el tiempo de las proscripciones de Sila (ver luego) adquirió en precios irrisorios las propiedades de los condenados y esto constituyó una de las fuentes principales de su riqueza. Luego empezó a hacer especulaciones en gran escala. En Roma eran frecuentes los incendios y los derrumbes de edificios. Junto a mansiones lujosas existían bloques de casas de alquiler de muchos pisos, mal construidas y apretadas en poco espacio. Cuando en alguna de esas manzanas estallaba un incendio, Craso, por medio de sus agentes, compraba el edificio en llamas y los linderos, que los dueños, naturalmente espantados, cedían a bajo precio. De este modo Craso se hizo propietario de una considerable parte de Roma. Empleando sus esclavos, disponía luego la reconstrucción, con lo que ganaba sumas colosales.

A más de las compañías de contratistas, una de las formas organizativas del capital monetario usurario eran las “bancas” romanas. Como en Grecia, éstas se desarrollaron sobre la base de los bancos de cambio. Los agentes de cambio eran llamados en Roma *argentarii* (de la palabra *argentum*) y sus negocios *argentariae*. A juzgar por el hecho de que durante mucho

<sup>99</sup> Aproximadamente.

<sup>100</sup> Probablemente en el 70, cuando fué cónsul junto con Pompeyo.

<sup>101</sup> En el 55.

<sup>102</sup> *Marco Craso*, II.

tiempo estuvo en uso también la palabra griega *trapezita*, puede creerse que en la época más antigua los agentes de cambio fueron griegos. También más tarde esa profesión se encontraba sobre todo en manos de extranjeros y de libertos y no gozaba de mucho respeto en la sociedad. Los bancos de cambio se encontraban en el Foro: eran construídos por el Estado y se entregaban en alquiler a los censores. A más de los agentes de cambio privados estaban también los estatales.

De la actividad principal que desempeñaban en los primeros tiempos los agentes de cambio, es decir el control de la bondad de la moneda y el cambio de los valores, se pasó luego a una serie de operaciones puramente bancarias: préstamos, depósitos, pagos (directos o mediante la transcripción de una suma de la cuenta de un cliente a la de otro), envíos de dinero a otras ciudades, etc. Los "banqueros" tomaban parte también en operaciones comerciales.

*El capital comercial.* — También el comercio exterior alcanzó un alto desarrollo en los últimos siglos de la República. Las fuentes literarias y las inscripciones recuerdan a los mercaderes ítalos en la isla de Delos, en la península balcánica, en Asia Menor y en otras provincias. En especial se cita con frecuencia a Delos, que tuvo, desde mediados del siglo II, una gran importancia, convirtiéndose en el mayor centro comercial del Oriente mediterráneo y absorbiendo todo el comercio de Rodas y Corinto. Los mercaderes ítalos y sus agentes en Delos tenían organizaciones propias, dirigidas por funcionarios electos y conocidas con el nombre de la divinidad que consideraban como su protectora: mercuriales, apolonias, neptunales. Es de hacer notar que la mayoría de los miembros de estas asociaciones no era romana, sino que estaba, por el contrario, constituida por habitantes de Italia meridional y de Sicilia: de Tarento, Nápoles, Cumas, Siracusa, etc. Recién en la época de los Gracos, cuando se abrió un gran campo de actividad para los recaudadores en Asia (Cap. XX) aumenta en las inscripciones de Delos la cantidad de nombres puramente romanos.

Los recaudadores se ocupaban también de grandes operaciones comerciales, porque los impuestos tomados a las provincias (diezmos) eran a veces en especie y había que convertirlos en el mercado.



Un rasgo definitorio del comercio romano fué su carácter pasivo. La balanza comercial era pasiva porque las importaciones superaban a las exportaciones. Esto se explica por una serie de causas. Cuando Roma se introdujo en el comercio mediterráneo, la economía relativamente atrasada de Italia no podía sostener la competencia con la producción altamente evolucionada de muchas zonas de la cuenca mediterránea. ¿Cómo podía, por ejemplo, el mal vino italiano soportar la confrontación con el griego? Sólo en algunos rubros, como la producción metalúrgica etrusca, se trabajaba para el mercado exterior a más del interno. A esto se agregaba la gran hipertrofia del capital monetario, que daba la posibilidad de comprar las mercancías necesarias en los mercados extranjeros. Hasta un determinado momento, este hecho no representó ningún peligro para la economía ítala, ya que la pasividad de la balanza comercial estaba compensada por la importación de una gran cantidad de dinero. Pero en la época del Imperio, cuando cesaron las conquistas y cambió la política con las provincias, la pasividad de la balanza debió dar resultados negativos por la eyasión de metales preciosos y la consiguiente crisis de dinero.

*El artesanado.* — Marx y Engels han señalado más de una vez las particularidades de la economía romana de los siglos II y I a. C. En el *El Capital*, por ejemplo, leemos: “En la antigua Roma, a partir de los últimos años de la República, cuando la manufactura se encontraba aún muy por debajo del nivel medio de desarrollo del mundo antiguo, el capital mercantil, el monetario-comercial y el usurario alcanzaron el punto máximo de desarrollo dentro de los límites de la forma antigua”<sup>103</sup>.

En efecto, en la industria itálica prevalecía el pequeño artesanado. El mejor ejemplo de ello es Pompeya, con sus talleres enanos. La gran mayoría de los artesanos estaba formada por hombres libres o libertos. El amo, si sus esclavos artesanos no estaban ocupados en la casa, por lo general los cedía en alquiler, dejándoles la libertad de rendirle lo que a ellos se les ocurriera. Los romanos ricos preferían ocuparse de ventas, especulaciones, inversiones en la agricultura, pero no en la industria. El artesanado se consideraba una ocupación no muy honorable para un romano.

---

103 C. Marx, *El Capital*, tomo III.

Este rasgo típico de la economía romana se explica, en primer lugar, por el carácter agrícola de Italia, donde una gran cantidad de esclavos era absorbida por la agricultura, y además por otra circunstancia. Los grandes cambios en la economía itálica se precipitan a comienzos del siglo II. Entonces el pequeño artesanado libre era muy fuerte. Las conquistas enriquecieron a Roma y la libraron de la necesidad de desarrollar la industria, ya que los romanos tenían la posibilidad de adquirir las mercaderías en las mismas provincias en las que se procuraban el dinero. De ahí que la industria se estabilizara al nivel en que se encontraba en el siglo II, es decir al nivel del pequeño artesanado libre. La industria no rendía mucho y el capital se canalizaba hacia aquellas ramas de la economía que daban mayores ganancias, como el comercio o los contratos con el Estado, o que garantizasen una entrada segura y, para los representantes romanos, decorosa como la agricultura.

*Los caballeros y el nuevo movimiento democrático.* — Los cambios que se produjeron en el siglo II en la economía itálica no pudieron dejar de reflejarse en la estructura de la sociedad romana. Ya hemos hablado de un fenómeno en este campo, de la formación del subproletariado. Otro fenómeno, no menos importante, fué la formación de la clase de los caballeros (*equites*).

La palabra *equites* tiene una larga historia. Al principio, como ya sabemos, las 18 centurias de caballeros formaban la caballería romana. Se los elegía entre la gente más rica de la primera categoría de poseedores, aunque eran considerados fuera de las clases. Como el servicio en la caballería costaba muy caro, el Estado ayudaba a los caballeros con un subsidio consistente en una suma para la compra de un caballo y una asignación para su mantenimiento (*aes hordiarum* u *hordeum*). Más tarde, tal vez en el siglo IV, junto a estos "caballeros con caballo del Estado" (*equites equo publico*) aparecieron "caballeros con caballo privado" (*equites equo privato*). Se trataba de la juventud rica que servía en la caballería costeándose los gastos y no formaba parte de las centurias de caballeros.

Desde la segunda mitad del siglo III los caballeros romanos empezaron a transformarse de formación militar en una nueva categoría social (*ordo equester*). Dejaron de prestar servicio en la caballería, que ahora se reclutaba entre los aliados, y sólo

proporcionaron altos oficiales para la infantería (*tribuni militum*) y para la caballería (*praefecti sociorum*). Aproximadamente en la misma época se introdujo el censo para los caballeros, fijado en medida diez veces mayor que el de la primera clase, es decir en 1.000.000 de ases o 400.000 sextercios<sup>104</sup>.

La ley de Claudio del 218 constituyó un importante paso posterior en el camino de la diferenciación de la categoría de los caballeros, ya que, impidiendo a los senadores ocuparse de comercio, los aislaba en calidad de grupo agrario. Gracias a esto, el comercio, los contratos y en general los asuntos financieros pasaron a manos de los caballeros, que se convirtieron en la aristocracia romana del dinero. Aparecieron también diferencias en las costumbres: en el 194 los senadores obtuvieron el derecho a sentarse en el teatro delante de los caballeros; éstos empezaron a llevar, como señal distintiva, un anillo de oro en la mano derecha y la túnica con una angosta estría roja sobre el pecho, mientras los senadores llevaban una estría más ancha.

La ley judicial de Cayo Graco, que daba a los caballeros el derecho a ser "consejeros jurados" aumentó más aún la diferencia entre las dos categorías en el aspecto político. Bajo Augusto este proceso de diferenciación se completó con la introducción del censo para los senadores, fijado en un millón de sextercios, mientras que para los caballeros permanecía en el nivel primitivo, es decir 400.000 sextercios. Pero en la época del Imperio, como veremos luego, los caballeros perdieron su carácter de aristocracia del dinero.

De este modo, la clase de los grandes propietarios de esclavos se dividió en el siglo II en dos fracciones: la agraria y la mercantil. La primera poseía las tierras y por medio del senado y de las magistraturas gobernaba la República; la segunda decidía en el campo de las finanzas, pero estaba privada de reales poderes políticos. Con esto se explica por qué los caballeros se encontraron en oposición al senado y constituyeron el ala derecha del nuevo movimiento democrático.

El nuevo partido democrático era bien distinto del viejo partido democrático campesino de los siglos V al III. Si bien es cierto que el núcleo principal estaba constituido aún por campesinos, se trataba ahora de pobres y proletarios de aldea. En la derecha estaban los caballeros, aliados de no fiar, prontos a

---

<sup>104</sup> Hasta el 217, 1 sextercio equivalió a 2 ases y medio; luego, a 4 ases.

traicionar en el momento decisivo y pasarse al campo enemigo. Pero gracias a su riqueza y su organización, a veces los caballeros encabezaban el movimiento democrático. A los campesinos se unían los pobres de la ciudad, los pequeños artesanos y comerciantes, los proletarios y todo el nutrido grupo del subproletariado desclasado. Si bien el ala ciudadana de los democráticos se encontraba en muchos puntos de acuerdo con los campesinos, tenía también algunos intereses específicos que a veces fueron causa de disensiones en las filas del frente democrático.

*Exasperación de los conflictos sociales.* — Hacia mediados del siglo II, los conflictos sociales en el Estado romano alcanzaron una gran agudización. El conflicto fundamental era el que surgía entre esclavos y propietarios. A fines de la primera y más importante serie de conquistas romanas, resultó que se concentraron en Italia, en Sicilia, en Asia Menor y en otros territorios del Mediterráneo, enormes masas de esclavos, provenientes sobre todo de los prisioneros de guerra en quienes aún era muy vivo el recuerdo de la libertad perdida y muy grande la imposibilidad de soportar la situación en que venían a encontrarse repentinamente. Era éste un material incendiario listo para estallar a la mínima chispa.

El segundo contraste importante, aunque no de carácter antagonico, era el que surgía entre propietarios de esclavos con fortuna y propietarios sin fortuna. Entre estos últimos hay que recordar el heterogéneo conjunto de pobres y de proletarios, empezando por los campesinos que morían de hambre en sus minúsculas parcelas y terminando por los subproletarios urbanos. Estos miseros hombres libres eran ciudadanos romanos, es decir formaban parte de la comunidad esclavista, eran una fracción de la clase de los propietarios de esclavos. Sin embargo su situación material los llevaba a luchar contra los ricos y por consiguiente a colocarse al lado de los esclavos.

Hay que agregar a esto el contraste entre la nobleza (senadores) y los caballeros, en general menos fundamental, pero que llegó a tener a veces una gran importancia.

Hubo finalmente otro conflicto que hizo sentir su influencia durante las guerras civiles: el existente entre los ciudadanos y los no ciudadanos (provinciales, aliados, etc.). Se trataba de una cosa muy complicada porque, tal como entre los ciudada-

nos, entre los no ciudadanos había ricos, campesinos y subproletarios, todo lo cual determinó una trama de relaciones y vinculaciones endiabladamente complicada. Pero puede decirse que existía un cierto conflicto general en la contradicción entre la comunidad dirigente romana como conjunto de explotadores y la masa de no ciudadanos que se encontraba fuera de esta organización privilegiada.

*Las guerras civiles y su división en periodos.* — Los romanos usaban el término “guerra civil” con distinto sentido del que nosotros le damos. Con él indicaban, en el preciso significado de la palabra, sólo la lucha armada entre los ciudadanos romanos. Así por ejemplo: la guerra entre Mario y Sila, o la que se produjo entre César y Pompeyo, fueron guerras civiles. Pero la rebelión de los itálos en el 91 no era considerada como tal: se la llamaba “guerra social”; como tampoco eran consideradas guerras civiles las rebeliones de los esclavos, que eran llamadas “guerras de los esclavos”. Nosotros, en cambio, utilizamos el término en su sentido más amplio y llamamos guerra civil a cualquier lucha de clases que haya asumido el carácter de contienda armada. También para la historia romana adoptaremos nuestra acepción del término “guerra civil”<sup>105</sup>.

¿Cuáles fueron entonces las guerras civiles de Roma? ¿Cómo definir en términos histórico-científicos marxistas todo ese conjunto de agudos conflictos sociales que se prolongó durante más de cien años y llevó a la caída de la República? En la historiografía contemporánea las guerras civiles de los siglos II y I se indican con el nombre de “revolución”. En la concepción marxista-leninista este término debe comprender los siguientes puntos fundamentales (independientemente del hecho que la revolución logre o no sus objetivos): rebelión armada, conquista del poder político y cambio de los métodos de producción. A estas tres características hay que agregar también otra circunstancia: una revolución no puede tener lugar cuando el sistema social contra el cual se dirige se encuentra en el período de desarrollo o en su apogeo. La revolución, en la acepción precisa del término, puede comenzar sólo una vez que han madurado las premisas objetivas y subjetivas de la caída de una

<sup>105</sup> Por otra parte, Apiano ya usa la expresión con su sentido moderno.

determinada formación económico-social, es decir cuando ésta se encuentra en el estado de su decadencia. De modo que cualquier movimiento que se produce durante el período de ascenso de una formación determinada, aun cuando tenga el carácter de una lucha armada contra el régimen existente en nombre de mejores relaciones sociales, no puede ser considerado como una revolución. Se trata en este caso de un movimiento revolucionario, pero no todavía de revolución.

Si consideramos las guerras civiles de este período desde este punto de vista, veremos que falta en ellas la cuarta característica de una revolución, pues tuvieron lugar en la época del apogeo del sistema esclavista romano. Por eso, aún dejando de lado la delicada cuestión de ver en qué medida estaban presentes en estas guerras los tres primeros elementos, no tenemos motivos para llamarlas "revolución". Sólo se puede hablar de una verdadera revolución a fines del imperio, cuando los esclavos y los colonos, junto con los conquistadores bárbaros, pusieron fin a la antigua sociedad.

Las guerras civiles de los siglos II y I fueron un poderoso movimiento revolucionario dirigido contra todo el sistema de relaciones político-sociales que se había venido formando en el siglo II. Fueron rebeliones de esclavos contra los amos, movimientos de los campesinos para obtener la tierra, rebeliones de itálos y provinciales para la obtención de derechos políticos, luchas entre caballeros y senadores por el poder. Todos estos movimientos revolucionarios no pudieron desarrollarse como revoluciones y fueron reprimidos. Como consecuencia se produjo el paso a un nuevo sistema político: el del Imperio.

La división en períodos de las guerras civiles se puede establecer considerando el hecho de que no surgieron sucesivamente ininterrumpidas, sino que fueron separadas por períodos más o menos largos de reacción. Se las puede resumir en algunas manifestaciones agudas del movimiento revolucionario que abrazaban cada vez una parte considerable de los dominios romanos. De estas grandes crisis revolucionarias hubo cuatro.

La primera se produjo en los años comprendidos entre el 140 y el 120. Con ella se vinculan: la primera rebelión de los esclavos en Sicilia; la rebelión de los esclavos y los pobres en Asia Menor y en muchas otras localidades; y finalmente, el movimiento de los Gracos.

A la primera crisis siguió un período de reacción que duró aproximadamente 15 años. A fines del siglo II estalló la segunda crisis: nuevas rebeliones de esclavos en Sicilia y otras zonas, que se produjeron contemporáneamente con el ataque de los bárbaros a los límites septentrionales de Italia, y agudas manifestaciones del movimiento revolucionario democrático en la misma Roma.

A la reacción de los años comprendidos entre el 100 y el 90 siguió una nueva explosión del movimiento revolucionario: la guerra social, la rebelión de las provincias orientales y la lucha entre la aristocracia y la democracia en Italia.

La dictadura de Sila (82-78) marca un breve período de reacción, tras el cual tuvo lugar la grandiosa crisis del 70; la rebelión de Sertorio en España y la de los esclavos itálicos comandados por Espartaco. Éste fué el punto culminante de la oleada revolucionaria. Luego el movimiento se extinguió gradualmente, dando origen a la lucha por la dictadura entre las fracciones de la clase propietaria y los personajes individuales (César y Pompeyo, Octavio y Antonio).

## CAPÍTULO XIX

### LAS PRIMERAS REBELIONES DE ESCLAVOS

*La rebelión de Sicilia.* — Ya los comienzos del siglo II fueron agitados. En el 199 se descubrió en los alrededores de Roma un gran complot de rehenes cartagineses que trataban de sublevar a los esclavos en Sezze y en las ciudades vecinas. Las autoridades romanas lograron tomar conocimiento gracias a la traición de dos esclavos. Dos años después hubo un motín de esclavos en Etruria, reprimido con la fuerza de las armas. En los años 186 y 185 se manifestó un fuerte movimiento de esclavos en Apulia y en Calabria. Sin embargo, recién en la segunda mitad del siglo se crearon las condiciones para un movimiento que excedió ampliamente los límites de las conspiraciones locales para asumir el carácter de una vasta rebelión. Estas condiciones se formaron en uno de los centros más importantes del esclavismo, Sicilia.

Ya desde tiempo atrás Sicilia se presentaba como el país clásico de la esclavitud, que había tenido su ambiente más adecuado en el prolongado estado de guerra. Hacia mediados del siglo II, los esclavos concentrados en la isla alcanzaron a una enorme cantidad.

“Los esclavos que había en Sicilia eran tan numerosos —dice Diodoro— que quien sentía hablar de ello no lo creía, pensando que debía tratarse de una exageración” (fragmentos de los libros XXXIV y XXXV).

Los pocos campesinos que aún quedaban arrastraban una mísera existencia. La gran cantidad de esclavos les marcaba un régimen de vida extraordinariamente duro. Un detalle curioso de las costumbres sicilianas es que los amos no se



preocupaban excesivamente de la alimentación y del vestido de los propios esclavos, dejándolos libres de procurárselo por sí mismos, lo que significaba dejarlos libres de cometer pillajes en los caminos.

Una vez el gran propietario Damófilo, a quien nuestras fuentes consideran culpable de la primera rebelión, recibió a algunos esclavos desnudos que se le presentaron rogándole les proporcionara vestidos. El esclavista no quiso discutir: "¿Acaso los viandantes que caminan desnudos por la comarca no son fuente de aprovisionamiento para quienes carecen de vestidos?" Tras lo cual hizo apalea a los esclavos y los echó. (Diodoro, fragmentos de los libros XXXIV y XXXV).

Las autoridades romanas, temerosas del poderío de los esclavistas, no tomaban ninguna medida seria para reprimir los robos, y ésto creó en la isla una situación extraordinariamente alarmante y tensa, dentro de la cual se fueron acumulando las premisas de la rebelión. Hay que señalar también que, según parece, una parte muy considerable de los esclavos sicilianos provenía de Siria. Euno, el jefe de la rebelión, era un sirio de Apamea. Siria de la misma ciudad era también su esposa. Los romanos lograron apoderarse de Tauromenio por la traición de un esclavo sirio. Euno llamaba a los esclavos rebeldes con el nombre de "sirios", etc. En Sicilia, pues, se había descuidado una de las reglas fundamentales para el antiguo propietario de esclavos: la de no tener reunidos a los esclavos de una misma tribu <sup>106</sup>.

La cronología de la primera rebelión siciliana no puede establecerse con precisión. El período más probable a que se le puede hacer remontar es desde al año 136 al 132 <sup>107</sup>. El foco principal de la rebelión fué la ciudad de Enna, de la que Estrabón dice:

"En el centro de Sicilia está Enna, situada sobre una colina y rodeada de amplias llanuras cultivables" (VI, 272).

En los alrededores de la ciudad se encontraban las ricas villas de los grandes terratenientes, poseedores también de casas en la misma ciudad. La rebelión fué precedida por un período

<sup>106</sup> Platón, *Leyes*, VI, 777 C.

<sup>107</sup> Algunos historiadores marcan la iniciación de la rebelión en el 135, otros en el 138.

bastante largo de preparación, durante el cual —dice Diodoro— los esclavos, “reuniéndose entre ellos en los momentos más oportunos, comenzaron a hablar de la traición hacia sus propios amos” (fragmentos de los libros XXXIV y XXXV). Durante la preparación, Euno, esclavo doméstico de uno de los ciudadanos, desarrolló una gran actividad. Euno gozaba de mucha influencia sobre sus compañeros de tribu por su capacidad para interpretar los sueños y “prever” el futuro. A veces recurría a medios bastante ingenuos para producir impresión sobre quienes lo escuchaban, como el de esconderse en la boca dos mitades de cáscara de nuez con una brasa envuelta en hojas, para poder soplar llamas en el momento oportuno. Con estos artificios Euno aumentó su reputación de profeta y taumaturgo. Según parece, tenía un cierto conocimiento de los cultos sirios, especialmente del de la “Madre de los dioses”. Antes de la rebelión dijo que la diosa siria se le había aparecido prediciéndole que sería rey.

Los iniciadores de la rebelión fueron los esclavos del rico propietario Damófilo que, junto con su esposa Megálida, se distinguía por su crueldad, excesiva aún entre los esclavistas sicilianos. Después de haber recibido la bendición de Euno, alrededor de 400 esclavos agrícolas se reunieron en las inmediaciones de la ciudad, donde hicieron sacrificios propiciatorios jurándose fidelidad recíproca. Luego penetraron de noche en la ciudad, comandados por Euno, “que respiraba fuego”, y comenzó la masacre de los amos. El odio de clase, reprimido durante mucho tiempo, se manifestó en las formas más agudas: casi toda la población libre fué muerta. Por orden expresa de Euno, se perdonó la vida a los armeros, que, encerrados en prisión, debían preparar armas para los revoltosos. También algunos esclavistas que eran famosos por el trato humano que tenían para con sus esclavos, fueron dejados vivos. Entre éstos la propia hija de Damófilo, una muchacha bondadosa que siempre había tenido piedad de los esclavos y buscaba, dentro de sus posibilidades, la forma de ayudarlos; se la hizo custodiar por un guardia fiel y fué entregada ilesa a unos parientes en Catania.

Después de haber conquistado el poder en la ciudad y haberse vengado de sus verdugos, los revoltosos se reunieron en el teatro. Damófilo y Megálida, capturados en su jardín

suburbano, fueron conducidos allí. A Damófilo se le dió muerte instantáneamente y Megálida fué entregada a sus ex doncellas para que se vengaran. En esta reunión Euno fué elegido rey con el nombre de Antíoco y se lo invistió de todos los atributos de la autoridad real: corona, corte, etc. La esposa de Euno fué hecha reina. Euno organizó un consejo eligiendo los esclavos que más se distinguían por su inteligencia: entre éstos se contaba el griego Aqueo, que en tres días fué capaz de organizar entre los esclavos una unidad armada de más de 6 mil hombres.

Es significativo el hecho de que los esclavos rebeldes no crearon ninguna nueva forma de autoridad estatal, sino que se limitaron a adoptar el sistema de la monarquía helénica oriental que les era ya conocido. El nombre mismo de Antíoco, dado a Euno, estaba muy difundido en la dinastía de los Seléucidas.

El eco de la rebelión resonó en otras partes de Sicilia. Cerca de Agrigento se formó otro centro importante del movimiento, comandado por un ex pirata de Cilicia, Cleón. Después de haber ocupado Agrigento y todo el territorio adyacente, Cleón, con un escuadrón de esclavos de 5.000 hombres, se sometió voluntariamente a Euno, convirtiéndose en su ayudante y en el jefe militar. De este modo, las esperanzas que alimentaban los esclavistas de que se produjera una guerra entre los mismos rebeldes por rivalidad de poder, se desvanecieron.

Las fuerzas reunidas de los rebeldes derrotaron a un ejército romano de 8.000 hombres al mando del pretor Lucio Ipseo. Este hecho provocó una extensión del movimiento. Según Diodoro, el número de rebeldes alcanzó a los 200.000. Casi todas las ciudades importantes de las regiones centrales y orientales de la isla, Enna, Agrigento, Tauromenio, Messina, Catania y tal vez la misma Siracusa, cayeron en manos de los esclavos. Varios pretores romanos fueron derrotados.

Fué así que se formó en Sicilia un Estado de esclavos, apoyado sobre numerosas fuerzas armadas. El grado de organización que alcanzó está demostrado por el hecho de que Euno Antíoco hizo acuñar monedas con su propio nombre y con el título de rey. Infortunadamente, nuestras fuentes no nos permiten presentar un cuadro de las nuevas relaciones sociales surgidas en los territorios dominados por la rebelión. Sólo una

breve nota de Diodoro da la posibilidad de alzar ligeramente el telón:

"Lo más notable de todo esto —dice— es que los esclavos rebeldes, preocupándose sabiamente por el futuro, no incendiaron las pequeñas villas y no destruyeron ni las cosas ni las provisiones conservadas en ellas y no molestaron a aquéllos que continuaban ocupándose del trabajo de los campos, mientras que el populacho impulsado por la envidia, que se confundió con los esclavos, se lanzó sobre las aldeas y no sólo saqueó las propiedades, sino que también quemó las villas" (fragmentos de los libros XXXIV y XXXV).

De este hecho puede deducirse que sólo las grandes propiedades esclavistas fueron destruidas. Las pequeñas propiedades de los campesinos y de los arrendatarios se libraron de esta suerte. Los esclavos se comportaron con sensatez en lo referente a las fuerzas productivas del país y no quisieron atraer sobre sí la reacción de la población trabajadora de la isla. Completamente distinta fué la conducta del subproletariado urbano, que se sumó a la rebelión con sus acciones anárquicas, produciendo sólo perjuicios a la causa de los esclavos.

La situación en la isla se volvió tan amenazadora que el gobierno romano se vió obligado a tomar medidas extraordinarias, sobre todo por cuanto el ejemplo de Sicilia se presentaba como contagioso, puesto que fomentaba movimientos de esclavos también en otras regiones del Estado. Los ejércitos consulares fueron enviados a la isla rebelde. Pero el cónsul del 134, C. Fulvio Flaco, no tuvo ningún éxito. Su sucesor, Calpurnio Pisón, cónsul del 133, logró acercarse hasta los muros de Enna, pero tampoco obtuvo ningún triunfo y al año siguiente vemos al cónsul Publio Rupilio poner sitio a Tauromenio. Un año después cayó Numancia y las fuerzas romanas de que entonces se pudo disponer fueron enviadas a Sicilia.

Los esclavos se defendieron con un valor extraordinario. Los romanos lograron conquistar Tauromenio sólo después de un largo sitio, cuando los sitiados fueron reducidos al límite extremo de sus propias fuerzas. "Después de haber empezado a comerse los niños —cuenta Diodoro— pasaron a las mujeres y terminaron comiéndose entre ellos mismos" (fragmentos de los libros XXXIV y XXXV). Pero aún en estas condiciones, Tauromenio sólo fué conquistada gracias a la traición de un esclavo,

A Enna le correspondió un destino análogo. Rupilio rodeó la ciudad, reduciendo al extremo a los sitiados. Cleón hizo una salida con una pequeña unidad y murió después de heroica lucha, cubierto de heridas. Euno cayó vivo en manos de los enemigos y luego murió en la cárcel. Después de haber conquistado Enna Rupilio "barrió" la isla entera con pequeñas brigadas selectas, eliminando los restos de rebeldes y bandidos.

*Ecos de la rebelión de Sicilia.* — La rebelión de los esclavos en Sicilia marcó el comienzo de una serie de rebeliones en Italia y en Grecia. No disponemos de ningún dato que nos permita afirmar que los rebeldes sicilianos tuvieran vinculaciones organizadas con el exterior, pero tampoco tenemos bases para poder negar tales posibilidades. A primera vista no existe en esta suposición nada de verosímil, pero de cualquier modo es exacto que las noticias de una gran rebelión en Sicilia se difundieron rápidamente en todo el mundo greco-romano y determinaron una correspondiente reacción de los esclavos de aquellas localidades donde el terreno era ya suficientemente favorable. Orosio <sup>108</sup> compara la rebelión siciliana a una mecha ardiente que hizo brotar incendios en varias localidades. Diodoro (fragmentos de los libros XXXIV y XXXV) habla de un complot de 150 esclavos en Roma, de un movimiento en el Atica en que tomaron parte más de 1.000 esclavos, de movimientos en Delos y en otras localidades. Orosio informa que en Minturno 450 esclavos fueron crucificados y que en Sinuessa <sup>109</sup> estalló una gran rebelión de 4.000 esclavos, que requirió, para su represión, la adopción de medidas militares. En las minas atenienses una rebelión de esclavos fué reprimida por el estratego Heráclito. En Delos fué posible desbaratar "un movimiento de esclavos enorgullecidos por la rebelión reciente" <sup>110</sup> gracias a la vigilancia de los ciudadanos.

*La rebelión de Aristónico.* — El movimiento más importante de los que se vinculan con los acontecimientos de Sicilia, no sólo cronológicamente, sino también por una cierta analogía,

<sup>108</sup> *Contra los paganos*, V, 9, 5.

<sup>109</sup> Minturno, ciudad del Lacio meridional no lejos de Campania; Sinuessa, al sur de Minturno, sobre el límite de Campania.

<sup>110</sup> Orosio, *Ibid.* Evidentemente se trata de una referencia a una rebelión de mediados del siglo II, que nosotros desconocemos.

fué la rebelión de Aristónico, que tuvo lugar en el 132-130 en el Asia Menor. En el reino de Pérgamo existía una situación muy alarmante. En el 133 había muerto de insolación el rey Atalo III (138-133). Era éste un bastardo cruel que había impuesto a la corte un despotismo oriental. Para librarse de los consejos de los amigos del padre, Eumenes II, que lo fastidiaban, una vez los invitó a todos al palacio, y cuando estuvieron reunidos los hizo masacrar por sus mercenarios, ordenando inmediatamente después que se matara también a sus esposas e hijos. En su aislamiento, Atalo se entretenía modelando cera y se ocupaba de jardinería, cultivando plantas venenosas. Expuso la teoría sobre los venenos en obras científicas, al tiempo que los probaba eficazmente en la práctica sobre sus prójimos. A su muerte, Atalo dejó en testamento el reino de Pérgamo al pueblo romano.

Se ha tratado de explicar en distintos modos este extraño testamento: con la misantropía de Atalo, que odiaba al prójimo y especialmente a sus súbditos; con el reconocimiento de hecho del dominio de Roma y la situación sin salida en que estaba el reino. Es posible que haya en estas explicaciones algo de verdad; pero hay que agregarles además una circunstancia esencial. A la muerte de Atalo y en consecuencia de las noticias provenientes de Sicilia, el reino de Pérgamo distaba muchísimo del estado de tranquilidad: los esclavos se agitaban, el descontento de los pobres de la ciudad y de la población campesina crecía. Prueba de ello es que las autoridades ciudadanas de Pérgamo, a la muerte del rey, concedieron el derecho de ciudadanía a aquellas categorías de personas que hasta ese momento no gozaban de él, incluyendo entre otros a los mercenarios, y mejoraron también la situación legal de los esclavos. evidentemente se trataba de medidas tendientes a frenar el inminente movimiento revolucionario. Desde este punto de vista, la cesión del reino hecha por Atalo a favor de Roma, tal vez representa una tentativa original de lucha contra el movimiento revolucionario. Conocemos ejemplos análogos en la historia de otros Estados helénicos de la época<sup>111</sup>.

Cuando Roma tomó conocimiento del testamento de Atalo,

---

<sup>111</sup> Por ejemplo, la entrega de Cirenea a Roma en el testamento de Tolomeo (177) y en el 75 la de Bitinia en el testamento de Nicomedes III.

fué enviada a Pérgamo una comisión de 5 miembros para tomar posesión de la herencia. Pero su llegada (parece ser que a comienzos del 132) sólo consiguió precipitar los acontecimientos. Aristónico, hijo de Eumenes II y de una cortesana de Efeso, se declaró aspirante al trono de Pérgamo. Apoyándose en los elementos descontentos, conquistó el poder en la pequeña ciudad costera de Leuce (entre Esmirna y Focea) pero, según Estrabón, "derrotado por los efeios en una batalla naval en Cumas, huyó de Leuce a las regiones interiores, donde logró muy pronto recoger a una gran cantidad de desheredados y esclavos, a los que llamó a luchar por la libertad" (XIV, 646).

El movimiento alcanzó amplias proporciones. Las ciudades griegas de Tiatira y Apolónida fueron conquistadas; la oleada revolucionaria se extendió hacia el sur hasta Halicarnaso; los tracios del otro lado del Helesponto intervinieron en apoyo de los esclavos del Asia Menor, entre los cuales había muchos compatriotas suyos.

Conocemos muy mal la base ideológica del movimiento de Aristónico, pero está demostrado que la hubo por el hecho de que el filósofo estoico Blossio de Cumas, amigo de Tiberio Graco, y que tenía sus mismos sentimientos, una vez muerto este último, se sumó al rebelde. Cuando luego Aristónico cayó en manos de los romanos, Blossio se suicidó. A más de esto, según Estrabón, "Aristónico llamaba a sus partidarios heliopolitas"<sup>112</sup> (XVI, 646). Conociendo la importancia del culto de la divinidad solar en Asia y en Siria, se puede suponer que el movimiento tuviera un programa social utopista, embellecido al mismo tiempo por motivos religiosos. "El Estado del Sol" debía ser el reino de la libertad y la igualdad donde no existirían ni ricos ni pobres, ni esclavos ni esclavistas.

Pero hay que establecer en qué medida el mismo Aristónico era sincero al agitar este programa social: es posible que sus utopías sociales no fueran sino un medio para atraerse las masas y explotarlas para el logro de sus ambiciones personales, en primer lugar la conquista del trono. Pero tampoco debe excluirse la posibilidad de que Aristónico, en cambio, tratara de conquistar el poder para promover amplias reformas en la organización estatal, dentro del espíritu de las utopías popu-

---

<sup>112</sup> Ciudadanos del Estado del Sol,

lares helénicas. La llegada de Blosio a su lado habla más bien en favor de esta segunda hipótesis.

En el movimiento Aristónico se nota aún un hecho característico: la participación de estratos de población libre fué, según parece, mucho mayor que en otros casos análogos. Esto se explica por el carácter no sólo social, sino también "nacional" antirromano del movimiento, lo que atrajo a su lado no sólo a los esclavos y a los pobres, sino también a los estratos medios.

El Senado envió al Asia Menor al cónsul del 131, Publio Licinio Craso, con grandes fuerzas. Los romanos fueron apoyados por el rey del Ponto, el de Bitinia, el de Capadocia y el de Paflagonia. Aristónico fué sitiado en Leuce, pero una salida feliz de los sitiados lo obligó a retirarse. Craso cayó prisionero y fué muerto.

Llegó entonces al Asia Menor el sucesor de Craso, el cónsul del 130 Marco Perpena. Con su llegada cambiaron las cosas. Derrotado en una gran batalla, Aristónico se retiró a Estratonicea en Caria, donde fué sitiado por Perpena y obligado por el hambre a rendirse. Los últimos focos de rebelión fueron dominados por el cónsul del 129, Manio Aquilio (Perpena había muerto en Pérgamo inmediatamente después de su victoria sobre Aristónico).

Asistido por una comisión senatorial, Aquilio se ocupó de la organización del Asia Menor. El reino de Pérgamo fué transformado en provincia de Asia; sus territorios orientales fueron entregados como premio a los reyes aliados (se dice que el cónsul y los miembros de la comisión fueron corrompidos por aquéllos). Luego estas concesiones fueron anuladas.

La nueva provincia, rica y avanzada, tuvo una gran importancia en la vida de Roma. Fué la primera en convertirse en área de la actividad de los recaudadores romanos (por la ley de C. Graco). y fué un importante punto de apoyo estratégico para el dominio romano en Oriente. Pero por otra parte continuó siendo un foco de sentimientos y movimientos anti-romanos, el más importante de los cuales fué la rebelión de los años 88-85 (ver cap. XXII).



## CAPÍTULO XX

### EL MOVIMIENTO DE LOS GRACOS

*Tiberio Graco.*— Entre los sucesos de Sicilia y Asia Menor y ese complejo movimiento que se identifica con el nombre de los Gracos, existe una estrecha ligazón. Es lógico que no sólo fué la rebelión de los esclavos lo que obligó a T. Graco a plantear el proyecto de renovación de la clase campesina. La conciencia del peligro representado por la concentración de gentes sin derechos y cruelmente explotadas fué el motivo evidente que lo impulsó a dar una forma definitiva a su proyecto de ley agraria.

El movimiento de los Gracos se originó por causas tanto de orden económico como político. En el plano político era una manifestación de la lucha del nuevo partido democrático contra la nobleza, por el poder y por la democratización de la sociedad romana. En el plano económico expresaba el arraigo a la tierra, de los enardecidos estratos campesinos romanos e itálicos. Por último, la ideología del movimiento se inspiraba en gran parte en las opiniones conservadoras y utopistas de una cierta parte de la nobleza que, por medio de la reforma agraria, trataba de detener el desarrollo de la esclavitud y hacer renacer la antigua clase de los campesinos, que había sido la base principal del poderío militar romano.

Estas ideas, aun cuando bajo formas extremadamente cautas, eran cultivadas por el llamado "círculo de los Escipiones", compuesto por Escipión y sus amigos, por Lelio el joven, por el historiador Polibio, por el estoico Panecio y por otros; pero, según parece, sólo se mantuvieron en el nivel de discusiones teóricas. La tentativa de su realización práctica fué hecha por

otro grupo de la nobleza, al principio ligado a los Escipiones: el grupo de los Gracos.

La estirpe de los Sempronios pertenecía a las viejas estirpes nobles de origen plebeyo. Ya más de una vez hemos hablado, en las páginas que preceden, del padre de los futuros reformadores, Tiberio Sempronio Graco, que recorrió toda la escala de la jerarquía romana hasta los más altos cargos. Lo hemos visto tribuno de la plebe<sup>113</sup>, pretor, cónsul (dos veces), censor. Tiberio se casó con Cornelia, hija de Escipión el Africano. Del matrimonio nacieron 12 hijos, de los cuales sólo quedaron vivos dos varones, Tiberio y Cayo, y una hija, Sempronía, que luego casó con Escipión Emiliano.

Cornelia quedó viuda relativamente pronto. Para comprender la notoriedad y el respeto de que gozaba esta famosa mujer, basta con decir que Tolomeo IV había pedido su mano. Pero ella no quiso volver a casarse y prefirió dedicar toda su vida a la educación de los hijos. Éstos recibieron una magnífica instrucción griega y tuvieron como maestros al rector Diófanos de Metilene y al filósofo Blossio de Cumas.

Siendo aún un muchacho, Tiberio tomó parte en la 3ª guerra púnica, formando parte del séquito de su cuñado Escipión Emiliano. La proximidad al grupo de los Escipiones (en África acompañaban a Escipión, Cayo Lelio y Polibio) no podía dejar de influir sobre la formación de las opiniones políticas del joven y es muy probable que sea en esta circunstancia donde hay que buscar uno de los embriones de la idea de la reforma agraria. Frente a los muros de Cartago el joven Graco demostró un gran valor y se ganó una amplia popularidad en el ejército. En este período Tiberio se casó con la hija del *princeps* del senado, Apio Claudio.

En el 137 encontramos a Tiberio en calidad de cuestor en el ejército de Mancino, durante el sitio de Numancia. En la negativa del senado a reconocer el tratado, que en realidad había sido obra de Tiberio (que sólo gracias a sus amistades pudo escapar a la suerte de Mancino), tuvo su primer choque con la oligarquía senatorial. Así pudo convencerse en la práctica de la imperfección del mecanismo estatal romano y de la depravación de la camarilla dirigente.

---

113 En el 184. Entonces defendió ardientemente a los Escipiones.

Tomando en consideración lo que dice Plutarco<sup>114</sup>, el viaje a España produjo en Tiberio otra impresión, más que reforzó su decisión de modificar el estado de cosas existente. Pasando a través de Etruria, vió una zona que se había despojado, donde en lugar de campesinos libres trabajaban "extranjeros y bárbaros".

En el verano del 134, Tiberio presentó su candidatura a tribuno de la plebe para el 135. Las elecciones fueron acompañadas por una apasionada agitación en torno a la reforma agraria:

"Más que cualquier otra cosa —dice Plutarco— se manifestaron en las elecciones las tendencias ambiciosas y la decisión de actuar del pueblo romano que, con inscripciones sobre los pórticos, los muros y los monumentos, invitaba a Tiberio a quitar a los ricos las tierras del Estado para redistribuirlas a los pobres".

Tiberio, que ya desde hacía tiempo se había pronunciado a favor de las reformas, fué elegido por unanimidad.

Al asumir su cargo el 10 de diciembre del 134, Tiberio presentó inmediatamente su proyecto de reforma agraria. Ya se había formado a su alrededor un pequeño grupo de sostenedores, provenientes de la nobleza, entre los que se contaba también su suegro Apio Claudio. En la redacción del proyecto colaboraron los juristas más famosos de la época: Publio Mucia Escévola y Publio Licinio Craso.

En la agitación que se desarrolló a favor de su iniciativa, Tiberio partía de la tesis fundamental del grupo de los Escipiones, es decir el renacer del poderío militar romano:

"El objetivo de Craso —dice Apiano— más que crear la felicidad de los pobres, era obtener en sus personas una fuerza bélica eficiente para el Estado<sup>115</sup>.

El discurso que pronunció antes de la votación no se aparta, en lo fundamental, de los límites de esta tesis conservadora<sup>116</sup>. Pero el movimiento popular de masas, que se inició con la ley agraria, arrastró a Tiberio y lo forzó a ir mucho más lejos. El fragmento que de uno de sus discursos da Plutarco,

<sup>114</sup> *Tiberio Graco*, VIII.

<sup>115</sup> *Las guerras civiles*, I, 2.

<sup>116</sup> *Ibid.*

refleja el sentimiento sincero de un democrático defensor de los desheredados:

"Hasta las fieras de la selva tienen su cubil y las cavernas en las que pueden resguardarse; en cambio, los hombres que combaten y mueren por Italia no poseen nada fuera del aire y la luz. Privados de techo, van vagabundeando con la mujer y los hijos. Los comandantes engañan a los soldados cuando en los campos de batalla los incitan a combatir para defender de los enemigos sus tumbas y sus lares; mienten, porque la mayoría de los romanos no tiene ni altar paterno ni tumba de antepasados. Sólo tienen el nombre de amos del mundo, pero deben morir por el lujo de los otros sin poder llamar suyo un pedazo de tierra"<sup>117</sup>.

El proyecto de ley de Tiberio no nos ha llegado textualmente, pero el contenido puede establecerse en sus líneas generales.

El primer punto era una ampliación de la vieja ley de Licinio y Sextio. A cada propietario de tierra estatal (*ager publicus*) se le permitía mantener como propiedad 500 yugadas; si tenía hijos, se le concedían además, por cada hijo, 250 yugadas, con la limitación de que cada familia no podía poseer más de 1.000 yugadas (250 hectáreas) de tierra estatal.

El segundo punto establecía que la tierra estatal restante debía ser restituida al dominio público, que se ocuparía de redistribuirla en pequeñas parcelas (verosíblemente de 30 yugadas)<sup>118</sup> a los ciudadanos pobres, en arriendo hereditario. Según Apiano (I, 10) estas parcelas no podían ser vendidas, circunstancia ésta esencial, porque de ese modo Tiberio esperaba evitar una nueva proletarización del sector campesino.

Finalmente, el tercer punto del proyecto preveía la formación de una comisión de tres personas con plenos poderes, que debía encargarse de la realización de la reforma agraria (*triumviri agris iudicandos adsignandis*). La comisión tenía que ser elegida por la asamblea popular por un año, con el derecho de reelección para sus miembros.

Dado que falta el texto de la ley y son escasas las noticias que tenemos del movimiento de los Gracos, no es posible aclarar una serie de detalles sustanciales. Tal por ejemplo la cuestión de la redacción del proyecto,

<sup>117</sup> *Tiberio Graco*, IX.

<sup>118</sup> Es probable que en el texto de la ley no se indicaran las dimensiones de las parcelas, que se definieron durante el proceso de distribución.

que en un primer momento habría sido menos dura con respecto a los propietarios y luego más severa <sup>119</sup>. Como tampoco es posible establecer si todo el *ager publicus* estaba comprendido en los alcances de la ley o si había excepciones. Igualmente no está claro cuáles eran las categorías que gozaban del derecho a recibir las parcelas de tierra estatal: si sólo los ciudadanos romanos, o también algunos sectores de itálos.

El proyecto de ley agraria afectaba, antes que nada, los intereses de los grandes propietarios de tierra estatal. Pero su carácter radical debía espantar también a aquellos círculos de la nobleza que, en general, estaban de acuerdo con la reforma agraria, pero con una reforma moderada (grupo de los Escipiones). Por estas razones una gran mayoría del senado se opuso a la *rogatio* de Tiberio.

La lucha había comenzado. La nobleza recurrió a la intersección de los tribunos para minar el proyecto. Entre los colegas de Tiberio había un tal Marco Octavio, amigo personal suyo, pero, al mismo tiempo, gran propietario de tierras estatales. Fué el hombre elegido por los enemigos de la reforma como instrumento para su política. Después de algunas indecisiones, Octavio opuso a la ley su veto de tribuno.

Tiberio no logró convencer a Octavio y decidió entonces aprovechar a su vez de sus atribuciones como tribuno para derrotar a la oposición. Por empezar, prohibió a los magistrados ocuparse de los asuntos de estado hasta el día en que el proyecto de ley no fuese puesto a votación. Cuando luego vió que esto no daba resultado, puso centinelas en el templo de Saturno, donde estaba custodiado el tesoro estatal, y de ese modo detuvo todo el mecanismo gubernativo <sup>120</sup>.

La atmósfera se volvía cada vez más densa. Tiberio, temiendo atentados contra su persona, empezó a salir armado. Cuando los comicios tribales fueron convocados, Octavio protestó por segunda vez y poco faltó para que se llegara a un choque abierto. Pero Tiberio hizo aún una última tentativa desesperada de concluir las cosas por vía pacífica. Convencidos por algunas personas, los tribunos de la plebe se dirigieron al Senado, que justamente en ese momento se encontraba reuni-

---

<sup>119</sup> Plutarco, *Tiberio Graco*, X.

<sup>120</sup> Algunos historiadores contemporáneos niegan estos hechos por considerarlos una invención de la tradición enemiga de los Gracos.

do, para someter a su consideración el problema que se discutía. Sin embargo Tiberio sólo recibió befas e insultos... Entonces, dirigiéndose al pueblo, declaró que al día siguiente convocaría a nuevos comicios en los cuales preguntaría si "un tribuno de la plebe que no se condujese de acuerdo con los intereses del pueblo, debía continuar en su puesto" <sup>121</sup>.

De este modo, la lógica de los acontecimientos obligaba a Tiberio a abandonar los métodos legales de lucha y a colocarse en un camino revolucionario.

Pero teóricamente éste no era un camino revolucionario. La idea de la superioridad del pueblo, en nombre de la cual quería actuar Tiberio, no era extraña a la constitución romana. En la práctica, por el contrario, la teoría de la soberanía popular casi no se aplicaba. Tiberio Graco fué el primero que trató de hacerlo, y en esto consiste el significado revolucionario de su actividad política <sup>122</sup>.

Cuando al día siguiente volvieron a reunirse las tribus, Tiberio trató una vez más de convencer a Octavio de que retirara su veto, y recién después de su negativa, puso a votación la cuestión que lo afectaba personalmente. Las 35 tribus respondieron unánimemente que quien actuaba contra el pueblo no podía continuar siendo tribuno de la plebe; Octavio fué destituido y se eligió a otra persona en lugar suyo.

Después de esto, el proyecto fué aprobado sin más dificultades y en esa misma reunión adquirió fuerza de ley <sup>123</sup>. Fueron elegidos triunviros el propio Tiberio, su suegro Apio Claudio y su hermano Cayo, que se encontraba en España frente a Numancia. Esta composición de la comisión agraria tenía como finalidad garantizar su eficiencia, pero naturalmente provocó nuevas acusaciones por parte de los enemigos de la reforma.

A la comisión se le presentaron, desde la iniciación de sus actividades, grandes dificultades. En muchos casos era casi imposible establecer cuáles eran las tierras de propiedad del Estado y cuáles las particulares. Sus poseedores se habían acos-

<sup>121</sup> Apiano, I, 12.

<sup>122</sup> La teoría de la soberanía popular está expuesta por Tiberio en un discurso recogido por Plutarco (*Tiberio Graco*, XV).

<sup>123</sup> *Lex Sempronia*.

tumbrado tanto a la idea de que el Estado nunca cuestionaría sus derechos al *ager publicus*, que habían invertido en las tierras ocupadas sus capitales, las habían transmitido en herencia, habían construido muros cercándolas, etc. Además, todos trataban por cualquier medio de demostrar que la tierra era de su propiedad privada. No por eso la comisión dejó de trabajar enérgicamente, apoyada por las masas populares, y aplicó en todo momento sus derechos dictatoriales.

Pero surgió una nueva dificultad. La ley agraria hablaba sólo de la división de las tierras entre los ciudadanos pobres y no preveía la entrega de una determinada suma de dinero para la compra de los instrumentos, las semillas, etc., cosa que era absolutamente necesaria, ya que de lo contrario toda la reforma habría sido inoperante. Precisamente en el verano del 133 se conoció en Roma el testamento de Atalo II. Según la práctica constitucional, el Senado quería recibir la herencia del rey de Pérgamo, pero Tiberio propuso a la asamblea popular usar los tesoros de Atalo para dar subsidios a los nuevos propietarios<sup>124</sup> y al mismo tiempo declaró que la cuestión de decidir el comportamiento hacia las ciudades del reino de Pérgamo no era de competencia del Senado, sino del pueblo.

Se trataba de una nueva proclamación de la teoría de la soberanía popular y, al mismo tiempo, de un nuevo desafío al Senado. Desde ese momento, los ataques contra Tiberio por parte de los círculos reaccionarios alcanzaron su punto culminante. Se lo acusó de querer convertirse en rey y no se dejó de recurrir a las calumnias más necias, como por ejemplo que le traerían de Pérgamo el manto de púrpura y la diadema de Atalo... como homenaje al futuro rey de Roma.

Mientras tanto, parece ser que Tiberio lanzaba nuevos proyectos de reformas democráticas: la disminución del período de servicio militar, el derecho de apelación al pueblo contra las sentencias judiciales, el nombramiento en los colegios judiciales de un número de caballeros igual al de los senadores y tal vez también la concesión de los derechos de ciudadanía a los aliados y a los latinos. Todas estas reformas fueron luego

---

<sup>124</sup> Según otra variante de la tradición (Livio, Orosio), los tesoros de Atalo debían dividirse entre los ciudadanos a quienes no habían alcanzado las tierras. La primera versión, sin embargo, parece más verosímil.

retomadas y en parte realizadas por Cayo Graco. En cambio Tiberio no logró llevarlas a cabo.

Se acercaba la fecha de las elecciones para los tribunos de la plebe del 132. Para el éxito de la reforma era muy importante que Tiberio fuese reelecto. Por eso en el verano del 133 presentó de nuevo su candidatura. Esto dió nuevos pretextos para acusarlo de tendencia a la tiranía <sup>125</sup>. La nobleza decidió desencadenar contra Tiberio la batalla decisiva. A una de las asambleas los aristócratas se presentaron con una gran multitud de clientes y la hicieron fracasar: la reunión fué postergada para el día siguiente. Desde la mañana los partidarios de Tiberio ocuparon la plaza en el Capitolio, donde debían desarrollarse los comicios. Los nobles trataron de nuevo de impedir la asamblea; pero se produjo un choque y fueron expulsados de la plaza. Al mismo tiempo se reunía, también en el Capitolio, en el templo de la diosa *Fides*, el Senado. En medio del gran tumulto de la asamblea popular, en un momento en que ni siquiera era posible oír las palabras de los oradores, Tiberio indicó, con un gesto de la mano, su cabeza. Con ese gesto quería decir que estaba amenazado por un peligro mortal, pero sus enemigos informaron inmediatamente al Senado que el tribuno había pedido para sí la corona de rey. El pontífice máximo Escipión Nasica, seguido por el conjunto de los senadores y por una multitud de clientes, se arrojó sobre la plaza en donde estaba reunida la asamblea popular y atacó a los democráticos. En ese encuentro Tiberio y 300 de sus partidarios fueron muertos y sus cuerpos arrojados al Tíber durante la noche.

*Reacción y nuevo resurgimiento.* — Empezó una violenta

---

<sup>125</sup> El derecho a ocupar por dos veces consecutivas el cargo de tribuno de la plebe era discutido. Aunque, como ya hemos dicho (ver pág. 113 vol. I), existía el plebiscito de Genucio del 342 (no totalmente verosímil) que prohibía presentar la candidatura a un cargo si no habían transcurrido 10 años de la elección anterior, en la práctica esta norma fué violada más de una vez (pág. 101). Además, el plebiscito de Genucio sólo se refería a los magistrados, y los tribunos de la plebe no lo eran exactamente. En efecto, en la historia de la lucha entre patricios y plebeyos, ya hemos visto que más de una vez fueron reelectos los tribunos de la plebe. Sin embargo, dejando de lado las consideraciones jurídicas, el hecho de que Tiberio presentara su propia candidatura por segunda vez, ofreció a la nobleza un excelente pretexto para desencadenar el ataque final.



reacción. El poder cayó en manos de los más extremados reaccionarios, que empezaron a vengarse cruelmente de sus adversarios. Por disposición del Senado se formaron comisiones especiales para actuar contra los partidarios de Tiberio. Algunos de sus amigos fueron arrojados al exilio, otros condenados. Entre estos últimos estaba también el rector Diófanes de Metilene, maestro de Tiberio. Un tal Caya Bilio, según lo que narra Plutarco <sup>126</sup>, fué encerrado en un tonel con serpientes. Bloasio consiguió huir a ponerse junto a Aristónico.

Sin embargo la reacción tuvo carácter político y no fué de larga duración. No se atrevió a cambiar la ley agraria. La comisión de los triunviros continuó su trabajo, y en lugar de Tiberio se eligió a Publio Licinio Craso, sugro del más joven de los Gracos y partidario de la reforma, que en el 131 fué también elegido cónsul y enviado a Asia Menor para reprimir la rebelión de Aristónico. Es significativo el hecho de que en la votación Escipión Emiliano, que había presentado su candidatura en rivalidad con la de Craso, sólo obtuvo los votos de dos tribus. ¡Sólo de dos!

El enfriamiento del pueblo para con su favorito se debió a la actitud de Escipión hacia la ley agraria. En otro tiempo partidario de ella, se había convertido en uno de sus enemigos en cuanto la reforma tomó formas más concretas. Cuenta Plutarco <sup>127</sup> que cuando Escipión, que aún se encontraba en Numancia, supo de la muerte de Tiberio, citó el verso de Homero:

"Que así muera quien haga una cosa semejante".

Luego Escipión se expresó favorablemente, en la asamblea popular, sobre la actividad de su cuñado.

El pueblo se irritó en tal forma con la muerte de Tiberio, que el principal culpable del hecho, Escipión Nasica, fué obligado a abandonar Roma y a radicarse en Asia Menor, donde murió poco después.

Licinio Craso murió en la lucha contra Aristónico y, más o menos en el mismo período, terminó sus días también Appio Claudio. En su lugar el pueblo eligió a los democráticos Marco

---

<sup>126</sup> *Tiberio Graco*, XX.

<sup>127</sup> *Tiberio Graco*, XXI.

Fulvio Flaco y Cayo Papirio Carbón. Cayo Graco seguía siendo el tercer miembro.

Las dificultades de la reforma aumentaban a medida que la disponibilidad de tierras sobre cuya pertenencia al Estado no existían dudas se iba agotando, y la división afectaba cada vez más a aquellas parcelas cuyo título jurídico estaba en discusión. El descontento y la oposición de los poseedores aumentaba y la comisión se empezó a encontrar ante casos extremadamente difíciles que originaban discusiones interminables. Dificultades muy especiales se presentaban en los casos de propietarios pertenecientes a los aliados itálos, puesto que al estar éstos vinculados a Roma por tratados especiales, la confiscación de sus tierras podía en muchos casos infringir tales tratados.

En el 129 Escipión Emiliano intervino en defensa de los propietarios itálos y logró obtener del Senado que se desconociera a los triunviros el derecho a decidir sobre la pertenencia de las tierras y se transfiriera en cambio ese derecho al cónsul, Cayo Sempronio Tuditano. Luego, como el cónsul partiera para una expedición a Iliria, Escipión interrumpió con este pretexto el examen de los trámites en discusión. La actividad de los triunviros fué así detenida en la práctica y el pueblo se indignó fuertemente contra Escipión, pensando que tuviera intención de abolir por completo la reforma agraria.

Hasta aquí la explicación tradicional de los acontecimientos del 129, basada exclusivamente en Apiano (I, 19), ya que los otros historiadores los silencian. Sin embargo la explicación de Apiano hace surgir una serie de dudas. En primer lugar, no se comprende cómo el derecho a resolver los casos en discusión, otorgados a los tribunos por decisión de la asamblea popular, pudo haberles sido quitado por una simple disposición del senado. Además, las informaciones de Apiano sobre una presunta interrupción de la actividad de los triunviros se presentan en contradicción con otros datos. Según Livio (fragmentos de los libros LIX y LX) el número de los ciudadanos romanos inscritos en las listas censales aumentó, en el lapso entre el 131 y el 125, de 318.823 a 394.736. ¿Cómo hubiera sido esto posible si la actividad de los triunviros se habría interrumpido después del 129? Los historiadores contemporáneos tratan de explicar esta contradicción con diversas hipótesis. Se supone, por ejemplo, que en el censo del 131 se inscribieron en las listas, como de costumbre, sólo los propietarios, mientras que en el 125 se agregaron también los proletarios, cosa que explicaría el gran aumento del número de ciudadanos. Otra suposición parece más digna de crédito. El senado tenía derecho a intervenir porque la cuestión se refería a los aliados, es decir entraba en el

campo de las relaciones internacionales, que era de su competencia. Por este motivo se habría trasladado al cónsul el derecho de dirimir sólo las cuestiones que se referían a los aliados, mientras que la comisión habría continuado ocupándose de los trámites de los ciudadanos. En el período entre el 131 y el 125, el trabajo de los triunviros habría sido particularmente enérgico, con lo que quedaría explicado el aumento del número de ciudadanos inscritos en el censo.

Poco tiempo después, Escipión fué encontrado muerto en su lecho. El día antes aún estaba sano y se preparaba para pronunciar un discurso en la asamblea popular. Durante la noche había puesto a su lado la tablilla encerada en la que pensaba escribir un resumen del discurso del día siguiente. Sobre su cadáver no se descubrió ningún signo de violencia. Esta muerte misteriosa suscitó en Roma los más variados comentarios: algunos acusaban a los democráticos, otros afirmaban que Escipión había sido envenenado por la mujer, Sempronias, con quien andaba en malas relaciones, ayudada por Cornelia, que quería impedir la abolición de la ley agraria; otros pensaban en un suicidio; otros, finalmente, admitían la muerte natural. Las investigaciones sobre el hecho fueron interrumpidas porque, según Plutarco<sup>123</sup>, el pueblo temía que en el delito estuvieran implicados democráticos conocidos, especialmente Cayo Graco. Sin embargo es muy probable que la interrupción se haya producido al comprobar el carácter natural de la muerte de Escipión. Éste ya no era joven y la muerte pudo haber sobrevenido a causa de un ataque cardíaco o una embolia sanguínea.

La reforma agraria estuvo, como hemos visto, estrechamente vinculada al problema del otorgamiento de los derechos de ciudadanía a los itálos. Esta vinculación era doble: por una parte sólo la categoría de ciudadano daba derecho a la posesión de las parcelas; por otra, para suavizar el descontento de los propietarios itálos, se les concedían derechos de ciudadanía. Justamente es éste el punto subrayado por Apiano (I, 21).

Como quiera que haya sido, en las comunidades itálas los ánimos no estaban tranquilos. Se acercaba el censo del 125 y en Roma se habían concentrado muchos ciudadanos, atraídos por los rumores sobre una posible extensión de los derechos

---

<sup>123</sup> *Cayo Graco*, X.

de ciudadanía. Pero el Senado y una parte considerable de los ciudadanos, que no deseaba compartir sus propios privilegios, eran contrarios a cualquier concesión en este campo. Por eso el tribuno de la plebe del 126, Marco Junio Penno, pudo llegar hasta proponer que fueran alejados de Roma todos los no ciudadanos. No sabemos si luego esta medida fué aplicada. De cualquier modo, también esta propuesta tuvo consecuencias sobre la lucha desencadenada por la cuestión de la ciudadanía.

En el 125 ascendió al consulado Fulvio Flaco, miembro de la comisión agraria y uno de los jefes del partido democrático. Propuso conceder los derechos de ciudadanía a los itálos y dar a quienes por uno u otro motivo no desearan convertirse en ciudadanos romanos, el derecho de apelar ante la asamblea popular contra las acciones de los magistrados. La proposición de Fulvio Flaco no tuvo éxito, por culpa de la oposición del Senado, y probablemente también por oposición de la asamblea popular.

La no aprobación del proyecto de ley de Flaco provocó una oleada de rebelión entre las comunidades latinas y aliadas. En la colonia latina de Fregelle, floreciente ciudad del valle del Liri, estalló una revuelta. El gobierno romano impidió una difusión ulterior del movimiento con medidas severas y rápidas: Fregelle fué tomada y destruída por el pretor Lucio Opimio.

*Cayo Graco.* — En medio de esta tensa situación, Cayo Graco hizo su entrada en la escena política. Nueve años más joven que el hermano, hasta el 124 no había tenido gran participación en la vida política, exceptuando su calidad de miembro de la comisión agraria. Pasando por la habitual escala jerárquica, Cayo había participado en muchas campañas de guerra y había servido particularmente al mando de Escipión Emiliano durante la guerra con Numancia. Precisamente en ese período había sido elegido miembro de la comisión agraria. A la muerte de su hermano, también él se encontraba ausente de Roma.

En el 126 encontramos a Cayo Graco en Cerdeña como cuestor, servicio que prestó allí durante dos años. Tratando de mantenerlo lo más alejado de Roma que fuera posible, el Senado quería dejarlo en Cerdeña también un tercer año.

Pero Cayo volvió a Roma por su propia iniciativa, y por esta razón fué sometido al juicio de los censores. Logró rehabilitarse por completo; sin embargo sus enemigos no se calmaron y lo acusaron de cumplir actividades tendientes a hacer rebelar a los aliados. Cayo logró rechazar también esta acusación. En el 124, exactamente 10 años después del nombramiento de su hermano, presentó su candidatura a tribuno de la plebe para el 123.

Cayo Graco gozaba en aquel tiempo de una enorme popularidad. Según Plutarco<sup>120</sup>, en las elecciones se reunió una cantidad tan grande de gente de todas partes de Italia, que muchos no pudieron encontrar alojamiento en la ciudad, y el Foro no lograba contener a la multitud de los electores. Los presentes no eran sólo amigos, ya que Cayo, por el número de los votos recibidos, se clasificó sólo en el cuarto puesto.

Cayo Graco fué un hombre eminente. Sus brillantes cualidades naturales se habían desarrollado más aún gracias a la educación recibida en Cornelia y a la dura disciplina que él mismo sabía imponerse. Su extraordinaria oratoria arrastraba a las masas; su ardiente voluntad y su decisión no conocían límites. La multiforme actividad de Cayo Graco, que supo poner sobre el tapete los problemas más importantes de la época reuniéndolos en un todo único, nos permite considerarlo como uno de los más grandes hombres políticos de la antigüedad.

Cayo Graco asumió el cargo de tribuno de la plebe el 10 de diciembre del 124. A partir de ese día y durante dos años, se dedicó con extraordinaria energía a las tareas que tenía por delante. Desgraciadamente, la tradición no nos ha transmitido sobre él más de lo que nos ha dado sobre Tiberio. En realidad, nada preciso sabemos ni sobre el contenido de las medidas que tomó, si sobre su sucesión cronológica. Nuestras fuentes son muy inadecuadas en lo referente a la actividad de Cayo: no nos proporcionan casi ningún dato fuera del nombre con que surgieron las distintas leyes, confunden su orden de sucesión y se contradicen una con la otra. Por este motivo la historia de los dos años de tribunado de Cayo Graco (123 y 122) puede apenas reconstruirse en sus líneas generales.

---

<sup>120</sup> *Cayo Graco*, III.

La actividad de Cayo fué hasta cierto punto, la continuación de la emprendida por Tiberio, y se limitó a los objetivos planteados pero no alcanzados por el hermano. Pero aún en aquellos puntos en que el joven siguió formalmente las huellas del hermano, fué tan lejos, más allá de los primitivos límites de la reforma, y puso en ella tanta originalidad que en verdad debemos considerar su actividad como totalmente independiente y como la etapa más importante del movimiento de los años del 140 al 120.

Tres grandes problemas exigían solución en ese período: la cuestión agraria, la democratización de la estructura política y la extensión de los derechos de ciudadanía a los itálos. Todas las medidas de Cayo Graco obedecieron a estos objetivos fundamentales.

Según parece, ya en los comienzos de su primer tribunalado, Cayo promovió una ley con fuerza retroactiva dirigida contra la actividad de las comisiones judiciales especiales creadas como represalia contra los partidarios de Tiberio. Según esta ley, el magistrado (presidente de la comisión) que hubiera condenado a la muerte o al exilio a un ciudadano romano, debía ser sometido él mismo al juicio del pueblo.

Las medidas más importantes tomadas durante el primer tribunalado fueron tres leyes: la ley agraria, la ley sobre el trigo y la ley judicial. La ley agraria (*lex agraria*), según todos los indicios, repetía en lo esencial la del 133 con algunos agregados complementarios y algunas mejoras y restauraba en su antigua amplitud la actividad de los triunviros agrarios.

El contenido de la ley sobre el trigo (*lex frumentaria*), que probablemente fué anterior aún a la agraria, tampoco está muy claro. Siempre queda en discusión si establecía vender el trigo de los almacenes del Estado a un precio inferior al del mercado. En un fragmento del libro I.X de Livio se dice que el precio del trigo del Estado había sido fijado en 6 ases y un tercio por moyo (1,15 dólar) pero esta cifra no dice nada, porque no sabemos cuál era, en aquel tiempo, el precio del trigo en el mercado. Según algunos el precio de 6 ases y 1/3 por moyo era mucho más bajo que el del mercado (menos de la mitad); según otros, ese precio era igual al más bajo del mercado.

La ley sobre el trigo tenía una gran importancia. Aún

cuando el precio estatal no se diferenciaba excesivamente del del mercado, la ley garantizaba a la población más pobre frente a las frecuentes oscilaciones del precio del pan. Por primera vez se introducía en Roma un control estatal de precios que tendía a aliviar la situación de los estratos pobres de la población: se ponía en práctica el principio fundamental de la polis, es decir el principio de la propiedad colectiva comunal y estatal, según el cual cada miembro de la comunidad esclavista debía tener su propia parte en las entradas del Estado.

Sin embargo la ley sobre el trigo, que reforzaba el movimiento democrático ciudadano, determinó un inconveniente opuesto. El grano destinado a la venta a precio fijo era importado de las provincias y se conservaba en los almacenes del Estado. Aparte del hecho de que esto gravaba enormemente al tesoro, la afluencia de grano barato hizo precipitar los precios en el mercado e influyó negativamente en la economía agrícola de Italia. Mucho más importante fué el hecho de que la ley sobre el trigo sirvió de punto de partida para la organización posterior de distribuciones gratuitas a la población urbana más pobre. Los continuadores de la obra de los Gracos y los demagogos de fines de la República llegaron, al último, a la distribución gratuita de pan, que fué un importante factor en la desmoralización de la masa ciudadana y en el desarrollo del subproletariado.

También en la ley judicial (*lex judiciaria*) hay muchos puntos poco claros. Esta ley se refería a la composición de las comisiones judiciales permanentes, en especial las comisiones por las causas de corrupción de los lugartenientes provinciales (*quaestio de repetundis*). En este punto la tradición no está de acuerdo. Según Livio (fragmento del libro LX) Cayo dejó los tribunales en manos del Senado, aumentando el número de senadores con 600 nuevos miembros provenientes de los caballeros. Según Plutarco<sup>130</sup>, "Cayo agregó a los senadores-jueces, que eran 300, un número igual de caballeros, formando de ese modo un tribunal mixto de 600 jueces".

Otra versión de la tradición, representada por Apiano, Cicerón, Diodoro y otros, disiente con la primera. Según estos

---

<sup>130</sup> Cayo Graco, V.

últimos, las comisiones judiciales en su mayoría fueron arrebatadas de manos de los senadores y trasferidas a los caballeros.

Probablemente pueda aclararse esta contradicción con la hipótesis siguiente, apoyada por algunos historiadores contemporáneos: Livio y Plutarco se referirían al proyecto inicial de la ley, presentado por Cayo en el primer período de su actividad, cuando aún la oposición del Senado no se había manifestado abiertamente, y Cayo pensaba que podría limitarse a una reforma relativamente moderada; pero después de haber tropezado con la franca hostilidad de la nobleza (ver más adelante) habría dado a la ley judicial un carácter más radical.

No sabemos si la ley se refería a todas las comisiones permanentes o sólo a las encargadas de la *quaestio de repetundis*. De cualquier modo, justamente esta última tenía la mayor importancia política. Quitándola de manos de la nobleza, Cayo pensaba poner fin a todos los abusos que cometían los magistrados provinciales, seguros de no ser castigados mientras los tribunales se encontraran en manos de sus compañeros de clase. Con la trasmisión de los poderes judiciales a los caballeros, en cambio, se establecía un control real sobre su actividad. De este modo, la ley judicial representó un grave golpe para la nobleza y aumentó considerablemente la autoridad del ala derecha democrática, es decir de los caballeros. También es cierto que, al fin de cuentas, la ley judicial no mejoró la situación de las provincias, porque a los abusos de los senadores sucedieron los aún peores debidos a la difusión del sistema de recaudadores. Pero cuando la ley fué promulgada, estas consecuencias no eran previsibles; por eso debe siempre considerársela como una de las medidas más importantes tomadas por Cayo Graco para reforzar el movimiento democrático romano.

Junto a estas medidas que hemos enumerado, hay que señalar también, en el primer año del tribunado, algunas leyes que, según parece, corresponden a ese período. Antes que nada, la ley militar (*lex militaris*). Por ella se prohibía llamar a las armas ciudadanos que no tuviesen 17 años de edad y se establecía que el equipo del soldado debía ser totalmente a cargo del Estado, sin que el gasto se le sustrajera, como sucedía hasta ese momento, del sueldo.

La ley sobre la construcción de calles (*lex de viis munien-*



ella) era una consecuencia directa de todo el sistema de las otras medidas. La organización de vías de comunicación cómodas tenía una gran importancia para el transporte del cereal a Roma y estaba en el interés de los campesinos y los caballeros. En base a esta ley se emprendieron grandes trabajos en los que participaron muchos obreros y empresarios. Cayo Graco dirigía todas las obras, creando con esto un nuevo motivo de descontento en la aristocracia, porque de ese modo intervenía en la esfera de competencia del Senado y los censores.

La ley sobre las provincias consulares (*lex de provinciis consularibus*) establecía un sistema más democrático para la subdivisión de las provincias entre los cónsules que entraban en funciones. Antes las provincias eran distribuidas por el senado después de la elección de los cónsules, lo que daba la posibilidad de adjudicar las mejores a los "propios hombres". Según la nueva ley, las provincias, en cambio, debían ser adjudicadas antes de la elección.

La realización de las reformas requería grandes recursos financieros para la compra del trigo, la construcción de los almacenes del Estado y las calles, etc. Se hacía pues necesario aumentar las entradas estatales. Esta circunstancia tuvo, según parece, una importancia decisiva para la aplicación de una nueva medida, que estaba destinada a convertirse en un factor fatal en la historia de las provincias romanas. A propuesta de Cayo, en la nueva provincia de Asia, formada por el ex reino de Pérgamo, se introdujo el diezmo (ver pág. 33) y se empezó a contratar la recaudación (*lex Sempronia de provincia Asia*).

El diezmo en sí mismo no constituía una novedad, como tampoco no lo era el nuevo sistema de contratistas; existía ya en otras provincias. La novedad consistía en la concesión de la recaudación por medio de una subasta que se hacía en Roma. Mientras en Sicilia y en Cerdeña la recaudación del diezmo de las entradas y de los otros impuestos se otorgaba en el lugar y las zonas adjudicadas eran pequeñas, en Asia se creó el monopolio de los recaudadores romanos y los impuestos debían ser cobrados en toda la provincia. Esto daba la posibilidad de aumentar el valor del contrato y, en consecuencia, las entradas del Estado <sup>131</sup>.

<sup>131</sup> Es posible que también aumentaran otros impuestos provinciales, como ser los aduaneros.

Pero el nuevo sistema daba vía libre al saqueo de la rica región por parte de los recaudadores romanos. El peligro era tanto más grande cuanto que la ley judicial garantizaba la impunidad completa de los recaudadores de la categoría de los caballeros. Luego la nueva práctica fué introducida también en las otras provincias.

Al promover su ley sobre la provincia de Asia, Cayo, además del aumento de las entradas estatales, perseguía también otro fin, puramente político: el de atraer cada vez más caballeros a la parte democrática.

Cuando llegó la época de las elecciones de los tribunos de la plebe para el 122, Cayo presentó de nuevo su propia candidatura y logró ser elegido sin la menor dificultad. Según parece, formalmente nada había cambiado desde los tiempos de Tiberio<sup>132</sup>. Pero Cayo gozaba de tal autoridad que el partido adversario no se arriesgó a impedir su nueva elección.

Cayo había alcanzado en ese momento la cima de su poderío y con él el movimiento democrático romano entraba en el breve período de su apogeo. Era el omnipotente tribuno de la plebe, el triunviro agrario; dirigía las grandes obras públicas, todo un ejército de empresarios y agentes dependía de él. Era un verdadero dictador; pero se trataba de una dictadura democrática, ya que ninguna medida importante se cumplía sin la aprobación de la asamblea popular, que tenía plenos poderes. El Senado y los magistrados no tenían ninguna importancia, aún cuando Cayo buscaba, en todo lo que era posible, estar de acuerdo con ellos. Según parece, las leyes más importantes del 123 fueron promulgadas precisamente en la segunda mitad del año, cuando Cayo, después de su reelección, sentía que su posición se había hecho extraordinariamente sólida.

Sin embargo el vértice de la trayectoria señala siempre el comienzo de la decadencia. Esto fué lo que pasó con la actividad del gran democrático romano. A fines del 123 o a comienzos del 122 hay dos nuevas medidas importantísimas: la

---

<sup>132</sup> La hipótesis según la cual en los intervalos de tiempo entre los tribunados de Tiberio y de Cayo se promulgó una ley especial que permitía la reelección de los tribunos de la plebe, no ha sido confirmada por ninguna de las fuentes susceptibles de ser tomadas en cuenta.

ley sobre establecimiento de colonias (*lex Sempronia de coloniis deducendis*) y el proyecto sobre la concesión de derechos de ciudadanía a los itálos.

En lo que respecta a la primera ley, su necesidad derivaba del hecho que las principales divisiones de tierra estatal estaban ya agotadas y la cuestión agraria distaba mucho de haberse resuelto. El establecimiento de nuevas colonias debía ser una medida complementaria de la reforma.

Cayo Graco fundó en Italia dos o tres colonias: una en el Brucio (Minervia), otra en el territorio de Tarento (Nepuntia) y tal vez una tercera en Capua. Pero las colonias itálas no podían resolver el problema, pues las tierras libres eran pocas. Por eso Cayo pensó en fundar una fuera de Italia y precisamente en territorio de Cartago. La novedad y el significado principal de esta idea consistía en el hecho de que, por primera vez en la historia de Roma, se promovía la formación de una especie desconocida de colonias de ultramar, fuera de Italia. La circunstancia de que el lugar en que otra vez se erigía Cartago estaba maldito no impidió a Cayo realizar su idea. La *rogatio* correspondiente fué presentada por uno de sus colegas, Rubrio, y pasó a la asamblea popular (*lex Rubria*). La nueva colonia fué llamada Junonia.

Los sitios que se eligieron para emplazar las colonias llevan a pensar que algunas no estaban destinadas a convertirse en centros agrícolas, sino más bien en centros industriales y comerciales. Evidentemente, Cayo se proponía, al fundarlas, acrecentar la influencia de los elementos democráticos ciudadanos y en general elevar el comercio y el artesanado italianos. Según Plutarco<sup>133</sup>, acogía con buena voluntad en las nuevas colonias a las personas de fortuna, cuyos capitales debían tener gran importancia para su desarrollo.

El proyecto de ley sobre derechos de ciudadanía, a semejanza del judicial, pasó probablemente por dos etapas sucesivas. En un primer tiempo era relativamente moderado y sólo se refería a los latinos, que debían recibir todos los derechos de ciudadanos romanos, pero la oposición obligó a Cayo a dar a su proyecto una forma más radical.

La ley sobre establecimiento de colonias (y en especial de

<sup>133</sup> Cayo Graco, IX.

Junonia) y el proyecto de ley sobre los latinos fueron las coyunturas que decidieron a la reacción a dar la primera batalla contra Cayo. El terreno les resultaba bastante favorable: contra las colonias de ultramar era fácil explotar la resistencia de la plebe a alejarse de Roma, y especialmente contra Junonia se podían aducir consideraciones de carácter religioso o argumentar que una colonia surgida en el lugar de Cartago podía, con el tiempo, convertirse en una competidora de Roma. En lo referente a la concesión de los derechos de ciudadanía a los latinos, sabemos que ya en el 125 una tentativa análoga de Fulvio Flaco había fracasado por la aversión que tenían los romanos a compartir con cualquier otro su posición privilegiada, y es poco probable que desde entonces ese sentimiento hubiera cambiado sustancialmente.

Para luchar contra Cayo la oposición recurrió a una hábil maniobra: se decidió oponer, a cada uno de sus proyectos, un contraproyecto de apariencia más radical, en la idea de que con este procedimiento demagógico se podría privar a Cayo de su popularidad entre la plebe ciudadana. El hombre indicado para cumplir este propósito era el colega de tribuno de Cayo, Marco Livio Druso, rico, famoso y dotado de facilidades oratorias. Su primer contraproyecto fué la proposición de fundar en Italia 12 colonias de 3.000 hombres cada una y exceptuar a sus habitantes de todo tipo de impuesto (según la ley de Cayo, los habitantes de las colonias debían pagar al Estado una pequeña contribución a título de alquiler de la tierra).

Es poco probable que el proyecto de Druso pudiera ser realizable, dado la carencia de tierras; pero el pueblo no estaba en condiciones de comprenderlo y se sintió seducido por esto. El proyecto se convirtió en ley (*lex Livia*) y si bien en la práctica no hubo tales colonias de Druso, la popularidad de Cayo se vió sensiblemente perjudicada.

En respuesta a la proposición de conceder plenos derechos a los latinos, Druso presentó una más grata a los ciudadanos: prohibir a los comandantes romanos que sometieran a los latinos a castigos corporales durante las expediciones. Este proyecto tenía una apariencia completamente democrática y sobre todo no costaba nada a la ciudadanía. Por eso fué aprobado por la asamblea popular.

En la primavera del 122 Cayo Graco, en su calidad de triunviro para el establecimiento de las colonias, fué 70 días a África en compañía de Fulvio Flaco, para la fundación de Junonia. No sabemos hasta qué punto era necesaria su presencia en el lugar. Pero como quiera que haya sido, su partida de Roma en ese momento tan tenso fué un error táctico. La ausencia de Cayo dió a sus enemigos la posibilidad de promover sin obstáculos una agitación en contra suya y reforzar paralelamente sus propias posiciones.

Después del regreso de Cayo, la lucha entró en Roma en una etapa decisiva. Cayo presentó un proyecto de ley sobre los *latos* en una forma nueva y más radical (*rogatio de sociis et nomine latino*). Los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre su contenido: algunos afirman que el proyecto concedía iguales derechos de ciudadanía tanto a los aliados como a los latinos, otros en cambio sostienen que sólo los latinos debían tener plenos derechos de ciudadanía, mientras que para los aliados se establecían derechos limitados. Aún cuando la duda no se aclare, la esencia de los hechos no cambia: el nuevo proyecto de ley era más democrático que el viejo y alcanzaba a más amplias capas de la población itálica. Luego, necesariamente, provocó una oposición mayor por parte de la ciudadanía.

Se inició la lucha. El cónsul del 122, Cayo Fannio, en otro tiempo amigo de Graco y pasado luego a la oposición, lanzó la campaña contra el proyecto de ley. El cónsul se remitía a los sentimientos egoístas de la asamblea popular, sosteniendo la tesis de que los latinos, cuando hubieran recibido los derechos de ciudadanía, habrían acaparado los mejores puestos en Roma, dejando sin nada a los ciudadanos originales... El día de la votación, Fulvio, a propuesta del Senado, hizo alejar de Roma a todos los no ciudadanos, y Cayo no pudo hacer derogar la medida. El curso posterior de los acontecimientos no está muy claro: no se sabe si Druso interpuso su veto al proyecto o si el propio Cayo, viendo la predisposición desfavorable de la asamblea popular, se decidió a retirarlo. Como quiera que haya sido, la ley no caminó.

Se trataba de una derrota para Cayo Graco y, sin duda, del fin de su carrera política. Perdió definitivamente el apoyo de las masas populares romanas y cuando en el verano del 122 volvió a proponer su candidatura a tribuno de la plebe para

el 121, se le empató. Además, en las elecciones consulares fué elegido un enemigo mortal de los Gracos, el hombre que había reprimido la rebelión de Fregelle, Lucio Opimio.

Sobre los hechos posteriores al 122 nada sabemos. Se puede suponer que ambas partes estuviesen preparándose para el encuentro decisivo, que debía producirse fuera ya del terreno constitucional.

El 10 de diciembre del 122 terminaron los poderes de tribuno de Cayo. El 1º de enero del año siguiente entraron en funciones los nuevos cónsules. Para los enemigos de Cayo había llegado el momento oportuno para provocarlo a una lucha abierta y aniquilarlo. El motivo formal fué el problema de Junonia. El tribuno de la plebe Minucio Rufo presentó una propuesta sobre la liquidación de la colonia. Paralelamente, se preparaba a la opinión pública: de África llegó la noticia de que el viento diseminaba sobre los altares las vísceras de los animales sacrificados y que los lobos desparramaban las piedras miliares, lo que fué interpretado por los augures como señal de desgracia.

La asamblea popular que debía decidir sobre la suerte de Junonia se reunió en el Capitolio. El mismo día, L. Opimio convocó al Senado. Los aristócratas, armados, ocuparon el templo de Júpiter. También los partidarios de Cayo llevaban armas. Durante la asamblea, uno de los graquianos mató a un lictor del cónsul que había lanzado palabras insultantes a los democráticos. Inmediatamente su cadáver fué llevado solemnemente a presencia del Senado que, realmente indignado por el homicidio o, lo que es más probable, simulando estarlo, decidió conferir al cónsul Opimio poderes extraordinarios para la restauración del orden<sup>134</sup>.

Durante la noche, las dos partes se prepararon para la batalla decisiva. El cónsul ordenó que los senadores armados y los caballeros con sus esclavos y clientes ocuparan el Capitolio. Cayo Graco y Fulvio Flaco se reunieron con sus partidarios. Una multitud de curiosos se había reunido en el Foro desde la noche.

<sup>134</sup> Con la fórmula *videat L. Opimius consul ne quid republica detrimenti capiat* (el cónsul L. Opimio provea a fin de que el Estado no sufra ningún daño). Fué la primera vez en la historia de Roma que se declaró el estado de sitio sin el nombramiento formal de un dictador.

A la mañana siguiente, Cayo y Fulvio fueron llamados al Senado para justificarse ante las acusaciones que se les hacían. Como única respuesta, ocuparon el Aventino con un grupo de gente armada. El hijo menor de Fulvio fué enviado al Senado para realizar tratativas, pero esta última tentativa de evitar derramamientos de sangre no dió ningún resultado. El joven Flaco fué arrestado y el cónsul Opimio ordenó a sus fuerzas armadas atacar el Aventino. La resistencia de los partidarios de Graco fué aplastada rápidamente: Flaco trató de esconderse, pero fué encontrado y se lo mató junto con su hijo primogénito. Cayo se luxó una pierna mientras trataba de dejar el Aventino; dos de sus amigos trataron de distraer a los perseguidores, para darle la posibilidad de cruzar el río, pero debieron ceder. Viendo acercarse a sus enemigos y decidido a no caer en sus manos, Cayo ordenó al esclavo que lo acompañaba que le diera muerte. El esclavo cumplió la orden del amo y luego se suicidó. Las cabezas de Cayo y de Fulvio fueron cortadas y llevadas al cónsul Opimio. Sus cadáveres fueron arrojados al río y sus bienes confiscados. En ese día y en los sucesivos, 3.000 partidarios de Cayo fueron masacrados.

*Fin de la reforma agraria. Significado histórico de los Gracos.*—Por más encono que puso desde el primer momento, la reacción no logró destruir por completo la obra de los Gracos. Las medidas y leyes más importantes promovidas por Cayo Graco habían arraigado fuertemente en la sociedad romana, pues respondían a necesidades ya maduras. Los tribunales permanecieron durante mucho tiempo en manos de los caballeros y el sistema de los contratos de recaudación recibió nuevos impulsos en la misma dirección en que lo había encaminado Cayo. Es posible que las colonias itálicas se hayan mantenido. También se sostuvo el nuevo tipo de colonias en el exterior. En Junonia, de hecho, habían quedado habitantes, aún cuando por la ley de Minucio Rufo no era considerada más una colonia (ya desde la muerte de Cayo). En el 118 se fundó una colonia en Narbona (Galia meridional, cerca de los Pirineos). También es posible que hayan perdurado muchas otras leyes de Graco de menor importancia.

La cuestión se presenta más complicada en lo referente a la reforma agraria. Volver a apoderarse de unas cuantas decenas de miles de pequeñas parcelas tomadas a la tierra estatal, era

imposible: ninguna reacción podía llegar a tanto sin correr el riesgo de una guerra civil. Pero era sí posible, sin atacar las nuevas propiedades, sino por el contrario actuando aparentemente en defensa de los nuevos propietarios, modificar la ley de tal modo que se alterara su propia esencia y llevarla así a resultados diametralmente opuestos. Esto era tanto más fácil dado que en la ley agraria existían puntos utópicos que se encontraban en contradicción con el desarrollo económico real. Por ejemplo, los artículos de la ley que prohibían la enajenación de las parcelas.

La reacción siguió pues este camino. Antes que nada, tal vez ya en el 121, fueron abolidos el arriendo hereditario y la prohibición de vender. Esto no podía suscitar la menor protesta por parte de los adjudicatarios; al contrario, estaban bien contentos de tener las manos libres. Pero con esta disposición se abría el camino nuevamente a la formación de grandes propiedades latifundistas.

"En seguida los ricos empezaron a comprar las parcelas de los pobres —dice Apiano— y a veces con este pretexto les quitaban la tierra a la fuerza. La situación de los pobres empeoró aún más" (I, 27).

Luego se disolvió la comisión agraria (probablemente en el 119). Al mismo tiempo se decretó que las tierras estatales no serían objeto de nuevas divisiones y que las parcelas de tierra estatal que, dentro de los límites de la cantidad legal, se encontraban en manos de los poseedores, pasaban a ser de su total propiedad. Sin embargo, los poseedores eran gravados con un impuesto especial que constituía un fondo destinado a ser distribuido entre el pueblo.

Finalmente, tal vez en el 111, se abolió esta última limitación a la propiedad privada. Según la ley del tribuno de la plebe Espurio Torio (*ley Thoria*)<sup>135</sup>, que derogaba la legislación anterior en la materia, todas las tierras ex estatales, independientemente del hecho que se tratara de pequeñas parcelas recibidas en virtud de la *lex Sempronia* o de grandes propiedades dentro de los límites establecidos por la misma ley (500-1.000 yugadas), eran declaradas de propiedad privada, no sujetas ni a impuestos ni a limitaciones posteriores. Se prohibía

---

<sup>135</sup> Como hemos indicado en la página 166 la paternidad y la fecha de este notable documento son muy discutidos.



en lo sucesivo a los particulares ocupar tierras estatales, las que deberían ser exclusivamente entregadas en arriendo por los censores o servir para pastoreos comunes. Para calmar a los pequeños propietarios, se estableció un nivel muy bajo para el aprovechamiento de los campos de pastoreo, consistente en 10 cabezas de ganado grande y 50 de ganado pequeño.

De este modo, el resultado final de la reforma agraria fué el triunfo total de la propiedad privada de la tierra. Las causas de este fenómeno deben buscarse no tanto en la reacción como en los fundamentos económicos. A fines del siglo II, en la época de apogeo del régimen esclavista, no era posible determinar artificialmente el nacimiento de la pequeña propiedad agrícola, y la misma vida práctica rechazaba aquellos elementos utópicos contenidos en la reforma. Los resultados históricos de la reforma fueron, hasta un cierto punto, opuestos a los objetivos que se habían propuesto los reformadores. Si bien la situación de la clase campesina mejoró durante cierto tiempo, la cuestión agraria no fué resuelta y, repetimos, no podía ser resuelta en el cuadro del sistema esclavista. Al contrario, la transformación de una parte considerable de las tierras estatales en propiedad privada, hizo el juego de las fuerzas económicas y facilitó el proceso de concentración de la tierra.

La importancia de la actividad de los hermanos Gracos en la historia de Roma fué muy grande. Sus reformas apresuraron el desarrollo de las fuerzas productivas y colaboraron con el refuerzo del régimen esclavista. Con la división de una gran parte de las tierras estatales, el trasplante de las colonias y el mejoramiento de las vías de comunicación, las reformas ayudaron al desarrollo de la propiedad privada, del comercio y de la circulación del dinero. Los Gracos plantearon el problema de la inclusión de los itálos en la ciudadanía romana y llegaron muy cerca de su solución. Sus reformas reforzaron las posiciones políticas y económicas de los caballeros, diferenciándolos definitivamente de la nobleza. En el momento en que ocuparon el poder, el movimiento democrático romano alcanzó su más alto grado de florecimiento, hasta tal punto que pudo parecer que llegaba el fin de la República oligárquica senatorial de los nobles, sustituida por una evolucionada democracia antigua, del tipo de la ateniense...

A la luz de estos hechos, la pregunta de si los Gracos eran

o no revolucionarios resulta justificada. Lógicamente, no lo fueron en el cabal sentido de la palabra, ya que no tenían intención de destruir el régimen esclavista y sustituirlo por cualquier otro régimen social distinto: al contrario, la finalidad de sus reformas era, en última instancia, reforzar el régimen esclavista. Pero al moverse contra el sistema oligárquico vigente en nombre de la democracia y saliéndose, durante su actividad política, de los límites constitucionales, actuaron, independientemente de sus intenciones subjetivas, como revolucionarios.

¿Por qué, entonces, los Gracos naufragaron y su reforma no fué llevada a cabo, trasformándose en revolución democrática? Las causas últimas deben buscarse en la debilidad del movimiento democrático itálico. Primero: como cualquier otro movimiento democrático de la antigüedad, era limitado, porque no comprendía a la masa fundamental de la población trabajadora, los esclavos. Segundo: el movimiento democrático itálico estaba trabado por profundas contradicciones internas, entre ciudadanos y no ciudadanos, entre romanos e itálicos. Justamente fué esta contradicción la que impidió al movimiento de los Gracos trasformarse en revolución democrática italiana, y también luego estos rasgos específicos del movimiento democrático itálico serían las cadenas que habrían de impedir el desarrollo de una verdadera revolución popular.

## CAPÍTULO XXI

### LA CRISIS DE FINES DEL SIGLO II

*La guerra yugurtina.* — La violenta reacción desencadenada después de la muerte de Cayo Graco fué extinguiéndose poco a poco. Aquella parte de la nobleza que tenía mayor amplitud de miras y tendencia a la conciliación se avino a un compromiso con los caballeros que, gracias a la reforma judicial, se habían apoderado de una importante fuerza política. En el espíritu de este compromiso se produjo también la liquidación de la reforma agraria, acompañada de algunas concesiones a la masa popular. Después del fuerte golpe del 121, el movimiento democrático no pudo resurgir durante mucho tiempo, por lo que se bastardeó y degeneró. Los tribunos de la plebe de ese período no fueron más allá de algunas medidas insignificantes: leyes democráticas de segundo plano o procedimientos judiciales contra las figuras más odiadas de la reacción.

Naturalmente, esta política de lo "mínimo" no podía poner fin al dominio del grupo de la nobleza que, con concesiones insignificantes a la oposición, se mantuvo sólidamente en el poder por más de 10 años. Este grupo no era grande. Estaba dirigido por algunas familias aristocráticas, en particular por la de los Cecilios Metelos. También formaba parte de él el personaje más importante de la época, Marco Emilio Escauro, casado con la hija de uno de los Metelos.

La oligarquía dirigente adoptaba una política totalmente familiar, admitiendo en el poder únicamente a los "suyos". ¡Qué diferencia entre las dos épocas! La oligarquía postgraciana sólo pensaba en el lucro y su política se distinguió por la falta absoluta de principios. El nepotismo, el grupo restrin-

gido de los que reinaban y la ausencia de un verdadero control dieron origen a una corrupción espantosa que comprendía de arriba a abajo a todo el aparato estatal; todos cometían malversaciones: desde los senadores hasta el último centurión.

Donde más se manifestó la corrupción fué en el ejército. La política exterior se conducía lánguidamente y con corrupción, y pasó por una serie de fracasos vergonzosos. En el ejército reinaba el mayor desorden. Cada año se hacía más difícil cumplir reclutamientos, por culpa de la creciente proletarización de la clase campesina. Los escuadrones no tenían nunca sus efectivos completos y los contingentes de reclutas no valían nada por su nivel político-moral. La disciplina estaba espantosamente relajada: los soldados desertaban en masa, se pasaban al enemigo, se entregaban al saqueo. Los cuadros eran aún peores. Los oficiales cometían concusiones con el enemigo y pasaban su tiempo en orgías. En los campamentos circulaban en cantidad las prostitutas, los siervos de los oficiales, los mercaderes, etc. ¡Poco cuesta imaginarse hasta qué punto este estado de cosas influía sobre la capacidad bélica del ejército romano, otrora invicto!

De esta situación, en primer lugar era responsable lógicamente la reacción. Pero no sólo ella. Las causas de la decadencia del organismo militar romano eran más profundas. La milicia ciudadana ya había tenido su momento: fundada sobre el censo de los bienes y sobre las convocatorias momentáneas, no correspondía más a las condiciones de la época. La degradación económica de los sectores medios de la ciudadanía privaba al ejército de sus contingentes fundamentales y la periodicidad del servicio no daba posibilidad de llevar el adiestramiento al nivel necesario. Las continuas guerras del siglo II requerían un ejército permanente y no una milicia ciudadana. Esta era la contradicción fundamental.

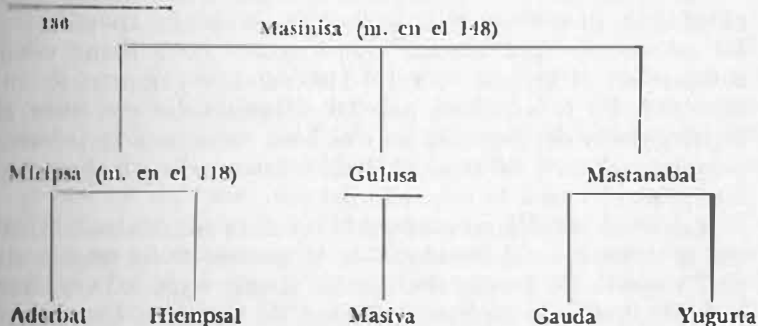
El vergonzoso sitio de Cartago y los acontecimientos frente a Numancia habían significado una señal de alarma, pero recién con la guerra yugurtina (111-105) se puso en evidencia el abismo en que se habían precipitado las organizaciones militares y estatales romanas y esto agitó la estancada atmósfera política.

La guerra con el rey nómada Yugurta sólo fué una pequeña guerra de tipo colonial, pero las circunstancias en que se des-

arrolló la trasformaron en un gran acontecimiento político e hicieron de ella el punto de partida de un nuevo brote del movimiento democrático.

Los hechos que llevaron a la guerra fueron los siguientes. En el 118 había muerto Micipsa, hijo de Masinisa, dejando como herederos a sus hijos Aderbal e Hiempsal y al nieto Yugurta <sup>136</sup>, al que había adoptado. Por disposición del testamento, el reino no debía ser dividido, y surgieron diferencias entre los hermanos. El gobierno romano, que por tradición protegía a Numidia, envió a África al cónsul del 118. Marco Porcio Catón, hijo de Catón el Censor. El cónsul dividió Numidia entre los herederos con el pretexto de la imposibilidad de lograr un acuerdo entre ellos, pero con la secreta finalidad de hacer más agudas las disensiones.

Yugurta se consideró ofendido. Era un digno nieto de Masinisa: hombre hermoso, guerrero intrépido, cazador infatigable, administrador enérgico y sabio, ídolo de los númidas, Yugurta era al mismo tiempo extraordinariamente ingenioso, cruel y artero. En el 117 Hiempsal fué muerto por orden suya. Entonces Aderbal invadió los territorios de Yugurta, pero fué derrotado y buscó refugio junto a los romanos, primero en la provincia africana y luego en Roma, donde pidió ayuda al Senado. Al mismo tiempo que él, llegaron a Roma embajadores de Yugurta con costosos regalos para los senadores influyentes (116). Se envió a Numidia una comisión senatorial dirigida por L. Opimio, el hombre que liquidó a Cayo Graco. Esta comisión repartió el reino entre los adversarios, entregan-



do a Aderbal la región oriental con la capital de Numidia, Cirta, y a Yugurta la occidental.

Yugurta se mostró en desacuerdo con la división. En el verano del 113 invadió el reino de Aderbal y puso sitio a Cirta, donde se encontraban muchos mercaderes itálos. Aderbal pidió ayuda a Roma. El Senado envió a África, una tras otra, dos comisiones (la segunda dirigida por el propio M. Emilio Escauro) que corrompidas por Yugurta regresaron a Roma sin haber resuelto nada.

El sitio de Cirta llevaba ya 15 meses de duración. Habiendo perdido Aderbal toda esperanza de ser ayudado por Roma y ante la insistencia de los itálos atormentados por el hambre, entregó la ciudad a Yugurta, con la condición de que dejara a salvo la vida de los habitantes. Pero Yugurta, con vil comportamiento, quebró la promesa. Aderbal fué crucificado y toda la población masculina de la ciudad sorprendida con las armas en la mano (incluidos los itálos) fué masacrada.

Este hecho colmó la paciencia de los romanos. Los más especialmente irritados eran los caballeros, puesto que muchos mercaderes romanos habían sido ultimados en Cirta y era evidente que Numidia se había escapado de las férreas manos de los publicanos y los usureros. En el 111, bajo la presión de los caballeros, se declaró la guerra a Yugurta. El cónsul de aquel año, L. Calpurnio Bestia, que fuera en el pasado sostenedor de los Gracos, dirigió una ofensiva victoriosa con 4 legiones. Sin embargo Yugurta, con la corrupción y pagando un tributo insignificante, logró obtener la paz, manteniendo íntegro su reino.

La indignación de los círculos democráticos romanos llegó al máximo. El tribuno de la plebe Cayo Memmio, apoyado por los caballeros, logró obtener que Yugurta fuese hecho venir a Roma en el invierno del 111-110, dándole garantías de inmunidad. En la asamblea popular Memmio dió comienzo al interrogatorio de Yugurta, pero ni bien pronunció la primera pregunta, el otro tribuno, C. Bebio, sobornado por Yugurta, interpuso el veto a la respuesta del rey.

Las cosas empezaron a adquirir un tinte escandaloso. Mientras se discutía en el Senado sobre la anulación del tratado de paz, Yugurta no perdía tiempo. En Roma vivía Masiva, que se había declarado aspirante al trono de Numidia. Una perso-

na del séquito de Yugurta mató al peligroso pretendiente y, al ser perseguido en nombre de la ley, huyó de Roma ayudado por el rey númida.

Este nuevo delito obligó al Senado a tomar la decisión de alejar a Yugurta de Roma. Se dice que cuando el rey partió se dio vuelta varias veces para mirar detrás suyo y finalmente exclamó: "¡Ciudad venal, tú misma te venderías, si encontraras un comprador!"

Las operaciones militares se reanudaron. El ejército romano en decadencia, comandado por cuadros vendidos e ineptos, no estaba en lo más mínimo a la altura de la tarea que se proponía. Los romanos fueron vergonzosamente derrotados cerca de Sutule: el ejército fué forzado a capitular y a pasar bajo el yugo: el comandante Aulo Postumio Albino concertó la paz, en la que se le impuso la condición de que las tropas romanas evacuarían por 10 años Numidia (comienzos del 109).

Los triunfos de Yugurta significaron un golpe para la autoridad romana en África y las tribus nordafricanas comenzaron a unirse en torno del rey númida para expulsar a los odiados extranjeros. En Roma reinaba una gran alarma. Se creó una comisión extraordinaria para investigar los vergonzosos acontecimientos de África. Muchas personas especialmente comprometidas fueron exiladas (entre ellas también L. Opimio). El tratado de paz concertado por Aulo Postumio con Yugurta fué anulado.

En el 109 se envió a África al cónsul Quinto Cecilio Metelo. Aunque pertenecía a la camarilla dirigente era, rara excepción, un hombre honrado y capaz. No tuvo temor de nombrar lugartenientes suyos a hombres de origen desconocido, como Cayo Mario, que había servido de simple soldado. Con la llegada de Metelo a África, la situación mejoró rápidamente. Desde el punto de vista militar, Yugurta no representaba ningún peligro para un ejército regular decente. Por eso, en cuanto Metelo restauró la disciplina, logró infligir al enemigo una derrota decisiva sobre el río Mutule y arrojar a Yugurta hacia el interior del país.

Entonces el rey númida propuso a Metelo la paz, previo pago de un tributo, pero el cónsul exigió la rendición incondicional. La guerra continuó. Los poderes de Metelo fueron prorrogados por el 108. Las operaciones militares en África,

sin embargo, se prolongaron por más tiempo, pues Yugurta, aprovechando las condiciones ambientales, había empezado las guerrillas, escapando a los encuentros abiertos. Esto provocó un nuevo descontento de los caballeros, que acusaron a los optimates<sup>137</sup>, y especialmente a Metelo, de prolongar artificialmente la guerra. La lucha de partidos se agudizó más aún cuando el Senado prorrogó los poderes de Metelo también para el 107. Entonces los populares, apoyados por los caballeros, presentaron la candidatura a cónsul de Mario.

*Mario, Sila y el fin de la guerra yugurтина.* — Cayo Mario nació a mediados del siglo II en los alrededores de la ciudad de Arpino, en la ex región de los volscos. Según parece, descendía de una acomodada familia de campesinos. Los Marios eran, por herencia, clientes de los Metelos. Cayo se había distinguido frente a Numancia, donde había servido como simple soldado. El propio Escipión había reparado en su valor y sentido de la disciplina. El apoyo de los Metelos ayudó a Mario en su carrera posterior. En el 119 era tribuno de la plebe y presentó algunas leyes de poca importancia, una de las cuales mejoraba el control sobre la votación en la asamblea popular. Esto le valió la popularidad en los círculos democráticos. Pronto se casó con una joven proveniente de la famosa estirpe Julia. Algunas especulaciones afortunadas mejoraron su posición material y lo pusieron en contacto con los círculos de caballeros. En el 115 fué pretor y luego lugarteniente en España. Cuando Metelo partió para la guerra contra Yugurta, lo nombró lugarteniente. En la batalla que terminó con la derrota de Yugurta, Mario tuvo una parte importante y se convirtió en el primer ayudante de Metelo.

Tal fué el comienzo de la carrera de Mario, a quien el bloque de caballeros y populares propuso para el cargo de cónsul en el 107. Metelo se burló cruelmente de las intenciones de su cliente de aspirar a la más alta magistratura de la República y sólo con grandes dificultades le permitió ir a las elecciones en Roma.

Durante la campaña electoral, Mario atacó violenta e injustamente a Metelo por su conducción de la guerra. No sólo

---

<sup>137</sup> En esta época se difundió la denominación de "optimates" para indicar la nobleza y de "populares" para indicar al partido del pueblo.



fué elegido por gran mayoría de votos, sino que por un decreto especial de la asamblea popular<sup>138</sup> fué encargado del comando en África. Al mismo tiempo se anuló la decisión del Senado sobre la prórroga de los poderes de Metelo.

El Senado permitió a Mario efectuar un nuevo reclutamiento con la secreta esperanza de que perdería su popularidad. Sin embargo, Mario logró superar las dificultades reclutando las tropas por medio de enrolamientos voluntarios entre los propietarios que no estaban inscritos en el censo de bienes. Se trataba de una novedad de gran importancia, que cambió fundamentalmente la composición social del ejército romano (ver más adelante).

Después de su llegada a África, Mario asumió el mando, recibéndolo de Metelo, que estaba mortalmente ofendido. Cierto es que a su llegada a Roma se tributaron a Metelo los honores del triunfo y el título de Numídico, pero todo eso distaba mucho de compensarlo de la bofetada moral que había recibido de su ex legado y cliente... En África Mario se encontró frente a las mismas dificultades que ya había experimentado Metelo: Yugurta se le escapaba de las manos, y mientras estuviese vivo este peligroso enemigo, los romanos no estarían tranquilos sobre la suerte de África. Había que destruir cualquier posibilidad de resurgimiento de la antigua Cartago.

Las circunstancias favorecieron a Mario. Yugurta tenía como aliado a su suegro, el rey de Mauritania, Bocco. Cuando la suerte empezó a cambiar, Bocco decidió traicionar a su yerno. Con este fin informó a Mario que estaba dispuesto a entregarle a Yugurta si se le enviaba a Sila ante él.

Lucio Cornelio Sila servía en el ejército de Mario como cuestor. Había nacido en el 132 y provenía de una familia noble, pero no rica. Cuando este aristócrata afeminado y magníficamente educado, ídolo de todas las damas de costumbres fáciles, llegó a África, Mario lo recibió bastante fríamente. Pero Sila se granjeó muy pronto el amor y el respeto por su brío y su valor verdaderamente excepcionales. Bocco había conocido a Sila a través de los relatos de sus embajadores que habían estado en el campamento romano. Mario vaciló mucho tiempo antes de aceptar la propuesta del rey mauritano. Los romanos

---

<sup>138</sup> A propuesta del tribuno de la plebe Cayo Manlio Mancino.

tenían fuertes razones para sospechar que Bocco tal vez hiciera un doble juego, y Mario no estaba dispuesto a poner en manos del enemigo justamente su oficial más noble, capaz y valeroso. Por fin se decidió a aceptar la propuesta de Bocco y Sila estuvo de acuerdo en asumir el peligroso encargo. Acompañado por el hijo de Bocco, Sila pasó a través del campamento de Yugurta y llegó junto al rey mauritano. Empezaron entonces largas tratativas. Bocco no acertaba a decidirse si entregar a Yugurta en manos de Sila o a Sila en manos de Yugurta... A la postre, el sobrio razonamiento y la fuerza de convicción de Sila ganaron la partida: Bocco convocó a Yugurta haciéndole saber que le entregaría al romano. El rey númida y su séquito, según lo acordado, debían llegar desarmados. Cuando llegaron al lugar convenido, un grupo de mauritanos los asaltó y, después de haber matado a sus compañeros de viaje, capturó a Yugurta, que luego fué enviado encadenado al campamento romano (comienzos del 105).

De este modo terminó la guerra yugurtina, que proporcionó gloria no sólo a Mario, sino también a Sila. En ella se originó la enemistad personal entre ambos, que luego se trasformó en odio implacable.

Cuando llegó a Roma la noticia del victorioso fin de la guerra con Yugurta y se supo que el rey númida sería conducido a Italia encadenado, Mario, aún ausente, fué elegido cónsul también para el 104, y se le destinó la provincia de Galia. En esa provincia la situación se había vuelto extremadamente peligrosa: dos ejércitos romanos habían sido destruidos casi por completo en el curso inferior del Ródano.

El 1º de enero de 104 Mario celebró el triunfo y el mismo día Yugurta fué estrangulado en la prisión como enemigo del pueblo romano. Numidia fué dividida en dos partes: la mitad occidental fué entregada a Bocco y la oriental al deficiente hermanastro de Yugurta, Gauda. Después del triunfo, Mario partió para el norte.

*Los cimbrios y los teutones. Reforma militar de Mario.*— Desde el 113 había aparecido en los confines nordoccidentales de Italia un nuevo enemigo. Se trataba de un gran reagrupamiento de tribus, cuya masa principal estaba compuesta por los cimbrios (tribu de probable origen germánico, proveniente de las orillas del mar Báltico) y comprendía

algunos elementos célticos. La imponente horda se movía con mujeres y niños y con todos los enseres domésticos y el ganado. Los carros les servían de habitación y, en caso de necesidad, de campamento atrincherado. Su organización militar y su armamento eran bastante primitivos. Agredían al enemigo en una masa compacta, y en los combates peligrosos los guerreros de las primeras filas acostumbraban atarse con sogas unos a otros. Los cimbrios impresionaban por su valor, que rayaba en el absoluto desprecio de la muerte, y por la violencia de la presión que ejercían con su masa.

En el 113 los cimbrios se habían acercado a los pasos de los Alpes nordorientales. El cónsul Cneo Papirio Carbón había marchado contra ellos con un gran ejército, ordenándoles alejarse de los territorios de las tribus de los tauriscos, amigos de Roma. Los cimbrios habían obedecido: el temor a los romanos les impedía invadir Italia. Pero Carbón, deseoso de obtener una victoria fácil, había decidido llevar a los bárbaros a una emboscada, atrayéndolos por guías locales que los conducirían a un lugar donde los romanos atacarían (cerca de la ciudad de Norcya, en la actual Carintia). Pero la perfidia de Carbón fué cruelmente castigada: los romanos sufrieron enormes pérdidas y, sólo gracias a una espantosa tormenta que impidió que prosiguiera la lucha, el ejército romano no fué destruído.

Sin embargo, después de la victoria los cimbrios no habían entrado en Italia. Dirigiéndose hacia Occidente, habían pasado el Rin, desembocando en el curso superior del Ródano. Es posible que justamente en ese período haya aparecido en el norte otra tribu germánica, los teutones, que se haya unido a los cimbrios. A Galia había sido enviado el cónsul del 109 Marco Junio Silano, que había tratado de atacar a los recién llegados, pero fué derrotado, perdiendo hasta el campamento.

Tampoco esta vez los bárbaros aprovecharon su triunfo. Recién en el 105 aparecieron sobre el curso inferior del Ródano con intención, según parece, de invadir Italia. Contra ellos actuaban dos ejércitos romanos: uno al mando del cónsul Cneo Malio Máximo, y el otro del procónsul Quinto Servilio Cepión. Los dos comandantes romanos estaban en desacuerdo: Cepión, perteneciente a una estirpe más noble, no deseaba ejecutar las órdenes de Máximo que, como cónsul, era su superior. Por

culpa de estos desacuerdos los dos ejércitos romanos fueron destruidos uno después del otro en las cercanías de la ciudad de Arausio (Orange) en el otoño del 105.

Para desgracia de los romanos, tenían que entenderse las con un enemigo cuyas acciones no siempre eran comprensibles desde el punto de vista de la estrategia común. En lugar de invadir directamente Italia, los bárbaros se habían entregado al saqueo del territorio de las tribus galas de los auvernenses. Luego los cimbrios se habían dirigido a España y los teutones a la Galia septentrional. Roma había tenido dos años de descanso.

La derrota de Arausio había dado un nuevo incremento al movimiento democrático, que se manifestó en una serie de procesos contra los culpables: Cepión, Malio y muchos otros responsables habían sido condenados. Cónsul para el 104 había sido elegido, aunque ausente, Mario, que después de haber celebrado el triunfo por la victoria sobre Yugurta, y una vez llegado al Ródano, empezó a preparar sus tropas para la lucha inminente. Con Mario había algunos oficiales ya probados, entre ellos Sila, Quinto Sertorio, futuro jefe de la rebelión española, y otros.

En este período fué llevada a término la reforma militar que Mario había iniciado desde el 108-107. Mario empezó a reclutar las tropas por medio de enrolamientos voluntarios entre los proletarios y también entre los aliados no ítalos y provinciales. Esto significó la transformación del ejército romano de milicia ciudadana en un ejército profesional que ya casi no estaba ligado a las clases productoras de la sociedad romana (naturalmente, se comprende que esto no significaba que el nuevo ejército hubiera dejado de ser una organización de clase de la sociedad esclavista en su conjunto). Este ejército tenía sus propios intereses de casta, vivía de la paga y de su parte en el botín de guerra. El comandante victorioso (*imperator*) podía conducir a un ejército así a donde le pareciera oportuno. Apoyándose en él, se convertía en una fuerza política que ya no se podía dejar de tener en cuenta. El ejército profesional sugido de la reforma de Mario de convirtió también en el principal instrumento de la caída de la República.

El nuevo principio de reclutamiento daba la posibilidad de prolongar considerablemente el periodo del servicio militar,

pues los soldados casi no estaban ya vinculados a la producción y el servicio constituía para ellos el medio principal de subsistencia<sup>130</sup>. Por este motivo el adiestramiento de cada soldado y el del ejército en general alcanzaron un nivel más elevado. Durante la permanencia sobre el Ródano, Mario hizo ejercitar sistemáticamente a sus tropas, sometiéndolas a largas marchas e instruyéndolas en los trabajos de campamento<sup>140</sup>. La herramienta del zapador se convirtió en un complemento indispensable del equipo del soldado. El armamento fué unificado: se suprimió el asta y en su reemplazo se armó a toda la infantería con el *pilum*, más moderno. La infantería ligera de los ciudadanos desapareció, sustituida por escuadrones especializados, reclutados en las provincias (por ejemplo, los arqueros de las Baleares). La caballería ciudadana también fué totalmente reemplazada por contingentes aliados o provinciales.

El cambio de la composición social del ejército y la necesidad de aumentar sus posibilidades bélicas determinaron grandes cambios también en la organización y en la formación táctica de la legión. Entró definitivamente en uso la cohorte, compuesta por tres manípulos<sup>141</sup>, lo que aumentó considerablemente la capacidad de maniobra de la legión. La vieja formación en tres líneas (astados, príncipes y triarios) fundada en el distinto grado de preparación de los soldados, no respondía ya a las necesidades, puesto que el adiestramiento era ahora casi igual para todos los soldados. La nueva formación seguía siendo sobre

---

<sup>130</sup> El ejército profesional no significaba todavía la transformación en ejército permanente en el cabal sentido de la palabra. El sistema de la milicia ciudadana siguió existiendo. A cada nueva campaña, los ciudadanos eran llamados a las armas como antes y eran licenciados al final de la guerra. En este último caso los soldados, hasta el nuevo reclutamiento, se transformaban en subproletarios. A fines de la República, como consecuencia de las ininterrumpidas guerras internas y externas, los intervalos de paz se hicieron cada vez más raros. De hecho los soldados estaban en servicio permanente. El emperador Augusto legalizó este estado de cosas pasando oficialmente de la milicia ciudadana al ejército permanente.

<sup>140</sup> Sirva como ejemplo el hecho de que el ejército de Mario cavó un canal en la desembocadura del Ródano que facilitaba las comunicaciones con Italia.

<sup>141</sup> Entre los aliados itálicos la cohorte ya existía de antes. En la infantería romana había aparecido esporádicamente antes de Mario.

tres líneas, pero formadas ahora según un principio totalmente distinto.

Generalmente (pero no como norma) se colocaban en la primera fila cuatro cohortes, y en la segunda y la tercera, tres. Los cohortes se disponían en damero. En cada cohorte los manípulos se disponían uno al lado del otro: sobre la derecha el manípulo de los triarios, al centro los príncipes, a la izquierda los astados. En el manípulo la segunda centuria formaba detrás de la primera. La fuerza normal de la legión (estando completos los efectivos) era de 6.000 hombres, la de la cohorte de 600, la del manípulo de 200 y la de la centuria de 100.

La reforma de Mario dió al ejército romano aquella organización que conservaría, en lo sustancial, durante toda esa última época de la República y en los primeros siglos del Imperio.

En el 104 y el 103 Mario fué reelegido cónsul (en el 104 de nuevo en su ausencia). En cambio su elección para el 102 no dejó de tener dificultades. Pero, caso sin precedentes, en un período en que la elección por tres años consecutivos de la misma persona (en el caso de Mario se estaba ya en la cuarta vez) no dejaba de suscitar una fuerte oposición, incluso en la asamblea popular, el influyente tribuno de la plebe del 103, Lucio Apuleyo Saturnino, logró obtener la reelección de Mario.

En el 102 los cimbrios y los teutones aparecieron de nuevo en el horizonte. Los cimbrios, al encontrar una encarnizada resistencia por parte de los celtíberos, habían abandonado España y se habían dirigido a la Galia septentrional para reunirse con los teutones. Después de haber sido rechazados por las valerosas tribus de los belgas, los jefes de los bárbaros habían decidido finalmente atacar a Italia. Con este fin se habían dividido en dos partes: los teutones debían lanzarse a través de los pasos alpinos occidentales o a lo largo de la costa ligure; los cimbrios penetrarían en Italia a través de los pasos orientales, que ya conocían por la campaña anterior.

En este tiempo, Mario se encontraba en Roma. Sabedor de la aparición del enemigo, se apresuró a regresar al Ródano. El otro cónsul del 102, Quinto Lutacio Catulo, se quedó en la Galia Cisalpina para hacer frente a los cimbrios.

Mario esperó a los teutones en un campo fuertemente atrincherado sobre el Ródano, cerca de la confluencia con el

Isère<sup>142</sup>. La localidad había sido elegida con éxito, ya que el campamento cubría los caminos tanto hacia los pasos alpinos como hacia la costa. Durante tres días los bárbaros intentaron vanamente asaltar el campamento romano, pero sólo consiguieron tener grandes pérdidas. Finalmente desistieron de las tentativas y después de haber evitado el campamento se dirigieron hacia el sur, directamente a Italia.

Mario supo contenerse y dejó pasar tranquilamente a los enemigos, que durante algunos días desfilaron frente al campamento romano lanzando gritos insultantes. Cuando los teutones se hubieron alejado, Mario levantó el campamento y a marchas forzadas, por caminos no principales, sobrepasó a la horda, que avanzaba lentamente, y alcanzó Aquae Sextiae (el actual Aix), localidad situada al norte de Masilia. De este modo, quedaba cerrado el camino para los bárbaros. Los romanos establecieron su campamento sobre la orilla opuesta de un pequeño río. La vanguardia del enemigo, constituida por la tribu de los ambronios, probablemente de origen teutón, no esperando enfrentarse con el grueso del ejército romano, atacó las posiciones de Mario y fué completamente aniquilada. Dos días después llegaron los teutones. Se emprendió una batalla prolongada y feroz: a pesar de la enorme disparidad de fuerzas (Mario no tenía más de 30-40.000 hombres), las virtudes guerreras del nuevo ejército romano le dieron una brillante victoria. No menos de 10.000 teutones fueron muertos o hechos prisioneros: ninguno logró escapar al país enemigo. Muchas mujeres teutonas se suicidaron (verano del 102).

Mientras tanto, los cimbrios ya habían penetrado en la Italia nordoriental. Catulo no había sabido detenerlos en los pasos de la montaña y se había retirado a la margen derecha del Po. Toda la Galia Traspadana había caído en manos de los bárbaros. Sin embargo, no tenían prisa por marchar hacia el sur y habían pasado el invierno del 102-101 descansando y disfrutando del suave clima, al que no estaban acostumbrados, y de las comodidades de la vida civilizada. Esto permitió a los romanos reunir sus propias fuerzas. El ejército victorioso de Mario fué trasladado al valle del Po y se reunió con el

---

<sup>142</sup> Según otras versiones, mucho más al sur, en la confluencia del Ródano con el Dracena.

de Catulo. Mario mismo, después de una breve estadia en Roma, donde fué elegido cónsul por quinta vez para el año 101, se hizo presente en el campo de operaciones.

En la llanura cerca de Vercelas, al norte del Po, tuvo lugar la batalla, en la que los romanos utilizaron ampliamente la caballería. A los cimbrios les tocó el mismo destino que habían tenido los teutones un año antes: no menos de 65.000 fueron muertos; los sobrevivientes, tomados prisioneros, llenaron los mercados de esclavos (verano del 101). Por fin Italia podía respirar libremente. Mario se convirtió en el hombre más popular de Roma. Hasta sus enemigos políticos debieron admitir que él había salvado a Roma.

*La segunda rebelión de esclavos en Sicilia.* — La segunda rebelión de esclavos en Sicilia tuvo origen en el 104. Esta fecha sugiere de inmediato que la rebelión tuviera una vinculación nada casual con el ataque de los bárbaros nórdicos en los límites de Italia. Efectivamente, en el 105 los ejércitos romanos fueron destruidos en Arausio, y al año siguiente estalló la rebelión. Por eso mismo es poco probable que se haya tratado de una coincidencia casual. Las noticias del desastre deben haber llegado a los oídos de los esclavos, haciendo renacer en ellos la esperanza de que la odiada Roma fuera derrotada por los bárbaros libres.

Nuevamente Sicilia se convirtió en el escenario de un gran movimiento que recordaba en todo a la primera rebelión. En 30 años las condiciones de la isla no habían cambiado. Aunque la destrucción de muchos latifundios durante la rebelión del 136-132 había debilitado, en un primer momento, la gran propiedad, reforzando a los arrendatarios libres, éste sólo había sido un fenómeno momentáneo. Alrededor del 104, Sicilia era nuevamente el país del más cruel esclavismo, con la única diferencia de que entre los esclavos de ese tiempo sobrevivían gloriosas tradiciones de la rebelión anterior, cosa que no existía en el 136. Naturalmente, fué por esta razón que también esta vez Sicilia fué la iniciadora de una serie de importantes movimientos de esclavos que tuvieron lugar a fines del siglo II.

Ya antes de la rebelión de Sicilia hubo en Italia algunas manifestaciones aisladas. Diodoro (fragmentos del libro XXXVI) habla del descubrimiento de un complot de algunas decenas de esclavos en Nocera. Cerca de Capua se rebelaron 200 esclavos y tuvo lugar otro movimiento de proporciones mayores. Un tal Tito Vecio, hijo de un rico caballero, loca-



mente enamorado de una hermosa esclava, se cargó de deudas para poder comprarla. Por fin, totalmente arruinado y no sabiendo cómo salir de la situación, armó 400 esclavos invitándolos a rebelarse, y se proclamó rey. Vecio logró luego reunir a su lado a más de 3.500 hombres. El movimiento empezaba a tomar proporciones peligrosas y fué sofocado sólo gracias a la traición de Apolonio, uno de los lugartenientes de Vecio.

Ya hemos hablado de la causa que determinó la segunda rebelión siciliana. Por los reclutamientos promovidos por Mario, se descubrió que una gran cantidad de aliados romanos nacidos libres se encontraban esclavos. Entonces el Senado había ordenado a los pretores controlar las listas de esclavos<sup>143</sup>. De este examen se ocupó también el pretor de Sicilia, Nerva. Sobornado o, también es posible, atemorizado por los propietarios, después de haber liberado en poco tiempo a 800 hombres, abandonó su actividad, y las esperanzas de liberación que habían empezado a tener los esclavos se transformaron en resentimiento y desesperación.

Empezaron a producirse manifestaciones de rebeldía aisladas, que pronto se transformaron en un gran movimiento. En Heraclea Minoa, en la costa occidental de la isla, 80 esclavos organizaron un complot y asesinaron a su propietario, el caballero romano Publio Clonio. Luego huyeron de la finca y se refugiaron en las montañas de los alrededores de la ciudad. Otros esclavos fueron reuniéndose con ellos. Nerva, que, según parece, no tenía fuerzas suficientes, no estuvo en condiciones de aplastar la rebelión en sus comienzos. El número de rebeldes alcanzó rápidamente a los 2.000 hombres. Nerva envió 600 soldados de la guarnición de Enna, que fueron derrotados. Muchas armas cayeron en manos de los esclavos, cuyo número aumentó a 6.000.

Había llegado el momento de crear una organización directiva. La tradición del 136 indicaba el camino. Durante una reunión general los rebeldes eligieron un consejo y proclamaron rey al esclavo Salvio, que, como lo había sido Euno, era famoso en magia. El rey tomó el nombre del usurpador sirio Trifón, que alrededor de la tercera década del siglo II había conquistado el poder en Siria.

<sup>143</sup> Esta extraordinaria liberalidad del Senado se explica sólo por la necesidad de mantener buenas relaciones con los aliados en ese momento, sino también por el temor de que se rebelaran los esclavos si invadían los bárbaros.

Salvio empezó a aplicar una táctica nueva: dividió su ejército en tres partes, nombrando un comandante para cada una, a quien ordenaba efectuar incursiones profundas en toda Sicilia, después de las cuales debían encontrarse todos en un lugar determinado cada día establecido. Esta táctica dió resultados brillantes: alrededor de Salvio se reunieron 2.000 jinetes y hasta 20.000 soldados adiestrados.

Con estas fuerzas Salvio puso sitio a Morgantia, ciudad situada en la región oriental de la isla. Nerva se hizo presente con un escuadrón de 10.000 hombres. Logró apoderarse del campamento de los esclavos, ocupados en poner sitio a la ciudad, pero al acercarse a Morgantia fue asaltado por sorpresa por los soldados apostados en altas posiciones y obligado a huir. Salvio ordenó perdonar a los enemigos que habían arrojado las armas, capturando así cerca de 4.000 prisioneros.

Pero Salvio no logró tomar Morgantia. Aunque había declarado libres a los esclavos de la ciudad, éstos prefirieron la misma promesa hecha por sus amos, y los ayudaron a rechazar el sitio. Nerva, entonces, declaró nula la promesa hecha por los propietarios de esclavos en esa ocasión y casi todos los esclavos terminaron pasándose del lado de Salvio.

Mientras sucedían estos hechos, en la región occidental de la isla surgió un segundo foco de rebelión. El esclavo cilicio Atenión, que en el pasado probablemente había sido pirata como Cleón, dirigía uno de los establecimientos de la zona. Se rebeló con 200 esclavos que se encontraban a sus órdenes. Otros se le reunieron y en 5 días Atenión había juntado a más de 1.000 hombres, que lo proclamaron rey.

Atenión estaba dotado de excelentes cualidades organizativas. Adoptó un sistema completamente nuevo. Formó un ejército, no admitiendo a todos, sino eligiendo a los hombres más aptos para el uso de las armas. A los demás, les ordenó continuar trabajando en los campos, conservando el máximo orden. De este modo, las posesiones otrora organizadas sobre la base esclavista se convirtieron en comunidades libres y tenían como función aprovisionar al ejército de esclavos de víveres y armas. Atenión declaró a los esclavos que las estrellas le habían anunciado (gozaba de fama de experto astrólogo) que él sería el rey de toda Sicilia y por lo tanto era necesario preservar el

país y las riquezas que se encontraban en él, como si fueran de su propiedad.

Estas valiosas noticias sobre la táctica de Atenión que encontramos en los fragmentos del libro XXXVI de Diodoro <sup>144</sup>, nos descubren el cuadro de nuevas relaciones sociales surgidas en los territorios cubiertos por la rebelión. Estos datos coinciden en parte con los de la primera rebelión (ver Cap. XIX).

Una vez que Atenión hubo reunido un ejército de 10.000 hombres, hizo una tentativa de sitiar a Lilibeo, pero no tuvo éxito y debió retirarse. La rebelión alcanzó su punto culminante cuando Atenión reconoció a Trifón como rey y se convirtió en su comandante supremo. También esta vez las esperanzas de los esclavistas sobre posibles disensiones entre los dos jefes rebeldes, se desvanecieron <sup>145</sup>.

Los esclavos eligieron a Triocala <sup>146</sup> como capital de su Estado. Era ésta una ciudad situada en la región sur-occidental de la isla, al norte de Heraclea, que fué rápidamente fortificada por Trifón con un sistema de trabajos defensivos, aún cuando no había gran necesidad de ello, dada su posición sobre una alta roca. En la organización del poder y en la disposición de la corte encontramos una curiosa mezcla de elementos orientales y romanos: el palacio, construído por orden de Trifón, y la plaza para las asambleas populares; el consejo nombrado por el rey "entre los hombres que se distinguían por su sabiduría"; la toga real adornada de púrpura y la amplia túnica; los lictores con los haces "y todo lo que servía para distinguir o adornar la autoridad real" <sup>147</sup>.

La rebelión se extendió sobre todo a las zonas agrícolas de Sicilia. Sólo en las ciudades más importantes se mantenían, aunque con dificultades, las viejas autoridades:

---

<sup>144</sup> Diodoro, como ya se ha dicho (pág. 165), aprovechó para estos capítulos de su *Biblioteca Histórica* la obra de Posidonio.

<sup>145</sup> Pero las cosas no siempre anduvieron bien entre el rey y su comandante supremo. Trifón sospechó que Atenión tramara un complot y lo hizo arrestar, pero cuando empezó la ofensiva romana lo hizo liberar nuevamente.

<sup>146</sup> Triocala (tres veces hermosa). Según Diodoro la ciudad fué llamada así por tres virtudes: agua magnífica, terreno fértil y posición inaccesible.

<sup>147</sup> Diodoro, *Fragmentos del libro XXXVI*.

"Los habitantes de la ciudad —dice Diodoro— apenas si podían considerar como propias las cosas que se encontraban dentro de sus muros; todo lo que estaba fuera de ellos era considerado ajeno y perteneciente a los esclavos en razón de su conquista ilegal".

Los esclavos de la ciudad se agitaban, pasaban al lado de los revoltosos y a cada minuto parecían prontos a rebelarse, cosa que mantenía a la población en constante estado de temor.

Como ya había sucedido durante la primera rebelión, el subproletariado aprovechaba la ocasión para satisfacer su pasión por el saqueo y por la destrucción, aportando un fuerte elemento de anarquía al movimiento de los esclavos, mucho más organizado:

"No sólo los esclavos —dice Diodoro—, sino también los miserables pertenecientes a la categoría de los libres, se abandonaron a todos los desórdenes y pillajes imaginables, matando impunemente a los esclavos y a los libres que encontraban, para que no hubiese testimonio de su desenfreno".

El desorden general llevó a la interrupción de la actividad de los tribunales romanos, lo que, a su vez, aumentó la anarquía del país. Las autoridades locales, protegidas por la impunidad, hacían víctima a la población de toda clase de violencias e ilegalidades.

Al fracasar la tentativa de Nerva de sofocar la rebelión con las fuerzas locales, el senado, a pesar de la inminente guerra con los cimbrios y los teutores, había trasladado a Sicilia en el 103 un ejército de 17.000 hombres al mando del pretor Lucio Licinio Lúculo. Se trataba de un ejército selecto, compuesto por romanos, itálos y divisiones de provinciales y aliados (bitinios, tesálicos y otros). Trifón propuso defenderse en Triocala, pero Atenión insistió para que se diera batalla en campo abierto. A pesar del número casi doble (Atenión disponía de 40.000 hombres, mientras que Lúculo sólo tenía 17.000), los esclavos fueron derrotados después de perder alrededor de 20.000 hombres. Atenión, herido en una pierna, quedó en el campo de batalla, y Trifón se refugió con los restos de sus tropas en Triocala.

Los esclavos se desmoralizaron: en sus filas comenzó a difundirse la idea de arrojar las armas y someterse nuevamente a los esclavistas. Sin embargo, la crisis fué momentánea y pronto impusieron su criterio los que estaban dispuestos a luchar hasta

la última gota de sangre. Atenión, que en el campo de batalla se había fingido muerto, logró huir de los enemigos y reunirse con los suyos. Su aparición reforzó aún más la decisión de los esclavos.

Lúculo llegó ante Triocala sólo 9 días después de la batalla. Tomar la ciudad por asalto era imposible. Luego, por causas incomprensibles, el pretor se comportó con absoluta falta de energía y después de poco tiempo se retiró de la ciudad. Ni siquiera su sucesor, el pretor Cayo Servilio, logró en el 102 obtener ningún resultado serio<sup>148</sup>.

Mientras tanto, Trifón murió (tal vez en el 102) y Atenión fué su sucesor. Según parece, bajo la dirección de este último la revuelta tomó proporciones aún más vastas. Según Dión (93º fragmento), Atenión casi conquista Messina.

Al senado recién en el 101 le fué posible enviar a Sicilia fuerzas suficientes, dándole el mando al propio colega de Mario, el cónsul Manio Aquilio, hábil comandante que logró precipitar una crisis definitiva. Los rebeldes fueron derrotados en una gran batalla y Atenión cayó en un encuentro individual con Aquilio. Los esclavos sobrevivientes se refugiaron en una localidad fortificada, tal vez en la misma Triocala, y sitiados luego por los romanos, fueron al fin obligados a rendirse por hambre. Sólo 1.000 esclavos, al mando de Sátiro, continuaron resistiendo encarnizadamente, pero también éstos terminaron por rendirse, a condición de que se les salvara la vida. Aquilio, una vez que los hubo capturado, los envió a Roma como gladiadores. No aceptando convertirse en diversión del populacho, se mataron unos a otros antes de entrar en la arena.

Sicilia fué "pacificada" en un modo tan radical que ni siquiera durante la rebelión de Espartaco (30 años después) se manifestó en la isla ningún movimiento importante. Pero las tradiciones revolucionarias continuaron viviendo entre los esclavos sicilianos, que dieron motivo para hablar de ellos en dos nuevas ocasiones, a fines de la República y a fines del Imperio.

Ya hemos señalado la semejanza sorprendente que existe entre ambas rebeliones sicilianas. La semejanza es tan grande que algunos historiadores se inclinan a pensar que se trata de

---

<sup>148</sup> De regreso a Roma, ambos fueron entregados a los tribunales por la mala conducción de las operaciones y se los condenó al exilio.

un duplicado artificial de sucesos distintos. Naturalmente, dado el carácter de la historiografía antigua, esto es posible. Pero en el caso particular de las rebeliones en Sicilia, es poco probable que se trate de una cuestión así. La fuente principal en este campo es Posidonio, contemporáneo de los acontecimientos descritos, historiador serio y muy bien informado, que difícilmente podía introducir en su obra falsedades, ni siquiera involuntarias. La semejanza de los hechos en una y otra época se debe, como hemos dicho, a la identidad de las condiciones en que se produjeron y se desarrollaron. La Sicilia del 136 y la Sicilia del 104 eran poco distintas una de otra: la misma concentración de la tierra, los mismos esclavos sirios, igual explotación inhumana, igual sistema de administración romana provincial. A esto debemos agregar la influencia de la tradición revolucionaria y de las formas organizativas, que la segunda rebelión heredó de la primera.

Contemporáneamente a la segunda rebelión siciliana, estalló un nuevo gran movimiento en Atica. Los esclavos de las minas de Laurio se rebelaron, mataron a sus vigilantes y ocuparon la fortaleza en el cabo Sunio, que por mucho tiempo les sirvió de base para el saqueo de Atica.

Es probable que también sea de este período la rebelión de los esclavos escitas en el reino del Bósforo, movimiento capitaneado por Saumaco. El último rey del Bósforo, Perisades, fué asesinado, y en su lugar los esclavos eligieron a Saumaco. La rebelión fué reprimida por Diófanes, general de Mitrídates VI, rey del Ponto, y luego el reino del Bósforo fué unido al del Ponto.

*El movimiento democrático-revolucionario en Roma.*—En la misma Roma, se iba desarrollando desde el 108 una dura lucha entre los partidos democrático y aristocrático, entre los populares y los optimates. A periodos de calma sucedían periodos de tensión, según los cambios de la situación extranjera. Las derrotas o los triunfos de los jefes militares pertenecientes a tal o cual fracción, tenían como reflejo cambios de la situación política. En general se reforzaba el partido democrático: cada año aparecía más evidente la incapacidad de la camarilla dominante para enfrentar los problemas de la política exterior, mientras que el jefe democrático (o que se consideraba democrático), Mario, iba de victoria en victoria.

Lo esencial de la lucha de partidos está determinado (por lo menos al comienzo de este período) por la situación exterior. Uno de los objetivos de mayor actualidad para los jefes democráticos eran los procedimientos judiciales contra los jefes militares incapaces o traidores, pertenecientes a la aristocracia. Pero con el ahondarse de las disensiones pasaron a primer plano los grandes problemas planteados en su tiempo por los Gracos. El movimiento democrático de fines del siglo II se convertía cada vez más en una continuación del movimiento de los Gracos, aunque con algunas particularidades específicas de las que luego hablaremos.

Los jefes de este movimiento fueron dos figuras nada insignificantes: Lucio Apuleyo Saturnino y Cayo Servilio Glaucia. El primero pertenecía a la nobleza y había pasado al partido popular por motivos puramente personales. Tuvo discrepancias con el Senado, que lo había alejado, mientras era cuestor de Ostia, de la dirección del abastecimiento de cereales, confiándole a Marco Emilio Escauro. Sintiendo profundamente ofendido, el orgulloso Saturnino se había pasado al campo democrático y había empezado a vengarse del Senado con su apasionamiento característico. Este caso no era excepcional en ese período en que se iniciaba la decadencia de la República. "Populares" en el sentido estricto de la palabra eran llamados en Roma también los nobles sin principio que trataban de aprovechar el movimiento democrático para satisfacer su amor propio. Por otra parte, en el fondo Saturnino era un hombre honrado y desinteresado.

Totalmente distinto era Glaucia. Verdadero plebeyo, rústico, extraordinariamente enérgico, orador nato, gozaba entre las masas de una gran popularidad por la presencia de espíritu y la inteligencia aguda de que hacía gala.

En el 104 Glaucia fué elegido tribuno de la plebe. Ese año es famoso por una enérgica ofensiva contra los optimates. Glaucia y sus colegas promovieron algunas leyes democráticas. Si bien la tradición sobre la historia interna de Roma en estos años se halla en malas condiciones, es posible reconstruir los hechos con un cierto grado de verosimilitud.

Entre las medidas tomadas en el 104 debe ponerse en primer término la ley judicial de Glaucia (*lex Servilia iudiciaria*). Según parece, estaba dirigida contra la abolición de

la ley judicial de Cayo Graco, que había sido propuesta por el cónsul Quinto Servilio Cepión<sup>149</sup> en el 106. Con la ley de Glaucia los procesos judiciales volvieron a ser puestos en manos de los caballeros.

Hay otra ley de Glaucia estrechamente vinculada con la judicial: la que versa sobre una mayor responsabilidad de los funcionarios, establecida en base a un procedimiento judicial más severo frente a las causas por corrupción (*lex Servilia repetundarum*). Los colegas de Glaucia promovieron también otra ley de menor importancia. Además, en el 104 se instruyeron procesos contra los jefes de los optimates y sus fracasados comandantes militares (Quinto Servilio Cepión, Marco Junio Silano y otros).

El año siguiente trajo consigo una reagudización de la lucha civil. Entre los tribunos de la plebe del 103 se contaba L. Apuleyo Saturnino. Poco tiempo antes (tal vez en el 104) se había producido un incidente con el Senado y ardía ahora en deseos de venganza. Pero la inclinación a arreglar cuentas con sus enemigos no llevó a Saturnino por el camino de las represalias aisladas y menudas. Fué el promotor de un programa de acción que en lo fundamental seguía el camino trazado por los Gracos<sup>150</sup>.

Según parece, Saturnino empezó por un proyecto de ley que disminuía los precios del trigo vendido por el Estado. Mientras en la ley de C. Graco el precio se fijaba en 6 ases y un tercio por moyo, Saturnino propuso disminuirlo hasta cinco sextos de as, lo que, en la práctica, significaba distribuir el pan casi gratuitamente. La *vogatio* de Saturnino tropezó con una encarnizada resistencia: se le interpuso el veto de otro tribuno, y cuando Saturnino decidió no tomarlo en consideración, la asamblea popular fué disuelta a la fuerza por los optimates. Es probable que en ese año no se haya logrado la aprobación de la ley sobre el trigo.

La segunda ley de Saturnino (agraria) proponía distribuir entre los veteranos de Mario que habían tomado parte en la

---

<sup>149</sup> En el año siguiente, Cepión fué derrotado en Arausio.

<sup>150</sup> Saturnino fué tribuno de la plebe 2 veces: en el 103 y en el 100. Las fuentes no nos permiten establecer en qué período se tomó cada una de las medidas.



guerra yugurtina, grandes parcelas de tierra (de 10 yugadas) en África. Durante la votación uno de los tribunos trató de recurrir al veto, pero recibido por una lluvia de piedras fué obligado a huir y la ley hizo su camino.

Es probable que en el 103 también se haya presentado la famosa ley de Saturnino "sobre las ofensas a la grandeza del pueblo romano" (*lex Appuleia de majestate*). Esta ley ponía en manos de los democráticos una poderosísima arma de lucha contra los optimates. En base a ella se hacía posible entregar a un tribunal a cualquier persona culpable de haber perjudicado los intereses del pueblo: una batalla perdida, un acto hostil contra la asamblea popular o los representantes del pueblo, etc.; si se quería, todo esto podía caer bajo la acción de la terrible ley.

Con el apoyo de Saturnino, como ya hemos dicho, Mario fué elegido cónsul por cuarta vez en el 102. Se echaban así las bases de una alianza entre los populares y el famoso jefe, alianza que se concretó definitivamente después del 101, tras el regreso de Mario a Roma. Esto era ventajoso para ambas partes: para los populares era importante tener el apoyo del invicto comandante y de su ejército y Mario quería aprovecharse del partido democrático para poder premiar con su ayuda a todos los veteranos. Pero éste sólo era su fin inmediato. Los planes de Mario eran más ambiciosos: como jefe victorioso (*imperator*) pretendía instaurar una dictadura militar. Pero aún no estaban maduras las condiciones para ello y las cualidades personales de Mario se adaptaban poco a ese rol histórico que luego desempeñaron Sila y César.

Fué así que en el 101 Mario, Saturnino y Glaucia formaron un bloque con las siguientes condiciones: Mario debía ser elegido cónsul también para el 100, por sexta vez; Saturnino, tribuno de la plebe por segunda vez, y Glaucia, pretor. A pesar de la encarnizada oposición de los optimates, los tres fueron elegidos por los votos (para ser más exactos, por los puños) de los veteranos de Mario. Durante las elecciones hubo escenas de salvaje violencia. Aulo Nunnio, uno de los candidatos al tribunado de la plebe, apoyado por los optimates, fué muerto por la multitud.

Una vez en el poder, los aliados se pusieron a realizar su programa. El punto principal fué la segunda ley agraria de

Saturnino. En ella se proponía distribuir tierras a los veteranos de Mario que habían servido en el ejército durante 7 años (es decir, desde la expedición africana del 107). Las parcelas, igual que en la primera ley, se fijaron en 100 yugadas. Los sitios para la fundación de las colonias fueron elegidos exclusivamente en las provincias, entre las cuales se contaba la Galicia Trasalpina, que aún había que conquistar. Un punto sustancial de la ley agraria estaba en que de ese modo las parcelas se adjudicaban no sólo a los ciudadanos romanos, sino también a los ítalos que en gran número habían servido en el ejército de Mario. De este modo, se les concedía el derecho de ciudadanía romana, ya que las colonias debían ser organizadas como colonias ciudadanas, o cuando más como colonias latinas. La dirección de toda esta compleja actividad se confió a Mario. Si el plan era aprobado, Mario sería investido de poderes tan extraordinarios que se trasformaría en dictador de hecho por tiempo indeterminado.

La vinculación de la segunda ley agraria con la legislación de los Gracos consistía en el hecho de que en ella se reunían en un todo único dos puntos importantes del programa de Cayo Graco: la colonización extratálica y la concesión de derechos de ciudadanía a los ítalos.

En la ley había también un artículo interesante: dentro de los cinco días de su aprobación, los senadores debían jurar que la cumplirían, y quienes se resistieran a este juramento serían pasibles de alejamiento del Senado y de pagar una fuerte multa.

Una lucha violenta se desencadenó en torno al proyecto de ley. No sólo se le oponían los optimates, sino también los caballeros, espantados de los métodos de lucha a que habían recurrido Mario y sus aliados. También la plebe se negó a apoyar la ley agraria, ya que el pueblo romano era, como siempre, contrario a conceder tierras y derechos a los ítalos en un pie de igualdad. En la asamblea popular se produjeron nuevos incidentes violentos. Los tribunos pusieron su veto, los funcionarios hablaron del desfavor de los dioses. Pero los populares no hicieron caso de nada. El día de la votación se reunieron en la ciudad enormes cantidades de veteranos de Mario y de ítalos y la ley triunfó gracias a la presión que hicieron. El Senado se vio obligado a aceptarla y casi todos los senadores prestaron el juramento requerido, aun con la extraña frase

propuesta por Mario: ¡someterse a la ley si ésta adquiría, efectivamente, fuerza coactiva! Sólo Metelo Numídico se negó a jurar y por este motivo fué alejado de Italia.

Sin embargo, aunque ya aprobada, la ley agraria distaba mucho de ser puesta en práctica. Toda la ciudadanía se oponía y el aparato estatal se ocupaba de sabotearla. Mario tuvo una conducta equívoca, o cuando menos pasiva, dejando la dirección a sus aliados, que llevaban adelante una desenfrenada política demagógica. El extraordinario comandante y brillante organizador militar, se mostró incapaz como organizador social. Políticamente, Mario fué inestable e inmaduro. Sus orígenes y sus vinculaciones de negocios con la nobleza y con los caballeros lo empujaban a la derecha. Entre los aliados comenzaron a surgir discrepancias y toda la cuestión se complicó.

Llegaron las elecciones para el 99, que tuvieron lugar en una atmósfera de guerra civil. Saturnino presentó su propia candidatura a tribuno de la plebe por tercera vez. El otro candidato era un tal Equicio, un liberto impostor (o tal vez un esclavo escapado) que se hacía pasar por hijo de T. Graco. Fueron elegidos ambos. La atmósfera se hizo aún más tensa durante las elecciones consulares. Eran candidatos Glaucia y su adversario Cayo Memmio. Este último fué agredido por la multitud, que lo mató a bastonazos.

Entonces el Senado decidió tomar medidas extremas. En la ciudad se declaró el estado de sitio (*videant consules...*). A Mario, como cónsul, se le propuso asumir la responsabilidad del restablecimiento del orden, lo que aceptó después de una cierta indecisión. El Senado movilizó todas las fuerzas armadas presentes en la ciudad y los senadores mismos se presentaron en el Foro con armas en la mano. También los secuaces de Saturnino se habían preparado para la batalla: habían abierto las puertas de las prisiones liberando a los criminales, habían prometido la libertad a los esclavos, Saturnino había sido proclamado alternativamente rey y emperador...

El 10 de diciembre del año 100, días en que debían entrar en funciones los nuevos tribunos, hubo en el Foro una verdadera batalla. Los partidarios de Saturnino se retiraron al Capitolio. Después que se les cortaron los conductos de agua que los abastecían, debieron rendirse. Mario quiso salvar a sus ex aliados y los llevó, con una buena escolta, a la Curia

(edificio del Senado) que se encontraba en el Foro. Pero una multitud exasperada de jóvenes aristócratas se encaramó al techo del edificio, lo desfondó y sepultó a los prisioneros bajo trozos de pizarra arrojados desde lo alto. Saturnino murió con la mayor parte de sus partidarios, Glaucia logró esconderse, pero luego fué encontrado y se le dió muerte.

Así terminó aquel gran movimiento revolucionario democrático que tuvo su origen en el 108. Como ya hemos dicho, fué la continuación de la obra de los Gracos, en forma considerablemente modificada, debido al cambio de las condiciones sociales. Los nuevos factores, que en la época de los Gracos no existían, eran: 1) la importancia adquirida por el subproletariado, que aportó al movimiento una fuerte dosis de anarquía; 2) la demagogia de los populares, que se basó en mucho sobre este elemento anárquico; 3) la participación en el movimiento del ejército, en la persona de su jefe Mario y de los veteranos. De este modo, el movimiento de Saturnino fué una repetición del movimiento de los Gracos no con miras más amplias sino sobre la base restringida del decadente partido democrático romano.

Y si los Gracos fracasaron por culpa de la debilidad del movimiento democrático y de sus contradicciones internas, mucho más inevitable debía resultar el fracaso de Saturnino y de los suyos. A fines del siglo II el movimiento se había debilitado aún más como consecuencia de la subproletarización de los pequeños propietarios. La intervención del elemento militar, en lugar de reforzarlo, lo debilitó. Los elementos militares en sí mismos no eran lo suficientemente fuertes como para servir de base a una dictadura democrática. La incapacidad política de Mario en este punto no sólo fué característica personal; refleja además la inmadurez del nuevo ejército.

## CAPÍTULO XXII

### MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO Y REACCIÓN DEL 80-70 (SIGLO I)

*La reacción del 90. El caso de Rutilio Rufo.* — Después del fin de los secuaces de Saturnino hubo un período de reacción. Metelo regresó triunfalmente del exilio. Mario, con su conducta equívoca, se había comprometido fuertemente. Los democráticos no podían perdonarle la traición y los optimates no quisieron recibirlo en su grupo. De ahí que Mario prefiriera partir para Asia Menor con el pretexto de cumplir una peregrinación religiosa (durante la guerra con los cimbrios y los teutones había hecho la promesa de ir a rendir gracias a la "gran madre de los dioses").

Pero el período de restauración del poder senatorial y de la paz civil no fué largo. Se fundaba en la alianza de los senadores y los caballeros, alianza que se concertó frente al peligro común. Ni bien éste se desvaneció, la alianza se deshizo. El punto principal de la discordia, motivo para la nueva lucha entre las dos fracciones de la clase dirigente, fué, igual que antes, el problema de las comisiones judiciales y muy especialmente la *quaestio de repetundis*. Desde el tiempo de la ley de Glauca (104), esto se encontraba en manos de los caballeros, lo que daba origen a infinitos abusos en las provincias, ya que los usureros y recaudadores se sentían seguros de quedar impunes. Al mismo tiempo, los caballeros aprovechaban la propia situación de monopolio en los tribunales para arreglar cuentas con los magistrados provinciales que no se avenían a sus deseos.

Un caso vergonzoso colmó la paciencia de todos los optimates que aún tenían un sentido de patriotismo y amor propio. Alrededor del 90, Publio Rutilio Rufo, lugarteniente del gobernador de Asia, fué llevado ante el tribunal acusado de con-

cusión. Se trataba de un honrado aristócrata que perseguía con la mayor severidad los excesos de los publicanos romanos, causa de la ruina de la infortunada provincia. No se detenía ni ante las más drásticas medidas y llegó a condenar a muerte a algunos agentes de los publicanos que se habían manchado con delitos particularmente graves. Por este motivo los publicanos lo habían llevado ante los tribunales. La acusación era evidentemente absurda. Sin embargo, Rufo fué condenado al destierro y a la confiscación de todos sus bienes a título de indemnización por los daños que se dijo había causado a los habitantes de las provincias. ¡Y se exiló justamente en esa provincia que dijeron había "saqueado", en la que fué recibido con todos los honores!

*M. Livio Druso el joven.* — El caso de Rutilio Rufo marca el comienzo de una larga serie de cuestiones similares. Uno de los tribunos de la plebe del 91 fué Marco Livio Druso, hijo de aquél que había sido adversario de Cayo Graco. Había heredado de su padre una enorme fortuna y pertenecía, por su origen, a los círculos de la alta nobleza romana. Era hombre de ideas derechistas y principalmente un defensor del régimen senatorial. Pero entre la aristocracia corrompida se distinguía por la honradez, la inteligencia y la energía.

Como primer objetivo, Druso se propuso restituir los tribunales a los senadores, lo que habría debido ser el primer paso para la restauración del dominio de la aristocracia. Pero, como hombre inteligente que era, comprendió que esto no habría sido posible sin el apoyo de la masa popular. De allí nació su original programa conservador-democrático en el que trató de unir a las aspiraciones de los democráticos la exigencia principal de los optimates sobre los tribunales. Desde el tiempo de los Gracos las consignas de los democráticos eran tres: venta del trigo a un precio más bajo, distribución de las tierras y concesión del derecho de ciudadanía a los aliados. Druso no se desconcertó por las contradicciones de este programa y, llegado a tribuno de la plebe, se dedicó con energía a trabajar para su realización.

El problema central era el de los tribunales. Druso proponía resolverlo por medio de un compromiso. Las comisiones judiciales debían pasar de nuevo al Senado, en el que serían admitidos 300 nuevos miembros a elegir entre los caballeros

más nobles. Al mismo tiempo se crearía una comisión penal especial para juzgar a quienes se hicieran culpables de malveraciones<sup>161</sup>. La finalidad de Druso estaba bien clara: restituir al Senado el poder judicial y corromper a la parte más influyente del orden ecuestre abriéndole el acceso a las más altas funciones.

Para atraerse a la plebe ciudadana, que era por completo indiferente a la reforma judicial, Druso elaboró un proyecto de ley sobre el trigo que restablecía, y tal vez también ampliaba, la distribución del grano.

El proyecto de ley agraria preveía la fundación de colonias en las tierras estatales, que aún no habían sido divididas, de Campania y de Sicilia.

Según Aurelio Víctor, Druso solía decir que no dejaría nada sin dividir, fuera del aire y del barro<sup>162</sup>.

Para cubrir los gastos que se derivaban de la distribución del pan y de la colonización, Druso proponía un sistema original: la emisión de un denario de cobre con aleación de plata, por cada ocho de plata maciza.

Además, nuestras fuentes definen con exactitud las relaciones de Druso con los jefes itálicos, a quienes había prometido promover la ley sobre derechos de ciudadanía para los aliados.

En uno de los fragmentos del libro XXXVII de Diodoro se transcribe un interesante juramento que habrían pronunciado los miembros de una organización secreta de itálicos. Con esta fórmula se comprometían a sostener a Druso y a la causa común de todos los itálicos. Pero la autenticidad del juramento no ha sido establecida.

Tal el sistema del gran compromiso político en que se unían los puntos fundamentales del programa de los Gracos con los deseos reaccionarios de la aristocracia. Al principio, Druso, según parece, puso en marcha las tres leyes: sobre el trigo, agraria y judicial; postergando momentáneamente la cuestión de los aliados. Logró su intento con el apoyo del Senado y de los democráticos, a pesar de la fuerte resistencia

---

<sup>161</sup> Nuestras fuentes principales en esta cuestión disienten sobre los medios que Druso propuso para cumplir la reforma judicial. Más verosímil resulta la versión de Apiano (I, 35) que exponemos en el texto.

<sup>162</sup> *Varones ilustres*, 66.

del orden ecuestre, cuyos intereses fueron enérgicamente defendidos por el cónsul Lucio Marcio Filipo. La protesta de este último fué superada con los mismos métodos que desde Saturnino habían entrado en práctica en la vida política romana: el cónsul fué apaleado y detenido.

No se puede establecer con precisión de qué modo fueron aprobadas las leyes de Druso. Probablemente se votaron por separado. Pero también es posible que el promotor las hubiera reunido en un conjunto único para garantizarse el apoyo incluso de aquellas personas que estaban interesadas en uno de los puntos solamente. En ese caso, Druso habría infringido la ley del 98 (*lex Caecilia Didia*) que prohibía reunir en una ley única distintos argumentos. Este habría sido el motivo de la posterior cesación de la ley de Druso.

La resistencia del orden ecuestre hacia la nueva ley creció. El obcecado Filipo amenazó con disolver el Senado. Los senadores mismos empezaron a vacilar a medida que crecía entre las masas la popularidad de Druso. Casi sin percatarse él mismo, se estaba transformando, de representante y defensor de la aristocracia, en jefe popular. Sus vinculaciones con los itálos tuvieron un vasto eco y esto dió a sus enemigos la posibilidad de hablar de traición. La ciudadanía se espantó ante los rumores de una inminente rebelión en Italia, el Senado dió marcha atrás y las leyes de Druso fueron abolidas con un pretexto formal (otoño del 91).

Druso mismo no quiso valerse del derecho de intercesión y se sometió a las decisiones del Senado. No sabemos cuáles eran sus planes para luego, porque poco tiempo después fué muerto a cuchilladas en la puerta de su casa por un asesino desconocido. Así desapareció esta curiosa figura de la historia romana que una fuente anónima llamó "pálido reflejo de los Gracos". Su programa, lleno de insolubles contradicciones, caracteriza el callejón sin salida en que había entrado la vida política de Roma alrededor del 90. Los itálos fueron los primeros en tratar de encontrarle una vía libre.

*La rebelión de los itálos (guerra social).*— El fin que tuvo Druso había demostrado claramente a los itálos que no había camino legal posible para la satisfacción de sus propias reivindicaciones y que sólo les quedaba como recurso la rebelión. Ya antes del asesinato de Druso, parece que existían entre la población ítala sin derechos alianzas secretas que se proponían



luchar para obtener plenos derechos de ciudadanía. Después de la muerte del tribuno, estas alianzas se trasformaron en organismos militares.

La rebelión estalló a fines del 91 por un motivo casual, y fué muy prematura. El pretor Cayo Servilio, enterado de que los habitantes de Ascoli Piceno canjeaban rehenes con las comunidades vecinas, se hizo presente en la ciudad con un pequeño escuadrón. Reuniendo a sus habitantes en el teatro, los apostrofó con un discurso provocativo, lleno de amenazas, que produjo el efecto de una chispa caída en un barril de pólvora. En el teatro mismo, la multitud mató al pretor y a su legado, luego todos los romanos que se encontraban en la ciudad fueron masacrados y saqueados sus bienes.

A los ascolinos se unieron las tribus montañosas de los marsos, pelignos, vestinios y otros. Los valerosos marsos, capitaneados por Quinto Pompedio Silón, íntimo amigo de Druso, asumieron la dirección del movimiento. El otro jefe de este grupo septentrional fué el piceno Cayo Yudacilio.

Sobre el modelo de la federación septentrional se formó una medidional, de la que entraron a formar parte los samnitas, los lucanos y otras tribus de Italia meridional con sus jefes Cayo Papio Mutilo, Poncio Telesino y otros.

Antes de pasar a operaciones militares abiertas, los jefes de la rebelión hicieron una última tentativa de resolver el conflicto por la vía pacífica. Enviaron a Roma una delegación con la promesa de deponer las armas si se otorgaban derechos de ciudadanía a los rebeldes. El gobierno romano rechazó la propuesta. Por iniciativa del tribuno de la plebe Quinto Vario, apoyado principalmente por el orden ecuestre, se creó una comisión penal para las causas de traición, a la que se confió la investigación del supuesto complot de Druso, del cual la rebelión habría sido una consecuencia. Empezaron entonces series de interrogatorios y procesos que perjudicaron a muchas personas ex partidarias de Druso o que eran consideradas tales. Mientras tanto, en ambos campos enemigos se preparaba con decisión la guerra.

La llamada guerra "social" (o de los marsos) fué una de las rebeliones más amenazadoras de las que tuvo que enfrentar Roma en el curso de su historia. Estalló en la propia Italia y el centro de su propagación estaba en las cercanías de Roma.

Había abrazado la mayor parte de la península: sólo Umbria y Etruria, donde la aristocracia agraria y del dinero eran fuertes, se mantuvieron al lado de Roma. En Campania y en el sur sólo permanecieron fieles a los romanos las ciudades griegas aliadas: Nola, Nápoles, Reggio, Tarento, etc. La mayoría de las colonias latinas no se había adherido al movimiento, pero se trataba de muy poca cosa en comparación con el territorio al que se extendía la revuelta.

Las tropas de los revoltosos ascendían en total a unos 100.000 hombres. Igual número dispusieron los romanos (sin contar las guarniciones de las fortalezas). Los itálos no eran inferiores a sus adversarios ni por adiestramiento ni por armas, y en lo que se refiere al valor, la firmeza y la abnegación por la propia causa, hay que señalar que superaban a la ciudadanía romana y a las tropas auxiliares provinciales. Tmpoco les faltaban jefes de talento y oficiales expertos: no hay que olvidar que los itálos habían pasado, como tropas aliadas, por la misma rígida escuela militar de los soldados romanos y que, desde los tiempos de Mario, muchos de ellos habían servido a la par de los ciudadanos, incluso en las mismas legiones.

Los itálos disidentes crearon una organización estatal propia que recordaba a la romana. Se declaró capital de toda la federación itálica a la ciudad de Corfinio en la región de los pelignos, en el centro exacto de la rebelión, ciudad que fue llamada "Itálica". Allí tenía su sede el gobierno: un Senado de 500 miembros y los magistrados: 2 cónsules y 12 pretores. Parece que existió también una asamblea popular, pero su composición no está clara: no se sabe si estaba formada por representantes permanentes de las distintas comunidades que formaban parte de la federación o si participaban de ella todos los ciudadanos de la federación en la medida en que les resultara posible reunirse en Corfinio. La respuesta a este interrogante (uno similar puede plantearse en lo que respecta al Senado) sería muy importante, ya que nos daría la posibilidad de responder a otro: si en la nueva federación itálica se aplicaba el principio de gobierno representativo o si todavía estaba fundada sobre el antiguo tipo de federación de ciudades-estados. Lo último es lo más probable.

El Estado de los itálos emitió monedas de tipo romano, pero con la leyenda "Italia" (en una de estas monedas se presenta

a un toro, símbolo de las tribus sabelio-samnitas... ¡en actitud de dar una cornada a la loba romana!).

Las fuerzas militares de los rebeldes estaban formadas por escuadrones de varias comunidades reunidos en dos grupos: septentrional (de los marsos), al mando de Pompeio Silón, y meridional (samnita), comandado por Capio Mutilo.

Una de las principales ventajas de Roma en esta guerra consistía en la vieja organización estatal centralizada y en los maduros sistemas de gobierno; la federación itálica, en cambio, era joven y descentralizada. La guerra, del lado de los itálicos, tomaba a veces un carácter de guerrilla, cosa que presentaba sus puntos débiles, ya que los romanos, actuando con grandes masas de tropas, vencían a los rebeldes por separado. El territorio de la rebelión raramente se presentaba como un todo único: en él había diseminadas numerosas colonias latinas y de ciudadanos, que en su mayoría servían a Roma de puntos de apoyo, obligando a los itálicos a desperdiciar muchas fuerzas y perder tiempo en asedios fraccionados. El punto más débil de los aliados fué la ausencia de unidad interna: los estratos ricos y aristocráticos se inclinaban hacia Roma; las tribus sabelio-samnitas eran las más intransigentes y fueron las que continuaron la lucha con mayor intensidad y por más tiempo. La ausencia de cohesión entre los rebeldes, como veremos más adelante, facilitó a los romanos la represión del movimiento.

La subdivisión de la guerra social en periodos está lógicamente determinada por el curso mismo de la rebelión: la curva ascendente se produjo en el 90 y la descendente en el 89. En el 88, la rebelión había sido dominada en casi todas las zonas.

El primer año de guerra marcó grandes fracasos para los romanos. Las acciones militares, iniciadas desde el invierno 91-90, se desarrollaron en gran escala durante la primavera y el verano. El primer objetivo de ataque fueron las fortalezas romanas situadas en el territorio de la rebelión. Inmediatamente después se inició la guerra campal. El ejército romano del sur, al mando de Lucio Julio César (uno de sus legados era Sila) operaba en Campania y el Samnio: a la primera intenciona de ataque, los romanos fueron rechazados por los samnitas con grandes pérdidas. Como consecuencia de este primer choque, la importante ciudad de Venafro, en el límite entre el Samnio y el Lacio, pasó a manos de los rebeldes. Esto les

facilitó el sitio de la colonia-fortaleza de Isernia, en el Samnio septentrional, que después de algunos meses capituló por falta de víveres. Los samnitas al mando de Mutilo invadieron luego Campania, provocando la adhesión al movimiento de una serie de ciudades: Nola, Salerno, Pompeya, Herculano, etc.

Contemporáneamente tenían lugar las operaciones militares en el teatro septentrional. Allí operaba el segundo cónsul romano, Publio Rutilio Lupo. Entre sus legados se encontraban Mario, que había regresado de Oriente, y Cneo Pompeyo Estrabón, padre de Cneo Pompeyo, el futuro adversario de Cayo Julio César. En junio del 90 los marsos agredieron al cónsul por sorpresa, mientras trataba de pasar el río Tolero, en el ex territorio de los ecuos. Los romanos perdieron 8.000 hombres, entre ellos el propio cónsul. Sólo Mario, que había sustituido a Lupo en el puesto de mando, logró mejorar la peligrosa situación que se había creado en los alrededores mismos de Roma.

Estrabón, mientras tanto, operaba en el Piceno. Al principio fué derrotado y obligado a encerrarse en la ciudad de Fermo. Esto posibilitó al ejército septentrional de los revoltosos el traslado de parte de sus fuerzas al sur. Yudacilio invadió Apulia y obligó a ponerse de su lado a una serie de ciudades importantes: Venosa, Canosa, etc. A todo esto, la situación en el Piceno mejoraba para los romanos: Estrabón fué liberado y los rebeldes se vieron obligados a encerrarse en Ascoli.

Los fracasos romanos de los primeros meses de guerra influyeron también sobre el ánimo de las comunidades umbrías y etruscas: algunas pasaron a los rebeldes; otras se mantuvieron indecisas. En Roma circulaban noticias alarmantes. Con motivo de la derrota del Tolero y de la muerte del cónsul, los magistrados llevaron luto.

El gobierno romano se percató de lo extremadamente peligrosa que era la situación y decidió otorgar concesiones. A fines del 90 el cónsul Julio César promovió una ley (*lex Julia*) por la que se concedía el derecho de ciudadanía a las comunidades aliadas que aún no se habían separado de Roma. Esta ley detuvo la difusión del movimiento y fué factor decisivo para que las ciudades umbrías y etruscas que permanecían indecisas se pusieran de parte de Roma.

Una segunda ley, aprobada probablemente a comienzos del 89, llevó la discordia al seno de los rebeldes. A propuesta de los tribunos de la plebe Marco Plaucio Silvano y Cayo Papirio Carbón se estableció que cada miembro de comunidad aliada que, en el término de dos meses, declarara a un pretor romano su deseo de ser admitido entre los ciudadanos, recibiría los derechos de ciudadanía romana (*lex Plautia Papiria*). Los nuevos ciudadanos no eran divididos en igual número entre las 35 tribus, se inscribían sólo en ocho<sup>153</sup>, y esto disminuía considerablemente su capacidad de ejercer los derechos, pues en las votaciones en los comicios de tribu los nuevos ciudadanos siempre estarían en minoría con respecto a quienes lo eran de antiguo<sup>154</sup>.

Para la Galia Cisalpina, que en aquel tiempo en realidad poco difería del resto de Italia, el cónsul del 89 Pompeyo Estrabón promovió una ley especial (*lex Pompeia*). Por ella se concedía (o para ser más exactos se confirmaba todo lo ya concedido por la ley Julia) plenos derechos de ciudadanía romana a las colonias latinas que se encontraban en la Galia Cispadana y derechos de colonias latinas a las comunidades situadas más allá del Po y a las tribus galas que formaban parte de ellas.

Después de haber hecho el mínimo de concesiones necesarias, el Senado dió un carácter mucho más enérgico a la lucha contra los remisos. El segundo año de guerra fué catastrófico para los itálicos. Etruria y Umbría fueron pacificadas rápidamente. Una gran formación de marsos de 15.000 hombres hizo una tentativa para acudir en ayuda de los etruscos, pero fué destruída casi completamente por Estrabón.

Las operaciones principales tuvieron lugar alrededor de Ascoli, que estaba sitiada por los romanos desde el año anterior. Yudacilio acudió en ayuda con un ejército de picenos y bajo los muros de la ciudad se desarrolló una encarnizada batalla. Los romanos resultaron victoriosos, pero Yudacilio con una parte de sus fuerzas logró penetrar en la ciudad. El sitio se reanudó. Cuando después de algunos meses se hizo insostenible la situación, Yudacilio condenó a muerte a sus

<sup>153</sup> Versión de Valcoy Patérculo. Según Apiano, los nuevos ciudadanos habían sido divididos en 10 tribus, agregadas a las 35 ya existentes.

<sup>154</sup> En esto los nuevos ciudadanos eran tratados como los libertos, que sólo eran inscriptos en las 4 tribus ciudadanas.

adversarios políticos, partidarios de un acuerdo con Roma, y luego se envenenó. La ciudad se rindió: todos los jefes y notables fueron condenados a muerte y el resto de la población, exilada.

La caída de Ascoli fué fatal para el desarrollo de la rebelión en Italia central: la federación septentrional quedó totalmente deshecha. En primer lugar los marrucinos y los marsos y luego los vestinos y los pelignos fueron sometidos de nuevo. Itálica volvió a ser la simple ciudad de Corfinio. A comienzos del 88 la capital de la federación itálica fué trasladada a Isernia, en el Samnio. Las tropas romanas entraron en Apulia. Una división samnita había acudido como auxilio. Después de algunos triunfos, fué derrotada. Los romanos restauraron por completo su poder en Apulia.

Al sur actuaba Sila, que había sustituido a César, con gran habilidad y despiadadamente. Su ejército invadió la Campania meridional y obligó a rendirse a Pompeya, Herculano y Estabia. Luego, una vez en el Samnio, baluarte principal del movimiento, obtuvo la rendición de la principal ciudad de los samnitas, Boviano.

A comienzos del 88 la rebelión estaba localizada sólo en Nola, en Campania, y en algunas zonas de la Lucania, del Samnio y del Brucio. En esos difíciles momentos, los rebeldes entraron en contacto con el rey del Ponto, Mitridates VI, que inició en el Asia Menor una guerra contra Roma. Pero Mitridates no pudo serles de ninguna ayuda, al menos en forma directa, porque ya era demasiado tarde. Si bien en algunas localidades la rebelión se mantuvo hasta el 82, en lo fundamental fué dominada alrededor del 88.

Sila, elegido cónsul para el 88, dió comienzo al sitio de Nola, pero no pudo proseguirlo porque se lo impieron graves acontecimientos que tuvieron lugar en Roma imprevistamente.

El fin de la guerra social y el comienzo de la rebelión en Oriente habían reagudizado las viejas contradicciones, agregándoles otras nuevas. En Roma había estallado una muy fuerte crisis económica. Una gran cantidad de personas se encontró endeudada y los acreedores eran irreductibles, porque el orden ecuestre había perdido mucho a consecuencia del ataque en Oriente y no tenía intención de hacer nuevas concesiones.

Ya en el 89 habíase producido un incidente que demostró

hasta qué punto llegaban las pasiones. El pretor urbano Aulo Sempronio Aselión, cediendo a los ruegos de los deudores, había tratado de aliviar su situación por medio de una dilación en los pagos. Además, volvió a poner en auge las antiguas leyes contra la usura que en los hechos no se observaban desde mucho tiempo atrás. Varios acreedores exasperados habían agredido al pretor mientras estaba cumpliendo sacrificios en el Foro y le habían dado muerte...

Pero los deudores y los acreedores no eran los únicos descontentos. A ellos se agregaban también los italos que, aunque hubieran obtenido los derechos de ciudadanía, habían sido inscriptos, como hemos dicho, sólo en 8 tribus. Una parte considerable de los italos, además, no había obtenido nada (se trataba de aquellas comunidades rebeldes que sólo fueron sometidas por la fuerza de las armas). También estaban indignados los veteranos de Mario, que esperaron vanamente recibir las tierras prometidas. Mario, que de nuevo se presentaba en el horizonte político, no había sabido distinguirse realmente en la guerra social y tuvo que ceder el primer puesto a Sila.

A todas estas serias dificultades internas se había agregado una complicación muy seria en el exterior.

*Mitridates.* — El rey del Ponto Mitridates VI Eupator (más o menos 120-63) fué una de las figuras más importantes del antiguo Oriente helénico. Por sus venas corrían, mezcladas, las sangres griega y persa. Desde los once años, cuando se produjo la muerte de su padre, temeroso de sus tutores y de la madre regente, Mitridates, según el relato de la tradición, se mantuvo escondido durante 7 años en las montañas, rodeado por un puñado de servidores que continuaron siéndole fieles. La vida nómada y llena de peligros templó al joven en cuerpo y espíritu. Cuando alcanzó los 18 años, derribó del trono e hizo asesinar en prisión a su regente y se convirtió en rey, no sólo *de jure*, sino también *de facto*.

Mitridates suscitaba admiración en sus contemporáneos por la estatura gigantesca, la extraordinaria fuerza y el formidable apetito. Jinete y arquero insuperable, hablaba las 22 lenguas y dialectos de su heterogéneo reino, admiraba el arte griego y gustaba rodearse de pintores, historiadores, poetas, filósofos. Pero su superficial educación griega no le impedía ser un tirano maquiavélico y excepcionalmente cruel. Después de ha-

ber probado en la juventud el amargo cáliz de los sufrimientos y las humillaciones, se habían desarrollado grandemente en Mitrídates la simulación y la hipocresía como formas de defensa. Ni los vínculos de parentesco ni los servicios prestados en otro tiempo podían ser una garantía contra la terrible desconfianza del déspota. Durante su largo reinado, Mitrídates había eliminado a casi todos los que lo rodeaban y al término de su vida, en un momento de peligro mortal, quedó totalmente solo...

Mitrídates había ampliado enormemente los confines de su reino con la anexión del Bósforo, de la Cólquida (actual Georgia occidental) y de la Pequeña Armenia. Intervino en los asuntos de Capadocia, reinando de hecho sobre aquel vasto país. Para garantizarse las espaldas frente a los persas, Mitrídates había dado su hija como esposa al rey de la Gran Armenia, Tigranes, concertando también una alianza.

Su objetivo era la creación de una gran monarquía en Oriente. Fué uno de los últimos representantes de las tradiciones helenísticas, heredero político de Alejandro, Antígono, Seleuco y Antíoco. El obstáculo principal que encontró a lo largo de su camino fueron los romanos. Por este motivo Mitrídates trató de convertirse en el representante de todas las fuerzas y sentimientos antiromanos, no sólo en el Cercano Oriente, sino también en la península balcánica.

Los malosentendidos entre el rey del Ponto y los romanos empezaron ya en el primer decenio del siglo I a causa de la Plafagonia, cuya mitad oriental trataba de conquistar, de la Capadocia y de la Tauridia. La reacción política impidió a Roma intervenir en la cuestión con la firmeza debida, y luego hubo la guerra con los aliados, que favoreció totalmente los intentos de Mitrídates. Pero éste no supo aprovechar a tiempo la situación y recién comenzó las operaciones en gran escala cuando la rebelión ya había sido dominada casi por completo<sup>155</sup>.

A comienzos de la primavera del 88, después de haberse asegurado el apoyo de Tigranes, puesto en contacto con la península balcánica y habiendo concertado una alianza con

---

<sup>155</sup> Formalmente, la guerra a Roma fué declarada ya a fines del 89, pero en ese momento se utilizaron muy pocas fuerzas.



los piratas del mar Mediterráneo, Mitrídates invadió con un gran ejército los dominios romanos del Asia Menor. La población local lo saludó como libertador que les quitaba el odiado yugo extranjero, como "dios-salvador", como "nuevo Dionisio". Las pocas fuerzas romanas de las guarniciones no pudieron oponerle ninguna resistencia y las tropas de los reyes locales amigos de Roma, como Nicomedes de Bitinia, huyeron a la sola vista de las tropas del Ponto. Algunas ciudades del Asia Menor entregaron encadenados a Mitrídates a los comandantes romanos que se encontraban en el lugar. El ex cónsul del 101, Manio Aquilio, que fuera el pacificador de Sicilia, fué sometido a torturas inhumanas al caer en manos del rey del Ponto. Por orden de Mitrídates, en un solo día fueron asesinados en Asia Menor muchos miles de romanos y de itálos, hombres, mujeres y niños.

Mitrídates, decidido a atraer a su lado muchos estratos de la población, llevó adelante una política demagógica: liberó a los esclavos, declaró la remisión de los morosos y la liquidación de un 50 % de las deudas, eximió a los territorios conquistados por 5 años del pago de impuestos, etc. Trasladó la capital de su reino a Pérgamo. Capadocia, Frigia y Bitinia fueron transformadas en satrapías del reino del Ponto. En el mar Egeo dominaba la flota de Mitrídates, en la que los piratas tenían un papel destacado. En Delos muchos itálos fueron masacrados. Sólo Rodas y la región suroccidental del Asia Menor resistieron valerosamente.

Mitrídates no se limitó al Asia. Sus tropas aparecieron también en Europa. Uno de sus hijos invadió Macedonia. En Atenas tuvo lugar una rebelión democrática dirigida por un ex esclavo, maestro de filosofía epicúrea, Aristión, y se proclamó la secesión de Roma. Los ricos huyeron de la ciudad. En el Pireo desembarcó uno de los mejores comandantes de Mitrídates, el griego Arquelao. La mayoría de los pequeños estados griegos siguió el ejemplo de Atenas.

De este modo, la situación en la región oriental del Mediterráneo se volvió catastrófica, y los romanos aún no estaban en condiciones de tomar contramedidas, porque en la misma Roma estalló una nueva guerra civil.

*P. Sulpicio Rufo. Mario y Sila.* — Los cónsules del 88 fueron Sila y Quinto Pompeyo Rufo. Uno de ellos debía conducir

la guerra contra Mitrídates. La suerte atribuyó esta tarea a Sila. Aún no había éste logrado partir para Campania donde su ejército estaba sitiando Nola, cuando el tribuno de la plebe Publio Sulpicio Rufo, aristócrata y drusiano por las ideas, excelente orador, presentó ante la asamblea popular cuatro proposiciones: 1) distribuir a los nuevos ciudadanos ítalos en todas las tribus; conceder el mismo derecho a los libertos; 2) privar del título a los senadores que tuviesen deudas superiores a los 2.000 denarios; 3) permitir el regreso a la patria de todos los ciudadanos condenados al exilio por las comisiones judiciales; 4) quitar a Sila el mando de la guerra contra Mitrídates y dárselo a Mario <sup>156</sup>.

El programa de Sulpicio Rufo, aun cuando sólo representaba el desarrollo posterior de la política conservadora demagógica de Druso el joven, reunía en torno a él a todos los elementos descontentos y provocaba una resistencia decidida por parte del Senado. Para aplazar la aprobación de las propuestas de Sulpicio, los cónsules, con el pretexto de festejos religiosos extraordinarios, declararon la suspensión de toda actividad (*justitium*). Entonces Sulpicio recurrió a la fuerza. El tribuno disponía de un escuadrón mercenario de 3.000 hombres armados de puñales y estaba siempre acompañado por 600 jóvenes del orden ecuestre que eran llamados "antisenado". Sostenido por estas fuerzas, Sulpicio exigió de los cónsules la abolición de la suspensión. Al ser esta propuesta rechazada, empezaron los desórdenes, que llegaron a tales extremos (por ejemplo, el asesinato del hijo del cónsul Pompeyo Rufo) que el gobierno se vió obligado a ceder. Se levantó la suspensión y las leyes fueron aprobadas.

Mientras tanto, Sila se había alejado de la ciudad, refugiándose entre sus tropas de Campania. Cuando llegaron a Nola dos tribunos militares para conducir el ejército a manos de Mario, Sila reunió a los soldados, les relató todo lo sucedido en Roma y les hizo notar que Mario, como era lógico, llevaría a Oriente un nuevo ejército elegido entre sus veteranos. Esto irritó a los soldados, en ningún modo dispuestos a ceder a otros la campaña oriental, que prometía un rico botín. Los

---

<sup>156</sup> El orden de presentación de las propuestas no está claro,

tribunos fueron muertos a pedradas y los soldados exigieron que Sila los guiase a Roma.

Todos los comandantes huyeron, menos un cuestor. Sila, al frente de 6 legiones (alrededor de 30.000 hombres), marchó hacia el norte. Este fué el primer caso en la historia romana en que los soldados marcharon contra su ciudad natal. Eran los primeros frutos de las simientes arrojadas por Mario; era el comienzo de una nueva etapa en las guerras civiles.

Las legiones rebeldes entraron en la ciudad. La población las recibió arrojándoles piedras y ladrillos desde los techos. Mario y Sulpicio trataron de organizar la resistencia en la misma ciudad, pero fueron vencidos. Las tropas de Sila ocuparon Roma. Sulpicio Rufo se dió a la fuga, pero en su camino fué capturado y muerto. Su cabeza fué llevada ante Sila y, por su orden, expuesta en el Foro. Mario logró salvarse con grandes dificultades. Después de varias peripecias, el anciano septuagenario llegó al África, donde encontró, junto con otros fugitivos, un refugio provisorio.

Sila no pudo detenerse en Roma durante mucho tiempo: el peligro en Oriente se hacía cada vez más intenso y requería con urgencia su partida. Pero era imposible dejar Roma en la situación indefinida en que se encontraba. Por eso, Sila promovió algunas importantes reformas cuya finalidad era debilitar al partido democrático y restituir toda su autoridad al Senado. Las leyes de Sulpicio Rufo fueron abolidas. El Senado se completó con 300 nuevos miembros elegidos entre los partidarios de Sila. Cada proposición presentada ante la asamblea popular debía obtener la aprobación preventiva del Senado: con esto se destruía la iniciativa legislativa de la plebe. Finalmente, se abolió la reforma de los comicios centuriados del 241 y se restableció el sistema electoral de Servio.

Además, Sila se encontraba ante la necesidad de hacer que los cónsules del 87 fueran elegidos entre sus partidarios, para que el orden por él establecido se mantuviese hasta su regreso de Oriente. Sin embargo, no tuvo en esto un éxito completo, a pesar de que en Roma existía prácticamente una situación de guerra. Uno de los cónsules electos fué Cneo Octavio, optimato; el otro fué Lucio Cornelio Cinna, declaradamente democrático. Sila no tuvo otro remedio que "poner a mal

tiempo buena cara" y declarar su satisfacción... ¡ante el hecho de que el pueblo, gracias a él, gozaba de libertad!<sup>157</sup>

Después de recibir de los nuevos cónsules el juramento de que observarían el orden por él restablecido, Sila zarpó hacia la península balcánica en la primavera del 87.

*La guerra de Sila contra Mitrídates.* — La situación de Sila, después que hubo desembarcado en el Epiro, distaba mucho de ser brillante. Casi toda el Asia Menor, Grecia y una parte considerable de Macedonia se encontraban en manos de Mitrídates. Su flota dominaba el mar Egeo. Sila disponía de un máximo de 30.000 hombres, la flota romana estaba ausente y las arcas militares vacías. En Italia la situación era extraordinariamente inestable y Sila no se hacía ilusiones al respecto. Pero no había otra alternativa: era necesario terminar lo antes posible con Mitrídates y luego regresar a Italia para darle una paz definitiva al Estado. Éste era el único plan posible; con la decisión que lo caracterizaba y con absoluto desprecio por el peligro, Sila comenzó su realización.

Mitrídates rechazó las propuestas que se le habían hecho para la paz, de retornar al *status quo ante bellum*. Sila rechazó en Beocia las tropas de Arquelao y del tirano ateniense Aristión, tras lo cual toda la Hélade, con excepción de Atenas y el Pireo, fué sometida. Sila no logró conquistar Atenas, a donde habían huído Arquelao y Aristión, y se vió obligado a recurrir al sitio de la ciudad.

El sitio se prolongó durante todo el invierno 87-86, porque las guarniciones de Atenas y del Pireo recibían por vía marítima refuerzos y víveres. Para preparar las máquinas e implementos del sitio los romanos destruyeron los históricos bosques de la Academia y del Liceo. Necesitado de dinero para continuar la guerra, Sila saqueó los santuarios más respetados de Grecia.

Atenas y El Pireo rechazaron heroicamente todos los asaltos. Sila fué estrechando el bloqueo. Para la primavera del 86, en Atenas se terminaron los víveres. El 1º de marzo los romanos lanzaron el ataque decisivo. Atenas fué conquistada y sometida a un espantoso saqueo. La misma suerte le tocó a El Pireo que, evacuado por Arquelao, fué destruído

---

<sup>157</sup> Plutarco, *Sila*, X.

por orden de Sila, quien de este modo quería privar a Mitridates de un puerto importante en el mar Egeo. Los jefes de la rebelión fueron ajusticiados. Pero por respeto al pasado de Atenas<sup>158</sup>, la ciudad fué dejada libre y se le restituyeron también sus dominios, entre ellos la isla de Delos.

Después de la toma de Atenas la situación de Sila no había en ningún modo mejorado: Mitridates trasladó de Macedonia a Grecia fuerzas muy numerosas, que aparecieron en las orientales al cónsul democrático del 86, Lucio Valerio Flaco. Termópilas. Como antes, Sila no disponía de flota. En Roma tuvo lugar una nueva agitación de los secuaces de Mario (ver más abajo), como consecuencia de la cual Sila fué destituido, y se nombró comandante supremo del ejército. Sila fué salvado por su audacia, lindante con la temeridad, por la rapidez de acción y por la superioridad del ejército romano sobre las heterogéneas tropas de Mitridates.

En marzo del 86, Sila derrotó a Arquelao en Queronea, a pesar de la superioridad numérica del adversario. Los restos del ejército asiático, junto con Arquelao, huyeron a Eubea.

Mientras tanto, en El Epiro desembarcaba Valerio Flaco con dos legiones. En Tesalia se encontraron los dos ejércitos romanos y estuvieron durante un cierto tiempo inactivos el uno frente al otro. Flaco no se decidía a dar batalla porque sus tropas eran poco numerosas y poco seguras: en efecto, muchos soldados se pasaban del lado de Sila. Finalmente Flaco se retiró hacia el norte para enfrentar a Mitridates en el Asia Menor, pasando por Macedonia y por Tracia. Sila no lo siguió, probablemente porque no deseaba, con una guerra civil, debilitar las fuerzas romanas frente al enemigo común.

En el otoño del 86<sup>159</sup> Mitridates concentró nuevamente en Eubea grandes fuerzas que luego fueron trasladadas a la Grecia central. En Orcómenos, Beocia, tuvo lugar la segunda gran batalla de aquella guerra. La infantería romana, atacada

---

<sup>158</sup> Plutarco, *Sila*, XIV, cuenta que durante la terrible masacre en las calles de Atenas, emigrantes atenienses pidieron al jefe romano que perdonara a la población y él les declaró "que regalaría pocos a muchos y en recuerdo de los muertos perdonaría a los vivos".

<sup>159</sup> La cronología de estos sucesos es discutida.

por la numerosa caballería enemiga, había empezado a retirarse. Entonces, cuenta Plutarco que Sila, bajándose del caballo, tomó una bandera y comenzó a abrirse camino hacia el enemigo haciendo una brecha entre los fugitivos y gritando: "¡Romanos, yo moriré aquí de una hermosísima muerte! Y vosotros, cuando os pregunten dónde habéis traicionado a vuestros enemigos, no os olvidéis de decir: ¡en Orcómenos!"<sup>100</sup> Este gesto tuvo una gran influencia psicológica: la infantería estrechó filas, volvió al ataque y los romanos consiguieron una brillante victoria.

El ejército de Sila pasó en Tesalia el invierno 86-85. Valerio Flaco, mientras tanto, había ocupado Bizancio y había pasado al Asia Menor. Después del fracaso en Grecia, la posición de Mitrídates era débil también en Asia Menor. Los estratos poderosos de la población, que ya estaban desde el primer momento descontentos con la política demagógica de Mitrídates, pero que, de grado o por fuerza, debían soportarla, habían encontrado ahora la ocasión favorable. Algunas ciudades se separaron. Mitrídates recurrió a severas represiones y de "dios-liberador" se transformó rápidamente en lo que en realidad era: un cruel déspota oriental. Este hecho facilitó a los romanos el logro de sus propósitos.

En el ejército de Flaco las cosas no andaban muy bien. El cónsul no tenía ninguna autoridad: los soldados no lo escuchaban y se entregaban al saqueo. El legado de Flaco, Cayo Flavio Fimbria, hacía todo lo posible por excitar las pasiones de los soldados y orientarlos contra su comandante. Las cosas llegaron a tal punto que el ejército se rebeló y mató al cónsul. Fimbria tomó el mando.

A diferencia de Flaco, Fimbria era un hombre capaz y enérgico. Derrotó al ejército de Mitrídates en el Proponto y lo obligó a evacuar Pérgamo. La situación del rey del Ponto se volvió desesperada. Más aún, empeoró cuando en el Egeo apareció la flota de Sila, organizada por su cuestor L. Licinio Lúculo. Hubo que pedir la paz al enemigo. ¿Pero con quién debía entablar las tratativas: con Sila o con Fimbria? Mitrídates las inició con ambos. Pero luego se decidió a continuarlas sólo con Sila, considerando que su situación era la más segura.

---

<sup>100</sup> *Sila*, XXI.

Es lógico que en ambas circunstancias Sila no habría aceptado nunca concertar una paz con Mitrídates: comprendía muy bien qué terrible enemigo era el que Roma tenía delante y no se hubiera detenido hasta destruir por completo al rey del Ponto y su reino. Pero en esas circunstancias tenía una urgente necesidad de liberarse en Oriente para regresar a Italia, donde el terreno se le hundía bajo los pies. Por este motivo, Sila propuso condiciones bastante blandas: restitución por parte de Mitrídates de todas las conquistas hechas en Asia Menor desde el comienzo de la guerra, pago de 3.000 (según otros de 2.000) talentos, entrega de 80 naves de guerra y otras condiciones de menor importancia. Mitrídates no aceptó de inmediato, pero ante la amenaza de Sila de invadir el Asia Menor se puso inmediatamente de acuerdo. En agosto del 85, en Dárdano, sobre el Helesponto, hubo un encuentro personal entre Sila y Mitrídates, en el que se concluyó la paz.

Quedaba aún el ejército de Fimbria, que se encontraba en Pérgamo. Las desertiones y los desórdenes aumentaban día a día. Cuando Sila se acercó, los soldados fueron pasándose en masa a sus filas. Fimbria huyó a Pérgamo, donde se suicidó arrojándose sobre una espada.

Luego Sila se dedicó a restaurar el orden. Todos los más importantes partidarios de Mitrídates caídos en manos de los romanos fueron ajusticiados. Sus medidas (remisión de las deudas, liberación de los esclavos, etc.) fueron abolidas. Se obligó a los contribuyentes a pagar todos los impuestos atrasados que se habían acumulado durante la guerra. Además, la provincia de Asia fué gravada con un enorme tributo de guerra de 20.000 talentos. Las comunidades y Estados que habían permanecido fieles a Roma (Rodas, Licia, Magnesia, etc.) fueron generosamente recompensadas.

En el 84 Sila se trasladó desde el Asia Menor a Grecia, donde pasó el invierno preparándose para la guerra con Italia. La infortunada Grecia debió soportar por segunda vez una ocupación romana. En la primavera del 83, Sila, con un ejército de 40.000 hombres, cargado de botín, desembarcó en Brindisi. Empezaba para Italia una nueva guerra civil.

*Revuelta de Mario del 87. Dictadura de Cinna.* — Volvamos cuatro años atrás y analicemos lo sucedido en Roma du-

rante todo este tiempo. Ni bien Sila había dejado Italia en la primavera del 87, entre los cónsules Cinna y Octavio empezó la lucha por la vieja cuestión de la subdivisión de los nuevos ciudadanos y los libertos en las tribus. Cinna, apoyado por la mayoría de los tribunos de la plebe, propuso proyectos de ley sobre la plena igualdad de los ciudadanos y sobre la amnistía para aquellas personas declaradas fuera de la ley durante la revuelta contra Sila.

El día de la votación, se produjo una lucha armada entre los partidarios de Cinna y los de Sila. En el Foro y en las calles adyacentes cayeron hasta 10.000 hombres. No obstante los llamados de Cinna a los esclavos, los partidarios de Octavio obtuvieron una victoria completa. El Senado declaró a Cinna destituido como cónsul y puso fuera de la ley a los jefes de la revuelta.

Cinna se refugió junto al ejército que ponía sitio a Nola, constituido en gran parte por reclutas provenientes de los nuevos ciudadanos y favorables, por lo tanto, a los populares. Los jefes democráticos (Quinto Sertorio, que por enemistad personal contra Sila había pasado al lado de Mario; el tribuno de la plebe Cneo Papirio Carbón y otros) se diseminaron por Italia, llamando al pueblo a la revuelta contra Sila y reclutando tropas. Mario desembarcó en Etruria con un grupo de emigrados, y reunió rápidamente un verdadero ejército de 6.000 hombres compuesto por esclavos fugitivos y por italos.

Las tropas de los democráticos se acercaron a Roma desde diversos lados. Mario ocupó Ostia. El abastecimiento de víveres a la ciudad fué interrumpido, provocando el hambre. El Senado se vió obligado a capitular (junio del 87).

Empezó un período de terror. Durante cinco días la ciudad se vió sometida a una constante masacre y al saqueo, que luego se difundió por toda Italia. En esto se distinguieron particularmente Mario y sus tropas. El poder estaba por fin de nuevo en sus manos y podía satisfacer por completo su sed de venganza. Entre los asesinados se contaron Cneo Octavio, Lucio Julio César, el ex colega de Mario, Quinto Lutacio Catulo, y muchos otros personajes de primer plano. Sila fué declarado fuera de la ley y su constitución derogada.

En el 86 fueron electos cónsules Mario y Cinna. Pero el vencedor de los cimbrios y los teutones no pudo gozar de su



septimo consulado: se enfermó y murió a mediados de enero del 86. Verrius Flaco fué elegido en su reemplazo.

Después de la muerte de Mario, los asesinatos y el pillaje cesaron y se restableció un relativo orden, cosa que sólo se obtuvo después de que Sertorio destruyó, por orden de Cinna, a los más desenfadados partidarios de Mario, que se habían transformado en bandoleros.

Por espacio de casi tres años (87-85) Cinna dirigió el Estado en calidad de cónsul y fué, de hecho, un dictador. Tomó algunas medidas para consolidar la democracia y luchar contra la crisis económica. A más de abolirse las disposiciones de Sila, se estableció la distribución igualitaria de los ciudadanos en las tribus, una casación parcial de las deudas (en las  $\frac{3}{4}$  partes), se promovió una reforma monetaria y se concedió una mayor distribución de pan.

Sin embargo, la situación de Cinna y de sus partidarios en Roma no era sólida. Su apoyo principal lo constituían esencialmente los itálicos y esto creaba en la población romana originaria una cierta desconfianza con respecto al régimen democrático. La opinión pública era más bien partidaria de reconciliarse con Sila. Este último, después de concluir la paz con Mitrídates, había informado al Senado del fin de la guerra y de su inminente regreso a Italia. Había prometido que respetaría los derechos concedidos a los ciudadanos.

Este mensaje diplomático dió mayor fuerza en el Senado al partido moderado, favorable a un acuerdo. Se iniciaron tratativas con Sila. Pero los cónsules Cinna y Carbón, tratando de hacer fracasar el acuerdo, empezaron, en el invierno del 85-84, a concentrar tropas sobre el mar Adriático para una expedición contra Sila. Los soldados, desconformes con ser destinados a una expedición invernal, se sublevaron y a comienzos del 84 mataron a Cinna en Ancona. Carbón quedó como único cónsul y postergó la expedición.

La muerte de Cinna significó un grave golpe contra los democráticos, porque era el más popular y, sin duda alguna, el más importante de sus jefes. En el 83 fueron elegidos cónsules dos hombres absolutamente ineptos: Cayo Norbano y Lucio Cornelio Escipión. Justamente ellos fueron quienes debieron dirigir, en el primer momento, la guerra contra el vencedor de Mitrídates.

*La lucha por Italia.* — Cuando Sila desembarcó en Brindisi, en la primavera del 83, sólo disponía de 30.000 infantes y 6.000 jinetes. Los democráticos eran muy superiores en número: en el punto culminante de la lucha, cuando intervinieron los samnitas, las fuerzas democráticas alcanzaron a 200.000 hombres. Pero el ejército de Sila estaba templado por la guerra de Oriente, era fiel a su jefe y por lo mismo bastante disciplinado. Sila tenía grandes disponibilidades de dinero. Las tropas de los democráticos, en cambio eran muy heterogéneas, poco disciplinadas, no tenían buenos jefes y carecían de un buen abastecimiento. Los contingentes romanos no veían con buenos ojos a los itálos: la ciudadanía estaba dividida, porque una parte se inclinaba por Sila.

En el momento de la llegada de Sila, los democráticos no estaban aún preparados para la guerra. Brindisi le abrió las puertas, Apulia no opuso la más mínima resistencia. Muchos optimates, y hasta hombres pertenecientes a las filas democráticas, comenzaron a pasarse al lado de Sila: Quinto Metelo Pío, hijo de Metelo Numídico, Marco Licinio Craso, llegado de África con una división armada, el ex cónsul Lucio Marcio Filippo y otros. Mucho fué lo que hizo por Sila el joven Cneo Pompeyo (tenía entonces 23 años), hijo de Estrabón, que reunió para él en el Piceno un ejército entero.

Sila marchó hacia Campania, donde lo esperaban los dos cónsules del 83. Norbano fué derrotado en el primer encuentro y las tropas de Escipión se pasaron a Sila. En el 82 en Roma fueron elegidos cónsules Carbón y Cayo Mario hijo, joven de 20 años, valeroso y enérgico. Los nuevos magistrados empezaron a prepararse intensamente para continuar la lucha.

En el 82 la guerra civil entró en su nueva fase, última y decisiva. Intervinieron en ella los restos de aquellos samnitas que desde el 88 aún no habían sido sometidos y que comprendían que una victoria de Sila significaría su fin.

Mario esperó en el Lacio a Sila, que se dirigía hacia Roma. Cerca de Sacriporto tuvo lugar una gran batalla que terminó con la completa derrota del joven e inexperto comandante. Los restos de su ejército se refugiaron en las fortalezas vecinas y él mismo se encerró en Preneste. Ya no era posible defender Roma. Por eso Mario ordenó abandonar la ciudad, matando previamente a todos los sostenedores de Sila que aún se encontraban

vivos. En poco tiempo Sila ocupó Roma, que no le opuso ninguna resistencia, y luego intervino en la Italia septentrional, donde se estaba desarrollando una encarnizada lucha entre Carbón y las fuerzas de Metelo, Pompeyo y Craso.

En ese momento entraron en escena los samnitas y los lucanos con sus jefes Poncio Telesino y Marco Lamponio, héroes de la guerra social. Su gran ejército, de 70.000 hombres, apareció en el Lacio en ayuda de Mario, sitiado en Preneste. Después de haber dejado una parte de sus tropas en Etruria contra Carbón, Sila regresó al Lacio con las restantes y ocupó posiciones frente a Preneste, bloqueando el camino a los samnitas.

En el norte, entretanto, Metelo y Pompeyo obtenían éxitos decisivos. Carbón se desmoralizó y huyó secretamente al África. Los restos de sus tropas se unieron a los samnitas en Preneste. Las fuerzas de Metelo y Pompeyo, ahora libres, marcharon en ayuda de Sila en el Lacio, donde debía concluirse la guerra civil, que se prolongaba ya desde un año y medio.

Cuando los jefes samnitas supieron que se acercaban las vanguardias del ejército de Sila, que se encontraba en Etruria, decidieron abandonar Preneste y conquistar Roma por sorpresa. Si lo hubieran logrado, Roma habría sufrido terriblemente, pero el curso de la guerra no habría variado. Se trataba sólo de un plan sin ningún valor estratégico, dictado nada más que por la desesperación y la sed de venganza.

A marchas forzadas los samnitas se dirigieron hacia Roma y aparecieron ante la Puerta Colina. Sila se lanzó a perseguirlos. La tarde del 1º de noviembre del 82 comenzó la batalla, que se prolongó durante toda la noche y la mañana del día siguiente. El ala izquierda, comandada por Sila, fué obligada a retirarse hasta el pie de los muros de la ciudad; pero Craso, en el flanco derecho, obtuvo la victoria, lo que le dió la posibilidad al ala izquierda de restablecerse y pasar también al ataque. Los samnitas fueron vencidos y destruidos casi por completo.

Algunos millares de ellos cayeron prisioneros, y entre éstos también Poncio Telesino, gravemente herido. Por orden de Sila fueron conducidos al Campo Marzio, encerrados en el circo y masacrados todos.

Al mismo tiempo, Sila había convocado al senado en el templo de Belona, diosa de la guerra, que se encontraba cerca del lugar de la masacre. "Mientras empezaba su discurso —narra Plutarco— los soldados que habían sido encargados de esa misión, empezaron a matar a los 0.000 prisioneros. Los gritos de las víctimas, dada la breve distancia, lle-

gaban naturalmente hasta el templo. Los senadores se aterrizaron. Pero Sila no se inmutó y siguió con su discurso, limitándose a invitar a los senadores, con fría impassibilidad, a poner mucha atención en su discurso y a no preocuparse por lo que sucedía afuera, donde, por orden suya, simplemente se estaba dando una lección a un montón de miserables" 161.

La batalla en Puerta Colina puede considerarse el fin de la guerra civil. Unos días después, capituló Preneste. Mario se suicidó. La valerosa población de la ciudad fué exterminada, salvo pocas excepciones. Las otras ciudades resistieron algún tiempo más, pero por fin o se rindieron o fueron capturadas por la fuerza. En todas partes se produjeron espantosas escenas de matanza en masa. El Samnio las sufrió muy especialmente: Sila organizó sobre su territorio una expedición punitiva, tomó Isernia y trasformó a toda la ciudad en un desierto.

Contemporáneamente los ayudantes de Sila sometían a su autoridad las provincias occidentales. En primer lugar, Lucio Filipo conquistó Cerdeña. A Sicilia fué enviado Pompeyo. Los restos de los partidarios de Mario evacuaron la isla sin resistencia. Carbón, que había encontrado en ella un refugio, huyó, pero fué capturado y ajusticiado en Lilibeo. Luego Pompeyo se dirigió a África y la sometió en 40 días. Por estas fáciles victorias Sila decretó para él el nombre de "grande", que en la boca del astuto Sila sonaba bastante irónicamente. Sila asumió el nombre de "*féliz*".

Los secuaces de Mario se habían refugiado también en la península ibérica. Quinto Sertorio había sido enviado a España en calidad de pretor ya antes de que la guerra civil terminara. Cuando Sila, una vez en el poder, envió allí a sus lugartenientes, Sertorio se refugió en Mauritania y ambas regiones españolas se sometieron a Sila. Pero Sertorio, como veremos más adelante, regresó pronto a España.

*La dictadura de Sila.* — En la misma Roma la conquista del poder por parte de Sila se hizo famosa por las inauditas atrocidades. El terror de Mario en el 87 sólo fué un pequeño preludio de lo que sucedió en el 82-81. En la orgía de sangre que se desencadenó en los primeros días, y aterrorizó incluso a sus amigos, Sila introdujo el conocido "orden" con las llamadas "proscripciones" o "listas de proscripciones" (*proscriptiones* o *tabulae*

---

161 Sila, XXX.

*proscriptionis*) en las que se anotaban los nombres de las personas declaradas fuera de la ley y pasibles de ser muertas.

"Inmediatamente —dice Apiano— Sila condenó a muerte hasta 40 senadores y cerca de 1.600 de los llamados "caballeros". Parece haber sido el primero que estableció listas de personas condenadas a muerte, fijando recompensas para quienes los mataran o capturaran y castigos para quienes, en cambio, les dieran refugio. Después de poco tiempo, agregó más nombres a los de los senadores proscriptos. Todos ellos, eran inmediatamente muertos en el lugar y en el momento en que se los encontraba: en casa, en una esquina de la calle, en el templo. Algunos se arrojaron aterrizados a los pies de Sila, pero también fueron despiadadamente muertos en su presencia o arrastrados hasta el lugar de la ejecución. El terror era tan grande que ninguno de los que presenciaban estas ejecuciones osaba ni siquiera respirar. Algunos fueron exilados, a otros se les confiscaron los bienes. Los esbirros de Sila buscaban a los fugitivos por todas partes y mataban a cuantos les venía en gana. Todo servía para acusarlos: la hospitalidad, la amistad, el dar o recibir dinero prestado. Uno podía ser llevado a un juicio sólo por haber ofrecido servicios durante el viaje. Se actuaba sobre todo contra los ricos. Cuando las acusaciones personales se agotaron, Sila se arrojó sobre las ciudades para castigarlas... A muchas ciudades se enviaron columnas de soldados que habían servido a sus órdenes, con el objeto de crear en toda Italia guarniciones que le fueran fieles; la tierra perteneciente a esas ciudades y las casas que se encontraban en ellas fueron distribuidas a los nuevos colonos. Esto lo ganó para su causa aún después de su muerte. Como los nuevos colonos no podían considerar segura su posición si el régimen de Sila no era reforzado, lucharon por su causa también después de su muerte" 102.

Sila no se limitó a la represión contra los vivos: el cadáver del anciano Mario fué exhumado de su tumba y arrojado al Aniene.

El sistema de las proscripciones permaneció en vigencia hasta el 19 de junio del 81. Perccieron en total unas 5.000 personas. El mismo Sila y las personas que lo rodeaban se enriquecieron comprando a muy bajo precio los bienes de los proscriptos. Fué en estos días terribles cuando Craso, el liberto de Sila Crisógono y otros pusieron las bases de su riqueza.

De los esclavos pertenecientes a las personas declaradas fuera de la ley, Sila liberó a 10.000 elegidos entre los más jóvenes y fuertes. Recibieron el nombre de Cornelios y formaron la guardia personal de Sila, a su servicio directo. Los 200.000 ex

---

102 *Las guerras civiles*, I, 95-96,

soldados de su ejército que habían obtenido la concesión de tierras en Italia constituyan otro de los apoyos de Sila.

En lo jurídico, Sila construyó su dictadura observando rigurosamente la Constitución romana. Como los dos cónsules del 82 (Carbón y Mario hijo) habían muerto, el Senado declaró el interregno. El "interrey", el príncipe del Senado Lucio Valerio Flaco <sup>163</sup>, presentó en los comicios un proyecto de ley que declaraba a Sila dictador por tiempo indeterminado "para la formulación de leyes y la restauración del orden en el Estado" (*dictator perpetuus legibus scribendis et rei publicae constituendae*). Aterrorizada, la asamblea popular aprobó la propuesta de Valerio (noviembre del 82), que se convirtió en ley (*lex Valeria*). ¡De modo que hasta el poder de Sila surgió de la idea de la soberanía popular!

Una vez dictador, Sila, como era su derecho, nombró comandante de la caballería a Valerio Flaco. Pero a pesar de esta comedia constitucional, la dictadura de Sila era en esencia (y también en la forma) bien distinta de las dictaduras que la precedieron. Era ilimitada tanto por la duración como por la amplitud de sus funciones, ya que la autoridad de Sila se extendía a todos los sectores de la vida estatal, mientras que en los tiempos pasados la autoridad del dictador se circunscribía a un círculo bien definido de cuestiones. Sila tenía facultades para admitir la colaboración de los magistrados ordinarios o gobernar por sí solo. Previamente había sido liberado de toda responsabilidad por sus acciones.

Pero mucho más grande era la diferencia sustancial: la autoridad de Sila tenía un carácter puramente militar, había surgido de las guerras civiles y se apoyaba sobre un ejército profesional. Esta circunstancia no la privaba, naturalmente, de su carácter de clase. Se trataba siempre de una dictadura de los esclavistas romanos, principalmente de la nobleza, que hacía de ella un medio de lucha contra el movimiento democrático revolucionario. Pero el carácter de su origen le confería algunos rasgos peculiares que hacían de Sila el primer emperador, ya no en el significado republicano, sino con un nuevo sentido de la palabra.

Aunque Sila, como ya hemos dicho, tenía derecho a gobernar

---

<sup>163</sup> Hermano gemelo del cónsul del 86, su homónimo,

sin otros magistrados, según lo establecía la ley Valeria, no usó de él. Exteriormente, el sistema republicano se mantuvo: cada año se elegían los funcionarios con el procedimiento normal (en el 80 Sila mismo fué uno de los cónsules). Las leyes eran presentadas ante la asamblea popular. La reforma de los comicios centuriados hecha por Sila en el 88 no se restableció, porque los comicios cumplían pasivamente todos los deseos del omnipotente dictador.

Sila volvió a poner en vigencia y hasta amplió las viejas disposiciones que había tomado contra la democracia. La distribución del trigo fué suspendida, el poder de los tribunos de la plebe reducido a una ficción: sólo podían actuar en el campo legislativo y judicial después de haber obtenido la aprobación del Senado. El derecho de intercesión fué mantenido, pero los tribunos eran pasibles de multa por intervenciones "inoportunas". Además, quienes habían ocupado el cargo de tribuno de la plebe no tenían acceso a los cargos curules y esto privó al tribunado de la plebe de cualquier atractivo para quienes deseaban hacer una carrera política.

El dictador estableció un severo orden de sucesión para el acceso a las magistraturas: no podía ser cónsul quien no había sido pretor, y sólo podía llegar a la pretura quien antes hubiese sido cuestor. El cargo de edil no se comprendió dentro de la escala de las magistraturas, porque se suponía que cualquier personaje político debía pasar inevitablemente a través del cargo del edil, que le abría amplias posibilidades de lograr una popularidad.

Se restableció la antigua norma (plebiscito de Genucio del 342) que prohibía elegir un cónsul por segunda vez, mientras no pasaran 10 años de la primera elección.

El número de los pretores fué elevado a 8, el de los cuestores a 20, para satisfacer las crecientes exigencias del Estado y del aparato administrativo. Los ex cuestores se convertían automáticamente en miembros del Senado. Los senadores fueron declarados inamovibles, eliminando con esto una de las más importantes funciones de los censores: la revisión del Senado.

Las atribuciones económicas que en otro tiempo tenían los censores fueron trasferidas a los cónsules, aboliendo de ese modo en la práctica, la censura.

Las reformas constitucionales de Sila tendían formalmente a restituir el dominio de la aristocracia, y es natural que con tal fin el Senado fuera de nuevo puesto a la cabeza del Estado. Se abolió la ley judicial de Cayo Graco y los tribunales pasaron de nuevo a manos de los senadores. Los colegios penales permanentes fueron considerablemente mejorados y se aumentó su número. Sin embargo, dentro del espíritu de la reforma de Druso, se aumentó el número de senadores con la elección de 300 miembros nuevos del orden ecuestre. En la práctica los electos fueron jóvenes hijos de senadores, oficiales de Sila y "gente nueva" que se había abierto camino en la vida política durante este último movimiento. Así se inició la formación de una nueva nobleza, que debía ser el sostén del régimen de Sila. Promoviendo la restauración de la República senatorial, Sila reforzó en realidad la propia dictadura personal.

Entre las medidas anotadas hay que destacar especialmente la organización administrativa de Italia. Se trata de una de las reformas de Sila más sólidas y progresistas. En realidad fué el reconocimiento jurídico de la situación que se había creado a consecuencia de la guerra social. Sila mantuvo la promesa hecha en un mensaje al senado: los nuevos ciudadanos provenientes de los itálos fueron dueños de todos los derechos, incluso del de ser inscriptos uniformemente en las 35 tribus. Al haberse debilitado el partido democrático, esto ya no significaba ningún peligro. En relación con este nuevo ordenamiento, Sila definió con precisión los límites de la Italia propiamente dicha, fijándolos al norte en el pequeño río Rubicón que desemboca en el Adriático al septentrión de Rímíni. La región de la Italia contemporánea situada entre el Rubicón y los Alpes formó la provincia de la Galia Cisalpina y fué dividida en grandes territorios urbanos, entre los cuales los de la parte transpadana comprendían las tribus galas. La Italia peninsular, al sur del Rubicón, fué subdividida en pequeños territorios municipales autónomos. Muchas ciudades itálas, precisamente aquéllas cuyas tierras habían sido adjudicadas a los veteranos de Sila, fueron transformadas en colonias ciudadanas.

Los poderes dictatoriales de Sila eran absolutos. En el 80. sin renunciar a la dictadura, había aceptado el nombramiento de cónsul (su colega fué Metelo) y en el 79 había rechazado la reelección. Inmediatamente después, cuando los nuevos cónsules



del 79<sup>104</sup> entraron en funciones, Sila convocó a la asamblea popular y declaró que renunciaba a los poderes dictatoriales. Licenció a los lictores y a la guardia personal y se declaró dispuesto a responder de su actividad si alguien así lo deseaba. No habiendo presentado nadie ninguna proposición en ese sentido; Sila descendió de la tribuna y se retiró a su casa, acompañado por sus más íntimos amigos.

De inmediato Sila partió para sus tierras en Campania. Aunque ya no se ocupó más de asuntos de Estado, prefiriendo dedicarse a la pesca y a escribir sus memorias, de hecho su influencia se hizo sentir hasta la muerte, que se produjo por enfermedad en el 78. Sila murió a los 60 años. El Estado le tributó honores fúnebres excepcionales.

La imprevista renuncia al poder del omnipotente dictador dió pábulo, y continúa dándolo hoy, a innumerables hipótesis e inducciones. Sin embargo, si se considera el hecho no sólo desde un punto de vista subjetivo-psicológico, el comportamiento de Sila deja de aparecer incomprensible. Lógicamente, los motivos psicológicos pudieron tener una cierta importancia: Sila era anciano, estaba saciado de vida, y es posible que ya desde mucho antes se encontrara afectado por una enfermedad grave e incurable (las fuentes destacan esta circunstancia). Pero según parece no fué éste el motivo decisivo de la renuncia. Dada su aguda inteligencia y su enorme experiencia administrativa, Sila no podía dejar de comprender que el régimen por él instaurado no era sólido. Veía claramente que eran muchos los que nutrían hacia él un odio violento y esperaban el momento oportuno para rebelarse contra su sistema. Tenía plena conciencia de la debilidad de la base sobre la que se apoyaba y prefirió dejar voluntariamente el poder cuando hubo alcanzado su apogeo antes que esperar el derrumbe del edificio por él construído, que inevitablemente lo habría sepultado bajo sus ruinas.

La función histórica de Sila fué muy grande. Independientemente de cuáles hayan sido sus propósitos subjetivos, el hecho cierto es que puso las bases del sistema estatal que luego fué reforzado y extendido por César, sistema que nosotros llamamos "Imperio". El principio de la dictadura militar permanente con

---

<sup>104</sup> Publio Servilio y Apio Claudio.

el mantenimiento de la forma republicana, la destrucción de la democracia, el debilitamiento del senado aparentando su consolidación, el mejoramiento del aparato administrativo y del judicial, la extensión de los derechos de ciudadanía, la organización municipal de Italia fueron medidas que retomaron sus sucesores y que entraron a formar parte orgánica de la organización estatal de Roma.

## CAPÍTULO XXIII

### ÚLTIMO DESPERTAR DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

*Tentativa de destruir el régimen de Sila.* — A pesar de todo, el régimen instaurado por Sila no era sólido y en pocas décadas puede decirse que ya había pasado su tiempo. La violenta fractura del sistema político-social que produjo el dictador, había generado una gran cantidad de descontentos: los propietarios privados de la tierra, los veteranos de Mario, los caballeros, los subproletarios y hasta una parte de la aristocracia, hostil al carácter monárquico de la dictadura de Sila, se alineaban en la oposición. Marco Emilio Lépido <sup>105</sup>, cónsul del 78, se convirtió en la expresión de todos los elementos disidentes. Aunque pertenecía a la nobleza y había sido un sostenedor de Sila, por consideraciones de carácter personal había pasado al campo de la oposición <sup>106</sup>. Cuando ascendió al consulado (su colega era el silano Quinto Lutacio Catulo, hijo del vencedor de Vercellas), Lépido, inmediatamente después de la muerte del dictador, empezó la agitación para destruir la constitución por éste establecida. Entró en vinculación con los emigrados y con los restos de los partidarios de Mario que se encontraban en Roma y en Italia y, a pesar de la hostilidad del senado y de Catulo, logró adoptar algunas medidas y, particularmente, restablecer la distribución del trigo, aunque en forma limitada.

<sup>105</sup> Padre del futuro triunviro del 43.

<sup>106</sup> Durante su permanencia en Sicilia en calidad de propretor había cometido tales saqueos que se vio amenazado por un proceso. Esto lo obligó a pasar a las filas de la oposición.

Mientras tanto, en Etruria había estallado una guerra civil: en algunas localidades los ciudadanos se pusieron a la tarea de expulsar a los colonos silanos con las armas en la mano. El senado decidió enviar al lugar a los dos cónsules para reclutar tropas y dominar la revuelta. Lépido reunió todo un ejército y, aun cuando el plazo de su consulado ya había vencido, se rehusó a dejar el cargo y disolver el ejército. A comienzos del 77 pretendió del senado la restauración de la antigua autoridad de los tribunos, el regreso de los emigrados y, para sí mismo, la reelección consular. El senado lo declaró enemigo de la patria y confió a Catulo y Pompeyo la misión de combatirlo.

Pompeyo se dirigió al valle del Po, ocupado por uno de los ayudantes de Lépido, Marco Junio Bruto<sup>167</sup>, partidario de Mario, y lo sometió al asedio en la ciudad de Módena. Catulo se preparó para defender Roma. Lépido llegó a la capital con grandes fuerzas, cruzó el Tíber y bajo los muros de la ciudad, en el Campo Marzio, tuvo lugar la batalla definitiva. Lépido fué forzado a retroceder, se retiró a Etruria donde fué derrotado por segunda vez y luego huyó a Cerdeña con los restos de sus tropas. Aquí murió poco tiempo después mientras Marco Perperna, que había sido pretor a su servicio, conducía el ejército a España para reunirse con Sertorio. Módena se rindió a Pompeyo y Bruto fué ajusticiado.

Así terminó la primera tentativa de destruir el sistema de Sila, tentativa que fracasó tanto por la ineptitud de Lépido como, sobre todo, porque el partido democrático, deshecho por Sila, aún no había podido reorganizarse.

Los acontecimientos que siguieron obligaron a postergar el renacimiento de la democracia por un plazo de ocho años.

*La rebelión de Sertorio.*—Ya hemos dicho cómo en el 81 Sertorio se refugió en África para sustraerse a los agentes enviados por Sila. En Mauritania había entrado al servicio de uno de los reyezuelos locales. Sus victorias sobre las tribus libias y sobre los piratas lo habían hecho famoso. En el 80 los rebeldes lusitanos le enviaron mensajeros con la propuesta de que asumiera el mando de su milicia. Sertorio, con una tropa de emigrados romanos y guerreros mauritanos, se había trasladado a Lusitania, donde asumió la dirección de la rebelión contra la

---

<sup>167</sup> Padre de Marco Junio Bruto, uno de los asesinos de César.

Roma de Sila, que tenía un carácter local, pero a la cual Sertorio, eminente organizador y óptimo comandante militar, le dió bien pronto un carácter más vasto. Después que se produjo la derrota de los pretores de ambas Españas, Sila había enviado contra Sertorio a Quinto Metelo, que llegó al teatro de las operaciones en el 79. Sin embargo, la rebelión, que ya se extendía a toda España, no había podido ser dominada.

Para explicar los triunfos de Sertorio no basta remitirse sólo a su brillante capacidad militar. La fuerza de su movimiento consistía en la feliz fusión de la revuelta de las tribus locales con el movimiento democrático romano, característica que lo hace el más original de todos los que se produjeron en la historia de las guerras civiles.

Es evidente que Sertorio tendía a unir todas las fuerzas enemigas del sistema oligárquico romano en nombre de una república verdaderamente democrática, humana e iluminada, en la que se garantizara la libertad de los pueblos y todo el *orbis terrarum* pudiese gozar, dentro de una paz segura, de los beneficios de la civilización romana. El utopismo de este programa en la época de la sociedad esclavista no quita brillo a la belleza y al contenido ideal del pensamiento de Sertorio.

España fué proclamada independiente. Con los emigrados romanos más eminentes Sertorio formó un senado de 300 miembros. En los puestos de mando del ejército colocó romanos. Esto demuestra que su intención no era crear un estado ibérico, sino que evidentemente consideraba a España como una provincia romana, separada de Roma sólo momentáneamente, mientras en ella estuviera vigente la constitución de Sila. El método de gobierno de Sertorio era bien distinto del de sus predecesores: en el trato a los españoles prevalecían la justicia y la clemencia; el ejército era manejado con una severa disciplina y cualquier violencia contra la población local se castigaba despiadadamente. En la ciudad de Osca (España septentrional), elegida como capital, Sertorio había organizado para los hijos de los príncipes españoles una escuela en la que se enseñaban la lengua latina, la griega y otras ciencias. Estos hechos eran inauditos en la política provincial romana: en lugar de destruir, la intención de Sertorio era romanizar la población local (es cierto, sin embargo, que la escuela de Osca tenía una segunda finalidad, aunque no principal: daba a

Sertorio la posibilidad de tener cerca suyo rehenes de tribus españolas sin que resultara evidente).

El tratamiento humano de Sertorio fué recompensado por los españoles con una adhesión fanática. Su guardia estaba formada por algunos millares de jóvenes del lugar, que le habían jurado fidelidad eterna. Sobre él circulaban leyendas: se decía, por ejemplo, que el gamo blanco que lo acompañaba le trasmitía los consejos de la diosa Diana...

Sertorio llevó adelante una audaz política externa, tratando, como ya hemos dicho, de apoyarse sobre todas las fuerzas enemigas de Roma. Se alió con los piratas de Cilicia, que pusieron a su disposición una flota entera, de la que se sirvió para defender la costa oriental. Sus agentes desempeñaban una intensa actividad entre las tribus galas, incitándolas a la rebelión. Entró en contacto con Mitrídates, que en el 74 había iniciado una nueva guerra contra Roma, estipulando con él un tratado formal según el cual Sertorio le dejaba las manos libres para actuar sobre los estados aliados del Asia Menor y Mitrídates en cambio le enviaría 40 naves y 3.000 talentos.

Es comprensible que en Roma reinase una gran alarma. Se hablaba ya de un nuevo Anibal y de una nueva invasión de Italia. Se decidió enviar a España a Pompeyo. Éste, después de la derrota de Lépido, no había disuelto su ejército y exigía ser nombrado comandante en España. El senado no confiaba en el ambicioso jefe y además Pompeyo era muy joven y su nombramiento significaba una infracción a lo que hacía poco tiempo Sila había establecido sobre la escala gradual de las magistraturas. Pero no había otra alternativa: Pompeyo era considerado un comandante capaz y disponía de una fuerza armada. En el verano del 77, Pompeyo, con el título de procónsul, cruzó los Alpes y se dirigió a España.

En un primer momento la tarea se demostró superior a las fuerzas de Pompeyo. Bajo el mando de Sertorio se habían reunido, a fines del 77, numerosos efectivos: sus tropas españolas habían sido reforzadas por los restos del ejército de Lépido, venidos de Cerdeña con Perperna (más de 20.000 hombres). Como comandante, Sertorio era muy superior a Pompeyo y por eso, a pesar de la superioridad numérica de los romanos, el curso de la guerra fué, durante algunos años, favorable a los rebeldes. En el 75 Pompeyo fué derrotado en campo abierto y, gravemente:

herido, estuvo a punto de caer prisionero. Si no hubiese sido por la llegada de Metelo, que vino en su ayuda, el ejército de Pompeyo habría quedado destruído.

Pero la causa de Sertorio, a pesar de toda la nobleza de su personalidad y la elevación de sus ideas, estaba destinada a fracasar. El plan de crear, en aquel tiempo, un Estado verdaderamente democrático, era absolutamente irrealizable. La base social y militar de Sertorio era heterogénea e inestable: las inseguras tropas españolas por un lado, y los aventureros de la emigración romana por el otro. Sus más cercanos colaboradores no se daban cuenta de esto y trataban a los españoles desdeñosamente. Sus tropas eran muy indicadas para la guerra de guerrillas, pero totalmente inferiores al ejército regular de Metelo y de Pompeyo. Además, no disponía de caballería.

El comando romano trató de aprovechar la inestabilidad de los elementos de la emigración y fijó una gruesa recompensa por la cabeza de Sertorio. Al saberlo, éste alejó de su guardia personal a los soldados romanos y la cambió eligiendo sus componentes entre los españoles más fieles. Esto aumentó el descontento de los romanos: se descubrió un complot contra su vida, organizado por las personas que más de cerca lo rodeaban. Una parte de los conspiradores fué arrestada y condenada a muerte, y aquéllos que habían permanecido en la sombra, entre ellos el propio Perperna, decidieron jugar una carta decisiva. Durante un banquete organizado por Perperna en Osca, Sertorio y su guardia fueron apuñalados por los conspiradores (año 72).

"Así terminó su vida dice Mommsen— gracias a la traición de una mezquina banda de emigrados a los que él se había visto forzado a guiar contra su país natal, uno de los más notables, si no el más notable hombre producido hasta el momento por Roma, un hombre que, en circunstancias más favorables, habría renovado su patria. La historia no ama a los Coriolanos y no ha hecho excepción ni siquiera con éste, el más generoso, el más genial, el más digno de misericordia entre todos ellos" 108.

La muerte de Sertorio significó la derrota de toda su causa. Perperna se apoderó del comando supremo, la mayor parte de los españoles se alejó del movimiento y Pompeyo no tuvo mayor problema en derrotar, en la primera batalla, a los soldados que habían quedado. Perperna fué capturado y condenado a

muerte. Luego las divisiones aisladas fueron liquidadas muy pronto. España fué sometida de nuevo a la autoridad romana.

En el 71 Pompeyo regresó a Italia, donde desde hacía ya dos años, se extendía una terrible rebelión de esclavos.

*La rebelión de Espartaco.* — A fines de la segunda década del siglo I, la situación interna en Italia se presentaba sumamente tensa. La fracasada tentativa de Lépido de terminar con el dominio de los secuaces de Sila sólo había conseguido agudizar las contradicciones existentes. En ese momento, el elemento más revolucionario en Italia estaba constituido por los esclavos. Mientras el movimiento democrático, que en los años anteriores había sufrido una serie de graves derrotas, estaba ya notablemente debilitado, los numerosos esclavos de Italia no habían emprendido hasta el momento acciones independientes. Las manifestaciones aisladas que ya hemos recordado tuvieron un carácter local y fueron pronto sofocadas. Por otra parte, en el curso de la segunda década del siglo I los esclavos habían sido empujados sistemáticamente contra los demócratas ítalos, y esto se verificó en modo muy especial durante la revuelta de los ítalos y para hacer frente al movimiento de Mario. Esto les había servido de óptima escuela política: habían visto que, al fin de cuentas, sólo eran un arma en manos de las distintas fracciones de la clase dominante. Su conciencia de clase se desarrolló, y los más osados y progresistas llegaron a la conclusión de que sólo con las propias fuerzas habrían podido obtener la libertad.

Ésta era la situación y éstas fueron las premisas de la más importante rebelión de esclavos que conozca la historia de la antigüedad.

Las fuentes que tratan la historia del movimiento de Espartaco son escasas y pobres. Algunas páginas de *Las guerras civiles* de Apiano y la biografía de Plutarco sobre Craso. La fuente principal, *Las Historias* de Salustio, se ha perdido casi por completo. Las otras fuentes (los fragmentos 95º y 97º de los libros de Livio, Floro, Orosio, Veleyo Patérculo y otros) son demasiado breves y no exponen los hechos en su totalidad. Por eso sólo es posible reconstruir la historia del movimiento de Espartaco en sus líneas generales, y no estamos en condiciones de aclarar muchos puntos fundamentales.

La biografía de Espartaco, particularmente, nos es casi desconocida. Sabemos que provenía de Tracia. Por las vagas refe-



rencias de Apiano y de Floro se puede colegir que Espartaco militó en las tropas auxiliares romanas y fué reducido a esclavitud por desertión. Gracias a su fuerza física, fué luego destinado a gladiador. Las fuentes concuerdan sobre la cultura, la inteligencia y la humanidad de Espartaco.

En el 73<sup>160</sup> lo encontramos en Capua en una de las escuelas para adiestramiento de gladiadores. A principios del verano de ese año, alrededor de 200 gladiadores organizaron un complot que, según parece, fué descubierto. Pero unos 60 o 70 esclavos se alejaron de la escuela y, armados de todo lo que encontraron, huyeron de la ciudad. Estaban encabezados por Espartaco y los galos Criso y Enamao. Por el camino los fugitivos se apoderaron de un convoy que transportaba armas para los gladiadores y luego se retiraron al Vesubio, desde donde comenzaron a hacer correrías por la vecindad.

Las fuerzas de Espartaco aumentaron bien pronto de número, alimentadas por el continuo afluir de esclavos y peones escapados de las fincas cercanas, atraídos también por el hecho de que Espartaco dividía el botín en partes iguales entre todos los suyos.

En un primer momento las autoridades romanas no atribuyeron excesiva importancia a este incidente, análogo a otros que frecuentemente sucedían en Italia. Una pequeña brigada enviada desde Capua fué derrotada, y por fin cayeron en manos de los esclavos verdaderas armas, con las que se apresuraron a sustituir las viejas armas de gladiadores. Entonces los romanos se alarmaron y enviaron contra Espartaco una unidad de 3.000 hombres al mando del propretor Cayo Clodio. No deseando perder fuerzas en un asalto al Vesubio, Clodio estableció el campamento al pie de la montaña, donde desembocaba el único camino proveniente de la veta. Pero Espartaco superó a los romanos en astucia: con sus hombres, atados por cuerdas a la cepa de una vid silvestre, descendió por la parte más escarpada de la montaña y atacó a Clodio de sorpresa. Los romanos se dieron a la fuga y el campamento quedó en manos de los esclavos.

Era la primera gran victoria de Espartaco, a la que pronto

---

<sup>160</sup> Esta es la fecha generalmente aceptada, pero algunos historiadores sostienen que la rebelión comenzó en el 74.

siguieron otras. En el otoño fué enviado a Campania el pretor Publio Varinio con dos legiones formadas por tropas de las mejores. Espartaco derrotó por separado a los dos lugartenientes de Varinio y luego al mismo pretor, llegando hasta capturar sus lictores y su caballo.

Estos acontecimientos marcaron un momento decisivo en el curso del movimiento. Éste se extendía ya a todo el sur de la península: Campania, Lucania y tal vez también Apulia. Muchas ciudades fueron conquistadas y saqueadas. Salustio habla de la masacre en masa de los esclavistas y de todas las inevitables crueldades cumplidas por los esclavos en libertad. Espartaco trató de impedir los excesos inútiles que sólo tenían como resultado desmoralizar a los mismos esclavos: con toda su energía se prodigó para organizar un ejército e infundirle una disciplina revolucionaria.

Después de haber creado un ejército de unos 70.000 hombres, organizado la construcción de armas y preparado la caballería, Espartaco se encontró frente al problema de qué acción cumplir. Sobre este particular se puede afirmar categóricamente que Espartaco tenía en aquel período un plan bien definido: reunir el mayor número posible de esclavos y conducirlos fuera de Italia, a través de los Alpes orientales. Evidentemente, Espartaco comprendía todas las dificultades de una lucha armada con Roma y se atenia a la más real entre todas las acciones posibles. Una vez fuera de Italia los esclavos habrían sido libres de regresar a su país de origen. Además, no existen elementos fundados para suponer que Espartaco escondiese, tras este plan, intenciones secretas de continuar la lucha más allá del mismo.

Finalmente, el gobierno romano se percató de la gravedad del peligro y envió contra los esclavos los ejércitos de ambos cónsules del 72, Lucio Gelio y Cneo Cornelio Lentulo. En ese preciso momento crítico surgieron discrepancias entre los rebeldes, que determinaron la secesión de un grupo de unos 20.000 hombres que al mando de Criso empezaron a actuar aislados. El ayudante de Gelio, el propretor Quinto Arrio, los atacó y los derrotó en el monte Gárgano, en Apulia. Criso murió.

¿Cuáles eran las causas de los desacuerdos? Algunas fuentes (Salustio, Livio, Plutarco) dicen que las tropas de Criso

estaban formadas por galos y por germanos. Si así hubiese sido, se puede suponer que los desacuerdos estaban determinados por la heterogénea composición de los rebeldes. Sin embargo, éste sólo era un aspecto de la cuestión. Más sustancial era el desacuerdo sobre el programa: Criso y sus compañeros eran partidarios de operaciones ofensivas más activas y, según parece, no tenían ninguna intención de abandonar Italia. Salustio señala en uno de sus fragmentos:

"... y los esclavos, en desacuerdo sobre los planes de las acciones futuras, llegaron casi a combatir entre ellos. Criso y sus compañeros de tribu, galos y germanos, querían marchar contra los romanos y presentarles batalla."

También es posible que Criso estuviese apoyado por aquel populacho libre que se había agregado a la rebelión y que no tenía ninguna intención de dejar Italia.

La separación y la derrota de Criso debilitaron momentáneamente las fuerzas de la rebelión, pero no tanto como para obligar a Espartaco a cambiar sus planes. Maniobrando hábilmente en los Apeninos, infligió una serie de derrotas a Lentulo, Gelio y Arrio, huyendo de las emboscadas que los romanos le preparaban y avanzando hacia el norte.

A este período parece referirse un característico relato de Orosio y Apiano, según el cual Espartaco habría organizado juegos de gladiadores en los funerales de una matrona romana que, violentada por los esclavos, se había suicidado; 200 parejas de prisioneros romanos debieron batirse como gladiadores... ¡ante los ojos de los ex gladiadores!

Las fuerzas de Espartaco crecían en la medida en que aumentaban sus éxitos. Según Apiano su ejército llegó a tener 120.000 hombres. Marchando hacia el norte, Espartaco llegó a la ciudad de Módena, frente a la cual derrotó a las tropas del cónsul Cayo Casio Longino, gobernador de la Galia Cisalpina.

Ahora el camino hacia los Alpes quedaba abierto y parecía que los planes de Espartaco estaban a punto de realizarse. Pero precisamente en ese momento, el jefe rebelde regresó hacia el sur. ¿Por qué?

Esta pregunta no encuentra en nuestras fuentes una respuesta precisa, aunque el cuadro general de la situación es perfectamente claro. Después de las brillantes victorias de Espartaco, la moral de sus tropas se había elevado en tal modo

que no se podía ni hablar de dejar Italia en ese momento. Los esclavos exigían de su jefe que los guiara contra Roma, y Espartaco se vió obligado a someterse. Es difícil poder admitir que él, con la inteligencia y el dominio de sí mismo que lo caracterizaban, se haya dejado dominar por el entusiasmo general y haya cambiado su plan principal de dejar Italia. Más exacto es que en aquel momento Espartaco había perdido el poder sobre su indisciplinado ejército.

De todos modos, Espartaco se acercó a Roma. Comprendía la imposibilidad de tomar la ciudad, empresa en la cual en otro tiempo habían fracasado tanto Aníbal como los samnitas. Además, en el otoño del 72 el gobierno romano había ordenado a los cónsules interrumpir las acciones militares contra Espartaco. El pretor del 72, Marco Licinio Craso, había sido nombrado comandante supremo con el título de procónsul, confiándole el mando de un ejército de 10 legiones, aunque no de las mejores. Los soldados estaban ya desmoralizados por anticipado en razón del pánico que provocaban en los romanos los inauditos triunfos de Espartaco.

Según parece, Craso pensaba rodear a los esclavos, encerrándolos en el Piceno. Su lugarteniente, Mummio, encargado de trasladarse más allá de la zona ocupada por ellos, desobedeció las órdenes recibidas y atacó a Espartaco, siendo derrotado. Muchos soldados, después de haber arrojado las armas, huyeron, y Espartaco tuvo así la posibilidad de marchar hacia el sur.

Craso decidió restaurar la disciplina entre sus tropas adoptando severas medidas. Para aquéllos que habían huído ante el enemigo, aplicó la diezmación, antiguo castigo que estaba ya desde mucho tiempo atrás en desuso en el ejército romano, consistente en condenar a muerte un soldado de cada diez.

Mientras tanto, Espartaco había atravesado Lucania y se detuvo en la ciudad de Turi y sus alrededores, en el Brucio, donde permaneció por poco tiempo. Allí aparecieron muchos mercaderes para adquirir el botín recogido por los esclavos. Espartaco prohibió recibir encaje, oro o plata: los esclavos debían aceptar sólo hierro y cobre, materiales necesarios para la fabricación de las armas.

Finalmente, Craso marchó en seguimiento de Espartaco. Éste había elaborado un nuevo plan: trasladar parte de sus

tropas a Sicilia "con el fin de reactualizar la lucha de los esclavos sicilianos, sofocada hacía poco pero siempre latente"<sup>170</sup>. La tentativa de realizar este plan fracasó, porque los piratas, que en base a un acuerdo previo debían proporcionar los medios de transporte, corrompidos tal vez por el pretor de Sicilia, Verrés, traicionaron a Espartaco, y porque las costas de la isla estaban muy bien defendidas.

Mientras Espartaco trataba en vano de pasar a Sicilia, Craso llegaba desde el norte. El romano decidió aprovechar las características de la comarca y encerrar los esclavos en la extremidad meridional de la península. Con este fin hizo construir "de mar a mar" una línea fortificada de 300 estadios (55 km.) de largo, compuesta por un ancho y profundo foso y por una valla. La primera tentativa de los esclavos de forzar el paso fracasó, pero luego, en una noche de tormenta (invierno 72-71), Espartaco logró con una hábil maniobra forzar la línea y regresar a Lucania.

Craso, desesperando ya de poder enfrentar a los rebeldes sólo con sus tropas, pidió ayuda. El senado ordenó a Pompeyo, que había terminado la lucha contra los partidarios de Sertorio, que apresurara su regreso a Italia. Una orden análoga se envió a Marco Licinio Lúculo en Macedonia, para que desembarcase en Brindisi. Alrededor de Espartaco comenzó a estrecharse el cerco de las tropas gubernamentales. Y de nuevo, en esta coyuntura crítica, como seis meses antes, se reagudizaron los desacuerdos entre los esclavos. De nuevo los galos y los germanos, encabezados por sus jefes Casto y Gáunico, se separaron de las fuerzas principales y fueron derrotados por Craso.

Si al principio de la rebelión la liquidación del grupo de Criso no había tenido una mayor importancia para el desarrollo posterior de los acontecimientos, ahora la situación era totalmente distinta. Las principales reservas de los esclavos que podían adherir al movimiento se habían agotado, y la rebelión se acercaba a su fin. En estas circunstancias, la pérdida de algunas decenas de miles de combatientes podía resultar fatal.

Espartaco se dirigió a Brindisi. ¿Quería acaso pasar a la península balcánica y realizar de ese modo su antiguo plan? Es poco posible que esperara realmente lograrlo. Si no había

---

<sup>170</sup> Plutarco, *Craso*, X.

podido encontrar los medios para pasar el pequeño estrecho de Messina, ¿qué esperanzas podía alimentar sobre una travesía del Adriático? Sin embargo, Espartaco quiso hacer la prueba a pesar de todo. En verdad, todos los otros caminos le estaban igualmente vedados. Cerca de Brindisi, tuvo conocimiento de que Lúculo se encontraba ya en el lugar. Entonces volvió atrás y marchó al encuentro de Pompeyo.

En la primavera del 71 tuvo lugar en Apulia la última batalla. Los esclavos combatieron con un valor desesperado: 60.000, entre ellos Espartaco, cayeron en la lucha. El cuerpo de Espartaco no fué encontrado. Los romanos sólo perdieron 1.000 hombres; 6.000 esclavos hechos prisioneros fueron crucificados a lo largo del camino que iba de Capua a Roma. Sin embargo, todavía algunos grupos aislados, escondidos en las montañas, continuaron durante mucho tiempo combatiendo contra los romanos. Un cierto número de esclavos se refugió junto a los piratas. Una gran tropa, de 5.000 hombres, logró abrirse camino hacia el norte, pero se enfrentó con Pompeyo, que la destruyó por completo.

Así terminó este movimiento que durante 18 meses<sup>171</sup> hizo temblar a Italia. A pesar de su enorme desarrollo fué aplastado, como lo fueron las anteriores rebeliones de esclavos. Las causas de su fracaso se encuentran tanto en las condiciones histórico-objetivas, como en la esfera de las subjetivas de clase. Ya hemos dicho que cualquier movimiento revolucionario que tiene lugar en el período de desarrollo de una determinada formación económico-social no puede transformarse en revolución. Aunque en la tercera década del siglo I el sistema político romano estaba ya convulsionado, la sociedad esclavista general se encontraba aún en un estado de florecimiento: todavía faltaban algunos siglos para su decadencia. Por eso el movimiento de Espartaco, como todas las otras rebeliones de esclavos de aquel período, estaba condenado históricamente al fracaso.

A esta causa general se pueden agregar una serie de otras causas que se relacionan con el carácter de los esclavos como clase. La ausencia de un programa bien definido y sentido, la existencia de desacuerdos en el campo táctico, la heterogeneidad

---

<sup>171</sup> Contando desde el otoño del 73, cuando el movimiento asumió por primera vez proporciones graves.

dad étnica, la indisciplina, privaron al movimiento de los esclavos de una unidad de propósitos y de firmeza, de todo aquello, en fin, que es necesario para alcanzar la victoria. Hay que señalar que las rebeliones de esclavos por lo general no fueron apoyadas por la población libre y que la adhesión aislada de algunos grupos de gente libre pobre no cambia el cuadro general de aislamiento de todos los movimientos de esclavos que se produjeron en aquel tiempo.

La fatalidad histórica de las rebeliones de esclavos aparece mucho más clara aún si consideramos que frecuentemente fueron dirigidas por personalidades extraordinarias. Tomemos por ejemplo Espartaco. Aunque sólo haya sido por dos años que su figura brotó de la oscuridad, este breve espacio de tiempo fué suficiente para que aparecieran en pleno sus brillantes dotes de organizador y de jefe militar, su humanidad y su viva inteligencia. Marx ha dicho de él: "Espartaco figura aquí (en Apiano) como el tipo más extraordinario que nos muestre toda la historia antigua. Gran general (no un Garibaldi), carácter noble, verdadero representante del antiguo proletariado"<sup>172</sup>. La tragedia de Espartaco, como sucede con otros muchos personajes históricos, es haber precedido los tiempos en algunos siglos.

Sin embargo, aun cuando la rebelión del 73-71 había sido sofocada, infirió un duro golpe a la economía esclavista de Italia. Como consecuencia de la rebelión, Italia había perdido no menos de 100.000 esclavos, los campos habían sido devastados y muchas ciudades destruídas. Los propietarios, aterrizados, comenzaron a evitar la compra de esclavos, prefiriendo los nacidos en casa. Creció el número de los libertos. Aumentó la cantidad de tierras dadas en arriendo. El movimiento de Espartaco fué una de las causas principales de la crisis agrícola que estalló en Italia a fines de la República y que, en lo fundamental, no se logró superar.

---

<sup>172</sup> Carta a Engels del 27 de febrero de 1861, en *Correspondencia Marx-Engels*.

## CAPÍTULO XXIV

### DECADENCIA DEL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO. PRIMER TRIUNVIRATO

*Abolición de la constitución de Sila.* — Después de haber dominado ambas revueltas, Pompeyo y Craso se convirtieron en los dueños de la situación en Roma. Había entre ellos una profunda rivalidad, pero consideraciones de carácter político los obligaron a unirse y a concertar una alianza tendiente a obtener el consulado del 70. Los jefes victoriosos no disolvieron sus ejércitos, con los que presionaban sobre el Senado. Se le prometió solemnemente al pueblo la abolición de la constitución de Sila y la restauración completa del ordenamiento democrático. Los más conspicuos representantes del partido de Sila se habían metamorfoseado en democráticos. . .

En el 70 Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules. Por una ley especial, abolieron todas las limitaciones fijadas al poder de los tribunos (*Lex Pompeia Licinia*). El pretor Lucio Aurelio Cota promovió una amplia reforma judicial (*lex Aurelia*): a partir de ese momento los colegios judiciales debían componerse de un número igual de senadores, de caballeros y de los llamados "tribunos erariales". Estos últimos eran ricos plebeyos que por su posición financiera seguían inmediatamente a los caballeros<sup>173</sup>. La reforma de Aurelio Cota puso fin a la larga lucha por los tribunales, iniciada en la época de los Gracos. Se trataba, no cabe duda, de un compromiso, pero satisfizo más o menos a todos.

---

<sup>173</sup> El término *tribuni aerarii* fué atribuído en un principio a funcionarios especiales encargados de subdividir y recoger los tributos en las tribus. Luego sirvió para indicar a los plebeyos ricos en general.



En el 70 fueron elegidos de nuevo los censores, que depuraron el Senado de aquellas personas que habían sido protegidas directamente por Sila; 64 senadores fueron destituidos.

De este modo se destruyeron todas las principales reformas antidemocráticas de Sila. Hay que señalar, como signo de los tiempos, que todas estas reformas fueron dispuestas no por los populares, no por los jefes democráticos, sino por militares victoriosos que aprovechaban el movimiento democrático como un arma para alcanzar sus fines personales. La historia política de la República había entrado en su fase final.

*La guerra de Pompeyo contra los piratas.* — Pero el estado de la potencia romana era tal que el simple restablecimiento del orden existente antes del 82 no era suficiente para resolver la situación. Tanto más si se piensa que este ordenamiento anterior a Sila había sido justamente el que indujo al dictador, no sin razón, a reformarlo. La situación existente en Italia y en las provincias exigía medidas extraordinarias.

A principios de la cuarta década del siglo I se había vuelto particularmente agudo el problema de los piratas. Ya hemos hablado (pág. 172) de la función de la piratería en la sociedad romana. La política de Mitrídates y de Sertorio, que se habían apoyado en las flotas de los bandoleros del mar; el crecido número de esclavos huídos después de la rebelión de Espartaco; el desorden general que décadas de guerras civiles habían producido en las condiciones normales de vida: todo esto había llevado a un desarrollo colosal de la piratería. Los piratas cilicios<sup>174</sup> no limitaban más sus correrías a las regiones orientales del Mediterráneo, ahora se extendían hacia el occidente a lo largo de las costas de España. Su temeridad había llegado a un punto tal que osaron desembarcar en Campania, atacar Ostia saqueándola y destruir las naves que se encontraban en el puerto. El precio del trigo había aumentado considerablemente. El pueblo romano pedía que se adoptaran medidas extraordinarias.

A principios del 67 el tribuno de la plebe Aulo Gabinio propuso investir a uno de los cónsules de poderes proconsu-

---

<sup>174</sup> Este nombre ya se había hecho típico. Cilicios eran llamados todos los piratas en general. Uno de los principales nidos de piratas fué la isla de Creta, sometida por los romanos en 68-67.

lares por tres años sobre todo el mar Mediterráneo y costas adyacentes hasta una distancia de 50 millas del mar. Además se daría al cónsul el derecho de elegirse 15 legados del rango de pretor, una flota de 200 naves y el número de tropas que fuese necesario. El nombre del candidato no se propuso, pero todos comprendieron que se trataba de Pompeyo.

El proyecto suscitó una viva reacción del Senado, que temía los amplios poderes de que sería investido el jefe democrático. Circulaba ya la broma de que Pompeyo navarca<sup>175</sup> era el preludio de Pompeyo monarca. La resistencia de los optimates fué superada luego de una encarnizada lucha. El proyecto se convirtió en ley (*lex Gabinia*) y durante su elaboración fué ampliado más aún: el número de legados se elevó a 24, el de las naves a 500 y la cantidad de las tropas se fijó en 120.000 infantes y 5.000 jinetes. Después de la aprobación de la ley fué electo Pompeyo<sup>176</sup>. Bastó este solo hecho para que se produjera una baja en los precios del trigo...

Pompeyo cumplió la misión que se le encomendaba con extraordinaria rapidez. En 40 días limpió la zona occidental del Mediterráneo. Luego envió sus legados a Oriente y se apresuró a seguirlos él mismo. Los nidos de piratas cilicios fueron liquidados en 49 días. La rapidez de la acción se debió sobre todo al hecho de que Pompeyo no sólo utilizó la fuerza, sino también la diplomacia: perdonaba la vida y dejaba en libertad a todos aquéllos que deponían las armas. Esto no impidió que 10.000 piratas murieran o cayeran prisioneros; más de 800 naves fueran capturadas y 120 fortalezas destruídas. Durante un cierto tiempo el Mediterráneo estuvo libre y se reanudaron las relaciones comerciales normales. Pompeyo se convirtió en el hombre más popular de Roma.

Era natural que al año siguiente se le confiase una nueva misión de responsabilidad.

*La tercera guerra con Mitridates. Pompeyo en Oriente.*— La paz de Dárdano fué, de hecho, un armisticio. Así lo consideraron tanto los romanos como Mitridates. Ya en el 83 el sucesor de Sila en Oriente, Murena, con el pretexto de que el

<sup>175</sup> Navarca = almirante.

<sup>176</sup> La ley de Gabinio fué apoyada por Cayo Julio César, que iniciaba entonces su carrera política.

rey del Ponto se preparaba para una guerra con Capadocia, había iniciado operaciones militares contra él. Mitrídates lo había derrotado. Luego, en el 82, la intervención de Sila había restablecido la paz.

En el 75, Nicomedes III, rey de Bitinia, siguiendo el ejemplo de Atalo III, había dejado su reino en herencia al pueblo romano. Este hecho sirvió a Mitrídates como pretexto para una nueva guerra. El momento resultaba favorable, ya que los romanos estaban empeñados en una difícil lucha con Sertorio. Mitrídates, después de concertar una alianza con los jefes españoles y con los piratas, invadió Bitinia en el 74. Se enviaron contra él los cónsules del 74, Marco Aurelio Cota y Lucio Licinio Lúculo<sup>177</sup>, uno de los hombres más ricos de Roma, que en el pasado había sido íntimo amigo de Sila.

Las operaciones principales contra Mitrídates fueron conducidas por Lúculo, que se comportó brillantemente. Conquistó la Bitinia y el Ponto y cuando el rey enemigo se refugió junto a su yerno Tigranes, marchó sobre Armenia.

Por esa época, Tigranes había ampliado considerablemente sus posesiones y se había convertido en uno de los soberanos más poderosos de Asia Menor. Había sometido a los restos de la monarquía de los Seléucidas, conquistando una parte de Cilicia y la Siria meridional hasta los límites con Egipto. Su poderío justificaba el antiguo título oriental con que se había investido, de "rey de los reyes".

Aunque Tigranes no apoyaba a su suegro en su tercera guerra contra Roma, se rehusó a traicionarlo. De modo que Lúculo, después de invadir Armenia, marchó de inmediato contra Tigranocerta, la capital (situada sobre un afluente del Tigris), y la sitió. Tigranes, que acudió en su ayuda con un gran ejército, fué derrotado (otoño del 69); los romanos ocuparon Tigranocerta. Como consecuencia de estas acciones, Siria fué liberada, restituyéndola nuevamente a uno de los Seléucidas.

Tigranes y Mitrídates huyeron a la antigua capital armenia, Artaxata, (sobre el río Araxes). En el 68 Lúculo decidió seguirlos, pero no estuvo en condiciones de poner en práctica sus planes por culpa de un fuerte descontento surgido contra él, tanto

---

<sup>177</sup> Hermano de aquel Marco Licinio Lúculo lugarteniente de Macedonia, que en el 71 había acudido en ayuda de Craso contra Espartaco.

en Roma como entre sus tropas. Los soldados se quejaban por las dificultades de una marcha en un país montañoso y de la dura disciplina que se les imponía. Los caballeros lo hostilizaban porque Lúculo, como óptimo administrador y hombre de orden, había defraudado sus ambiciones de rapiña sobre Asia; finalmente, en Roma los democráticos le eran enemigos, porque veían en él a un óptimate partidario de Sila, que había regresado al poder.

De modo que la situación de Lúculo se hizo cada vez más difícil. La disciplina de sus tropas decaía; los soldados exigían regresar a la patria y poco faltó para que se amotinaran. En el 67 llegó de Roma para sustituirlo el cónsul democrático Manio Acilio Glabrión.

Inmediatamente Mitrídates se aprovechó de la situación, que se había vuelto favorable para él y, pasando al ataque, reconquistó el Ponto, la Capadocia y amenazó la provincia de Asia.

A principios del 66, el tribuno de la plebe Cayo Manilio propuso investir a Pompeyo del mando supremo en Oriente (*imperium maius*) sometiendo a sus órdenes a todos los demás y concediéndoles el derecho de declarar la guerra y concertar la paz. A pesar de la resistencia del Senado, la propuesta fué aceptada por la asamblea popular (*lex Manilia*).

Pompeyo, que acababa de terminar la guerra con los piratas y se encontraba en Cilicia, reunió los restos de las tropas de Lúculo (Glabrión se encontraba inactivo en la provincia de Asia) y antes de iniciar ninguna operación militar entabló tratativas con Mitrídates, que no dieron ningún resultado porque el comandante romano exigía la rendición sin condiciones. Paralelamente, Pompeyo trataba con los partos, con el propósito de comprometer a Tigranes y no permitirle que ayudara a Mitrídates. El rey de los partos prometió finalmente atacar a Armenia a cambio de algunas concesiones territoriales en Mesopotamia.

Mitrídates esperaba a Pompeyo en la región oriental de su reino. Fuertemente presionado por los romanos, pronto se vió forzado a retirarse. Pero al ser alcanzado por Pompeyo en Armenia, sobre el curso superior del Eufrates, fué derrotado en una batalla nocturna. Mitrídates se refugió con algunos compañeros junto a Tigranes, que no quiso admitirlo: el rey

de los partos, manteniendo la promesa hecha a Pompeyo, había invadido Armenia y en estas circunstancias Tigranes no estaba dispuesto a enemistarse con los romanos.

Mitridates se retiró a la Cólquida, donde pasó el invierno del 66-65 y luego, con grandes dificultades, recorrió la costa oriental del Ponto, pasando al ex reino del Bósforo (65) donde su hijo Majar se había apoderado del poder rebelándose contra el padre y concluyendo una alianza con los romanos. Mitridates lo depuso y lo obligó a suicidarse.

Una vez más el rey trató de entablar tratativas con Pompeyo y una vez más las tratativas fallaron, porque Pompeyo continuaba exigiendo la rendición personal de Mitridates.

Entonces el infatigable anciano, que ya había alcanzado los setenta años de edad, empezó a dedicarse a la preparación de un grandioso plan. Su intención era reunir las tribus bárbaras de las costas septentrionales del Mar Negro y del Danubio e invadir con ellas Italia. Con tal fin organizó un ejército de 36.000 hombres, compuesto en parte por esclavos escitas, y una flota de guerra. Pero este plan, que Mitridates quería realizar apoyándose sobre todo en los bárbaros, provocó un fuerte descontento entre la población griega del Bósforo, descontento que se trasformó en indignación cuando Mitridates empezó a arrancar a sus súbditos los recursos para la expedición aplicando medidas de extrema violencia.

Fanagoria (en la península de Crimea) se rebeló. Su ejemplo fué seguido por Quersoneso, Teodosia y otras ciudades del reino del Bósforo. El rey, desesperado y rabioso, se arrojó sobre sus familiares con sorprendente crueldad. Entonces su hijo predilecto Farnaces se puso a la cabeza de los rebeldes; el ejército y la flota pasaron de su lado; Panticapea, la capital del reino, le abrió las puertas y Mitridates quedó sitiado en su palacio.

Viendo que todo estaba perdido, el rey obligó primero a sus esposas e hijas a envenenarse y luego ingirió él mismo el veneno. Como la robustez de su cuerpo hacía que el veneno actuara muy lentamente (se dice que en su juventud había acostumbrado su físico a los venenos) recurrió a un esclavo para que le diese muerte (63). Roma comenzó a respirar con más tranquilidad después de la muerte de uno de sus más terribles enemigos.

Mientras en Tauridia sucedían estos hechos, Pompeyo había llegado a Artaxata, obligando a Tigranes a reconocerse vasallo de Roma y a renunciar a todas sus conquistas. Luego las legiones romanas habían invadido Iberia<sup>178</sup> y Albania (Azerbaiján), combatiendo contra las tribus montañosas aliadas de Mitridates y Tigranes. Pero las enormes dificultades de la guerra en montaña obligaron a Pompeyo a interrumpir la expedición, contentándose con la sumisión formal de las tribus transcaucásicas. Luego había regresado al Ponto llevando a feliz término su sumisión (64). El Ponto y Bitinia fueron transformados en una única provincia romana; a Farnaces, como premio de la traición a su padre, se le dejó el reino del Bósforo.

Al año siguiente Pompeyo se dirigió a Siria. Allí reinaba la más completa anarquía, porque el último de los Seléucidas, a quien Lúculo había devuelto el trono, no tenía ninguna autoridad. Pompeyo no reconoció los actos de Lúculo y consideró a Siria como una posesión de Tigranes, que por derecho de guerra correspondía a los romanos. Sobre esta "base jurídica" transformó también a Siria en provincia romana (63).

De pasada, Pompeyo intervino también en los asuntos de Judea, donde dos pretendientes de la dinastía de los Macabeos, los hermanos Hircano y Aristóbulo, luchaban por el poder.

El primero se apoyaba en el partido de los fariseos, representante de los intereses del clero y que tenía como finalidad la creación de una comunidad eclesiástica, independiente de la autoridad laica. En religión los fariseos sostenían una ortodoxia dogmática y un culto minucioso puramente formal. Gozaban de un cierto apoyo entre las masas populares.

Aristóbulo era sostenido por los saduceos, partido de los representantes del capital comercial, de los intelectuales helenizados, de los círculos militares, tendiente al fortalecimiento de un estado laico. En religión los saduceos eran considerados librepensadores y heréticos, porque rechazaban algunos aspectos de la doctrina tradicional.

Desde el punto de vista de los intereses romanos, lo lógico era sostener a los fariseos. Por eso Pompeyo intervino a favor

---

<sup>178</sup> Al N. E. del Asia Menor, en la zona comprendida entre el Cáucaso y el río Araxes.

de Hircano. Aristóbulo se rindió a los romanos y Jerusalem les abrió sus puertas; pero una parte de los sostenedores de Aristóbulo rehusó someterse. Después de haberse apoderado del templo de Jerusalem, los saduceos sostuvieron un sitio de tres meses, hasta que finalmente, durante un descanso sabático, los romanos irrumpieron en el templo. Pompeyo penetró en el *sancta sanctorum* donde sólo el gran sacerdote podía entrar una vez al año. Los tesoros del templo fueron tomados por los vencedores; Judea entró a formar parte de la provincia de Siria, conservando una cierta autonomía bajo el gobierno de Hircano, convertido en gran sacerdote de Jerusalem.

En el Asia Menor, Pompeyo restauró o creó *ex novo* una serie de principados independientes bajo la alta soberanía de Roma (Capadocia, Paflagonia, Galacia). En todas partes se comportó como representante plenipotenciario del pueblo romano. Sin pedir su opinión al Senado, devastó territorios, castigó a los enemigos y premio a los amigos de Roma, depuso y repuso sobre el trono a soberanos.

A fines del 62, después de haber arreglado las cuestiones del Oriente, Pompeyo desembarcó con sus tropas en Brindisi.

*La conjuración de Catilina.*—En el momento de su llegada a Italia, Pompeyo encontró una situación muy agitada. Era el preciso momento en que se acababa de descubrir el peligroso complot de Catilina.

Lucio Segio Catilina había nacido en el 108 y se vanagloriaba de sus nobles orígenes. Infortunadamente, su figura ha sido en exceso deformada por la historiografía y la literatura política a él adversas (Salustio, Cicerón). De ahí que no resulte fácil establecer qué parte de verdad contienen los relatos tradicionales sobre su extraordinaria perversidad moral. Sea como fuere, Catilina era uno de los sostenedores de Sila y, como tal, tenía la posibilidad de aprovecharse ampliamente de todas las oportunidades de enriquecimiento que entonces se presentaban a las personas sin excesivos escrúpulos (por otra parte, la mayoría de los representantes de la alta sociedad romana no le iba en zaga).

En el 68 Catilina había sido pretor, en el 67 gobernador de África. Terminadas sus funciones, había sido llevado ante los tribunales por abuso de poder; de ahí que cuando en el

66 presentó su propia candidatura para cónsul en el 65, había sido excluido, estando bajo juicio.

Estas circunstancias determinaron el primer complot de Catilina <sup>179</sup>. Es posible que también Craso y César hayan tomado parte en él. De Craso ya hemos hablado en las páginas anteriores, mientras que sobre César sólo hemos hecho algunas referencias al pasar.

Cayo Julio César había nacido el 12 de julio del año 100. Provenía de una de las más nobles familias patricias, que se decía descendiente, a través de Eneas y Ascanio-Iulo, de la mismísima Afrodita. Los Julios no eran ricos ni tenían gran ascendiente político. Una tía de César, Julia, era esposa de Mario, y él mismo se había casado con la hija de Cinna, Cornelia. Estos vínculos familiares definieron en buena parte las simpatías políticas del joven César. Sila lo quiso obligar a separarse de la mujer precisamente porque era hija de Cinna, pero César tuvo la osadía de negarse y por esto se vió obligado a esconderse en la región de los sabinos para huir de las persecuciones del dictador. Sólo después que intercedieron varios amigos y parientes influyentes, Sila se decidió, tras largas indecisiones, a perdonar al joven, pero pronosticando que "César solo será más peligroso que varios Marios" <sup>180</sup>.

Después de haber sido perdonado, César de todos modos prefirió alejarse de Roma y partió para el Asia Menor, donde inció su carrera militar. Muerto Sila, regresó a Roma, donde se adhirió abiertamente al partido democrático, debutando en el Foro como acusador contra uno de los principales secuaces de Sila. Luego fué de nuevo a Oriente, a Rodas, para frecuentar la escuela de Molón. En el 74 César se encontraba de nuevo en Roma.

Sin detenernos en todas las etapas de su carrera, podemos señalar que actuó invariablemente como democrático y que sostuvo en especial a Pompeyo. Sus dotes de rara elocuencia, sus modos afables y su generosidad le procuraron una amplia popularidad. Como edil curul en el 65, gastó los restos de su

---

<sup>179</sup> Las fuentes no narran fielmente este complot. por lo que las noticias que a él se refieren provocan dudas.

<sup>180</sup> Suetonio, *Julio César*, I.



fortuna y se cargó de deudas para organizar espectáculos para el pueblo.

En ese mismo año 65 tuvo lugar la tentativa de Catilina de llevar a cabo el golpe de estado. En el complot tomaron parte muchos representantes de la "juventud dorada" romana, para los cuales la empresa prometía la fácil posibilidad de deshacerse de sus deudas. Luego circuló también insistentemente la voz de que tras los conspiradores actuaban Craso y César. Se supone que un día preestablecido (probablemente el 1º de enero del 65) debían ser asesinados los cónsules, elegirse en su reemplazo hombres de la conjuración y suprimir a los senadores más influyentes. Luego Craso debía ser nombrado dictador y César su *magister equitum* (comandante de la caballería).

Dos tentativas de efectuar el golpe de estado no tuvieron éxito por circunstancias de carácter técnico; fué imposible mantener por más tiempo el secreto y el plan fué postergado por tiempo indeterminado. El gobierno no se atrevió a arrestar a los conjurados porque no tenía pruebas directas y temía implicar a personajes tan influyentes como Craso y César.

En el 63, Catilina, que había sido absuelto de la acusación de corrupción, presentó nuevamente su candidatura a cónsul, apoyado por los democráticos y por Craso y César, que habían proporcionado el dinero para la campaña electoral. El segundo candidato del partido democrático era Cayo Antonio, oscuro personaje, ex secuaz de Sila que se había pasado a los democráticos atraído por la posibilidad de acceder al consulado. La lucha fué encarnizada: los optimates y los caballeros se unieron contra Catilina y determinaron su derrota. Fueron elegidos Antonio, que no era temible por causa de su nulidad, y Cicerón. Aunque este último era un hombre "nuevo" para la nobleza (provenía del orden ecuestre), políticamente inconstante, y no gozaba de las simpatías de los círculos senatoriales, los optimates lo prefirieron, eligiéndolo como mal menor.

Ya antes de entrar en funciones, Cicerón compró a su colega, cediéndole, sin tirarlo a suertes, la relicticia gobernación de Macedonia. De este modo, pudo actuar independientemente durante todo el tiempo de su consulado.

Desde el primer día en que se encargó de sus funciones, Cicerón se encontró frente a un problema político muy serio. Los jefes de la oposición, al ver que todos sus planes habían fracasado de nuevo, cambiaron de orientación. El tribuno de la plebe del 63, Publio Servilio Rulo, presentó el proyecto de una grandiosa reforma agraria. Se proponía la venta de una gran cantidad de tierras estatales en Italia y las provincias y, con las sumas adquiridas<sup>181</sup>, la compra en Italia de una determinada cantidad de tierras de particulares y de municipios, en condiciones de total libertad. La tierra así adquirida, agregada a una parte de las tierras estatales que habían quedado sin vender en Italia, debía ser dividida entre los ciudadanos más pobres, sin derecho de alienación.

El proyecto de ley de Rulo era irrealizable, aunque más no fuese porque privaba al Estado de todas las entradas provenientes de la concesión en arriendo de las tierras del *ager publicus* pero sus promotores no perseguían objetivos reales en el problema agrario. Los fines eran otros: el proyecto preveía, para la realización de la reforma, el establecimiento de una comisión de 10 miembros, elegidos por 5 años por 17 tribus designadas por sorteo. Los candidatos debían presentarse al pueblo en persona, y a los decenviros se les concederían amplios poderes, incluso el de mandar las tropas en caso de necesidad.

Las intenciones escondidas bajo esta maquinación política resultan bien claras: se trataba de hacer elegir como miembros de la comisión agraria a hombres de la oposición, particularmente César y Craso, manteniendo alejado a Pompeyo, quien, por encontrarse en Oriente, no podría de ningún modo presentarse personalmente ante los electores. Una vez elegidos entre los decenviros, César y Craso habrían sido investidos de una gran autoridad.

Pero precisamente porque el proyecto de Rulo demostraba muy claramente sus verdaderas intenciones, provocó la más fuerte oposición no sólo entre los caballeros y los senadores, sino también en la plebe ciudadana. Los optimates temían

---

<sup>181</sup> Las sumas recibidas por la venta del *ager publicus* sólo serían la base del fondo. Se proyectaba completarlo con parte de las entradas provinciales y otras sumas.

mortalmente una dictadura democrática, bajo cualquier forma que se presentase: ya fuera de César, de Craso, de Pompeyo, de Catilina o de todos ellos juntos. Los caballeros no sólo eran contrarios a la temible cuestión de la abolición de las deudas, sino sobre todo a la venta de las tierras del Estado, que privaría a muchos de ellos de una floreciente fuente de ganancias. Además la plebe en general no deseaba cambiar la divertida vida de Roma por una existencia de trabajo y casi de hambre en cualquier comarca perdida de Italia.

Cicerón aprovechó hábilmente estas circunstancias en tres discursos contra la ley agraria pronunciados a comienzos del 63. El destino que tuvo el proyecto de ley de Rulo nos es desconocido, pero es probable que su propio promotor lo haya retirado.

Sin embargo, los fracasos no desmoralizaron a Catilina. En el 62 presentó, por tercera vez, su candidatura a cónsul. La base de su programa electoral era la anulación de las deudas, cosa que le procuró muchos sostenedores entre los más diversos estratos de la población: desde los veteranos de Sila arruinados hasta los senadores más principales. Y mientras se realizaba esta agitación abierta, tenía lugar la preparación oculta de la revuelta: agentes de Catilina reclutaron secuaces y preparaban armas. La ciudad de Fiesole, en Etruria septentrional, era uno de los centros del movimiento: en ella Cayo Manlio, otrora partidario de Sila, desempeñaba una enérgica actividad. En el sur, los conspiradores más exaltados trataban de ganar a los esclavos para el complot.

No sabemos qué parte tuvieron César y Craso en esta "segunda conjuración de Catilina": es posible que se separaran del movimiento espantados por el carácter de masa que había asumido. Pero también es posible que esta vez actuaran en la oscuridad manteniendo sin embargo sus puestos de dirigentes.

Las elecciones consulares tuvieron lugar probablemente a fines del verano del 63 y se desarrollaron en una atmósfera de guerra. Cicerón, que las dirigía, llevaba una coraza debajo de la toga y estaba rodeado por una guardia armada. También esta vez Catilina fué derrotado y fueron elegidos Licinio Murena y D. Junio Silano.

Los conjurados decidieron entonces recurrir a la lucha

abierta, fijando la revuelta para fines de octubre. El 25 de ese mes Manlio debía actuar en Etruria, mientras que más o menos por los mismos días se pensaba iniciar el movimiento en Capua y en Apulia, ocupar Preneste y finalmente llevar a cabo el golpe en la misma Roma.

Cicerón tuvo conocimiento de estos planes por medio de una tal Fulvia, amante de Quinto Curio, uno de los conjurados. El 21 de octubre convocó a una reunión del Senado en la que los cónsules fueron investidos de poderes extraordinarios. Pero Cicerón no pudo ordenar el arresto de los jefes del complot, pues aparte de la delación no tenía otras pruebas en la mano y debió limitarse a tomar algunas medidas militares de carácter precaucional.

Las medidas de Cicerón resultaron de todos modos suficientes para desbaratar los planes de Catilina: el ataque a Roma fué postergado, pero no se hizo a tiempo de avisar a Manlio, que en el día fijado se sublevó en Etruria con un grupo de veteranos de Sila. El 19 de noviembre se produjo la tentativa de tomar la fortaleza de Preneste, que fracasó porque la guarnición estaba en estado de alarma.

En la noche del 7 de noviembre tuvo lugar una reunión de conspiradores en la casa del senador Marco Porcio Leca, durante la cual se convino un nuevo plan: al día siguiente dos conspiradores debían visitar por la mañana a Cicerón y matarlo en su lecho; Catilina partiría inmediatamente para Etruria y, después de haber asumido el mando de las tropas de Manlio, marcharía sobre Roma; los conspiradores que quedaban en la ciudad iniciarían, a una hora establecida, la masacre de los optimates, apoderándose luego del poder.

Ni bien la reunión terminó, Cicerón tuvo conocimiento por Fulvia de las decisiones que se habían tomado. Inmediatamente circundó su casa de guardias y suspendió las visitas. De este modo, la acción principal prevista por el nuevo plan (la eliminación de Cicerón) fué desbaratada y esto desorientó nuevamente a los conspiradores.

El 8 de noviembre los senadores fueron convocados por el cónsul a una sesión extraordinaria, que tuvo lugar en el templo de Júpiter sobre el Palatino. El sitio de la reunión fué previamente rodeado por una guardia fiel formada por jóvenes nobles. En esta histórica sesión, Cicerón pronunció su

primer discurso contra Catilina: "¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?" y lo acusó sin vacilar de ser responsable de la conspiración, exigiendo su alejamiento de Roma.

No debemos olvidar que Cicerón aún no poseía pruebas directas contra Catilina y que por lo mismo no podía recurrir al arresto del conspirador, que además estaba apoyado por muchas personas influyentes. El plan de Cicerón era otro: obligar a Catilina a que dejara la ciudad y privar así a los conspiradores de su jefe. Luego habría sido más fácil vencer a Catilina en Etruria.

Los cálculos de Cicerón demostraron ser justos. Una aplastante mayoría del Senado se puso de su parte. Los senadores que aún ponían en duda la existencia del complot fueron convencidos por los hechos que expuso Cicerón. Las tentativas de Catilina de justificarse fueron sofocadas por los gritos de indignación de los senadores, y sus nervios no resistieron: después de abandonar el Senado, en la noche del día siguiente partió de Roma para reunirse con Manlio. Este fué un gran error táctico.

Al frente del grupo de conspiradores romanos, del que formaban parte, entre otros, Cayo Cornelio Cetego, Publio Gabinio, Lucio Estatilio, quedó el pretor del 63, Publio Cornelio Lentulo. Después de la partida de Catilina, que era verdaderamente el alma del movimiento, los conspiradores actuaron con muy poca energía y cometieron, entre otros, un error que tuvo una influencia fatal para el desarrollo del complot.

Se encontraban en ese momento en Roma embajadores de las tribus galas de los alóbroges, que habían venido para obtener del Senado una reducción de sus deudas. Lentulo pensó en ganar a esas tribus para el movimiento y tomó contacto con los embajadores, prometiéndoles la abolición de todas las obligaciones provenientes de sus deudas en el caso de que el golpe de estado triunfara. Recelosos, los galos decidieron aconsejarse primero con su patrón, Fabio Sanga, quien informó de todo a Cicerón.

El cónsul tenía por fin la oportunidad de disponer de las pruebas jurídicas. Ordenó a Sanga que aconsejase a los embajadores fingieran consentir y tratasen de obtener los mayo-

res detalles posibles sobre la conspiración. Los galos así lo hicieron.

Antes de regresar a su tierra los alóbroges, por orden de Cicerón, pidieron a los jefes del complot una carta para presentar ante su tribu, diciendo que sin ella no les creerían. Lentulo, Gabinio, Cetego y Estatilio fueron tan incautos que les entregaron la carta. Y no sólo eso, sino que como los embajadores pedían también que se les concediera la posibilidad de encontrarse con Catilina, Lentulo dejó partir con ellos a uno de los conspiradores con una carta dirigida a Catilina, aunque sin firmar.

En la noche del 2 al 3 de diciembre los embajadores alóbroges fueron arrestados mientras se disponían a partir de Roma y llevados ante Cicerón. Ahora éste tenía en sus manos las pruebas directas: en la mañana del 3 de diciembre, Lentulo, Cetego y Estatilio fueron arrestados<sup>182</sup>.

De inmediato se convocó al Senado, ante el cual Cicerón interrogó a todos los arrestados, inclusive los alóbroges. La mayor parte de los conspiradores confesó.

El Senado decretó la privación del título de pretor para Lentulo y el estado de arresto para él y los otros ocho hombres. Por un decreto especial, Cicerón fué nombrado "padre de la patria", premiado con una corona civil y en su nombre se dieron gracias a los dioses por la salvación del Estado.

El 5 de diciembre el Senado se reunió para juzgar a los conjurados. Se trataba de un acto ilegal, ya que el Senado no tenía ningún poder judicial, pero Cicerón tenía razón al apurarse: artesanos, libertos y esclavos se agitaban en la ciudad y tenían la intención de liberar por la fuerza a los arrestados. A la pregunta del cónsul sobre la pena a aplicar a los acusados, Junio Silano, electo cónsul para el 62, y por lo tanto primer interrogado, se manifestó por la "pena máxima" (*extremum supplicium*). La misma opinión sustentaron también los demás senadores. Cuando le llegó su turno, César, electo pretor para el 62, pronunció un discurso muy diplomático, en el que puso en evidencia la ilegalidad de la aplicación de la pena de muerte contra ciudadanos romanos sin decisión de la asamblea popular. Propuso confiscar los bienes de los conju-

---

<sup>182</sup> El terracinese Cepario huyó y fué arrestado poco después.

rados y encerrarlos bajo vigilancia en los municipios más grandes<sup>183</sup>.

El discurso de César hizo variar el ánimo de los senadores, que empezaron a vacilar. Pero una intervención posterior de Cicerón y en particular una de Marco Porcio Catón, sobrino segundo de Catón el Censor, que insistió categóricamente en la pena de muerte, fueron decisivos, y la votación resultó desfavorable a los acusados.

El mismo día, al terminar la tarde, cinco de los conspiradores: Lentulo, Cetego, Estatilio, Gabinio y Cepario, fueron estrangulados por los verdugos. La multitud, espantada por todo lo que se decía sobre el complot, saludó con entusiasmo al "padre de la patria".

Mientras tanto, en Etruria Catilina y Manlio habían reunido unos 10.000 prosélitos. Después de haber declarado a ambos enemigos de la patria, el Senado envió a Etruria un ejército al mando del cónsul Cayo Antonio. Durante algún tiempo Catilina escapó a la batalla, dedicándose a organizar sus propias fuerzas y contando sobre la rebelión de Roma. Los esclavos, que en un primer momento habían acudido en gran número a su campamento, fueron rechazados, porque Catilina opinaba que no se debía "confundir la causa de los ciudadanos romanos con la de los esclavos escapados"<sup>184</sup>.

Las noticias del fracaso del movimiento en Roma provocaron la fuga de una parte considerable de las tropas de Catilina. Este último, con aquéllos que habían quedado a su lado, trató de pasar a Galia a través de los Apeninos; pero rodeado en Pistoya por el ejército de Antonio y otros escuadrones gubernamentales provenientes de la costa adriática (comienzos del 62), Catilina se arrojó sobre Antonio y en la encarnizada batalla<sup>185</sup> que se produjo murió como un héroe con 3.000 de sus partidarios.

---

<sup>183</sup> César estuvo a punto de ser muerto por este discurso, al final de la sesión del Senado, a manos de la juventud aristocrática que estaba de guardia.

<sup>184</sup> Salustio, *La conjuración de Catilina*, 56. Lentulo, en cambio, era partidario de que los esclavos participaran (Salustio, 44).

<sup>185</sup> El día de la batalla, Antonio, pretextando tener una pierna entera, había confiado el mando a uno de sus legados. No le resultaba grato combatir contra sus ex compañeros.

Salustio, que sobre el movimiento de Catilina da un juicio totalmente negativo, se ve sin embargo obligado a reconocer que Catilina y los suyos demostraron un valor excepcional: no hubo siquiera uno que se rindiera, nadie trató de huir. "Catilina fué encontrado lejos de los suyos, entre los cadáveres de los adversarios; todavía respiraba débilmente y su rostro mantenía aún esa expresión de fuerza indomable que había tenido en vida" (Salustio, 61).

El movimiento de Catilina es característico de la época de progresiva decadencia del movimiento democrático romano de mediados del siglo I. Reunía fuerzas socialmente sanas, como pequeños propietarios agrícolas, artesanos de la ciudad y esclavos, pero estos elementos demostraron estar completamente desorganizados. Para demostrar esto basta el solo hecho de que no se hizo ninguna tentativa seria de liberar a los conjurados detenidos, aunque la vigilancia no era en absoluto excesiva. Además fué fatal para el movimiento su dirección, en la que predominaban elementos desclasados cuya única intención era sacar ventajas personales, librándose de las deudas y aprovechando la posibilidad de enriquecerse. El mismo Catilina pertenecía a estos elementos, aún cuando los superara a todos por su inteligencia, su energía y su amplitud de miras. Para él tuvo una cierta importancia el momento político, aunque es poco probable que le suscitase alguna cosa aparte de la tendencia al poder personal. Desde este punto de vista no hay ninguna diferencia sustancial entre él por una parte y César y Craso por la otra. Sólo la hubo en el grado de amoralidad y de cautela. Si Craso y César tomaron efectivamente parte en la conjuración, en sus primeras etapas se comportaron con extrema prudencia y, según parece, se alejaron del movimiento ni bien empezó a adquirir un carácter demasiado radical y anárquico.

Pero, lo repetimos, las fuentes sobre los acontecimientos de Roma entre el 65 y el 62 son tales, que no nos dan la posibilidad de formarnos un cuadro claro.

La represión de la revuelta reforzó considerablemente las posiciones de los optimates. César y Craso, independientemente de su participación efectiva en el complot, estaban muy comprometidos y durante un cierto tiempo desaparecieron de la vida política activa. Después de su pretoría en el 62, César



recibió, en el 61, el cargo de gobernador de la España ulterior. Dice Plutarco que los acreedores no querían dejarlo partir de Roma y que Craso pagó por él algunas de sus deudas más urgentes y lo avaló por la enorme suma de 830 talentos<sup>186</sup>.

*Primer triunvirato.* — Ésta era la situación de Roma cuando Pompeyo desembarcó en Italia, trayendo la victoria y 20.000 talentos para el tesoro estatal. Después de su llegada se le tributó un magnífico triunfo, pero... era solamente un triunfo. El Senado se negó a confirmar las medidas tomadas por él en Oriente y a premiar a sus veteranos con tierras. Esta actitud senatorial se explica no sólo por el hecho de que en el 61 este cuerpo se sentía muy fuerte, sino también porque Pompeyo, para dar una prueba de lealtad, había disuelto el ejército ni bien desembarcó en Brindisi. Esta acción demuestra la miope política de Pompeyo y su habitual indecisión.

En el verano del 60, César regresó de España. Su brillante actividad militar en la provincia era más que suficiente para que se le concediera el triunfo<sup>187</sup>, pero César deseaba presentar su candidatura a cónsul para el 59 y para esto le era forzoso presentarse personalmente. Sin embargo, antes del triunfo no tendría el derecho a presentarse en la ciudad. Es cierto que el Senado habría podido hacer una excepción y permitir que se lo eligiera a pesar de su ausencia, como ya había sucedido en otros casos, pero tratándose de César los senadores no tenían intención de admitir semejante cosa. Por eso César renunció al triunfo para presentarse como candidato al cargo consular.

Claro que para ser electo no bastaba sólo con presentar la candidatura... En la coyuntura que se había venido creando desde el 61, César tenía muy pocas posibilidades de salir vencedor. El momento imponía la unión de todas las fuerzas democráticas. César trató con Pompeyo y logró que él y Craso hicieran las paces. Pompeyo no tenía otra alternativa y a Craso la alianza le prometía suficientes ventajas económicas como para olvidar los antiguos rencores.

Fué así que en el verano del 60 los tres principales personajes políticos de Roma formaron una alianza que fué llamada

---

<sup>186</sup> Plutarco, *Cayo César*, XI.

<sup>187</sup> Había sido proclamado por los soldados *imperator*, triunfador.

“el triunvirato” y que Varrón bautizó con palabras exactas: “monstruo de tres cabezas”. Para reforzar este vínculo, César entregó a Pompeyo su hija Julia como esposa (principios del 59).

El triunvirato fué sobre todo un acuerdo personal entre César y Pompeyo: en realidad, Craso sólo era una figura representativa. César y Pompeyo tendían ambos al poder personal: el primero resuelta y consecuentemente, el segundo con su habitual indecisión. Desde este punto de vista eran enemigos, pero por el momento tenían necesidad el uno del otro.

Por otra parte, en el triunvirato se consolidaban las fuerzas enemigas de los optimates: tras César y Pompeyo estaban los democráticos y Craso era sostenido por el orden ecuestre. En segundo plano había un ejército profesional, en ese momento desarmado, pero que se presentaba ya como la fuerza social más poderosa.

La base del acuerdo se resumía en esta fórmula: en la República no debía suceder nada que no fuera ventajoso para los tres. El primer objetivo fué la elección de César como cónsul. Una vez alcanzada esta magistratura, César debía adoptar las providencias necesarias para Pompeyo y Craso.

En las elecciones César resultó triunfante. El partido senatorial logró apenas, con grandes dificultades, hacer elegir también a su candidato, Marco Calpurnio Bibulo.

*El consulado de César.* — Una vez cónsul, César presentó al senado tres proyectos de ley.

El primero era un proyecto de ley agraria<sup>188</sup>. En la práctica debía favorecer sobre todo a los veteranos de Pompeyo, y se fundaba sobre los principios del proyecto de ley de Servilio Rulo. Las tierras a dividir eran las estatales de Campania. Si éstas no hubieran resultado suficientes, se habrían debido comprar otras tierras en Italia con los ingresos de las nuevas provincias orientales. En la subdivisión de las tierras se debía dar preferencia a los ciudadanos más pobres y a aquéllos que tuvieran por lo menos tres hijos. Para el cumplimiento de la ley había que nombrar una comisión compuesta por 20 miembros.

---

<sup>188</sup> Es posible que las leyes agrarias fueran dos. Las fuentes no son claras a este respecto.

El segundo proyecto de ley consistía en la propuesta de confirmar todas las medidas tomadas por Pompeyo en Oriente.

El tercero proponía disminuir en un tercio los gravámenes pagados por los recaudadores.

Las tres propuestas, como era de esperar, encontraron en el Senado una fuerte oposición que llegó hasta el obstruccionismo<sup>189</sup>. Entonces César las presentó directamente a los comicios. La lucha se reanudó: Bibulo trató de disolver la asamblea con el pretexto del desfavor de los dioses; algunos tribunos de la plebe pertenecientes al partido de los optimates interpusieron el veto; Catón habló de ilegalidad, pero César fué inmovible. El día de la elección se presentaron los veteranos de Pompeyo con pañales escondidos bajo sus ropas y cambiaron la situación a favor de César. Bibulo fué arrancado del lugar por sus amigos, que temían por su vida; Catón fué expulsado por la multitud. Los proyectos fueron aprobados. Pompeyo y Craso fueron elegidos miembros de la comisión agraria; César renunció a formar parte de ella.

Después de estos hechos, Bibulo, en señal de protesta, se retiró a su casa, de la que no salió hasta que terminó el año. Por esta razón, cuando se quería indicar el año del consulado de César y Bibulo, se decía bromeando, "durante el consulado de Julio y de César".

Entre las otras medidas tomadas por César en el 59, fué particularmente importante la ley sobre la corrupción (*lex Julia repetundarum*) con la que se establecían las normas para los pagos a efectuar a los gobernadores provinciales, aumentándose al mismo tiempo su responsabilidad en las concusiones. Con esta ley César dió comienzo a una serie de medidas destinadas a aliviar la situación de los provinciales, medidas que continuó tomando una vez convertido en dictador.

También hay que señalar que por orden de César se empezaron a publicar en Roma los decretos del Senado y de la asamblea popular (*acta senatus et populi romani*). Se trata de la primera gaceta oficial de la historia: le servía para ejercer su influencia como medio de organización de la opinión

---

<sup>189</sup> En el Senado romano el obstruccionismo se manifestaba de igual modo que como se manifestó más tarde en el parlamento inglés: como el tiempo de que disponían los oradores era ilimitado, Catón, para decir su opinión, habló largas horas.

pública en torno a los más importantes problemas políticos.

Desde el punto de vista de los planes de César, tenía mucha importancia la provincia que le sería adjudicada cuando venciera su mandato consular. Según la ley de C. Graco, el Senado tenía que haber destinado las provincias a los cónsules ya antes de la elección, pero previendo que uno de ellos sería César, el Senado destinó a los cónsules del 59 dos provincias secundarias. Esto no era lo que César deseaba. Uno de sus partidarios, el tribuno de la plebe Publio Vatinius, promovió a través de la asamblea popular un decreto que establecía, aboliendo la anterior decisión senatorial, la adjudicación a César de la Galia Cisalpina y de Iliria por un período de 5 años y con derecho a mantener en ambas provincias tres legiones (*lex Vatinia*).

El Senado entonces, para conservar su prestigio, se vió obligado a adjudicar también algo a César, y no encontró nada mejor que concederle, a propuesta de Pompeyo, también la Galia Narbonense<sup>100</sup> con una legión (sin indicación de tiempo).

El Senado y Pompeyo tenían naturalmente fines ocultos. La Galia Cisalpina se encontraba demasiado cerca de Roma, y si César permanecía en esa provincia siempre podría controlar los acontecimientos de Roma. Por eso era indicado alejarlo lo más posible de la capital, y la Galia Transalpina respondía magníficamente a este propósito. La situación allí, como veremos luego, era tal que resultaba inevitable una gran guerra colonial, y César forzosamente tendría que empeñarse en ella durante mucho tiempo.

Éstas eran las intenciones de los adversarios de César. Su error consistía en querer obtener una finalidad inmediata, mientras que César miraba mucho más lejos.

*Clodio*. — Al terminar su consulado, César no se dirigió de inmediato a las provincias que se le habían adjudicado, sino que se entretuvo algún tiempo en las cercanías de Roma. Antes de ausentarse por mucho tiempo de la capital quería librar-se de su principal adversario, Catón, y por otra parte el partido democrático quería vengarse de Cicerón por lo sucedido con Catilina.

---

<sup>100</sup> Región meridional de la Galia Transalpina.

Como arma para sus planes, los populares eligieron como tribuno de la plebe para el 58 a Publio Clodio. Era éste un aventurero sin escrúpulos, hermoso y corrompido hasta lo último. La crónica mundana de Roma debió ocuparse más de una vez de los escándalos amorosos en que su nombre estaba implicado, y se recordaba especialmente su relación con la segunda esposa de César, Pompeya<sup>191</sup>, de la cual éste se divorció en el 62<sup>192</sup>. Sin embargo, el gran político, que siempre supo frenar los sentimientos personales en favor de fines más importantes, perdonó a Clodio, porque veía en él el hombre indicado para sus planes.

En el 59 Clodio pasó de los patricios a los plebeyos, para hacer una carrera democrática. Con ayuda de César, fué elegido tribuno de la plebe para el 58 y fué justamente de él de quien César se sirvió como agente principal en Roma durante su ausencia. Clodio promovió algunas leyes democráticas: una sobre la distribución gratuita de pan a los pobres, otra reconstituyendo los colegios viales (*collegia compitalicia*), prohibidos por el Senado en el 64, otra que permitía las asambleas en días festivos.

Contra Cicerón, a quien odiaba personalmente, Clodio promovió una ley especial estableciendo que un funcionario que hubiese condenado a muerte sin juicio a un ciudadano romano, era pasible de la "privación del agua y del fuego" (*acquae et ignis interdictio*), es decir del exilio. Cicerón, después de varias tentativas de obtener una reducción de la medida contra él dirigida, partió para Macedonia antes de que la ley fuese aprobada (verano del 58). Sus bienes fueron confiscados, sus casas y sus villas destruídas.

Catón fué enviado a Chipre con el pretexto de una delicada misión diplomática, y César pudo por fin dejar Italia tranquilamente y dirigirse a su provincia con el título de proconsul.

Después del 58, Clodio empezó a desarrollar una política tan demagógica que se malquistó con Pompeyo. Éste, para

---

<sup>191</sup> César se había casado con ella en el 67, después de la muerte de Cornelia.

<sup>192</sup> En el 59 César se casó con Calpurnia, con quien vivió feliz hasta su muerte.

paralizar su influencia, se acercó al tribuno del 57, T. Anio Milón, quien, según la expresión de Apiano, era "más desvergonzado que Clodio" (II, 16). Los partidarios de Cicerón aprovecharon de la ruptura entre Pompeyo y Clodio para obtener, con ayuda de Milón y de Pompeyo, la amnistía del exilado, que en el 57 regresó a Roma, donde fué recibido solemnemente por la población y volvió a tener la posesión de sus bienes.

Estos hechos marcaron el gradual acercamiento de Pompeyo al Senado. Agradecido, Cicerón devolvió el favor recibido ayudándolo a obtener por 5 años poderes extraordinarios para el abastecimiento de víveres a Roma (*cura annonae*); en Italia se le concedió el poder proconsular.

*César en Galia.*—El cargo de gobernador de Galia correspondía plenamente a los planes secretos de César, ya que la región era indicada para la creación de una plaza de armas para la inminente lucha decisiva por la conquista del poder.

En esa época Galia estaba dividida en 3 partes: Galia Cisalpina<sup>193</sup>, Galia Narbonense o simplemente Provincia<sup>194</sup> y Galia "salvaje"<sup>195</sup>. Esta última constituía el objetivo principal de las aspiraciones de los mercaderes, recaudadores y aventureros militares romanos.

A su vez, ésta se dividía en tres partes: región sur-occidental, situada entre los Pirineos y el Garona, poblada por los aquitanios, tribu céltica con fuertes elementos ibéricos; región central o Galia propiamente dicha, limitada al norte por los ríos Sena y Mosela, ocupada por los galos (celtas); región septentrional, entre el Saona y el Rin, habitada por los belgas (tribus celti-germánicas) que eran los menos civilizados.

La Galia no sometida era un mosaico de tribus independientes rivales una con otra; algunas estaban todavía en un nivel patriarcal primitivo, en otras se notaba ya una considerable diferenciación social que permite hablar de relaciones

<sup>193</sup> Galia Togata, es decir completamente romanizada.

<sup>194</sup> De ahí deriva el francés *Provence*. La Galia Narbonense había sido conquistada por los romanos en el 122.

<sup>195</sup> *Gallia comata vel bricata* (Galia melenuda o en pantalones). Era llamada así porque los galos usaban los cabellos largos y llevaban pantalones.

esclavistas primitivas. El estrato dirigente estaba formado por nobles de las tribus que poseían grandes cantidades de esclavos y dependientes (*ambacti*). A la nobleza pertenecían los jefes de las tribus.

De gran autoridad gozaban en Galia los sacerdotes druidas, que interpretaban el derecho y eran custodios de la secular sabiduría de los celtas. El arte de la predicción y de la adivinación se unía en ellos a un embrión de conocimientos científicos.

Galia era un país fértil, densamente poblado. La base de su vida económica eran la agricultura, la cría de ganado, el aprovechamiento de los bosques y de los productos del artesanado. La subdivisión del trabajo había alcanzado ya un cierto grado de desarrollo. Sobre esta base habían surgido numerosos centros fortificados de tipo semiurbano: Gergovia (actualmente Clermont-Ferrand), Bibracta (Autun), Alesia (Alise-Sainte-Reine), Lutecia (París), Avaricum (Bourges), Cenabum (Orleáns) y otros. La población de los alrededores se refugiaba en ellos en caso de peligro y formaba la milicia. En esos centros vivían los artesanos locales y se organizaban mercados que eran frecuentados incluso por mercaderes griegos y romanos. Galia era famosa por la gran cantidad de oro que se encontraba en la zona.

Cuando César llegó en el 58 a la Provincia, en la Galia propiamente dicha la situación era alarmante. En la región que confinaba directamente con la Provincia hacía tiempo que tres tribus luchaban por la supremacía: los eduos, los secuanos y los arvernios. Los eduos se consideraban aliados de Roma; los secuanos y los arvernios se inclinaban por los germanos del otro lado del Rin. A pedido de los secuanos, el jefe de la tribu germana de los suevos, Ariovisto, cruzó el Rin con una gran tropa, y después de una larga lucha venció a los eduos (alrededor del 60). En compensación por la ayuda, los secuanos fueron obligados a ceder a Ariovisto una parte de sus propias tierras (en la actual Alsacia).

El ataque de los germanos provocó un movimiento de los helvecios, tribu establecida en la región occidental de la Suiza actual. A la busca de tierras libres, habían decidido trasladarse a las bocas del Garona, pero para hacerlo les era necesario pasar a través del territorio romano. César se opuso decidida-

mente a que cruzara la provincia semejante cantidad de gente (según él cerca de 300.000 personas) y para impedirlo se colocó en los límites septentrionales de la provincia.

Entonces los helvecios eligieron otro camino y marcharon a través del país de los secuanos y los eduos. César aprovechó inmediatamente la coyuntura para intervenir en los asuntos de Galia. En junio del 58 cruzó los límites de la provincia, cayó sobre los helvecios y en Bibracte los derrotó duramente, obligando a los sobrevivientes a que volvieran atrás y concluyeran una alianza con Roma.

El paso siguiente que proyectaba César era eliminar la influencia de los germanos. Con el objeto de presentar la lucha contra Ariovisto como una guerra nacional de toda Galia, en el verano del 58, bajo presión de los romanos, se convocó una reunión de representantes de las tribus galas, que decidieron pedir a César los defendiera de los germanos. Luego Ariovisto rechazó las condiciones romanas, por lo que César le declaró la guerra. En el otoño del 58, en Alsacia, no lejos del Rin, Ariovisto fué derrotado y perseguido hasta el mismo río. Sólo unos pocos germanos con sus jefes lograron pasar a la orilla derecha.

Fué así que los romanos llegaron por primera vez al Rin, que desde ese momento se convirtió en el confín oriental de sus dominios en Galia. Para mantener mejor la línea del Rin, César dejó sobre la margen izquierda una serie de pequeñas tribus germanas que debían defender a Galia de sus compatriotas de la otra orilla, dando comienzo a una nueva política tendiente a aprovechar a unos bárbaros contra otros, política que más adelante sería aplicada también por los emperadores romanos y que por mucho tiempo dió óptimos resultados, hasta que en los últimos tiempos del Imperio se volvió contra sus propios iniciadores.

Los triunfos del 58 habían hecho a César prácticamente dueño de toda Galia central. Pero los belgas, como también las tribus de Bretaña y Normandía <sup>196</sup>, que no habían probado aún la fuerza de las armas romanas, no estaban dispuestos a someterse a César sin lucha, tanto más dado que mantenían

---

<sup>196</sup> Los galos de estas tribus eran llamados "armóricos", es decir "gente de la costa".



estrechos vínculos con los germanos de allende el Rin. Por eso se preparaban, en la desembocadura del Rin, a pasar el río.

En el 57 César marchó contra los belgas con 8 legiones. Las valientes tribus bárbaras le opusieron una encarnizada resistencia. En la batalla decisiva con los nervos, la suerte de todo el ejército romano y la vida de su comandante estuvieron pendientes de un hilo; pero la alta técnica militar de los romanos y la ausencia de unidad entre sus adversarios dieron la victoria a César. Una tras otra fueron sometidas las tribus de los sueviones (en Soissons), de los ambianos (en Amiens), de los belovacios y, finalmente, de los nervos.

Poco después, en el invierno del 57-56, comenzó la revuelta de los britanos y los normandos en las actuales provincias francesas homónimas, revuelta que se difundió rápidamente a lo largo de toda la costa entre el Loira y el Rin. Los rebeldes esperaban ayuda de los celtas de Britania y de los germanos de allende el Rin. César no podía perder siquiera un segundo y tomó inmediatamente las medidas necesarias. Envio al Rin a uno de sus legados, Tito Labieno, con la caballería, para sofocar la agitación de los belgas y para impedir el paso a los germanos. Tres legiones fueron enviadas a Normandía. César mismo invadió con el grueso de su ejército el territorio de los vénetos, en Britania, que era el foco principal de la revuelta. Las fuerzas terrestres se revelaron insuficientes, porque las tribus costeras disponían de una fuerte flota. Entonces los romanos se pusieron rápidamente a construir una cierta cantidad de pequeñas embarcaciones sobre el Loira, a las que agregaron las naves de las comunidades celtas aliadas. El mando de esta flota colecticia y débil se entregó a Décimo Junio Bruto Albino, lugarteniente de César. A pesar de la superioridad de la flota de los vénetos, los romanos obtuvieron la victoria aplicando una nueva maniobra, consistente en cortar con afiladas guadañas el cordaje de las naves enemigas, que de ese modo quedaban a la deriva. La destrucción de la flota adversaria llevó pronto a la represión del movimiento, al ser privados los rebeldes del aprovisionamiento por mar.

De este modo, toda Galia fué sometida y declarada provincia romana. Los brillantes triunfos de César provocaron en Roma una oleada de entusiasmo y de asombro. A fines del 57,

cuando César volvió a Italia septentrional para invernar<sup>107</sup>, el Senado ordenó solemnes oraciones en acción de gracias por el término de 15 días. Pero, precisamente a causa de la creciente popularidad de César, y en particular después del regreso de Cicerón y Catón, el partido senatorial estrechó filas. En esta ocasión influyó el odio de Pompeyo hacia César, odio que aumentaba a medida que este último obtenía sus triunfos en Galia. Las circunstancias exigían un encuentro de los triunviros.

*Entrevista de Luca. Muerte de Craso.* — El encuentro de los triunviros tuvo lugar en Luca, Etruria septentrional, en el verano del 56. Para comprender la enorme influencia que estos hombres tenían en la sociedad romana, bastará con decir que a Luca fueron seguidos por más de 200 senadores y que 120 lictores acompañaban a los funcionarios que presenciaron la reunión. El encuentro personal reforzó la vieja alianza. En Luca se tomaron importantes decisiones: principalmente, los triunviros resolvieron prorrogar por otros 5 años los poderes de César, que caducaban en el 54, y permitirle elevar a 10 el número de legiones a sus órdenes. Vencido el nuevo plazo, César debía obtener el consulado del 48. Pompeyo y Craso debían ser elegidos cónsules para el 55 y, al término de su periodo, recibir por 5 años la dirección de las provincias españolas y de Siria (Pompeyo, ambas españas y Craso, Siria).

Las decisiones tomadas en Luca se pusieron en práctica a través de la asamblea popular, a pesar de la oposición del partido adversario. Pompeyo y Craso obtuvieron el consulado para el 55. Pompeyo no fué a España sino que se quedó en Roma y gobernó las provincias por medio de sus lugartenientes. Craso, en cambio, se dirigió a Siria, donde emprendió una guerra contra los partos, aunque éstos no habían dado ningún motivo para provocar tan grave actitud por parte de los romanos. Pero el hecho es que Craso soñaba con emular la gloria militar de César y Pompeyo y aumentar aún más sus inmensas riquezas.

El primer año de guerra trascurrió felizmente para los romanos. Craso pasó el Eufrates y conquistó algunas fortalezas

---

<sup>107</sup> Trataba siempre de pasar el invierno en la Galia Cisalpina para estar más cerca de Roma.

de la Mesopotamia. Pero en el 53 se delineó la catástrofe. Craso había entrado demasiado profundamente en las áridas llanuras de la Mesopotamia septentrional, siguiendo a la caballería enemiga que, por su parte, trataba de atraer a los romanos lo más lejos posible de sus bases. A poca distancia de la ciudad de Carra, Craso se enfrentó con el grueso del ejército de los partos, compuesto por su magnífica caballería (verano del 53). Las cualidades bélicas de la infantería romana no fueron suficientes para resistir a los jinetes partos, protegidos, igual que sus caballos, por corazas, y a la caballería ligera que los hostigaba de lejos con una lluvia de flechas. La vanguardia romana, comandada por el hijo de Craso, fué destruída por completo. El propio joven Craso, junto con los principales comandantes, se mató para no caer prisionero.

Inmediatamente después los partos atacaron al grueso del ejército romano, que tuvo grandes pérdidas pero logró refugiarse en la ciudad de Carra. No pudiendo resistir por mucho tiempo, dada la falta de abastecimiento, los restos del ejército romano empezaron a retirarse hacia Armenia, y cuando ya se creían fuera de peligro fueron alcanzados nuevamente por el enemigo. Los soldados romanos, desmoralizados, obligaron a Craso a emprender tratativas de paz con el enemigo. Durante las tratativas Craso y su estado mayor fueron muertos.

Casi todo el ejército de Craso, que al principio de la ofensiva contaba con más de 40.000 hombres, fué destruído o hecho prisionero. Sólo un escuadrón de jinetes al mando del cuestor Cayo Casio Longino y algunos grupos de desbandados lograron volver a pasar el Eufrates.

La batalla de Carra produjo un enorme impresión tanto en Roma como en Oriente. La opinión pública romana fué profundamente sacudida por el hecho de que las águilas de las legiones<sup>198</sup> hubieran caído en manos de los partos y que miles de prisioneros romanos languidecieran en trabajos forzados en los lejanos oasis orientales. En Oriente la derrota de los romanos hizo renacer esperanzas de liberación. En Judea el pueblo, indignado porque Craso había saqueado el templo de Jerusalem, se rebeló. Los partos se apoderaron de nuevo

---

<sup>198</sup> El águila de plata era, desde los tiempos de Mario, la insignia de la legión.

de la Mesopotamia y en el 51 pasaron el Eufrates. Sin embargo el enérgico Cayo Casio sofocó la rebelión en Judea y organizó la defensa de Siria: los partos no pudieron conquistar Antioquía y en el camino de regreso fueron derrotados. Luego, a causa de las discrepancias surgidas dentro del grupo dirigente, los partos evacuaron Siria.

La muerte de Craso significó el fin del triunvirato. Si bien ya estaba destinado a disolverse, el hecho apresuró los acontecimientos.

*Expediciones de César a Germania y a Britania. Rebelión de los galos. Sometimiento definitivo de Galia.*—Después de haber terminado alrededor del año 55 la conquista de Galia, César debió pensar en consolidar el dominio de Roma. El objetivo principal era garantizar los confines de la nueva provincia. Los germanos de allende el Rin y los celtas de Britania constituían una amenaza permanente para la "paz romana". En el invierno del 56-55 las tribus germanas de los usipetos y de los teneros, con mujeres y niños, atravesaron en masa el Rin en su curso inferior. Aunque no tenían, según parece, intenciones agresivas, y sólo buscaban nuevas tierras para transmigrar, César los agredió pérfidamente mientras se realizaban tratativas, destruyendo a una buena parte. Sólo unos pocos lograron salvarse volviendo a cruzar el río y se refugiaron junto a los sicambrios. César decidió entonces pasar el Rin para infundir temor a los germanos y prevenir cualquier tentativa ulterior de violar el límite. En 10 días se construyó en el río un puente sobre palafitas<sup>199</sup>. César pasó el Rin, pero los sicambrios se habían retirado al interior del país. Después de 18 días de permanencia en la orilla derecha, los romanos volvieron atrás y destruyeron el puente.

La expedición a Germania tenía, más que un fin militar, un propósito político y tendía a convencer de una vez para siempre a los germanos y a los galos del poderío militar romano, como también a acrecentar la gloria de César, primer comandante romano que pasaba el Rin.

---

<sup>199</sup> La descripción de César (*De Bello Gallico*, IV, 16, 19) proporciona un cuadro del alto nivel técnico alcanzado ya en ese tiempo por los romanos.

En el mismo año 55, pero ya en el otoño, César se encaminó a Britania, para castigar a los britanos por la ayuda que más de una vez habían prestado a los galos. Con dos legiones desembarcó en la isla, pero por el mal tiempo y por la gran resistencia que encontró, regresó a Galia sin haber logrado su propósito.

En la primavera del año siguiente la expedición fué renovada. Esta vez César estaba mejor preparado. Con una flota de 800 naves y con 5 legiones atravesó el canal. Los britanos en un primer momento se retiraron, pero luego su jefe Casivellauno trató de organizar la resistencia. César lo derrotó, pasó el Támesis cerca de Londinium (Londres) y conquistó la fortaleza principal de Casivellauno. Después de esta acción los britanos se sometieron: debieron entregar rehenes y prometieron pagar indemnizaciones. César se contentó con la promesa y regresó a Galia. Esta expedición, igualmente, tampoco tuvo otro resultado que un efecto moral.

El rápido regreso de César desde Britania fué debido a las noticias provenientes de Galia, donde el descontento había aumentado enormemente y se prevenían desórdenes. En efecto, en el invierno del 54-53 se produjo una rebelión en el país de los belgas: dos de las seis legiones romanas que invernaban en el lugar fueron casi completamente destruídas. Los rebeldes habían aprovechado del hecho que los campamentos de las legiones romanas estaban muy lejos el uno del otro. César, que estaba invernando en Amiens, acudió en ayuda y bastó su presencia para que el movimiento se calmase.

Con la llegada de la primavera se iniciaron crueles expediciones punitivas. César había reparado las pérdidas con tres nuevas legiones (de las cuales una le fué "prestada" por Pompeyo). Las tribus rebeldes fueron castigadas sin piedad y, dado que los suevos habían acudido en ayuda de los galos, en el 53 los romanos pasaron de nuevo el Rin. El puente sobre el río fué construído en la misma localidad de la vez anterior. Pero también en esta oportunidad los germanos privaron a César de la satisfacción de derrotarlos, retirándose hacia el oriente. César conservó el puente, formando una cabecera de puente fortificada provista de una guarnición. A fines del

otoño, como de costumbre, César partió hacia Italia septentrional.

Parecía que en Galia reinaba la mayor tranquilidad, pero esta vez el ojo experto de César y sus informantes se engañaban: bajo la apariencia exterior de calma se estaba desarrollando secretamente un intenso movimiento de preparación para la rebelión de toda Galia. La ausencia de César pareció ser el momento más oportuno para su estallido. La señal fué dada por Cenabum (Orleáns) donde en un día prefijado del invierno 53-52 toda la guarnición romana fué destruída. Luego la rebelión se difundió con extraordinaria rapidez.

El alma del movimiento era la tribu de los arvernos, que durante mucho tiempo había permanecido fiel a los romanos. El jefe del partido antirromano era Vercingetórix, noble, valeroso e inteligente. Estaba sostenido sobre todo por los elementos democráticos: los rebeldes lo proclamaron rey de los arvernos y jefe de toda Galia.

Las tropas romanas vinieron a encontrarse en una situación muy difícil: César estaba ausente; los eduos, en otro tiempo amigos, empezaban a vacilar; grupos aislados de insurgentes aparecían ya en la propia Provincia. En ese momento llegó César, llamado con urgencia: disponía de 60.000 hombres, apenas una quinta parte de las fuerzas de Vercingetórix. Sólo con acciones rápidas era posible salvar la situación.

Después de haberse preocupado, en primer lugar, de la defensa de la Provincia, César reunió sus tropas y con hábiles maniobras infirió al enemigo una serie de golpes: incendió Cenabum y, después de un largo sitio, conquistó Avaricum. Luego, enviado Labieno con una parte de las tropas contra Lutecia, César invadió con 6 legiones el territorio de los arvernos, llegando hasta su capital, Gergovia. Vercingetórix hizo concentrar en la ciudad grandes provisiones y dispuso su campamento fortificado bajo los muros. César no tenía fuerzas suficientes para efectuar el sitio: una tentativa suya de asaltar el campamento enemigo fué rechazada y debió retirarse.

Fué un grave fracaso que provocó la separación de los eduos, y luego de los belgas, pueblos que hasta entonces se habían mantenido tranquilos. En esa peligrosa circunstancia

brilló con toda su fuerza el genio militar de César. Primeramente se reunió con las fuerzas de Labieno, que también se había visto obligado a retirarse del Sena, y luego se dirigió hacia el sur, con el fin de defender la Provincia. Vercingetórix lo atacó a lo largo del camino con grandes masas de caballería, pero fué vencido por los romanos y se retiró a Alesia, donde concentró el grueso de sus tropas. Como ya había hecho en Gergovia, el galo organizó bajo los muros de la ciudad su campamento fortificado.

Pero esta vez César disponía de fuerzas mayores y estuvo en condiciones de rodear Alesia con una fuerte doble línea fortificada: una, interna, dirigida contra la ciudad y la otra, externa, contra posibles tentativas enemigas de librar a los sitiados.

La guarnición de Alesia superaba a los 80.000 hombres y, unida a la población civil de la ciudad, formaba una tal masa de gentes que no sería posible abastecerlas durante mucho tiempo. De ahí que la ruptura del sitio se convirtiera en una cuestión de vida o muerte. Vercingetórix llamó a los jefes de los galos para que se apresuraran a venir en su ayuda, y en todo el país se reunieron 200.000 hombres que marcharon sobre Alesia. Las posiciones de César fueron atacadas a un mismo tiempo desde afuera y desde adentro; en un punto los galos habían logrado romper las líneas romanas, pero Labieno, enviado de inmediato con las reservas, pudo cerrar la brecha. El ataque fué rechazado y el hambre obligó a Vercingetórix a rendirse a discreción. Seis años después, el jefe de los galos, cargado de cadenas, desfilaba en Roma ante el carro triunfal de César y luego era condenado a muerte...

La rendición de Vercingetórix decidió la suerte de Galia: en el 51 fueron sofocados los últimos restos de la insurrección y en el 50 César regresaba a la Galia Cisalpina, donde era recibido con todos los honores.

Los resultados de la conquista de Galia fueron enormes. Plutarco<sup>200</sup> dice que César, durante poco menos de 10 años pasados en Galia, conquistó por asalto más de 500 ciudades, sometió 300 tribus y combatió contra un total de fuerzas de

---

200. *Cayo César*, XV.

300.000 hombres, destruyendo 100.000 y haciendo otros tantos prisioneros. En manos de los romanos cayó un botín colosal: la cantidad de oro reunida fué tal que hizo disminuir los precios en el mercado. César y sus ayudantes Labieno, Mamurra y otros, se enriquecieron y enriquecieron también a bandas de depredadores caídas sobre el país. El saqueo de Galia provocó una especulación excepcional y el alza de las acciones de los caballeros. Las inmensas riquezas acumuladas dieron a César la posibilidad de realizar una grandiosa política demagógica recurriendo a la corrupción directa, organizando espectáculos, haciendo distribuciones gratuitas, erigiendo edificios, etc., por lo que su influencia sobre las masas ciudadanas alcanzó un grado muy alto. Finalmente las expediciones galas formaron un excelente ejército, templado y disciplinado, pronto a seguir a su emperador adonde él quisiese. Y paralelamente, el genio militar de César se desarrolló y se consolidó.

*La situación en Roma. Ruptura entre César y el Senado y Pompeyo.* — Después del consulado de Craso y Pompeyo, la crisis política se había transformado poco a poco en una verdadera anarquía. En las elecciones había habido realmente batallas: las elecciones de los cónsules y pretores del 55 son un claro ejemplo: ¡debido a los disturbios, hubo que aplazarlas por 7 meses!

Esta anarquía era en parte el resultado natural de la desmoralización progresiva de la ciudadanía, y en parte una consecuencia de la actividad de los agentes de César y Pompeyo. La anarquía política era ventajosa para ambos, porque tal situación requeriría la mano fuerte de un dictador.

Los principales exponentes de la turba eran Clodio y Milón, adversarios el uno del otro. Cada uno de ellos disponía de escuadrones mercenarios, compuestos por esclavos y subproletarios, con los que organizaban todas las violencias y depredaciones posibles. Los desórdenes alcanzaron su punto culminante a comienzos del 52; en un encuentro casual en la Vía Appia, Clodio fué muerto por agentes a las órdenes de Milón. La turba organizó en el Foro grandiosas exequias, y durante la ceremonia incendió el edificio del Senado.



Pompeyo, nombrado por el Senado cónsul sin colega (*sine collega*) por dos meses, lo que constituía de hecho una dictadura, restableció prontamente el orden con la ayuda de fuerzas armadas.

Durante el período de su dictadura, Pompeyo promovió una serie de severas leyes penales contra los responsables de violencias, corrupciones, etc. Se volvieron a examinar las listas de los jueces y se dió comienzo a numerosos procesos contra los responsables de los desórdenes. Pompeyo obtuvo la prórroga de su gobernación en España por otros 5 años, pero no se preocupó para que se tomaran en favor de César medidas análogas. Al contrario, se hizo promotor de una ley según la cual el gobierno de las provincias no debía ser más concedido a los cónsules y a los pretores inmediatamente después del término de sus funciones, sino sólo una vez que hubieran transcurrido por lo menos 5 años. Se trataba de una medida, como veremos más adelante, dirigida especialmente contra César. De este modo, la ruptura entre los ex triunviros podía darse por hecho consumado. César, ocupado por la rebelión de los galos, no tuvo en el momento ninguna posibilidad de adoptar contramedidas oficiales.

La ruptura entre César y Pompeyo era inevitable. El triunvirato, como ya hemos visto, sólo representaba un compromiso provisional. En el 54 murió Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, que con su magnífico carácter y su amor por el padre y el marido había mantenido los vínculos entre ambos personajes. En el 53 murió Craso. Con la muerte de este último el triunvirato se disolvió de hecho y de derecho; ya no había más vínculos entre los dos adversarios y la ruptura se hizo inevitable.

Cuanto más crecían el poder y la popularidad de César, tanto más profundo se hacía el abismo entre él y Pompeyo y más sólido el terreno para un acercamiento entre Pompeyo y los optimates. A los ojos del Senado, tanto César como Pompeyo eran igualmente dictadores potenciales y, en consecuencia, enemigos que trataban de destruir la república oligárquica; pero, eligiendo el mal menor, era preferible Pompeyo, pues César, por ser más fuerte, resultaba más peligroso. Su rival, en cambio, dada la indecisión que lo caracterizaba,

habría podido convertirse por tiempo indeterminado en primer ciudadano, *princeps*, como lo llamaba Cicerón, pero no en un dictador con abiertas tendencias monárquicas. Estas intenciones se sospechaban, no sin fundamento, en César. Fué así que en los años 51-52 se estrechó la alianza entre Pompeyo y el Senado.

Ya en el 51 se iniciaron las discusiones sobre los plazos de los poderes de César. Éstos debían cesar el 1º de marzo del 49; pero según el acuerdo de Luca, César no podía asumir el cargo de cónsul que se le había prometido hasta el 1º de enero del 48. Quedaba, pues, un período de 10 meses durante el cual el glorioso vencedor de Galia podía ser llevado ante un tribunal por sus adversarios (sus campañas militares podían suministrar para esto abundantes pretextos). Según el antiguo procedimiento, el sustituto de César sólo podía ser designado de entre los funcionarios que fueran elegidos para el 49, y estos últimos recién podían asumir el cargo el 1º de enero; en consecuencia, César habría debido mantener su puesto hasta la llegada del sustituto, pero por la nueva ley de Pompeyo el sucesor de César debía ser elegido entre aquellas personas que habían ocupado un cargo oficial 5 años antes, y de esas personas había en abundancia. En consecuencia, César podía ser sustituido el 1º de marzo del 49.

A esta compleja cuestión jurídica se agregaba otra no menos complicada. ¿Debía presentarse César personalmente a Roma para definir su propia candidatura a cónsul para el 48? En el Senado se producían discusiones interminables entre partidarios y adversarios de César: por fin el tribuno del 50, Cayo Escríbonio Curión, representante de César en el Senado, propuso una solución de compromiso: César y Pompeyo debían renunciar al mismo tiempo a sus poderes. El Senado aceptó la propuesta y votó el decreto respectivo, pero Pompeyo lo rechazó categóricamente.

César, que a fines del 50 se encontraba en Ravenna, envió al Senado una carta muy diplomática, en la que se decía dispuesto a nuevas concesiones. Curión leyó la carta en la sesión del Senado el 1º de enero del 49: en un primer momento el Senado estaba bien dispuesto, pero Pompeyo, apoyado por sus secuaces, obligó a los senadores con abiertas amenazas a aprobar una decisión que establecía que César debía transmitir

sus poderes cuanto antes al sucesor nombrado y disolver su ejército, so pena de ser declarado, en caso contrario, enemigo de la patria. El veto interpuesto por los tribunos del 49, Marco Antonio y Quinto Casio, partidarios de César, hizo aún más tensa la situación y determinó que el 7 de enero el Senado declarara la República en peligro. Pompeyo fué encargado de reclutar tropas en Italia; Antonio y Casio, que fueron insultados por los soldados de Pompeyo, huyeron a Ravenna, junto a César, disfrazados de esclavos.

## CAPÍTULO XXV

### LA CAÍDA DE LA REPÚBLICA

*César y Pompeyo.*— Cuando César supo por Antonio y Casio lo que había sucedido en Roma, con la XIII legión y tropas auxiliares pasó el Rubicón, río que marcaba el límite entre su provincia e Italia<sup>201</sup>. Con gran rapidez marchó sobre Roma, ocupando una después de otra las ciudades de Umbría y de Etruria. El 14 de enero se supo en la capital de los movimientos de César: el gobierno se desorientó por completo. Aunque ya se estuviese preparando una guerra desde hacía tiempo nada estaba listo aún: Pompeyo no tenía tropas adecuadas para combatir contra César; por eso el 18 de enero él mismo y los dos cónsules<sup>202</sup>, seguidos por la mayoría del Senado, huyeron de Roma. En la precipitación de la fuga no pudieron llevarse el tesoro del Estado (erario) y se limitaron a sellarlo.

Pompeyo comprendió la imposibilidad de luchar contra César en ese momento y decidió retirarse a la península balcánica para organizar la revuelta. La retirada a España, donde

---

<sup>201</sup> Las circunstancias precisas de este episodio son desconocidas. Es posible que César haya pasado el Rubicón antes del 7 de enero y que los tribunos de la plebe lo hayan encontrado en Rímini. Para César era importante demostrar que no fué él quien inició la guerra civil. Por eso la tradición, que le ha sido favorable, presenta las cosas como si el cruce del confín se hubiera producido después del 7 de enero.

<sup>202</sup> Lucio Cornelio Lentulo y Cayo Claudio Marcelo. Eran adversarios de César, y a ellos se debe gran parte de lo sucedido el 7 de enero.

Pompeyo tenía grandes fuerzas, estaba cortada por César, que venía desde el norte. César se lanzó en persecución de su adversario y lo alcanzó en Brindisi. Sitió la ciudad, pero no pudo impedir que Pompeyo zarpara con sus tropas y desembarcase en Grecia.

Lógicamente, era imposible perseguirlo. Aun no tomando en cuenta las dificultades técnicas de la empresa (la flota se encontraba en manos de Pompeyo), César debía considerar que en España había 7 legiones fieles al adversario, al mando de sus legados: Lucio Afranio, Marco Petrayo y Marco Terencio Varrón (el famoso sabio). Si César hubiese llevado la guerra al terreno de la península balcánica, habría dejado Italia indefensa frente a las tropas españolas. Era necesario entonces, antes que nada, conquistar España.

César regresó por algunos días a Roma, sobre todo para quitar los sellos al tesoro estatal. Las previsiones de sus adversarios no se cumplieron: con los vencidos César se portó generosamente, libertó a los prisioneros sin condiciones, sus soldados tuvieron un comportamiento correcto y ninguna de las atrocidades que se esperaban se produjo. La vida social se reanudó rápidamente; una parte de los senadores regresó a Roma y, aunque el golpe de estado aún no había recibido consagración oficial, las administraciones de gobierno empezaron a funcionar. El pretor Marco Emilio Lépido, hijo del cónsul del 78, fué encargado de la administración provisional de la capital.

En su ruta hacia España, César se detuvo en Masilia, que no deseaba concertar con él una alianza y había declarado su neutralidad. Después de haber dejado tres legiones para que sitiaran la ciudad, prosiguió su camino hacia España, donde sus legados ya habían empezado las operaciones contra los partidarios de Pompeyo. En la ciudad de Ilerda, al norte del Ebro, capituló una parte considerable del ejército español y luego se rindieron también las tropas que se encontraban en la España ulterior. Toda la campaña en la península ibérica, contando desde la llegada de César, duró 40 días (julio-agosto del 49): las tropas de Pompeyo fueron en parte destruídas, en parte quedaron en España al servicio de César.

Marsilia se rindió al regreso de César a Italia, en el 49.

La ciudad fué castigada con la pérdida de su independencia y de una gran parte de su territorio<sup>203</sup>.

En las provincias occidentales la situación no era en todas partes igual: Sicilia y Cerdeña se habían pasado del lado de César, pero en África las cosas no habían sido favorables para él. El rey nómada Juba apoyaba a los partidarios de Pompeyo que se encontraban en el lugar, y cuando en el verano del 49 Curión llegó al África con dos legiones, fué derrotado y muerto. Por mucho tiempo el África siguió siendo uno de los más fuertes baluartes de Pompeyo.

César regresó a Roma en noviembre del 49. Fué proclamado dictador, pero después de 11 meses renunció a los poderes extraordinarios y promovió las elecciones consulares para el 48. Resultaron electos él mismo y un aristocrático condescendiente, Publio Servilio. La elección de César para cónsul tuvo sobre todo un carácter simbólico: era para subrayar la legalidad del poder (sobre la base del acuerdo de Luca). Durante su breve permanencia en Roma, César tomó varias medidas en favor de la población más pobre y concedió también una amnistía general a los exilados.

Entretanto, Pompeyo reunía grandes fuerzas en Macedonia. Además de las 9 legiones romanas, había juntado numerosos escuadrones auxiliares de los aliados orientales. En la región se había refugiado una gran cantidad de emigrados. En Salónica se había formado un Senado pompeyano de 200 miembros; su flota dominaba el mar Adriático y controlaba toda la costa occidental de la península balcánica.

En estas circunstancias, un desembarco de César en el Epiro podía parecer irrazonable. Pero no había otra alternativa que intentarlo y, por otra parte, César conocía muy bien a su adversario. A comienzos de enero del 48, con 6 legiones incompletas y algunos centenares de jinetes, zarpó de Brindisi y desembarcó en los alrededores de Apolonia.

Pero no fué posible apoderarse de Dyrrachium<sup>204</sup>, base principal de los pompeyanos: César disponía de fuerzas insuficientes y la flota enemiga impedía el transporte de refuerzos.

---

<sup>203</sup> Luego Marsilia recibió de nuevo su independencia.

<sup>204</sup> Actualmente Durazzo.

Pompeyo, al tener conocimiento del desembarco de César, dejó Macedonia y se estableció personalmente en Dyrrachium.

Los dos adversarios pasaron el invierno uno enfrente del otro. La situación de César era excepcionalmente difícil y sólo la habitual lentitud de Pompeyo le dió posibilidades de salvarse. Finalmente, en la primavera del 48 llegaron de Italia los refuerzos enviados por Marco Antonio. César consideró que era el momento de arriesgar, pero Pompeyo no aceptó la batalla. Entonces César decidió bloquear el campamento enemigo e hizo una tentativa en este sentido: no tuvo éxito. Pompeyo logró romper las líneas adversarias e infligir a su enemigo una dura derrota. Pero no aprovechó este triunfo y permitió a César retirarse a Apolonia.

Marx, que estimaba muy poco a Pompeyo, escribió sobre su actuación en la campaña del 48 en el Epiro: "Un infeliz ni bien debe medirse con César. César cometió los más garrafales errores militares, procediendo con insensatez, para hacerle perder la brújula al filisteo que tenía delante. Cualquiera general romano, Craso por ejemplo, lo hubiera aniquilado seis veces durante la lucha en el Epiro. Pero con Pompeyo todo era posible..."<sup>205</sup>

Después del fracaso de Dyrrachium, César decidió retirarse a Tesalia. Esto le daba la posibilidad de reunirse con los refuerzos que llegaban de Italia por vía terrestre y con las tropas que había enviado allí para recoger víveres.

Con su habitual rapidez, de Apolonia se dirigió inmediatamente al interior del país. Moviéndose lentamente, Pompeyo no estuvo en condiciones de impedir la unión de las fuerzas de su adversario; él y sus partidarios consideraban que la derrota de Dyrrachium les había quitado toda posibilidad ofensiva. En Farsalia, Tesalia meridional, se produjo en el 48 la famosa batalla<sup>206</sup>. Según las afirmaciones de César las fuerzas de Pompeyo eran el doble de las suyas; y aunque esto pueda parecer bastante exagerado, es indudable que Pompeyo era numéricamente superior, especialmente en lo que respecta a las fuerzas de caballería. Teniendo presente esta última circuns-

---

<sup>205</sup> Carta a Engels del 27 de febrero de 1861, en *Correspondencia Marx-Engels*.

<sup>206</sup> 9 de agosto, según el calendario romano de la época.

tancia, César dispuso en el punto más peligroso del flanco derecho, detrás de la línea de la propia caballería, una división de infantería de primera calidad. Cuando los jinetes de Pompeyo, después de haber dispersado la caballería de César, quisieron pasar por el flanco derecho de su formación, se encontraron cerrado el camino por los infantes y sorprendidos se dieron a la fuga. Esto permitió a César pasar al ataque sobre todo el frente. Pompeyo se desmoralizó y huyó hacia el mar, dejando sus tropas libradas a su propia suerte: casi la mitad cayó en el campo de batalla; la otra mitad fué hecha prisionera al día siguiente.

Después de haber alcanzado la isla de Lesbos, Pompeyo, tras un momento de indecisión, llevándose consigo a su mujer y a su joven hijo Sexto, se dirigió a Egipto, esperando encontrar refugio en la corte real. En ese tiempo Egipto estaba conmovido por luchas internas por cuestiones dinásticas. En el 51 había muerto el rey Tolomeo XI Auletes, que debía mucho a Pompeyo; lo habían sucedido en el trono sus hijos: la joven Cleopatra, de 17 años, y su hermano y marido, Tolomeo XII Dionisio, niño de 9 a 10 años. Entre hermano y hermana (o mejor dicho entre Cleopatra y el grupo de cortesanos que sostenía a Tolomeo) se había iniciado la lucha por el poder. Cleopatra se había exilado en Siria, desde donde se preparaba para atacar el reino paterno.

El ejército egipcio, junto con el cual se encontraba también la corte de Tolomeo, se hallaba en el confín oriental, en los alrededores de Pelusio, cuando apareció en el lugar la nave de Pompeyo, que pidió permiso para desembarcar. Los tutores de Tolomeo, que no querían enemistarse con César, decidieron matar a Pompeyo: le dieron permiso para desembarcar y con ese fin enviaron una embarcación hasta su nave. Pero cuando Pompeyo puso el pie en la costa, fué apuñalado a traición por la espalda, ante los ojos de su mujer y su hijo, que lo seguían desde el puente de la nave. Esto tuvo lugar el 28 de septiembre del 48, según el calendario romano; en el mismo día en que, 13 años antes, Pompeyo había celebrado en Roma su triunfo sobre Mitriades... En esa época, Pompeyo tenía alrededor de 58 años.

*La guerra alejandrina.* — César siguió a Pompeyo a Egipto, pero cuando llegó allí toda había ya terminado y se le presen-



tó en una bandeja la cabeza de su adversario... Igual desembarcó en Alejandría con un pequeño escuadrón. Necesitaba medios para continuar la lucha, ya que la muerte de Pompeyo no significaba todavía el fin de la oposición republicana; Egipto, país rico, debía proporcionárselos. Con el pretexto de recuperar las deudas de Tolomeo Auletes, César pretendió del gobierno egipcio gruesas sumas, para pagar las cuales fué necesario recurrir a los ornamentos del Templo y al tesoro de la corte. Esto suscitó un gran descontento entre la población de Alejandría, descontento que se manifestó fuertemente cuando César, interviniendo en la cuestión dinástica en calidad de juez arbitral y sensible a los atractivos de la reina, reconcilió a hermano y hermana y permitió a Cleopatra regresar al trono egipcio. La población de Alejandría, en cambio, sostenía a Tolomeo.

La revuelta estalló en octubre del 48. César con su pequeño escuadrón y con Cleopatra quedó rodeado en el palacio real por el ejército de Tolomeo y por los facciosos alejandrinos. Los refuerzos que de inmediato pidió a las provincias orientales no podían llegar tan pronto y durante seis meses César se encontró expuesto a un grave peligro. Durante el sitio ordenó incendiar la flota y las instalaciones del puerto para evitar que cayeran en manos del enemigo, y fué en esta ocasión que se perdió la famosa biblioteca de Alejandría.

Por fin, en la primavera del 47 llegaron los refuerzos. César logró reunirse con ellos abriéndose una brecha entre los sitiadores. Junto al delta del Nilo tuvo lugar la batalla con Tolomeo, en la que las tropas de este último fueron destruidas casi por completo. Tolomeo mismo se ahogó tratando de huir. El 27 de marzo del 47 César entraba en Alejandría, sometida ya por completo. El gobierno de Egipto fué confiado a Cleopatra y a su hermano más joven, Tolomeo XIII<sup>207</sup>.

*La lucha contra los pompeyanos.*— César pasó en Egipto alrededor de 7 meses. Entretanto, los pompeyanos se iban reforzando considerablemente: la situación en Roma, en

---

<sup>207</sup> De César y Cleopatra nació en el 47 un hijo, llamado Cesarión. En el 30, después de la ocupación de Egipto, fué muerto por orden de Octaviano.

Italia y en las provincias orientales se hacía cada vez más alarmante. Era necesario que César se apurara si no quería perder los frutos de su victoria sobre Pompeyo.

El enemigo más cercano era Farnaces, hijo de Mitrídates, que había iniciado una acción bélica ya antes de la batalla de Farsalia, ocupando (tal vez con aquiescencia de Pompeyo) Sinopes, capital del antiguo reino del Ponto. Durante la guerra alejandrina se había apoderado luego de Armenia occidental y había atacado a Capadocia. El lugarteniente de César en Asia, Cneo Domicio Calvino, había sido derrotado por él. Luego Farnaces había ocupado también Bitinia.

Después de haber dejado Egipto y de haber arreglado los asuntos de Siria, César marchó personalmente contra Farnaces. El 2 de agosto del 47, en los alrededores de Zela, en Asia Menor, Farnaces fué derrotado y obligado a huir del Ponto. La campaña apenas si duró cinco días<sup>208</sup>.

César no introdujo cambios sustanciales en Oriente, dejando en líneas generales la misma situación que existía bajo Pompeyo. Naturalmente, sus aliados fueron premiados con generosidad. De cualquier modo, no tenía mucho tiempo para perder en la reorganización de los asuntos orientales: problemas más importantes requerían insistentemente su presencia en Oriente.

Antes que nada se apresuró a hacerse presente en Roma, adonde llegó en septiembre del 47. Después de la euforia especulativa de la cuarta década del siglo, en Italia se había llegado a una gravísima depresión por culpa de la guerra civil del 49 y la inestabilidad general de la situación. Ya a fines del 49 César había tomado algunas medidas para aliviar las condiciones de los deudores. En el 48 el pretor Marco Celio Rufo, partidario suyo, había propuesto un aplazamiento de los pagos en 6 años y en calidad de juez había empezado a intervenir en las causas en favor de los deudores. Su actitud había provocado desórdenes y Publio Servilio, colega de consulado de César, había promovido, por medio del Senado, un decreto prohibiendo a Rufo el ejercicio de la magistratura. Rufo se había reunido entonces con Milón, que por propia

---

<sup>208</sup> César escribía a un amigo en Roma: "Vine. vi, venci" (*veni, vidi, vinci*).

iniciativa estaba de regreso del exilio (en realidad había sido excluido de la amnistía del 49); juntos trataron de provocar una revuelta en la Italia meridional, pero ambos cayeron en la tentativa.

En el 47 la situación se hizo aún más tensa. En ese año faltaban los magistrados ordinarios, porque después de Farsalia César había sido proclamado por segunda vez dictador y en su ausencia no se podían elegir funcionarios. Italia se encontraba librada al arbitrio de Marco Antonio, que la gobernaba en su calidad de comandante de la caballería bajo la dictadura de César. El tribuno de la plebe del 47, Publio Cornelio Dolabela, había planteado de nuevo la propuesta de Rufo, suscitando nuevos desórdenes, que Antonio sofocó con las armas, sin lograr todavía restablecer una calma completa.

En España reinaba una cierta agitación: entre las guarniciones romanas, compuestas por ex soldados de Pompeyo, los ánimos eran desfavorables a César. Pero las fuerzas principales de los republicanos se habían concentrado en África, bajo la protección del númida Juba. Después de Farsalia, habían huido allí todos los jefes pompeyanos: Quinto Cecilio Metelo Escipión, suegro de Pompeyo; Petreyo y Afranio, ex lugartenientes de Pompeyo en España; Tito Labieno, que había traicionado a César a comienzos de la guerra civil; Cneo y Sexto, hijos de Pompeyo; Catón el joven, ideólogo del movimiento, y muchos otros. En Utica se había constituido un segundo gobierno: el Senado Pompeyano. Después de Farsalia se habían ido reuniendo allí los restos del ejército pompeyano derrotado y de las guarniciones de la península balcánica.

A todo esto se había agregado el amonitamiento de las legiones que se encontraban en Campania listas para la expedición al África. Se trataba en su gran mayoría de antiguos soldados de César que hasta ahora no habían recibido las recompensas que se les prometieran. La cómoda vida de guarnición los había desmoralizado: César faltaba desde hacía mucho tiempo; por eso cuando los soldados recibieron orden de partir para Sicilia, se rebelaron. Después de matar a algunos oficiales que se oponían, habían tomado el camino hacia Roma.

Pero antes de que llegaran a la ciudad, apareció César. Su presencia, su habitual calma, su modo de hablar a los soldados, calmaron inmediatamente los ánimos, y el motín cesó sin que hubiese necesidad de recurrir a la fuerza.

También en Roma César restauró rápidamente el orden y disminuyó el descontento concediendo postergaciones en el pago de las deudas y de los porcentajes de arriendo. Para asegurarse el apoyo de la plebe desaprobó las medidas tomadas por Antonio. Se eligieron los funcionarios para lo que restaba del año.

Una vez arregladas las cosas en Roma, César desembarcó a fines del 47 en el África con dos legiones. En un primer momento, mientras esperaba refuerzos, su situación se había vuelto muy precaria por acción de la caballería de Juba y de Metelo, hasta tal punto que hubo que proceder a la construcción de sólidas fortificaciones. Pero cuando por fin llegaron las reservas, se entabló la batalla, el 6 de agosto del 46, en los alrededores de Tapsos, sobre la playa oriental de la provincia africana. La infantería de César atacó al enemigo, mientras éste trataba de fortificarse en su campamento: los elefantes de los pompeyanos, espantados por los dardos que se les lanzaban, crearon confusión en las propias filas. Los pompeyanos depusieron las armas y pidieron piedad, pero los soldados de César, enardecidos, desobedeciendo las órdenes de sus oficiales, no hicieron siquiera un prisionero. ¡Se dice que en ese día los pompeyanos perdieron 50.000 hombres, contra 50 perdidos por César!

Al mismo tiempo, otro ejército de César derrotó a Juba y ocupó la Numidia. Pereció la mayor parte de los jefes republicanos: Cecilio Metelo, Juba, Petreyo, Afranio. Catón no quiso sobrevivir a la caída de la República y se mató en Utica, de donde le quedó el nombre de "el Uticense". Sólo Labieno logró huir a España con los dos hijos de Pompeyo. Numidia fue trasformada en provincia y se la llamó "Nueva África".

El 28 de julio del 46 César regresó a Roma, donde celebró un cuádruple triunfo por las victorias de Galia, Egipto, el Ponto y Numidia.

Pero la lucha aún no había terminado: los restos de los pompeyanos se habían concentrado en España, donde pensaban dar la última batalla. Entre las guarniciones españolas,

como ya hemos dicho, había muchos partidarios de Pompeyo; los lusitanos y los celtíberos estaban intranquilos desde hacía tiempo y bastaba la menor chispa para que se inflamaran; los pompeyanos de África y de España habían mantenido la vinculación desde antes de la batalla de Tapsos; después de la derrota en el África los hijos de Pompeyo se habían apoderado de las Baleares y luego desembarcaron sobre el continente, mientras los restos del ejército africano se sumaban a ellos. El gobernador de la España ulterior había sido expulsado: lusitanos y celtíberos se unieron a los pompeyanos.

De este modo, en la España meridional se habían venido concentrando enormes fuerzas, a las que los lugartenientes de César no podían resistir. Por eso a fines del 46 el propio César partió para España con sus mejores tropas. El 17 de marzo del 45, en la ciudad de Munda, 8 legiones de César derrotaron a 13 legiones enemigas. César mismo reconoció que ésta fué su batalla más difícil. "Después de la batalla, César dijo a sus amigos que muchas veces había combatido por la victoria, pero que esa vez debió combatir por la vida"<sup>209</sup>. En Munda murieron los últimos jefes de los pompeyanos, con excepción de Sexto Pompeyo, que consiguió refugiarse en la España septentrional. En septiembre del 45 César regresó a Roma y festejó el quinto triunfo. Ahora parecía que su poder estaba consolidado definitivamente.

*Dictadura y reformas de César.*—De hecho el poder de César se basaba en el ejército; en las decenas de miles de veteranos que habían recibido tierras en las provincias y en Italia<sup>210</sup>; en el apoyo del orden ecuestre y en las simpatías de la plebe ciudadana. Cualquier oposición organizada había sido liquidada y también fué ésta una de las premisas de la dictadura. Jurídicamente, César siguió las huellas de Sila, tanto desde el punto de vista de las "bases jurídicas" de la dictadura (idea de la soberanía del pueblo), como en su configuración concreta.

La primera vez que César fué proclamado dictador, como hemos visto, ya en noviembre del 49, este cargo tenía un carácter provisional, como era costumbre en la antigua República,

<sup>209</sup> Plutarco, *Cayo César*. LVI.

<sup>210</sup> En las provincias solamente, se habían beneficiado 80.000 personas.

y se hacía necesario para que César pudiese dirigir las elecciones consulares del 48, porque faltaban ambos cónsules del 49. La segunda vez, a fines del 48, después de la batalla de Farsalia, había sido investido de poderes de dictador por tiempo indeterminado. No conocemos las circunstancias que provocaron esto. César había nombrado a Marco Antonio su *magister equitum* y éste gobernaba Italia en su ausencia. Desde entonces la dictadura de César quedó, de hecho, interrumpida. En el mismo año 48 obtuvo el poder de tribuno vitalicio (*tribunicia potestas*), lo que convertía su persona en inviolable y le confería la máxima autoridad en el campo civil. Pero igualmente se siguió eligiendo a los tribunos de la plebe en su número habitual. Además del cargo de tribuno, el Senado le concedió, al mismo tiempo, el de cónsul por 5 años. En el 46, después de la batalla de Tapsos, la dictadura fué transformada en magistratura anual y César fué investido por 10 años anticipadamente. En el 45 se le concedió luego de por vida (*dictator perpetuus*). A esto debe agregarse también que César tenía poderes de censor y el derecho a recomendar al pueblo los candidatos para las elecciones.

El título de emperador se convirtió en una parte integrante de su nombre, fué en realidad su sobrenombre: *imperator Caius Julius Caesar*. Pero no se trataba solamente de un sobrenombre: el propio César, sus contemporáneos y sus sucesores empezaron a atribuir al término "emperador" el significado de persona investida de poderes supremos, especialmente militares. Como emperador, César fué el depositario del *imperium*. El término pasó luego a los sucesores de César con este significado y se convirtió en la base para la formación de la concepción del Imperio en el sentido de monarquía militar.

Finalmente, en calidad de sacerdote supremo (*pontifex maximus*), César era el jefe de la organización religiosa romana. Se le atribuyó el título honorífico de "padre de la patria" y su efigie fué impresa sobre las monedas. De modo que el poder esencialmente monárquico de César surgió jurídicamente de la concentración de todas las altas magistraturas republicanas en su persona.

También en el campo de las reformas constitucionales, César siguió, hasta cierto punto, el ejemplo de Sila. El número de senadores lo llevó a 900, agregando numerosos elementos

“nuevos”: oficiales de su ejército, libertos y otras personas semejantes, de “dudoso” origen. Pero si César tendía a elevar la autoridad del Senado (aun cuando, objetivamente, sus resultados fueran opuestos), se proponía, también subjetivamente, una finalidad distinta. En su calidad de democrático (así fué considerado durante un período bastante largo) que había luchado contra la aristocracia senatorial, se propuso debilitar por todos los medios la autoridad del Senado transformándolo en un consejo de estado, es decir, en un simple organismo consultivo que lo rodeara a él.

El aumento del número de senadores se vinculaba directamente con el aumento de funcionarios, especialmente de los cuestores. Su número fué llevado de 20 a 40; el de los ediles, de 4 a 6; el de los pretores, de 8 a 16. Sin embargo no se debe considerar esta medida sólo como un medio de realizar más fácilmente la ampliación del senado: al igual que Sila, César aumentaba el aparato administrativo de la vieja República para hacer frente a las necesidades de una potencia mundial. Era una tentativa de crear un aparato burocrático, aún dentro de los límites de la República. Tanto más que justamente en cuanto a los cuestores, los ediles y los pretores, César había obtenido el derecho a hacer “recomendaciones”, es decir, en realidad, de nombrar a la mitad de los magistrados.

La asamblea popular siguió existiendo, pero por lo general era obediente a César. Algunas tentativas aisladas por parte de los tribunos de la plebe de protestar contra las acciones de César no tuvieron otro resultado que la suspensión en el ejercicio de sus cargos, decidida por la propia asamblea.

Entre las reformas promovidas por César, tuvieron particular importancia las referentes a la reordenación de los gobiernos provinciales. Fué en este campo en el cual, más que en ningún otro, César echó las bases del futuro Imperio.

César fundó en las provincias muchas colonias con sus veteranos. Suctonio habla en su biografía (cap. 42) de 80.000 ciudadanos diseminados en las distintas colonias fuera de Italia. Se fundaron colonias en las localidades en que antes surgían Cartago y Corinto, en Galia, en la España meridional, en Macedonia e incluso a lo largo de la costa meridional del Ponto. La colonización de las provincias se debió no tanto a la falta de

tierras libres en Italia, cuanto a la tendencia a romanizar las provincias.

El mismo propósito de romanización fué motivo de una concesión más amplia de los derechos de ciudadanía. La Galia Transpadana y algunas ciudades españolas recibieron el pleno derecho de ciudadanía romana. Muchas ciudades de la Galia Narbonense, de España, de Sicilia y de África obtuvieron derechos de ciudades latinas.

La legislación en materia de concusiones, aprobadas ya en el 59, empezó a ser aplicada seriamente sólo bajo la dictadura de César. En materia de impuestos se introdujeron mejoras sustanciales: en muchas provincias la recaudación de los impuestos directos fué devuelta a la comunidad bajo la vigilancia de agentes de César; el sistema de los contratistas se mantuvo para la recaudación de los impuestos aduaneros, de los porcentajes de arriendo de las tierras estatales y para algunas otras tasas; muchas comunidades fueron eximidas del pago de impuestos en parte o completamente.

Los gobernadores provinciales fueron privados de la autoridad militar y sólo mantuvieron la administración civil y la de justicia, bajo control de César. Las tropas destacadas en provincias quedaron al mando de lugartenientes con título de pretores.

La organización municipal iniciada por Sila fué llevada a cabo por César. Hasta nosotros han llegado algunos fragmentos de su ley sobre esta cuestión (*lex Julia municipalis*). Es curioso notar que en ella existen artículos referentes a Roma, que de ese modo empezó a ser considerada solamente como una de las tantas ciudades de Italia y ya no como la ciudad-estado.

Entre el considerable número de medidas tomadas por César, que atañen a los más diversos aspectos de la vida, debemos también señalar la introducción de una nueva moneda de oro y la reforma del calendario. Sabemos que en Roma el calendario no respondía a su finalidad. En la época de César la diferencia entre el año civil y el astronómico llegaba a los 90 días. Con la audacia y el desprecio por la tradición que lo caracterizaban, César emprendió en el 46 la reforma, que tuvo como base el calendario egipcio (estuvo dirigida por el astrónomo alejandrino Sosígenes). El calendario, que tomó el nombre de juliano, siguió



luego en uso en la Europa occidental hasta fines del siglo xvi y en Rusia hasta la Revolución de Octubre.

En Roma César dió impulso a una gran actividad en el campo de las construcciones. Construyó el Foro Julio, un teatro, los templos de Venus Genitrix, de Marte, etc.; siguió con atención el embellecimiento de la ciudad y su vida cultural (construcción de la biblioteca pública); tenía proyectado el corte del istmo de Corinto; la ampliación de Ostia, el desecamiento de los pantanos pontinos y del lago Fucino. Pero no todos sus grandiosos planes se convirtieron en realidad.

*El fin de César.* — César había iniciado su carrera política como democrático. Para la época en la que vivía y para un personaje de su índole las dudas sobre la sinceridad de sus intenciones políticas eran justificadas. De todos modos, había mantenido durante bastante tiempo sus vínculos con los populares y no había hecho nada que ese partido pudiese reprocharle. Pero a medida que la autoridad de César se consolidaba, él se alejaba cada vez más de los democráticos. Si en la cuarta década del siglo había nutrido generosamente a la plebe ciudadana y había sostenido a la gente de Clodio, más tarde, convertido en dictador, había empezado a encontrar grandes inconvenientes en el movimiento democrático. Aunque había desaprobado las medidas tomadas en los años 48-47, el pueblo no podía de ningún modo olvidar que esas medidas las habían tomado sus ayudantes. Una vez dictador, César redujo de 300.000 a 100.000 el número de personas a las que se distribuía gratuitamente el pan; había hecho cerrar los colegios, abiertos por Clodio, por considerarlos focos de tendencias revolucionarias; había quitado a los tribunos erariales el derecho a ser jueces y había comenzado a distribuir los cargos judiciales entre senadores y caballeros por partes iguales.

Los democráticos tenían, pues, motivos para estar descontentos con César dictador. No menor era el descontento de los caballeros. La política provincial de César, que limitaba en modo particular el sistema de los contratos, perjudicaba grandemente sus intereses. A esto debe agregarse la crisis económica de la quinta década del siglo, que contrastaba abiertamente con la momentánea prosperidad de la década anterior. Naturalmente, a César se le atribuía la culpa de la crisis.

Por estos motivos en la quinta década del siglo se fué ma-

nifestando una reducción de aquella base social sobre la que se apoyaba César. Por otra parte, en aquel período empezaron a tomar nuevamente fuerza las tendencias republicanas. Aunque los pompeyanos habían sido derrotados, la oposición republicana continuaba existiendo, enmascarada tras una lealtad y una quietud totalmente exteriores. El desarrollo de esa oposición fué luego apresurado por las tendencias claramente monárquicas que César no se cuidaba de esconder en los últimos años de su vida.

Según parece, César no estaba satisfecho con su situación de monarca de hecho y soñaba con "completar la obra". Pensaba crear en Roma una verdadera monarquía de tipo helénista. Una serie de circunstancias lo confirma: la gran difusión dada a la leyenda sobre Ascanio-Iulo, hijo de Eneas y fundador de la estirpe de los Julios, en relación con la cual César alimentaba por todos los medios a su alcance el culto de Venus, su "progenitora"; las repetidas tentativas de sus partidarios (por ejemplo de Marco Antonio) de coronarlo con una diadema, tentativas que César había rechazado sólo porque los juzgaba prematuros aún; la tendencia de hacer las paces con la nobleza originaria, aunque había llegado al poder luchando contra la antigua aristocracia, tendencia que se manifestaba en la concesión de recompensas y en el nombramiento como magistrados de muchos representantes de la nobleza. César trató también de crear su nueva nobleza. Por ejemplo, renovó con elementos plebeyos las filas del patriciado, gravemente debilitadas durante las guerras civiles. Alrededor de su persona se fué formando una verdadera corte y él se volvió inaccesible a los postulantes. Su modo de trato cambió: se hizo impaciente, irritable. Los senadores tenían todos los motivos para lamentarse por el altanero comportamiento del dictador.

Poco tiempo antes de su muerte, César empezó a prepararse para una expedición contra los partos: en la península balcánica se concentraron enormes fuerzas: 16 legiones de infantería y 10.000 jinetes. En relación con esto, empezaron a circular rumores que afirmaban que en los libros sibilinos<sup>211</sup> estaba escrito que sólo un rey podría vencer a los partos.

<sup>211</sup> Reconciliación de predicciones atribuidas a la Sibila Cumana, la antigua profetisa. Un colegio especial de 15 personas estaba encargado, en Roma, de custodiar los oráculos sibilinos.

Esto apresuró la formación del complot para matar a César: 60 personas tomaron parte en él; algunos, ex pompeyanos que fueron perdonados por César y que tenían altos cargos en el gobierno; otros, partidarios de César que se habían pasado al campo democrático después que el dictador había empezado a preparar la proclamación de la monarquía. Entre estos últimos estaban, por ejemplo, antiguos compañeros de armas de César, como Décimo Junio Bruto y Cayo Trebonio. Pompeyanos eran los pretores del 44 Cayo Casio Longino y Marco Junio Bruto, ideólogo del movimiento. Bruto, después de Farsalia, había pasado al lado de César, de quien se había convertido en íntimo amigo. Sus ocupaciones filosóficas no le impedían ser uno de los más feroces usureros. Casio y Bruto fueron los principales organizadores del complot.

Había que apresurar el asesinato de César y, en todo caso, llevarlo a cabo antes de la expedición contra los partos. Los conspiradores lo fijaron para los idus de marzo (15 de marzo) del 44, durante la sesión del senado. Se decía que en esa sesión le serían conferidos a César los poderes extraordinarios. Por la ciudad corrían vagos rumores sobre un complot, y esas voces llegaron a oídos de César. Pero él no les dió ninguna importancia: siempre había sido un fatalista y creía firmemente en su propia suerte. El 15 de marzo, pues, se presentó a la sesión del senado que tenía lugar en la llamada curia de Pompeyo, donde fué apuñalado por los conspiradores. Sobre su cadáver se encontraron 23 heridas...

Con la muerte de César desapareció uno de los grandes personajes de la historia. Bien lejos estamos de atribuirle la exagerada importancia histórica que le dan Drumann y Mommsen. Sabemos que la actividad de César no fué completamente original y que en muchas cosas no hizo otra cosa que seguir la obra de Sila; pero no se puede dejar de reconocer que si Sila echó las bases del Imperio, César construyó el edificio. Fué un hombre de geniales virtudes y de elevada cultura. Se fundían en él las cualidades de un gran jefe militar con los vastos horizontes de un excelente político; su personalidad desbordaba de prestigio y dominio.

El error que costó a César la vida se debió, tal vez, no tanto a su situación histórica como a su carácter. No sabía detenerse a mitad del camino y llevaba todo hasta el fin. Le pareció que



la coronación de su obra sería una monarquía pura, a la manera de las helénicas. Pero Roma aún no estaba madura para este tipo de gobierno. La sociedad romana quería una forma velada de dictadura. César quiso ir más allá de ello, y por eso murió. Sólo su sucesor, atesorando toda la experiencia pasada, supo detenerse en el punto en el que hubiera sido necesario que también César se detuviera en el 46.

*Lucha por el poder. Segundo triunvirato.* — Los asesinos de César pensaban que el pueblo, satisfecho por la muerte del "tirano", los tomaría bajo su protección; pero no sucedió nada de eso. Los senadores, espantados, se dispersaron, y en la ciudad comenzó a reinar un enorme pánico. Los conjurados se retiraron al Capitolio donde pasaron la noche. Al día siguiente, 16 de marzo, Marco Bruto dirigió un discurso al pueblo reunido, tratando de explicar las razones de lo ocurrido. La respuesta fue un silencio de tumba.

Finalmente, el 17 de marzo se reunió el senado. Empezaron largas discusiones sobre lo que debía hacerse. Se propuso declarar a César "tirano", pero la inmensa mayoría del senado, y en particular los conjurados, no pudieron ponerse de acuerdo sobre este punto. Declarar a César "tirano" significaba abolir todas las medidas tomadas contra él: la distribución de las tierras, las recompensas, los nombramientos de funcionarios, etc. Por fin se llegó a un compromiso, propuesto por Cicerón: declarar la amnistía para los asesinos de César; confirmar todas sus resoluciones y encargar al cónsul Marco Antonio que examinara todos los papeles dejados por él.

El 19 de marzo se abrió el testamento de César. Dejaba la mayor parte de su fortuna a su sobrino Cayo Octavio, que por el mismo testamento era adoptado como ahijado. El resto debía ser subdividido entre otros dos sobrinos. Si éstos no aceptaban entrar en posesión de la herencia, debían beneficiarse con ella Décimo Bruto y Marco Antonio. A los ciudadanos más pobres les dejaba, para cada uno, 300 sextercios. Los lujosos jardines de su propiedad del otro lado del Tíber los donaba para uso del público.

El testamento produjo una profunda impresión sobre la sociedad romana y determinó el estallido de la revuelta que ya se estaba preparando. Aunque la masa popular estaba descontenta con las medidas antidemocráticas tomadas por César,

cuando se encontró nuevamente ante la amenaza concreta de una restauración de la República oligárquica, no vaciló en unirse a los cesaristas.

El 20 de marzo tuvo lugar la solemne cremación del cadáver de César en el Foro, ceremonia que se transformó en una grandiosa demostración popular. La multitud se volcó a las casas de los conjurados y, si bien ese día la masacre se evitó, éstos prefirieron abandonar la ciudad. El movimiento empezó a adquirir un carácter peligroso, dirigiéndose contra los ricos, cosa que contribuyó a mantener por algún tiempo el compromiso del 17 de marzo.

En realidad, en la ciudad el poder se encontraba en manos de los partidarios de César: los cónsules del 44 Antonio y Dolabela<sup>212</sup> y el jefe de la caballería Marco Emilio Lépido. De hecho era Antonio quien tenía en sus manos la dirección de todo. Era éste un hombre capaz y decidido, templado en la excelente escuela de César, pero no suficientemente constante. Seguía practicando una política conciliadora, aludiendo a ciertas disposiciones que habría encontrado en los papeles de César. En interés de la vieja nobleza senatorial, la dictadura fué abolida para siempre. Una ley agraria, que en lo fundamental respetaba la anterior de César, tenía como propósito satisfacer a los veteranos.

Finalmente, Antonio debió afrontar un problema complejo. En el horizonte político había aparecido Sexto Pompeyo: después de la muerte de César, había iniciado operaciones militares en España con tropas reunidas en la misma provincia. Había logrado derrotar al lugarteniente de César, Asinio Polión, y afirmarse en España del otro lado del Ebro. También él pretendía ahora la sucesión política de César. Por medio de Lépido, encargado del gobierno de la España citerior, Antonio le prometió la rehabilitación civil y la devolución de las posesiones paternas.

La mayoría senatorial no tenía mucha confianza en Antonio, a quien consideraba el sucesor directo de César. A fines de su período consular, Antonio, como ya lo había hecho César, consideraba importante retener el gobierno de Galia para tener

---

<sup>212</sup> César le había perdonado algunos "coqueteos" pasados y había hecho las paces con él.

la posibilidad de controlar Roma. Pero cuando aún vivía César esta provincia le había sido adjudicada a Décimo Bruto. En junio del 44, Antonio hizo aprobar por los comicios una ley sobre la sustitución de las provincias, ley que establecía entregar a Antonio el gobierno en ambas Galias, a Dolabela el de Siria y a Décimo Bruto el de Macedonia. Bruto no reconoció esta ley y en el senado se formó una fuerte oposición contra Antonio capitaneada por Cicerón.

La situación se complicó aún más cuando, a fines de abril, apareció en Roma un nuevo pretendiente al poder. Se trataba de Cayo Octavio, sobrino segundo de César y heredero de las  $\frac{3}{4}$  partes de su fortuna. Octavio había nacido el 22 de septiembre del 63. A la muerte de César, se encontraba en Apolonia, vigilando los preparativos para la expedición contra los partos. Llegado a Roma, tomó el nombre de Cayo Julio César Octaviano y presentó derechos a la sucesión de su tío.

Octaviano no había cumplido aún los 19 años y era mucho más astuto y cauto de lo que podía sospecharse en un joven de su edad. En Italia los veteranos de César los recibieron con entusiasmo. Cicerón lo saludó como "defensor de la República"; pero Antonio, que veía en él un futuro adversario, lo recibió frío y altanero. Esto señaló los primeros pasos de Octaviano: acercamiento al senado y a Cicerón.

La situación se hacía en Roma cada vez más tensa. A comienzos de septiembre, Cicerón pronunció el primer discurso contra Antonio exigiendo que fuese declarado fuera de la ley<sup>213</sup>. Bruto y Casio transcurrieron algún tiempo en los alrededores de Roma, pero luego (en septiembre u octubre del 44) partieron para Oriente con el propósito de reunir fuerzas. Con la autorización del senado, Octaviano comenzó a reclutar soldados. El reclutamiento tuvo éxito e incluso dos legiones de Antonio se pusieron de su parte. Apoyado por estas fuerzas, el senado empezó a sentirse fuerte.

A comienzos del 43 Antonio partió para la Galia Cisalpina, para tomar posesión del gobierno de su provincia. Décimo Bruto se encerró en Módena y se rehusó a dejar Galia.

---

<sup>213</sup> Se trata de la primera "filípica": 4 discursos fueron pronunciados en el 44; 10 en el 43 (en el mes de abril).

Antonio lo sitió en la ciudad (abril del 43) y de ese modo se inició la llamada guerra de Módena.

El senado envió en auxilio de Bruto a los dos cónsules del 43, Aulio Hircio y Cayo Vibio Pansa, ambos partidarios de César. Junto con ellos debía actuar también Octaviano, a quien el senado había dado el título de *propretor* y concedido la inscripción en la lista de los senadores con rango consular.

Frente a Módena fué derrotado Antonio. Pero ambos cónsules perecieron. Antonio, declarado por el senado enemigo de la patria, huyó a Italia septentrional con los restos de sus tropas. De la persecución, en vez de Octaviano, fué encargado Décimo Bruto. Octaviano tenía excelentes motivos para considerarse ofendido, tanto más que mientras tanto el senado había subdividido nuevamente las provincias, adjudicando Macedonia a Marco Bruto, Siria a Casio y el mando de la flota a Sexto Pompeyo.

De este modo, los enemigos de César se iban reforzando y a todos los cesaristas, independientemente de las disensiones que los desunían, les convenía estrechar filas. Octaviano entró en tratativas, por medio de terceros, con Antonio y con Lépido, que gobernaba la España Citerior y la Galia Narbonense y que, por orden del senado, debía actuar contra Antonio. La consecuencia de estas tratativas fué la reunión de las fuerzas de Antonio y Lépido en la Galia Narbonense. Entonces el senado declaró enemigo de la patria también a Lépido. Octaviano, que hacía un doble juego, exigió al senado recompensas para sus veteranos y el consulado para sí. El senado, sintiéndose apoyado por Bruto y por Casio, que habían reunido grandes fuerzas en Oriente, se negó.

Entonces se produjo la ruptura abierta entre Octaviano y el senado. Octaviano entró en Roma con sus tropas y se hizo proclamar cónsul (mes sextil del 43) <sup>214</sup>. Según la ley de Quinto Pedio (*lex Pedia*), colega de Octaviano, se ordenó el proceso contra los asesinos de César, que fueron condenados y declarados enemigos de la patria; todas las medidas contra Antonio y Lépido fueron abolidas y estos últimos regresaron a Italia <sup>215</sup>.

<sup>214</sup> Luego en memoria de este hecho el mes "sextil" fué llamado "augustus".

<sup>215</sup> Décimo Bruto, abandonado por sus tropas, fué muerto mientras trataba de huir.

Octaviano marchó a su encuentro. A comienzos del 43, los tres jefes se reunieron en presencia de las tropas en Bolonia. En la reunión se decidió formar un triunvirato, se convino la aplicación de proscripciones y la actividad a desempeñar posteriormente. Se estableció también que Lépido sería nombrado cónsul para el 42, mientras que Octaviano y Antonio se dirigirían contra Bruto y Casio. Ni siquiera se dejó de tratar la división de las provincias.

A fines de noviembre los futuros triunviros entraron triunfalmente en Roma. De inmediato el tribuno de la plebe Publio Ticio hizo aprobar por los comicios una ley (*lex Titia*) por la cual Octaviano, Antonio y Lépido eran investidos de poderes ilimitados por 5 años (hasta el 31 de diciembre del 38) para la reorganización del Estado (*triumviri republicae constituendae*).

Inmediatamente se inició la represión política, que por su carácter de premeditación y fría crueldad superó ampliamente las proscripciones de Sila. Los triunviros habían preparado por anticipado la lista de las víctimas, en la que no sólo se incluían adversarios políticos, sino también personas simplemente ricas. Entre los primeros cayó Cicerón (7 de diciembre del 43), sacrificado a la venganza de Antonio. Había tratado de huir, pero fué alcanzado en Capua por un escuadrón de soldados. El centurión que lo comandaba cortó la cabeza y la mano de Cicerón y envió a Antonio el macabro trofeo.

"Éste se alegró muchísimo por la muerte de su más grande y encarnizado enemigo —dice Apiano—, premió al centurión y, a más de la recompensa establecida, le regaló 250.000 dracmas áticos. La cabeza y la mano de Cicerón fueron expuestas durante mucho tiempo en el Foro, colgadas de la tribuna desde la cual solía dirigir al pueblo sus discursos. Y era más numerosa la multitud que se reunta a ver los macabros restos que la que habitualmente acudía a escuchar sus discursos. Se dice que Antonio puso la cabeza de Cicerón sobre una repisa, detrás de la mesa en que comía, hasta que se sintió saciado por tan repugnante espectáculo" (IV, 20).

Las provincias fueron subdivididas entre los triunviros del siguiente modo: Antonio tuvo las dos Galias (la Cisalpina y la "salvaje"); Lépido las dos Españas y la Galia Narbonense; Octaviano, Cerdeña, Sicilia y ambas Áfricas. Italia debía ser gobernada por los tres.

La población de Italia recibió de los triunviros no sólo las proscripciones: a cada ciudadano se le impuso pagar un tri-



buto consistente en la décima parte de sus bienes, y 18 de las más ricas ciudades fueron privadas de sus tierras en beneficio de los veteranos.

Paralelamente, se honró la memoria del difunto César. Se lo designó con el nombre de *divus Julius*; el mes quintil, en el que había nacido, fué llamado Julius, etc.

Entre tanto, la situación en las provincias se hacía peligrosa para los triunviros. Sexto Pompeyo<sup>216</sup> era dueño de Cerdeña y de Sicilia y junto a él se habían refugiado muchos concriptos y masas de esclavos que había incorporado a su ejército y a su flota. Todas las provincias orientales, empezando por Iliria, se encontraban en manos de Bruto y de Casio, que con métodos crueles habían reclutado numerosas tropas y medios financieros. Bruto y Casio, en Oriente, se comportaban como dueños absolutos, llegando hasta acuñar monedas con sus propias efigies. Al principio, Bruto operaba en Iliria y en Macedonia y Casio en Siria; en el 42 habían reunido sus fuerzas en Asia Menor y se preparaban para enfrentarse con Antonio y Octaviano.

En otoño del 42, los dos ejércitos enemigos confluyeron en Macedonia frente a la ciudad de Filipos. Los republicanos disponían de 19 legiones romanas sin considerar una gran cantidad de tropas aliadas. En sus manos se encontraba la flota, con la cual dominaban el mar. Su plan inicial consistía en dominar a los triunviros por hambre, sin que se produjera una batalla. Pero Antonio logró con hábiles maniobras separar al enemigo del mar de modo tal de obligarlo a aceptar batalla. Primero Casio fué vencido por Antonio y, creyendo que ya estaba todo perdido, se mató. Pero mientras tanto Bruto había derrotado a Octaviano y se había apoderado de su campamento. Algunos días después, ante la insistencia de sus tropas, Bruto dió una segunda batalla, pero esta vez la perdió y también él puso fin a su vida, mientras la mayoría de su ejército se pasaba a los triunviros y una parte de la flota iba a reunirse con Sexto Pompeyo. La batalla de Filipos dió el último golpe al partido republicano.

Pero no por eso terminaron las dificultades de los triunviros: Sexto Pompeyo continuaba siendo dueño y señor de

---

<sup>216</sup> También Pompeyo había sido incluido en las listas de proscripción.

Sicilia y Cerdeña; bajo las banderas de Octaviano y de Antonio se había concentrado una multitud de tropas, propias y extrañas, que exigían recompensas. Los triunviros no tenían dinero. Por eso Antonio se dirigió a Oriente en busca de medios, y allí empezó a exprimir aún más a las provincias.

En la ciudad de Tarsos, Asia Menor, tuvo lugar el encuentro entre Antonio y Cleopatra, encuentro que resultó fatal para ambos. Cleopatra estaba entonces en la flor de su belleza y, persiguiendo sus propios fines, puso en juego todos sus encantos para someter a Antonio. Éste, enamorado de la reina, la siguió a Alejandría, donde pasó el invierno del 42-41. Antonio dejó la dirección de las regiones orientales a sus lugartenientes, aunque la situación no era favorable. Quinto Labieno, que se encontraba con los partos en calidad de embajador de Bruto y de Casio, aprovechando de la ocasión, ayudado por formaciones de partos y por una parte de las tropas de Antonio, se apoderó de Siria, de Cilicia y de casi toda el Asia Menor.

Después de Filipos, Octaviano regresó a Italia. Aquí la situación era catastrófica: 170.000 veteranos exigían recompensas; Sexto Pompeyo bloqueaba las costas impidiendo la llegada de víveres. Octaviano trató antes que nada de contentar a los soldados. Se inició la confiscación en masa de las tierras, destinadas, por decisión de los triunviros, a beneficiar a los veteranos. Las tierras no resultaron suficientes, porque de las 18 ciudades designadas sólo habían quedado 16 (dos distritos meridionales se encontraban en manos de Pompeyo). La población itálica gemía bajo toda clase de violencias y arbitrariedades. Todos maldecían a los triunviros y en particular a Octaviano.

Estas circunstancias fueron aprovechadas por el hermano y la mujer de Antonio, Lucio Antonio y Fulvia, que llamaron a la rebelión para destruir el triunvirato, restaurar la República y la defensa de todos los oprimidos. En sustancia ambos actuaban como agentes de Antonio, y Fulvia, por su parte, también por un motivo personal: al crear desórdenes en Italia, trataba de apresurar el regreso de su marido y sustraerlo a los encantos de Cleopatra.

Por algún tiempo Lucio Antonio fué amo de Roma; pero luego debió retirarse al norte y fué sitiado por las tropas de

Octaviano en la ciudad de Perugia<sup>217</sup>. Recién después de un largo sitio, en febrero del 40 Lucio se rindió. Octaviano, que no quería enemistarse con Antonio, le conservó la vida. Toda la coalición se deshizo: Fulvia fué al encuentro de Antonio en Grecia, donde pronto murió. Algunos representantes de la nobleza huyeron de Pompeyo.

En el verano del 40 Antonio desembarcó en Brindisi; le hacían falta tropas para la guerra contra los partos y, por otra parte, la situación en Italia exigía su presencia personal. En ese momento los triunviroes se encontraban en vísperas de una guerra entre ellos (de hecho ya habían empezado las operaciones militares), pero sus intereses comunes y las exigencias de los soldados, que anhelaban la paz, impidieron una ruptura abierta. Gracias a la mediación de amigos comunes, todo terminó en un acuerdo (acuerdo de Brindisi): se estableció una nueva subdivisión de las provincias, adjudicando a Antonio el Oriente (desde Iliria), a Octaviano el Occidente y a Lépido solamente África. Italia, igual que antes, fué confiada al gobierno común. Octaviano y Antonio se comprometieron a ayudarse en la lucha contra Pompeyo y los partos. Para reforzar estos pactos, Antonio se casó con Octavia, hermana de Octaviano.

Sin embargo el problema de Pompeyo no era tan simple. En Sicilia y en Cerdeña, bajo su dirección, se había formado un original Estado, en el que restos de nobleza romana convivían con esclavos fugitivos y piratas. Italia sufría por falta de abastecimientos; los esclavistas romanos estaban espantados por la fuga en masa de los esclavos, que se reunían con Pompeyo; la opinión pública exigía de los triunviroes una paz con Pompeyo si no resultaba posible derrotarlo por las armas.

Y en efecto los tribunos fueron obligados a avenirse a pactos<sup>218</sup>. En el 39 Octaviano y Antonio se entrevistaron con Sexto Pompeyo en una nave en el cabo Miseno y se concertó un acuerdo sobre las siguientes condiciones: la guerra cesaba y se restablecía la libertad de comercio; Pompeyo se comprometía a no recibir en sus filas otras personas, ya fueran libres o esclavos; los esclavos que ya formaban parte del ejército de Pompeyo

---

<sup>217</sup> Por eso esta guerra fué llamada también "de Perugia".

<sup>218</sup> Octaviano era contrario al acuerdo, pero fué obligado a ceder, después de haber sido asaltado por la turba, que casi lo mata.

serían liberados; los soldados libres debían recibir tierras en la misma medida que los veteranos del triunvirato; Pompeyo recibiría por 5 años el gobierno de Cerdeña, Sicilia, Córcega y Acaya y el mando de la flota; al vencer ese plazo, se lo recompensaría con la restitución de los bienes paternos; debía proclamarse una amnistía general de la que sólo serían excluidos los asesinos de César.

El acuerdo de Miseno fué recibido en Roma con gran satisfacción. Parecía que la guerra civil hubiera terminado. Antonio partió para la península balcánica y se estableció en Atenas, mientras sus legados arrancaban a Labieno y a los partos los territorios que habían conquistado.

Sin embargo el acuerdo de Miseno, como era lógico esperar, resultó efímero. Entre Pompeyo y Octaviano surgieron incomprendiones que llevaron hasta la guerra, la que se inició de nuevo en el 38. Octaviano trataba, por todos los medios a su alcance, de darle un significado político, presentándola como una lucha contra piratas y esclavos fugitivos. En los primeros tiempos las cosas no anduvieron bien para Octaviano: una tentativa de apoderarse de Sicilia fracasó. En la primavera del 37 Antonio regresó de nuevo a Italia; no aprobaba la guerra con Pompeyo y por esto surgieron nuevos desacuerdos entre los triunviros. También esta vez todo se resolvió con un nuevo acuerdo concluído en Tarento. Antonio y Octaviano prorrogaron sus poderes hasta el 31 de diciembre del 33 y se comprometieron a ayudarse recíprocamente. Antonio regresó a Oriente y Octaviano continuó la guerra con Pompeyo.

En septiembre del 36 uno de los mejores generales de Octaviano, Marco Vipsanio Agripa, infligió a Pompeyo una derrota decisiva en dos batallas navales frente a Milazzo, en la costa septentrional de Sicilia. Pompeyo, después de haber perdido la mayor parte de su flota, huyó a Asia Menor, donde fué condenado a muerte por orden de Antonio (35).

La victoria sobre Pompeyo tuvo una gran influencia sobre el curso posterior de los acontecimientos. Trajo sobre todo la discordia entre Octaviano y Lépido. Este último había ayudado a Octaviano operando con las fuerzas terrestres en Sicilia y después de la victoria de Milazzo trataba de mantener para sí el gobierno de la isla. Octaviano se opuso enérgicamente y una nueva guerra habría estallado si los soldados de Lépido no la

hubiesen impedido, abandonando a su jefe y pasándose al lado de Octaviano. Lépidio, entonces, fué privado del título de triunviro y de sus provincias y debió contentarse con la calificación de pontífice máximo que conservó hasta su muerte, que se produjo pacíficamente el 12 a. C.

De ese modo Octaviano se convirtió en dueño absoluto de Occidente. Pero su victoria sobre Pompeyo tuvo una importancia más grande en lo referente a la estabilidad de la situación en Italia. La amenaza de una nueva guerra civil desapareció: 30.000 esclavos del ejército de Pompeyo fueron restituidos a sus amos, otros 6.000, de quienes no se logró ubicar a los propietarios, fueron muertos. Italia dejó de estar amenazada por las incursiones de los piratas; la libertad de comercio fué restablecida; los precios del pan disminuyeron en Roma y ya no se sufrió hambre.

Todas estas circunstancias consolidaron la posición de Octaviano. En Roma se le tributaron grandes honores y, como a César, se le confirieron poderes vitalicios de tribuno. Sintién-dose fuerte, Octaviano empezó a mitigar el severo régimen de confiscaciones a que había sometido Italia desde el 43. Por otra parte, la conducta de Antonio en Oriente no podía sino favorecer su acercamiento a los esclavistas itálicos.

*Antonio y Octaviano.* — Después del acuerdo de Tarento, Antonio, de regreso de Oriente, había reanudado sus relaciones con Cleopatra, llamándola a su lado en Antioquía. Aquí había celebrado oficialmente su matrimonio con la reina, sin separarse todavía de Octavia. Pero cuando su esposa romana llegó a Atenas en camino a reunírsele, él le ordenó por carta no proseguir su viaje, lo que de hecho significaba el divorcio.

No es fácil establecer la índole de las relaciones entre Antonio y Cleopatra y decir dónde terminaban los sentimientos personales para dar paso a cálculos de índole política. La reina egipcia, indudablemente, quería aprovechar al poderoso jefe romano para sus propios fines: restaurar el reino de los Tolomeos con la grandeza y esplendor de otro tiempo y tal vez también para crear una potencia helénica más vasta, con Egipto a la cabeza. Antonio necesitaba la alianza con la reina para la proyectada expedición contra los partos y también para luchar luego contra Octaviano.

En el 36 Antonio inició la guerra contra los partos. Esta tenía una finalidad puramente política, ya que en ese tiempo los partos no representaban ningún peligro para Roma. La expedición oriental debía aparecer como la realización de los planes de César y cubrir a Antonio de gloria.

Pero la expedición terminó con un fracaso. Antonio había atravesado Armenia con la intención de tomar a los partos por sorpresa, pero, al encontrar una fuerte resistencia en el sitio de una ciudad, se vió forzado a volver sobre sus propios pasos. La difícil retirada puso en evidencia las brillantes dotes militares de Antonio, pero costó graves pérdidas. En los años siguientes Antonio combatió con Armenia y tomó prisionero al rey de esa región, a quien acusó de haber sido el causante del fracaso de la expedición contra los partos. Con motivo de esta victoria, Antonio festejó el triunfo en Alejandría. Luego se preparaba para una nueva expedición contra los partos, expedición que sin embargo no realizó por la ruptura que se produjo con Octaviano.

La opinión pública romana seguía con creciente desaprobación la conducta de Antonio. Un general romano, un triunviro, se había separado de su cónyuge romana para casarse con una reina "bárbara"; había celebrado un triunfo no en Roma, sino en Alejandría; había distribuido posesiones romanas a diestra y siniestra como si fueran de su propiedad personal, entregándolas especialmente a Cleopatra y a sus hijos; había proclamado a la reina egipcia "reina de los reyes". Octaviano aprovechaba cada circunstancia para soliviantar a la opinión pública contra Antonio. Este último devolvía las acusaciones, hasta que se llegó a la ruptura abierta.

El 1º de enero del 32 cesaban los poderes de los triunviros: en ese día, durante la sesión del senado, los dos cónsules Domicio Aenobarbo y Cayo Sosio, partidarios de Antonio, formularon acusaciones directas contra Octaviano. Éste, como única respuesta, rodeó el senado con sus secuaces armados de puñales y los dos cónsules, con más de 300 senadores, debieron refugiarse al lado de Antonio. Entonces Octaviano logró obtener de las vestales el testamento de Antonio y lo leyó en público. En él Antonio expresaba su deseo de ser sepultado en Alejandría y confirmaba sus concesiones a Cleopatra. Al tener conocimiento de esto, la parte del senado que había quedado y la

asamblea popular privaron a Antonio de los poderes de triunviro y declararon la guerra a Cleopatra por haberse apoderado de propiedades del pueblo romano.

Antonio entonces se hizo jurar fidelidad por las tropas romanas y por aquellos aliados orientales que tenía a sus órdenes. Lo mismo hizo Octaviano en Italia y en las provincias orientales. El juramento era un medio para reforzar su poder, dado que la autoridad que le venía de su cargo de triunviro había caducado.

Las tropas de Antonio sumaban unos 100.000 infantes y 15.000 jinetes; su flota contaba con 500 naves. Estas fuerzas estaban destacadas a lo largo de la costa occidental de Grecia. En un primer momento, Antonio pensó en desembarcar en Italia, pero debió renunciar a semejante plan porque las costas itálicas estaban bien defendidas, sus tropas eran heterogéneas y se encontraban mal equipadas, y él mismo comprendía muy bien que no podía presentarse en Italia con Cleopatra.

Las fuerzas de Octaviano eran inferiores: a sus órdenes se encontraban sólo 80.000 hombres y 400 naves, pero se trataba de tropas bien organizadas, homogéneas y sostenidas por el viejo aparato militar y estatal de la República. Además, tenía en Agripa un general de primer orden.

Octaviano pasó a la ofensiva y trasladó sus tropas al Epiro meridional. Los dos ejércitos se encontraban uno frente a otro sobre las costas del golfo de Ambracia; Agripa se apoderó de Corinto y de los puntos cercanos. Antonio dió muestras de una total indecisión. Su séquito de emigrantes, vinculado a Italia por muchísimos lazos, odiaba a Cleopatra y quería ver en Antonio sobre todo, a un general romano. Por otra parte, para Cleopatra y su partido Antonio era el medio de realizar sus planes orientales: mientras los emigrados empujaban a Antonio hacia Occidente, Cleopatra lo llamaba a Oriente. Lacerado por la contradicción, indeciso entre el amor por Cleopatra y su deber como triunviro y como ciudadano romano, Antonio se debatía en un doloroso dilema. Su situación se hacía cada vez más grave: el ejército empezó a resentirse por la falta de abastecimientos y muchos de sus aliados empezaron a pasarse al lado de Octaviano.

Finalmente, por insistencia de Cleopatra, se decidió a dar batalla en el mar. Una parte de la infantería de Antonio se

embarcó y el 2 de septiembre del 31, frente al promontorio de Accio, a la salida del golfo de Ambracia, la flota de Antonio trató de abrirse una brecha hacia el mar abierto. En lo más serio de la batalla, la escuadra egipcia con Cleopatra a la cabeza abandonó la lucha y se dirigió hacia África. Antonio la siguió. El resto de la flota continuó la lucha, pero, falta de una dirección, fué derrotada. Las tropas terrestres de Antonio empezaron a retirarse a Macedonia y finalmente se rindieron a Octaviano. El vencedor licenció a gran parte de sus propias tropas y se dirigió a Atenas, de donde siguió luego a la isla de Samos, en donde invernó. Durante el invierno Octaviano tuvo sin embargo que trasladarse por un tiempo a Italia, donde los veteranos se mostraban inquietos, y para calmarlos hizo una nueva distribución de tierras, que esta vez tomó de la ciudad.

Después de Accio, Antonio había ido a Cirenea, desde donde siguió viaje a Alejandría. Estaba completamente demoralizado. En el invierno del 30-31 su vida fué la de un condenado: pasaba su tiempo en festines, después de haber organizado entre la juventud emigrada una "sociedad de *sunapothanumeni*"<sup>219</sup>. En el verano del 30 Octaviano empezó el ataque a Egipto desde Oriente (Siria) y desde Occidente (Cirenea). Frente a Alejandría, Antonio trató de oponerle resistencia, pero los restos de su ejército se pasaron al lado de Octaviano, y él se mató arrojándose sobre su propia espada. Cleopatra, caída en manos de Octaviano, se suicidó (según la tradición haciéndose morder por una serpiente). Octaviano ordenó matar a Tolomeo Cesarión, hijo de Cleopatra y de César, y a Antilo, hijo mayor de Antonio. Los otros hijos de Antonio y Cleopatra fueron confiados al cuidado de Octavia.

El 1º de agosto del 30 Octaviano entró triunfalmente en Alejandría. El último de los estados orientales de la cuenca del Mediterráneo había sido unido a la potencia romana. Por otra parte, Octaviano consideraba a Egipto no como una provincia del pueblo romano, sino como una posesión personal.

Un caballero sin fortuna, Cayo Cornelio Galo, fué puesto al frente del gobierno egipcio en calidad de prefecto. El antiguo sistema financiero egipcio no fué cambiado, salvo un considerable aumento en los impuestos. El tesoro de los Tolo-

---

<sup>219</sup> "Deseosos de morir juntos", una especie de club de suicidas.



meos, tomado por Octaviano, fué más que suficiente para cubrir los gastos de la guerra.

Octaviano pasó en Oriente el invierno del 30-29. No introdujo mayores cambios en los asuntos orientales, dejando las cosas más o menos tal cual eran durante el gobierno de Antonio. Con los partos logró establecer relaciones pacíficas.

En el otoño del 29 Octaviano volvió a Roma, donde celebró un triunfo de tres días. Se había convertido ya en el gobernante único y absoluto de la gran potencia romana.

*Causas de la caída de la República.*— De hecho la República había terminado para siempre, aunque formalmente continuó existiendo bajo la forma de principado de Augusto y de sus sucesores (ver parte II). Las causas del fin de la República pueden resumirse en los siguientes puntos fundamentales.

La causa principal y más general fué la contradicción entre la forma política de la República en el siglo I a. C. y su contenido social y de clase. Mientras la forma seguía siendo igual a la antigua, el contenido había cambiado sustancialmente. En los estrechos límites de la antigua polis, con su asamblea popular de ciudadanos romanos, con el senado que representaba los intereses de un pequeño grupo de nobles, con los magistrados sustituidos cada año, un contenido grande y complejo y se encontraba sofocado. El vasto mercado mediterráneo, los nuevos grupos de esclavistas provinciales, las complejas relaciones entre Italia y las provincias, entre ciudadanos y no ciudadanos, exigían con fuerza un nuevo sistema de gobierno. Ya no era posible gobernar una potencia mundial con un aparato apenas adaptado a la pequeña comunidad surgida en las márgenes del Tíber o, cuando más, a la federación itálica.

Las viejas clases, de las que la República reflejaba los intereses, a fines del siglo I a. C. habían desaparecido o se habían degradado: la clase campesina itálica había dejado casi por completo de existir; la nobleza y el orden ecuestre, como consecuencia de las guerras civiles, o habían desaparecido físicamente o se habían descompuesto.

En su lugar había nuevos reagrupamientos sociales: nuevos ricos, subproletariado, colonos militares. Eran grupos que ninguna vinculación tenían con la antigua República y cuya existencia, por el contrario, estaba ligada estrechamente al im-

perio militar, a los victoriosos generales de fines de la República.

El ejército profesional surgido de las guerras civiles fué el sostén directo de estos generales y el medio principal para las revueltas militares.

La depresión moral y psíquica, el cansancio provocado por un siglo de guerras civiles, el temor a nuevas convulsiones, determinaron esa actitud de la opinión pública que deseaba sobre todo la paz civil, a cualquier precio que hubiera que pagarla, y que la saludaba como el advenimiento del siglo de oro.

Frente a estas causas generales, que hicieron históricamente inevitable la caída de la República, la búsqueda de las razones por las cuales Otaviano prevaleció sobre Antonio resulta un problema de segundo plano. Octaviano venció porque tras él estaba toda Italia, porque pudo servirse de ese aparato estatal romano que, aun deficiente y castigado, seguía siendo un aparato estatal. Venció porque fué más hábil, más cauto, más constante que Antonio. Venció porque era el hijo adoptivo de César; venció porque su política fué más coherente y se dirigía a un propósito bien definido, porque no estaba obstaculizado por la lucha de dos partidos, el romano y el oriental —el partido de los emigrados y el partido de Cleopatra— que debilitaron la voluntad de Antonio.

FIN DEL TOMO II

UNIVERSIDAD DE CHILE  
SEDE SANTIAGO ORIENTE  
BIBLIOTECA CENTRAL

# ÍNDICE

## PARTE II

### LA REPÚBLICA

	PÁG.
Capítulo XII. — <i>La primera guerra púnica</i> .....	7
Fuentes del tercer periodo de la historia romana .....	7
Comienzo de la guerra .....	17
La expedición a África .....	23
La guerra en Sicilia .....	27
El fin de la guerra .....	30
Capítulo XIV. — <i>Cartago y Roma desde el 241 al 218</i> .....	34
La rebelión de los mercenarios en Cartago .....	34
Cartago pierde Cerdeña .....	38
Amílcar y Asdrúbal en España .....	39
Las reformas democráticas en Roma .....	43
La conquista de la Galia Cisalpina .....	46
Las guerras ilíricas .....	48
Aníbal en España .....	51
Capítulo XV. — <i>La segunda guerra púnica</i> .....	56
Comienzo de la guerra .....	56
La expedición de Aníbal a Italia .....	58
Los primeros encuentros: el Ticino y el Trebia .....	61
El lago Trasimeno .....	65
La dictadura de Fabio Máximo .....	68
Cannas .....	71
Después de Cannas .....	75
Curso posterior de la guerra en Italia y España .....	77
Sicilia .....	80
La primera guerra macedonia .....	83
Capua y la marcha de Aníbal sobre Roma .....	86
La situación en Italia .....	88
Escipión en España .....	89

Expedición de Asdrúbal a Italia. Batalla del Metauro .....	91
El fin de la guerra en España y preparativos para la expedición a África .....	93
Escipión en África. Batalla de Zama .....	95
El fin de la guerra .....	99
 Capítulo XVI.— <i>La política de Roma desde fines de la II Guerra Púnica hasta los comienzos de la guerra civil</i> .....	
La situación en Oriente .....	103
La ingerencia de Roma, La segunda guerra maccedonia .....	105
La "liberación" de Grecia .....	110
La guerra con Antíoco .....	112
Fin de la carrera política de Escipión. Su muerte .....	122
La muerte de Aníbal .....	125
La tercera guerra maccedonia .....	126
Sumisión de Macedonia y de Grecia .....	133
La tercera guerra púnica y la destrucción de Cartago .....	137
Las guerras de España .....	141
 Capítulo XVII.— <i>Progresos culturales de Roma en la época de las grandes conquistas</i> .....	
La influencia griega .....	146
Ennio .....	149
Plauto .....	151
Terencio .....	152
La prosa. Catón .....	153
Artes figurativas .....	154
Vida y costumbres .....	155
 Capítulo XVIII.— <i>Las causas de las guerras civiles. - Revolución Económico-Social del Siglo II</i> .....	
Fuentes para la historia de las guerras civiles .....	160
La esencia de la revolución del siglo II y sus causas .....	167
El trabajo de los esclavos .....	171
Los campesinos y la pérdida de las tierras .....	181
Formación del subproletariado .....	182
El capital financiero y usurario .....	183
El capital comercial .....	186
El artesanado .....	187
Los caballeros y el nuevo movimiento democrático .....	188
Exasperación de los conflictos sociales .....	190
Las guerras civiles y su división en periodos .....	191
 Capítulo XIX.— <i>Las primeras rebeliones de esclavos</i> .....	
La rebelión en Sicilia .....	199
Ecos de la rebelión de Sicilia .....	199
La rebelión de Aristónico .....	199
 Capítulo XX.— <i>El movimiento de los Gracos</i> .....	
Tiberio Graco .....	203
Reacción y nuevo resurgimiento .....	210

Cayo Graco .....	214
Fin de la reforma agraria. Significado histórico de los Gracos .....	225
Capítulo XXI. — <i>La crisis de fines del siglo II</i> .....	229
La guerra yugurtina .....	229
Mario, Sila y el fin de la guerra yugurtina .....	234
Los cimbrios y los teutones. Reforma militar de Mario .....	236
La segunda rebelión de esclavos en Sicilia .....	242
El movimiento democrático-revolucionario en Roma .....	248
Capítulo XII. — <i>Movimiento revolucionario y reacción del 80-70 (Siglo I)</i> .....	255
La reacción del 90. El caso de Rutilio Rufo .....	255
M. Livio Druso el joven .....	256
La rebelión de los itálos (guerra social) .....	258
Mitrídates .....	265
P. Sulpicio Rufo. Mario y Sila .....	267
La guerra de Sila contra Mitrídates .....	270
Revuelta de Mario del 87. Dictadura de Cinna .....	273
La lucha por Italia .....	276
La dictadura de Sila .....	278
Capítulo XXIII. — <i>Último despertar del movimiento revolucionario</i> .....	285
Tentativa de destruir el régimen de Sila .....	285
La rebelión de Sertorio .....	286
La rebelión de Espartaco .....	290
Capítulo XXIV. — <i>Decadencia del movimiento democrático. Primer Triunvirato</i> .....	298
Abolición de la constitución de Sila .....	298
La guerra de Pompeyo contra los piratas .....	299
La tercera guerra con Mitrídates. Pompeyo en Oriente .....	300
La conjuración de Catilina .....	305
Primer triunvirato .....	315
El consulado de César .....	316
Clodio .....	318
César en Galia .....	320
Entrevista de Luca. Muerte de Craso .....	324
Expediciones de César a Germania y a Britania. Rebelión de los galos. Sometimiento definitivo de Galia .....	326
La situación en Roma. Ruptura entre César y el Senado y Pompeyo .....	330
Capítulo XXV. — <i>La caída de la República</i> .....	334
César y Pompeyo .....	334
La guerra alejandrina .....	338
La lucha contra los pompeyanos .....	339
Dictadura y reformas de César .....	343
El fin de César .....	347
Lucha por el poder. Segundo triunvirato .....	350
Causas de la caída de la República .....	363

Este libro se terminó  
de imprimir en  
Industrias Gráficas  
ROSSO S.A.I.C.I.  
el día 7 de Setiembre de 1959,  
en la calle Doblaz 955, Bs. Aires.

